

EL LIBRERO DE KABUL

Åsne Seierstad

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Traducción:
SARA HOYRUP
MARCELO COVIÁN



MAEVA

Título original:

BOKHANDLEREN I KABUL—ET FAMILIEDRAMA

Diseño de cubierta:

ROMI SARMARTÍ

Fotografía de cubierta:

La traducción española de este libro ha recibido la subvención concedida por NORLA Non-Fiction.

A mis padres

Prólogo

Sultán Khan fue una de las primeras personas que encontré al llegar a Kabul en noviembre de 2001. Yo acababa entonces de pasar seis semanas en compañía de los comandantes de la Alianza del Norte haciendo campaña desde el desierto limitrofe con Tayikistán hasta las llanuras al norte de Kabul, pasando por las montañas de Hindu Kush y el valle de Panshir. Había estado en el frente cubriendo la ofensiva contra los talibanes, durmiendo en el suelo, viviendo en chozas y viajando en vehículos militares, a caballo y a pie.

Después de la caída de los talibanes, llegué a Kabul con la Alianza del Norte. En una librería conocí a un hombre elegante y canoso. Tras pasar semanas en medio del polvo y la grava y de hablar única e inevitablemente de tácticas bélicas y de avances militares, resultó un alivio hojear libros y charlar sobre literatura e historia. En las estanterías de Sultán Khan abundaban obras en varias lenguas: colecciones de poesía, leyendas afganas, libros de historia, novelas... Como buen vendedor, me vendió siete libros en mi primera visita. Volví a menudo cuando tenía tiempo para mirar libros y seguir conversando con el curioso librero, un patriota afgano a menudo frustrado por su país.

—Primero, los comunistas me quemaron los libros, luego los *muyahidín* saquearon la librería y, finalmente, los talibanes volvieron a quemar mis libros —me contó el librero.

Un día me invitó a cenar a su casa. En el suelo, alrededor de un opíparo banquete, estaba reunida su familia: una de sus esposas, los hijos, las hermanas, el hermano, su madre y unos primos. Sultán contaba historias, los hijos se reían y bromeaban. El ambiente desenfadado y de abundante comida contrastaba con las frugales meriendas que yo había compartido con los comandantes en las montañas. No obstante, no tardé en notar que las mujeres guardaban silencio. La hermosa esposa casi adolescente de Sultán estaba sentada al lado de la puerta con un bebé en brazos, sin moverse ni decir palabra. La otra esposa estaba ausente esa noche. Las demás mujeres contestaban a preguntas y recibían elogios por la comida, pero en ningún momento tomaron la iniciativa en una conversación.

Al dejarlos me dije a mí misma: «Esto es Afganistán. Valdría la pena escribir un libro sobre esta familia».

Al día siguiente busqué a Sultán en la librería para exponerle mi idea.

—Muchas gracias —se limitó a contestar.

—Sí, pero eso implica que yo he de vivir con vosotros.

—Bienvenida.

—Debo acompañaros donde vayáis y vivir como vivís tú, tus esposas, tus hermanas y tus hijos.

—Bienvenida —volvió a decir.

Así que un día brumoso de febrero me instalé en casa de los Khan con tan sólo mi ordenador, cuadernos y bolígrafos, un teléfono móvil y la ropa que llevaba puesta. El resto del equipaje había desaparecido durante el viaje en algún lugar de Uzbekistán.

Fui recibida con los brazos abiertos. Me sentí a gusto con los vestidos afganos que las mujeres de la casa me iban prestando. Dormía en una estera al lado de Leila —la hermana menor de Sultán Khan—, que era la encargada de vigilar que no me faltara nada.

—Tú eres mi bebé —me dijo esta chica de diecinueve años la primera noche—. Cuidaré de ti —me aseguró pendiente de cualquier movimiento mío.

El menor de mis deseos debía ser satisfecho, según Sultán había ordenado. No supe hasta más tarde que había añadido que quien no cumpliera la orden sería castigado.

Me servían comida y té a todas horas, y poco a poco me fui integrando en su vida. Hablaban cuando querían, no cuando yo les preguntaba. No siempre era cuando yo tenía listo el bloc de notas, sino que podía ser durante un paseo en el bazar, en el autobús o entrada la noche, cuando yo ya estaba echada sobre la estera. La mayoría de las veces contestaban espontáneamente a preguntas que ni siquiera se me había ocurrido hacer.

He decidido dar al texto un aire de ficción; me baso, no obstante, en la vida real tal como la he presenciado o me la han relatado los protagonistas. Cuando escribo lo que piensan o sienten esas personas en determinados momentos, recurro a lo que me contaron que pensaron o sintieron entonces.

Algunos lectores me han preguntado cómo puedo saber qué pasa en las cabezas de los diferentes miembros de la familia. No soy, por supuesto, una autora omnisciente, así que si transcribo un diálogo interior o un pensamiento es porque alguien en alguna ocasión me contó lo que pensaba.

No llegué a aprender *dari*, el dialecto del persa que emplean en la familia Khan, pero tuve la suerte de que varios de sus miembros supieran inglés. ¿Insólito? Pues sí. Mi relato de Kabul es, desde luego, sobre una familia afgana sumamente insólita. Una familia librera es insólita en un país donde tres cuartas partes de la población son analfabetas.

Sultán había aprendido un inglés imaginativo, con mucho léxico, de un diplomático a quien dio clases de *dari*. Su hermana Leila hablaba un inglés excelente porque había asistido a una escuela pakistaní cuando eran refugiados y había tomado clases de inglés en su infancia. También el hijo mayor de Sultán, Mansur, hablaba un inglés fluido tras estudiarlo varios años en Pakistán, así que pudo contarme todo sobre sus dudas, sus amores y sus discusiones sobre Alá. Me explicó cómo había deseado pasar por una purificación religiosa y me llevó a un peregrinaje. Participé también en el viaje de negocios a Peshawar y Lahore, en la caza de Al Qaeda y en las compras en el bazar, y estuve en el *hammam*, en la boda y sus preparativos, en la escuela, en el Ministerio de Enseñanza, en la comisaría y en la cárcel. Sólo que no aparezco en el texto.

Otras cosas no las viví en mi propia piel, tal como la suerte dramática de Yamila o lo que hace Rahimula en la trastienda. Asimismo la petición que hizo Sultán de la mano de Sonya me la contaron los involucrados en la familia: el mismo Sultán y su madre, hermanas y hermano, Sonya y sus padres, y la primera esposa, Sharifa.

Yo fui la única persona ajena a la familia a la que Sultán permitió vivir en su casa, de manera que fueron él, Mansur y Leila quienes actuaron de intérpretes. Esto permitió, por supuesto, que esas tres personas ejercieran gran influencia sobre la historia oficial de su familia, pero comparé las diferentes versiones e hice las mismas preguntas unas veces con Sultán de intérprete y otras con Mansur o Leila. Además, estos tres personajes representan las divergencias más marcadas en la familia.

Toda la familia era consciente de que vivía con ellos con el propósito de escribir un libro y me avisaban cuando no querían que tomara notas. Aun así, he preferido mantener en el anonimato a la familia Khan y a las demás personas que retrato. No me lo pidió nadie, pero me pareció lo más apropiado.

Mis días eran como los de la familia. Al alba me despertaban los chillidos de los críos y las órdenes de los hombres, y entonces hacía cola para el baño o esperaba a que hubieran terminado todos. Con suerte quedaba algo de agua caliente, pero pronto descubrí las virtudes refrescantes de echarse en la cara una taza de agua fría. Pasaba el día bien con las mujeres yendo a visitar parientes o de compras en el bazar, bien con Sultán y sus hijos en la librería, en la ciudad o de viaje. Por la noche compartía la cena familiar y bebía té verde hasta la hora de ir a dormir.

Si bien no era más que una invitada, me sentía gusto con la familia. Generosos y abiertos de espíritu, todos me acogieron extraordinariamente bien y compartimos muchos momentos de alegría. Sin embargo, rara vez en mi vida me he enfadado tanto con alguien, rara vez he discutido tanto con alguien y nunca he tenido tantas ganas de pegar a alguien como durante mi estancia con la familia Khan. Siempre era lo mismo lo que me sacaba de quicio: la forma en que los hombres trataban a las mujeres. La superioridad de los hombres era algo tan inculcado que apenas se cuestionaba.

Seguramente yo era percibida como una especie de hermafrodita. En mi calidad de mujer occidental, podía moverme tanto entre las mujeres como entre los hombres. De haber sido varón, jamás hubiera podido vivir en esa casa tal como lo hice —tan cerca de las mujeres de Sultán— sin provocar resquemores. Al mismo tiempo, nunca me planteó problemas ser mujer —o ser hermafrodita— en el mundo de los hombres. Cuando mujeres y hombres quedaban separados en las fiestas, yo era la única que podía circular libremente de una habitación a otra.

Asimismo estaba eximida de los rigurosos códigos de vestimenta de las mujeres afganas y podía ir donde se me antojase. Aun así, a menudo vestía la *burka* simplemente para que me dejaran en paz. En las calles de Kabul, una occidental atrae mucha atención indeseada.

Debajo de la *burka* era libre de observar a la gente a mi alrededor sin que me pudieran ver, y podía seguir a los miembros de la familia cuando salíamos sin que toda la atención se centrara en mí. El anonimato se volvió una liberación, mi único refugio, ya que en Kabul apenas se puede estar solo.

También me serví de la *burka* para meterme en la piel de una afgana, para darme cuenta de lo que es, cuando el autobús está medio vacío, buscar un sitio en las últimas tres filas reservadas para las mujeres y llenas a reventar; lo que es acurrucarse en el maletero de un taxi porque hay un hombre sentado en el asiento de atrás; lo que es ser

mirada como una mujer con *burka* alta y atractiva y recibir el primer piropo de *burka* de un hombre que pasa.

Llegué a detestar esta vestimenta porque aprieta la frente y provoca dolor de cabeza, la rejilla limita el campo de visión y dentro huele a cerrado y se suda mucho porque no deja pasar el aire. Hay que andar siempre con cuidado porque una no se ve los pies y se ensucia. La prenda molesta mucho. Pude experimentar qué liberación es quitártela al volver a casa.

Por último, usé la *burka* como medida de protección cuando emprendí con Sultán el inseguro camino a Jalalabad y teníamos que pasar la noche en algún infecto puesto fronterizo o partíamos tarde cuando ya había oscurecido. Las mujeres afganas no acostumbran a viajar con un fajo de billetes de cien dólares y un ordenador portátil, de modo que los salteadores de caminos dejan en paz a las vestidas con *burka*.

Ésta es la historia de una sola familia afgana; hay millones de otras y ésta ni siquiera es representativa. Proviene de una especie de clase media, si es que se puede hablar de clase media en la sociedad afgana. Algunos de los miembros tenían estudios y varios sabían leer y escribir, no les faltaba dinero y no pasaban hambre.

Para vivir con una familia afgana del todo típica hubiera tenido que instalarme en el campo, en el seno de un clan familiar donde nadie habría sabido leer ni escribir, y donde cada día habría sido una lucha para sobrevivir. No elegí la familia Khan por típica, sino porque me inspiraba.

Yo pasé en Kabul la primera primavera después de la huida de los talibanes. La temporada estaba animada por una tenue esperanza: los habitantes se alegraban de su partida, ya no tenían que temer que la policía religiosa les molestase por las calles, las mujeres volvían a caminar solas por la ciudad, podían estudiar y las niñas podían ir a la escuela. Pero esos meses también estuvieron marcados por las decepciones de las décadas pasadas. ¿Por qué ahora iban a mejorar las cosas?

Aun así, en el curso de la primavera, mientras el país se mantenía relativamente pacífico, se pudo constatar un optimismo más sólido. La gente hacía planes, cada vez más mujeres dejaban la *burka* en casa, algunas empezaron a trabajar y los refugiados comenzaron a volver.

Igual que antes, los señores de la guerra y los jefes tribales presionaban al régimen, y éste vacilaba entre el tradicionalismo y la modernidad. En medio de este caos, el dirigente Hamid Karzai se esforzaba por crear un equilibrio y trazar un programa político. Era un líder popular, pero no disponía ni de un ejército, ni tan siquiera de un partido político en un país en el que abundaban las armas y las facciones enfrentadas entre sí.

En Kabul la situación era relativamente tranquila, pese al asesinato de dos ministros, el atentado contra un tercero y las agresiones que todavía sufría la población.

Muchos habitantes depositaban su fe en los soldados extranjeros que patrullaban las calles. «Sin ellos volverá a haber una guerra civil», decían.

Apunté lo que veía y oía, y he reunido en este relato las impresiones de una primavera en Kabul, donde algunos trataban de quitarse de encima el invierno para poder resurgir, mientras otros todavía se veían condenados a morder el polvo, como hubiera dicho Leila.

ÅSNE SEIERSTAD

Oslo, 1 de agosto de 2002

Migozarad!

(«Ya pasará»)

Grafito en la pared de una casa de té en Kabul

I

LA PETICIÓN DE MANO

Cuando Sultán Khan estimó que había llegado la hora de buscarse una nueva esposa, no encontró a nadie que quisiera echarle una mano. Primero se dirigió a su madre.

—Basta con la que tienes —fue la respuesta.

Entonces lo intentó con su hermana mayor.

—Quiero mucho a tu primera mujer —le respondió, y lo mismo le dijeron sus otras hermanas.

—Sharifa se sentiría deshonrada —opinó su tía.

Sultán precisaba ayuda porque un pretendiente no puede solicitar la mano de una mujer personalmente. Según la tradición afgana, una de las mujeres de la familia presenta la oferta e inspecciona a la muchacha para determinar si se trata de una candidata apta, competente y de buenos modales. Pero ninguna de las mujeres del entorno de Sultán quería saber nada del asunto.

Él había escogido a tres jóvenes que le parecieron adecuadas. Todas eran sanas y hermosas, y además pertenecían a su mismo clan. En la familia de Sultán no se acostumbra a contraer matrimonio con alguien ajeno al clan; es considerado más prudente casarse con los propios parientes y, de poder ser, entre primos.

Pensó probar suerte primero con Sonya. Se trataba de una morena de dieciséis años con ojos almendrados y pelo brillante, bien proporcionada, robusta y, según se decía, trabajadora. Su familia era pobre y necesitada, y ella era una pariente lo suficientemente cercana: la abuela de su madre y la de Sultán eran hermanas.

Mientras él rumiaba cómo pedirle la mano a su futura esposa sin el apoyo de las mujeres de la familia, Sharifa se encontraba en la más completa ignorancia de que una chiquilla —nacida el mismo año de su boda con Sultán— ahora era quien obsesionaba a su marido. Se estaba haciendo vieja; igual que Sultán, ya pasaba los cincuenta. Le había dado a su marido tres hijos y una hija, y para un hombre de la posición de Sultán había llegado el momento de buscarse otra esposa.

—Pues preséntate tú mismo —dijo finalmente su hermano.

Tras evaluar la situación, Sultán decidió que ésa era la única solución. Una mañana fue a casa de la adolescente. Los padres recibieron a su pariente con los brazos abiertos. Sultán tenía fama de hombre generoso y siempre era bienvenido. La madre sirvió té y los tres se sentaron en cojines colocados junto a las paredes de la choza, intercambiando saludos y frases de cortesía hasta que Sultán consideró oportuno exponer su deseo.

—Un amigo mío desea contraer matrimonio con Sonya —anunció a los padres.

No era la primera vez que alguien les pedía la mano de la muchacha. Era bella y diligente, aunque todavía demasiado joven, en opinión de los padres. Además, como el padre ya no trabajaba porque había quedado paralizado tras una pelea con armas blancas en la que le seccionaron varios nervios de la espalda, querían conseguir un precio

considerable por la hermosa doncella y seguían esperando una oferta mejor de las recibidas hasta entonces.

—Mi amigo es rico —empezó Sultán—. Trabaja en el mismo gremio que yo, tiene estudios y tres hijos. Pero su esposa se está haciendo mayor.

—¿Cómo tiene los dientes? —preguntaron los padres con premura, aludiendo a la edad del amigo.

—Igual que yo, más o menos —contestó Sultán—. Juzguen ustedes mismos —dijo enseñando su dentadura.

—Viejo —concluyeron los padres. Pero eso no tenía por qué ser una desventaja: cuanto más viejo fuera el pretendiente, más alto sería el precio de la hija, ya que éste se establece según la edad, la belleza y las capacidades, además de la situación familiar.

Cuando Sultán Khan terminó su exposición, los padres reaccionaron según se esperaba de ellos:

—Sonya es demasiado joven.

Si bien les convenía venderla —incluso barato— al rico y desconocido pretendiente del que hablaba tan encarecidamente su pariente, no había que mostrarse demasiado interesados. Contaban con que la juventud y la belleza de Sonya harían que Sultán insistiera.

Al día siguiente fue otra vez a reiterar la propuesta. Tuvieron la misma conversación y Sultán recibió idéntica respuesta, pero en esta ocasión los padres le dejaron ver a Sonya, a la que no había visto desde que era una niña. La chica besó su mano mostrando así su respeto hacia un pariente de más edad, y él depositó un beso sobre su cabello y le dio la bendición. La joven notó el ambiente tenso y se sintió incómoda al advertir la mirada escudriñadora de su tío.

—Te he encontrado un marido rico, ¿qué te parece? —inquirió Sultán. Sonya bajó la mirada. Contestar hubiera significado quebrantar las normas: una chica no debe opinar nunca sobre un pretendiente.

Sultán volvió al tercer día y esta vez presentó la oferta del pretendiente. Un anillo, un collar, pendientes y una pulsera, todo de oro rojo. Toda la ropa que quisiera, trescientos kilos de arroz, ciento cincuenta litros de aceite para cocinar, una vaca, unas cuantas ovejas y quince millones de afgani, la moneda local, un poco más de cuatrocientos dólares.

El padre de Sonya estaba más que contento con el precio y pidió conocer al hombre misterioso que ofrecía tanto por su hija y que incluso pertenecía al clan, según les había asegurado su pariente, aunque ni él ni su mujer conseguían identificarlo, ni tampoco recordaban haberlo conocido.

—Mañana —dijo Sultán— les dejaré ver una foto de él.

Al día siguiente, su tía —a cambio de un pequeño soborno aceptó descubrir a los padres de Sonya la identidad verdadera del pretendiente. Llevó una foto de Sultán Khan y les dijo que éste había puesto la condición inapelable de que se decidieran en el plazo de una hora. Si aceptaban, él estaría muy agradecido, pero el hecho de que le rechazaran no afectaría a sus relaciones. Lo único que no quería eran unas negociaciones interminables.

Los padres dieron su consentimiento antes de una hora. Les complacían tanto el pretendiente como el dinero y su posición. Sonya, mientras, lloraba en el piso de arriba. Una vez revelado el misterio de la identidad del pretendiente y aceptada la oferta por los padres, un tío de la muchacha subió a hablar con ella.

—El tío Sultán es tu pretendiente —dijo—. ¿Das tu aprobación?

Sonya no despegó los labios y se quedó mirando el suelo con ojos lacrimosos, oculta tras el largo velo.

—Tus padres han aceptado al pretendiente —prosiguió el tío—. Ésta es tu única oportunidad para expresar tu deseo.

La joven estaba petrificada de terror. No quería casarse con ese hombre, pero sabía que tenía que obedecer a sus padres. Subiría varios peldaños en la sociedad afgana, y el alto precio pagado por ella resolvería gran parte de los problemas de su familia. El dinero que recibieran los padres ayudaría a comprar esposas apropiadas para los hermanos. Sonya guardó silencio sellando de este modo su propio destino: el que calla, otorga. Se ultimó el acuerdo y se fijó la fecha de la boda.

Sultán volvió a casa para dar la buena nueva. Encontró a su mujer, a su madre y a sus hermanas sentadas en el suelo, en torno a una fuente con arroz y espinacas. Sharifa tomó la noticia a guasa y contestó riéndose y bromeando. También la madre se rió de lo que consideraba un chiste de su hijo, ya que no le creía capaz de pedir la mano de una muchacha sin su permiso. Las hermanas se quedaron estupefactas. Nadie le creyó hasta que mostró el pañuelo y los dulces que recibe el pretendiente de los padres de la novia como prueba del compromiso.

Sharifa lloró veinte días seguidos.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¡Qué deshonra! ¿En qué te he faltado?

Su marido le dijo que se callara. Ningún familiar apoyó a Sultán, ni siquiera los hijos varones. Aun así, nadie se atrevió a llevarle la contraria: la voluntad de Sultán debía ser siempre respetada.

Sharifa estaba inconsolable. A ella, que era profesora de persa, lo que más le dolía era que su marido hubiera elegido a una analfabeta que ni siquiera había terminado el primer curso.

—¿Qué tiene ella que no tenga yo? —sollozaba.

Sultán pasó por alto las lágrimas de su esposa.

Nadie tenía ganas de participar en la fiesta de esponsales, pero Sharifa tuvo que tragarse el orgullo y vestirse para la ceremonia.

—Quiero que todos vean que estás a mi lado y que das tu consentimiento —ordenó su marido—. En el futuro, todos viviremos juntos y tienes que mostrar que Sonya es bienvenida.

Sharifa siempre había cedido ante su marido, y también lo hizo entonces, cuando le resultaba más doloroso: entregarle a otra mujer. Sultán exigió incluso que fuera ella quien pusiera los anillos a los novios.

Veinte días después de la petición de mano se celebró la solemne ceremonia de compromiso. Sharifa trató de dominarse y guardó la compostura, aunque sus parientes femeninas hicieron lo que pudieron para que la perdiese.

—Qué destino tan cruel el tuyo —comentaban—. Qué marido tan ingrato.

A los dos meses del compromiso se celebró la boda el día de la fiesta del Año Nuevo musulmán. Pero esta vez Sharifa se negó a participar.

—Está por encima de mis fuerzas —comunicó a su marido.

Las mujeres de la familia la apoyaron: ninguna compró vestidos nuevos para la fiesta, ninguna se maquilló todo lo que exigía una boda. Lucieron peinados sencillos y

sonrisas congeladas en solidaridad con la esposa desechada que ya no compartiría el lecho con Sultán Khan. La cama estaba ahora reservada para la jovencita asustada, aunque todos vivirían bajo el mismo techo hasta que la muerte les separara.

II

LA QUEMA DE LIBROS

Una fría tarde de noviembre de 1999, la rotonda de Charhai—i—Sadarat en Kabul estuvo iluminada durante horas por una hoguera chisporroteante. Las llamas daban a los rostros sucios y vivarachos de los niños reunidos a su alrededor un trémulo resplandor. Mientras los golfillos callejeros competían a ver quién se atrevía a acercarse más a las lenguas de fuego, los adultos pasaban a toda prisa y sólo miraban el espectáculo de reojo. Era mejor así; estaba claro para todos que no se trataba de una mera fogata encendida por los vigilantes de la calle para calentarse las manos, sino que estaba dedicada al servicio de Alá.

El vestido sin mangas de la reina Soraya se arrugó antes de reducirse a cenizas. Lo mismo pasó con sus brazos blancos y bien torneados y con su rostro de seria expresión. Junto con ella ardió su marido, el rey Amanula, con todas sus condecoraciones. La dinastía entera crepitaba en la fogata junto a unas chiquillas vestidas con trajes nacionales afganos, algunos *muyahidin* a caballo y unos campesinos de un mercado de Kandahar.

Este día de noviembre la policía religiosa procedía a requisar con celo la librería de Sultán Khan. Todos los libros con imágenes de seres vivos, humanos o animales, fueron arrebatados de las estanterías y echados al fuego. Páginas amarillentas, postales inocentes y sesudas obras de consulta fueron pasto de las llamas.

Alrededor de la hoguera se encontraban también los agentes de la policía religiosa con látigos, palos y fusiles Kaláshnikov en las manos. Estos hombres consideraban enemigos públicos a todos los amantes de las imágenes, los libros, las esculturas, la música, la danza, las películas y el pensamiento libre.

Este día solamente se interesaban en las imágenes. Hacían caso omiso de los textos herejes aunque los tuvieran delante de las narices, porque los agentes eran analfabetos y no sabían discernir entre la doctrina ortodoxa de los talibanes y lo herético, pero sí se percataban de la diferencia entre imágenes y letras, entre seres animados y objetos muertos.

Al final sólo quedó la ceniza, y ésta se la llevó el viento para mezclarla con la mugre y el polvo de las calles y las cloacas de Kabul. El librero había sido despojado de algunos de sus libros más preciados y, con un soldado talibán a cada lado, marchó rápidamente hasta el coche. Los soldados cerraron y sellaron la tienda, y Sultán fue encarcelado por actividades antiislámicas.

«Suerte que estos necios armados no miraron detrás de las estanterías», pensó el librero camino a la prisión. Gracias a un truco ingenioso, tenía guardados allí los libros más prohibidos, que sólo sacaba cuando alguien preguntaba específicamente por ellos, y únicamente si le tenía suficiente confianza al comprador.

Hacía tiempo que el librero aguardaba este golpe. Durante muchos años había vendido libros, imágenes y escritos ilegales. Los soldados habían ido a menudo a la tienda para amenazarle, llevarse algunos volúmenes y marcharse de nuevo. Sultán había recibido amenazas de los talibanes, y hasta había sido citado por el ministro de Cultura en un intento por parte de las autoridades de convertir al emprendedor librero y ponerlo al servicio del régimen.

Sultán Khan no se oponía a vender textos talibanes. Era un librepensador y opinaba que todas las voces se debían escuchar. Pero además del credo sombrío de los talibanes, quería vender libros de historia, obras científicas, textos teológicos del islam y, sobre todo, novelas y poesía.

El problema era que el régimen consideraba hereje cualquier debate; para los talibanes eran pecado las dudas, y juzgaban innecesario y hasta peligroso cualquier estudio que no fuera el del Corán. Cuando los talibanes se hicieron con el poder en Kabul en otoño de 1996, los expertos de los ministerios e instituciones estatales fueron reemplazados por ulemas. A partir de entonces, éstos lo gestionaron todo, desde el Banco Central hasta la universidad, con el objetivo de recrear la sociedad árabe en la que vivió el profeta Mahoma en el siglo VII. Incluso cuando los talibanes negociaban con empresas de petróleo extranjeras, esa actividad la llevaban a cabo ulemas sin el menor conocimiento sobre el tema.

Sultán tenía la sensación de que el país se estaba volviendo cada vez más lúgubre, miserable y cerrado. Las autoridades se resistían a cualquier modernización; no sólo no deseaban aplicar ideas modernas de progreso o de desarrollo económico, sino que no querían ni entenderlas, y rehuían las discusiones científicas que tenían lugar en Occidente o en el mundo islámico. Sus principios consistían sobre todo en unas pocas reglas sobre la obligación de vestirse o cubrirse de tal o cual manera, en el cumplimiento de las horas de oración por parte de los hombres y en que las mujeres estuvieran apartadas del resto de la sociedad. Los talibanes eran poco versados en la historia islámica o afgana, y tampoco les interesaba lo más mínimo.

Sultán Khan se encontró en el coche entre los ignorantes talibanes, disgustado por el hecho de que su país siempre estuviera en manos de soldados y de ulemas. Era creyente pero moderado. Rezaba a Alá cada mañana, pero no solía cumplir las otras cuatro llamadas a la oración, a no ser que la policía religiosa le arrastrara a la mezquita más cercana junto con otros hombres que habían prendido por la calle. Respetaba el ayuno del Ramadán de mala gana, evitando comer de sol a sol, al menos cuando los otros lo pudieran ver; además era fiel a sus dos esposas y educaba a sus hijos con mano de hierro para que fueran musulmanes devotos. No obstante, despreciaba a los talibanes, a los que tenía por ignorantes y fanáticos aldeanos religiosos. De hecho, los líderes provenían de las zonas más miserables y ultramontanas del país, donde se daba el mayor índice de analfabetismo.

Su detención era obra del Departamento de Promoción de la Virtud y de la Prevención del Vicio, más conocido como Ministerio de la Moralidad. Durante el interrogatorio en la comisaría, Sultán Khan se estuvo frotando la barba, que medía un puño tal como prescribían las autoridades. Su *shalwar kamiz* también cumplía la norma

talibán: la túnica llegaba por debajo de las rodillas y los pantalones le cubrían los tobillos. Contestó con cierta altivez:

—Podéis quemar mis libros, podéis complicarme la vida y hasta quitármela, pero no conseguiréis borrar la historia de Afganistán.

Los libros representaban la razón de ser de Sultán; siempre había sido así desde que vio su primer libro en la escuela. Nació en una familia pobre y creció en los años cincuenta en la aldea de Deh Khudaidad. Sus padres eran analfabetos, pero ahorraron cuanto pudieron para pagar la educación de su primer hijo varón. La hermana mayor de Sultán nunca puso un pie en la escuela y jamás aprendió a leer y escribir; hoy día apenas sabe leer la hora. De todas maneras, su única posibilidad siempre había sido ser dada en casamiento.

Sultán, en cambio, iba a ser un hombre importante, aunque el primer obstáculo para ello fue la falta de calzado: el pequeño Sultán se negó a ir a la escuela porque no tenía zapatos. Su madre le despachó por la puerta:

—Vamos, hijo, vete —dijo dándole una palmadita en la cabeza.

Pronto Sultán se los pudo comprar; para conseguirlo trabajó sin descanso durante todos los años escolares. A primera hora de la mañana, antes de ir a clase, y por la tarde, hasta el anochecer, horneaba ladrillos para ganar dinero y ayudar así a su familia. Más tarde encontró empleo en una tienda, y les dijo a sus padres que el sueldo era la mitad de lo que en realidad era, lo que le permitió ahorrar la otra mitad para comprar libros.

Su carrera de librero empezó cuando aún era adolescente. Había iniciado sus estudios de ingeniería, pero no encontraba los libros de texto necesarios. De viaje en Teherán con su tío, tropezó por casualidad con todos los manuales que buscaba en uno de los bien provistos mercados de libros de la ciudad y compró cierta cantidad de volúmenes de varios títulos, que vendió a sus compañeros de clase por el doble de precio a su regreso a Kabul. Había nacido el librero y Sultán se había salvado.

Sólo ejerció de ingeniero en la obra de dos edificios en Kabul antes de que su obsesión por los libros le apartara del mundo de la construcción. Seducido por los mercados de libros de Teherán, el muchacho de pueblo deambulaba entre los libros de la metrópoli persa, encontrando títulos cuya existencia no se había podido ni imaginar. Compraba caja tras caja de poesía persa, libros de arte y de historia, y por razones comerciales también adquiría los éxitos de venta: libros de texto para ingenieros.

De vuelta en Kabul, Sultán abrió su primera librería: un pequeño tenderete ubicado en el centro de la ciudad, entre vendedores ambulantes de especias y tiendas de kebabs. Corrían los años setenta, cuando gobernaba el liberal y algo perezoso Zahir Shah y la sociedad vacilaba entre lo moderno y lo tradicional. El intento poco entusiasta de Shah de modernizar el país desencadenó en varias ocasiones fuertes críticas por parte de los religiosos, como cuando una decena de ulemas protestó contra las mujeres de la familia real que habían aparecido sin velo en público. Los ulemas fueron encarcelados.

Se abrieron nuevas universidades y centros docentes, y con ellos vinieron las manifestaciones estudiantiles, que fueron suprimidas con mano dura y con varios muertos. Aunque no se celebraban elecciones libres, surgió en esa época un sinfín de partidos y

grupos políticos, desde la extrema izquierda hasta el fundamentalismo religioso. La lucha entre las distintas agrupaciones creó un clima de inestabilidad en el país, que se vio agravado por una economía que se había quedado estancada después de tres años de sequía y de una catastrófica hambruna en 1973. Con Zahir Shah en tratamiento médico en Italia, Daud, primo del rey, se hizo con el gobierno por medio de un golpe de Estado y abolió la monarquía.

El régimen del presidente Daud fue más opresivo que el de su primo. Pero la librería de Sultán Khan prosperaba: vendía libros y revistas publicados por los diferentes grupos políticos, desde los marxistas hasta los fundamentalistas. Vivía con sus padres en la aldea e iba y venía en bicicleta. Su único problema era la insistencia de su madre en que se casara. La mujer no paraba de proponer nuevas candidatas, que si esta prima, que si aquella chica vecina, pero Sultán todavía no deseaba fundar una familia; cortejaba a varias chicas y no sentía prisa en tomar una decisión. Quería estar libre para viajar. Hizo viajes de negocios a Teherán y Tashkent, y también a Moscú, donde tenía una amiga, Ludmila.

Unos meses antes de la invasión del país por la Unión Soviética en diciembre de 1979, Sultán dio su primer paso en falso. Nur Mohamed Taraki, un comunista ateo, dominaba Kabul. El presidente Daud y toda su familia, hasta el hijo menor, un bebé, habían sido asesinados durante el nuevo golpe de Estado. Las cárceles estaban más llenas que nunca y docenas de miles de opositores políticos habían sido arrestados, torturados y ejecutados.

Los comunistas, deseosos de asegurar su poder, trataron de eliminar los grupos islamistas. Los *muyahidin* —los guerreros santos— emprendieron entonces una lucha armada contra el régimen; lucha que más tarde evolucionó hasta convertirse en una guerra despiadada contra la Unión Soviética.

Los *muyahidin* representaban una multitud de ideologías y de tendencias. Las distintas agrupaciones publicaron textos en favor de la *yihad* —la guerra santa contra el régimen hereje— y de la islamización del país. El gobierno, por su parte, se endureció contra los que podían ser cómplices de los *muyahidin* y prohibió imprimir o distribuir sus textos. Sin embargo, Sultán vendía tanto las publicaciones de los *muyahidin* como las de los comunistas, ya que se sentía en la obligación de procurar todo lo que sus clientes buscaban. Además, tenía manía de coleccionista y no se podía resistir a comprar unos cuantos ejemplares de todos los títulos que le ofrecían para luego venderlos un poco más caros; eso sí, siempre escondía las obras más prohibidas debajo del mostrador.

No tardó en ser delatado. Un cliente había sido detenido en posesión de libros de su tienda, y en una razia, la policía encontró unos cuantos títulos prohibidos en la librería. Se encendió la primera hoguera de libros y Sultán fue sometido a severos interrogatorios y palizas antes de ser condenado a un año de prisión. Le destinaron a la sección de presos políticos, donde la posesión de bolígrafo, papel y libros estaba estrictamente prohibida. Pasó meses con la mirada clavada en la pared de enfrente, pero finalmente logró sobornar a un guardia con la comida que le mandaba su madre, y procuró así su lectura semanal. Entre los desnudos muros de piedra, creció el interés cultural y literario de Sultán, de modo que se enfrascó en la poesía persa y la dramática historia de su país. Al salir de la

cárcel estaba aún más determinado a continuar difundiendo el conocimiento de la cultura y la historia afganas, y siguió vendiendo libros prohibidos —tanto de la guerrilla islamista como de la oposición comunista pro China—, pero eso sí, con más prudencia.

Las autoridades no dejaron de vigilarle, y cinco años más tarde fue detenido de nuevo. Otra vez entre rejas, tuvo ocasión de volver a meditar sobre la poesía persa. Ahora se le acusó de ser un pequeñoburgués —uno de los peores insultos en la terminología comunista— por ganarse la vida según el modelo capitalista.

En esta época, el régimen comunista en Afganistán —en medio de los suplicios de la guerra— se esforzaba por suprimir la sociedad tribal para sustituirla por un optimista comunismo. Las tentativas de colectivización de la agricultura eran muy dolorosas para la población; de hecho, muchos campesinos se negaron a ocupar las tierras de los propietarios que habían sido expropiadas, ya que el Corán prohíbe sembrar en tierra robada. Las zonas rurales se sublevaron, el proyecto de una sociedad comunista sufrió un fracaso tremendo y poco a poco las autoridades fueron abandonando su plan: la guerra exigía todas sus energías. En el curso de una década esta guerra costó la vida a un millón y medio de afganos.

Cuando «el capitalista pequeñoburgués» volvió a salir de la cárcel, tenía treinta y cinco años. La guerra contra la Unión Soviética, que se había librado sobre todo en el campo, había dejado a Kabul casi intacto, y la gente se preocupaba por los problemas diarios. Esta vez la madre de Sultán logró convencerle de que se casara y le presentó a Sharifa, una mujer guapa y vivaracha, hija de un general. Se casaron y tuvieron tres hijos y una hija; una criatura cada dos años.

Cuando la Unión Soviética abandonó Afganistán en 1989, la gente esperaba que por fin llegara la paz. No tuvo en cuenta a los *muyahidín*, que se negaron a entregar las armas mientras el gobierno de Kabul siguiera contando con el apoyo de la Unión Soviética. En mayo de 1992, los *muyahidín* tomaron Kabul y la guerra civil estalló con toda la fuerza. El apartamento que la familia había comprado en Microyan —un bloque de viviendas soviéticas— se ubicaba justo en el frente. Los misiles abatían los muros, las balas hacían añicos los cristales y los tanques rodaban por el gran patio del edificio. Después de pasar la familia una semana echada en el suelo para resguardarse de los proyectiles, Sultán aprovechó unas horas de tregua en la lluvia de granadas para llevar a su mujer y a sus hijos a Pakistán.

Durante su estancia allí, la librería fue saqueada, al igual que la Biblioteca Nacional. Libros de gran valor fueron vendidos por monedas a coleccionistas o cambiados por tanques, balas y granadas. Cuando Sultán volvió de Pakistán para velar por su tienda, él también adquirió volúmenes robados de la Biblioteca Nacional a precio de ganga. Por unas docenas de dólares se hizo con ejemplares que tenían siglos de antigüedad; entre ellos, un manuscrito de quinientos años proveniente de Uzbekistán y por el cual el gobierno uzbeko más tarde le ofreció veinticinco mil dólares. Obtuvo igualmente un ejemplar de *Shah Name*, la obra más importante de su poeta favorito, Ferdusi, que había sido propiedad de Zahir Shah. A un precio irrisorio compró también varias obras valiosas, cuyos títulos los saqueadores fueron incapaces de descifrar.

Tras cuatro años de bombardeos, Kabul estaba en ruinas y había perdido cincuenta mil habitantes. El 27 de septiembre de 1996, los ciudadanos se despertaron en una ciudad donde los combates habían cesado. La noche anterior el ministro de Defensa, Ahmed Shah Masud, y sus tropas se habían batido en retirada por el valle de Panshir. Mientras duró la guerra civil, hasta mil misiles habían caído cada día sobre la capital afgana. Ahora reinaba un silencio sepulcral.

Delante del palacio presidencial, dos hombres colgaban de una señal de tráfico. El más grande, cubierto de sangre de pies a cabeza, había sido castrado, tenía los dedos quebrados, el tronco y el rostro magullados y una bala le había atravesado la frente. El otro simplemente había sido fusilado y ahorcado con los bolsillos llenos de billetes de *afgani* en señal de menosprecio. Se trataba del ex presidente Mohamed Najibula y de su hermano. Najibula era un hombre odiado. Había sido jefe de la policía secreta cuando la invasión soviética de Afganistán, y se decía que durante su estadía en el poder había ordenado la ejecución de ochenta mil enemigos del pueblo. De 1986 a 1992 había estado al frente del país respaldado por los rusos. Al llegar los *muyahidín* liderados por Burnahuddin Rabani y Masud, Najibula permaneció en prisión domiciliaria en el edificio de la ONU.

Cuando los talibanes entraron en las zonas orientales de Kabul y el gobierno *muyahidín* decidió retirarse, Masud ofreció a su importante prisionero que escapara con él. Pero Najibula, temiendo por su vida fuera de la capital, optó por quedarse con los guardias de seguridad de la ONU. Se figuraba además que como era un pashtun iba a poder negociar con los talibanes pashtun. A la mañana siguiente todos los guardias habían desaparecido y las banderas blancas de los talibanes ondeaban en las mezquitas.

Incrédulos, los habitantes de Kabul se reunieron alrededor de la señal de tráfico de la plaza Ariana. Contemplaron a los ahorcados y luego volvieron a sus casas en silencio. La guerra había terminado, pero otra estaba a punto de estallar: la guerra contra los placeres del pueblo.

Los talibanes restablecieron el orden a la vez que dieron el golpe de gracia al arte y la cultura afganos. Quemaron los libros de Sultán y se presentaron en el Museo de Kabul armados de hachas y con su propio ministro de Cultura como testigo presencial. Cuando llegaron, en el museo no quedaba gran cosa. Todas las piezas trasladables habían sido saqueadas durante la guerra civil, y como consecuencia de ello habían desaparecido piezas de cerámica de la época en que Alejandro Magno conquistó el país, espadas tal vez usadas en batallas contra Gengis Kan y sus hordas de mongoles, miniaturas persas y monedas de oro. Hoy día la mayoría de estas piezas está desperdigada en casas de coleccionistas anónimos de todo el mundo, ya que fueron muy pocos los objetos que se lograron salvar antes de que el saqueo comenzara en serio.

Quedaban todavía unas enormes estatuas de los reyes y príncipes de Afganistán, así como budas milenarios y unos frescos. Animados por el mismo espíritu que los dominó durante su visita a la librería de Sultán, los soldados llevaron a cabo su misión. Ante los ojos anegados en lágrimas de los guardias del museo, los talibanes pulverizaron los restos de la colección. Lo destrozaron todo con sus hachas hasta que sólo quedaron los pedestales desnudos en medio de montones de polvo de mármol y de trozos de arcilla. Tardaron medio día en destruir los testimonios de una historia milenaria. Acabado el vandalismo, sólo quedaba en el museo una cita ornamentada del Corán sobre un pequeño mausoleo que el ministro de Cultura había juzgado preferible respetar.

El edificio había sido bombardeado durante la guerra civil por estar también en primera línea. Cuando los verdugos del arte abandonaron el lugar, los guardias del museo permanecieron entre los escombros. Recogieron laboriosamente los trozos de las obras

que habían quedado desperdigados y los dejaron etiquetados en unas cajas. En algunos casos, todavía se veía lo que habían representado las piezas: la mano de una estatua, el bucle de pelo de otra. Las cajas fueron depositadas en los sótanos con la esperanza de que algún día alguien pudiera restaurar las estatuas.

Seis meses antes de la caída de los talibanes, los gigantescos budas de Bamiyán, que con sus casi dos mil años de antigüedad constituían el patrimonio cultural más importante de Afganistán, fueron también dinamitados. La explosión fue tan fuerte que no quedó nada, ni siquiera un fragmento que pudiera recogerse.

Durante este régimen, Sultán Khan asumió la responsabilidad de salvar lo que pudiera de la cultura afgana. Después de la quema de libros en la rotonda, obtuvo su libertad por medio de sobornos, y ese mismo día rompió el precinto de su librería. Lloró entre las ruinas de sus tesoros. Con un rotulador trazó grandes rayas negras encima de todas las ilustraciones que habían escapado a la furia destructora de los soldados. Era preferible eso a ver los libros quemados. Pero finalmente tuvo una mejor idea: pegó su tarjeta de visita encima de los retratos. De ese modo quedaron cubiertos por su propio sello; tal vez un día podría retirar las tarjetas y las imágenes podrían ser contempladas de nuevo.

Pero el régimen se volvió cada vez más despiadado. Con los años se hizo más hincapié en la línea puritana y en cumplir las normas del tiempo de Mahoma. Una vez más, Sultán fue convocado al Ministerio de Cultura.

—Ciertas personas van a ir a por ti y yo no te puedo proteger —le dijo el ministro.

En ese momento, en el verano de 2001, Sultán decidió dejar el país. Solicitó visados para Canadá para él, sus dos esposas y sus cuatro hijos. Todavía en Pakistán, sus mujeres e hijos rechazaron de plano la vida de refugiados que deberían llevar allí.

Tampoco Sultán podía renunciar a sus libros; poseía ahora tres librerías: una la llevaban sus hermanos menores, otra su hijo mayor y la tercera él mismo. Solamente una pequeña parte de los volúmenes estaba a la vista en las estanterías. La mayoría —casi diez mil ejemplares— se hallaba escondida en desvanes por toda la ciudad. Sultán no podía permitir que se perdiera su colección, fruto de treinta años de trabajo. No podía permitir que los talibanes u otros guerreros siguieran destruyendo el alma de Afganistán. Además, tenía un plan secreto, un sueño y un compromiso: cuando el gobierno de los talibanes fuera suplantado por uno de confianza, el librero donaría sus libros a la saqueada biblioteca pública que otrora había hecho gala de centenares de miles de títulos. O quizá abriría su propia biblioteca y ejercería él mismo de digno bibliotecario.

Debido a las amenazas de muerte, a Sultán Khan le fueron concedidos los visados para Canadá. Pero nunca se fue. Mientras sus mujeres preparaban el viaje y hacían las maletas, él encontraba todo tipo de excusas para posponerlo: que si estaba a la espera de unos libros, que si la librería corría peligro, que si un pariente acababa de morir... Siempre surgía algún impedimento.

Luego llegó el 11 de septiembre. Cuando las bombas volvieron a caer en Afganistán, Sultán se reunió con sus esposas en Pakistán y ordenó a Yunus —uno de sus hermanos menores solteros que permaneciera en Kabul para velar por el negocio.

Cuando cayó el gobierno talibán dos meses después de los ataques terroristas en Estados Unidos, Sultán fue de los primeros en regresar a Kabul. Por fin podía llenar las estanterías con las obras que deseaba. Podía vender a los extranjeros como objetos curiosos los libros de historia con las ilustraciones tachadas con rotulador y quitar las tarjetas de visita pegadas sobre los retratos de seres vivos. Quería volver a enseñar los brazos blancos de la reina Soraya y el pecho cubierto de doradas condecoraciones del rey Amanula.

Una mañana en su tienda y con una taza humeante de té en la mano, se dio cuenta de que Kabul resucitaba. Mientras hacía planes para realizar su sueño, le vino a la mente una cita de su poeta favorito Ferdusi: «Para lograr el éxito, a veces hay que ser lobo, a veces, cordero». Ya era hora de ser lobo.

III

CRIMEN Y CASTIGO

De todas partes las piedras silbaban contra el poste. La mayoría dio en el blanco. La mujer no chillaba, pero pronto se elevó un alarido de la muchedumbre. Un hombre corpulento había encontrado una piedra particularmente buena —grande y angulosa— y la lanzó con todas sus fuerzas después de haber apuntado con precisión al cuerpo de la mujer. Le alcanzó justo en el vientre con tal violencia que la primera sangre de la tarde atravesó la burka. Eso fue lo que provocó el griterío de la multitud. Otra piedra del mismo tamaño le atinó en el hombro, haciendo brotar tanta sangre como aplausos.

JAMES A. MICHENER, *Caravanas*

Sharifa, la esposa desechada, espera en Peshawar. Sabe que Sultán está a punto de llegar, pero como él nunca se toma la molestia de avisar de su partida de Kabul, ella le espera durante días, pues puede llegar en cualquier momento. Prepara cada comida como si su marido fuera a venir: un pollo especialmente cebado, las espinacas que tanto le gustan y la salsa verde de pimientos hecha en casa. La ropa limpia y recién planchada sobre la cama y el correo dispuesto con esmero en una caja.

Las horas pasan. Sharifa vuelve a guardar el pollo, las espinacas se pueden recalentar y la salsa de pimientos va a parar a la alacena. Barre el suelo, lava las cortinas y quita el polvo inacabable antes de sentarse con un suspiro y llorar un poco. No es que eche de menos a Sultán, pero deplora la pérdida de su vida anterior como mujer de un librero exitoso, respetado y cortés y como madre de sus hijos. Como la escogida.

En ocasiones ha llegado a odiar a Sultán por haberle destruido la existencia, por haberle quitado a sus hijos, por haberla humillado delante de todo el mundo.

Hace dieciocho años que Sultán y ella se casaron, y dos años han pasado desde que él tomó una segunda esposa. Desde entonces Sharifa vive como una mujer divorciada, pero sin libertad. Sultán sigue mandando sobre ella y ahora ha decidido que se quede en Pakistán para velar por la casa donde él guarda sus libros más preciados. Aquí él dispone de un ordenador y un teléfono, desde aquí puede mandar paquetes de libros a sus clientes y recibir correo electrónico, todo lo cual es imposible en Kabul, donde no funciona ni el correo, ni el teléfono, ni Internet. Sharifa vive aquí porque es conveniente para Sultán.

El divorcio nunca ha sido una opción para ella. Si una mujer pide el divorcio, prácticamente pierde todos sus derechos. Todos sus bienes van a parar a manos del marido, y también los hijos se quedan con el padre, él puede incluso prohibirle que los vea. La mujer que pide el divorcio deshonra a su propia familia, que a su vez suele expulsarla. En el caso de Sharifa, hubiera tenido que irse a vivir a casa de uno de sus hermanos.

Durante la guerra civil, a principios de los años noventa, y durante algunos años del régimen talibán, toda la familia Khan vivió en Peshawar, en el barrio de Hayatabad, donde nueve de cada diez habitantes son afganos. Pero uno tras otro regresaron a Kabul: los hermanos y las hermanas, el mismo Sultán, Sonya y los hijos, empezando por Mansur de dieciséis años, luego Aimal de doce y, finalmente, Eqbal de catorce. Ahora sólo quedan Sharifa y su hija Shabnam, deseosas de que Sultán las lleve un día a Kabul, donde tienen a la familia y a los amigos. Él lo promete una y otra vez, pero siempre surge algún impedimento. La casa ruinoso de Peshawar, que debía cobijarlos provisionalmente de las balas y las granadas de Afganistán, se ha convertido en la cárcel de Sharifa: no puede mudarse sin el consentimiento de su marido.

El primer año del segundo matrimonio de Sultán, Sharifa vivió con la pareja. Sonya le pareció una chica estúpida y perezosa, o quizá no era de hecho holgazana, pero Sultán nunca le dejaba mover un dedo. Sharifa cocinaba y servía, lavaba y hacía las camas. Al principio Sultán solía encerrarse con Sonya en el dormitorio durante días, pidiendo té o agua de vez en cuando, y los susurros y risas mezclados con sonidos que se oían provenientes de la habitación destrozaban el corazón de Sharifa.

Ella contenía los celos e hizo tan bien el papel de esposa modelo que sus parientes y amigas llegaron a decirle que había que concederle el premio a la primera esposa. Jamás se la oyó quejarse de ser dejada de lado, nunca se enfrentó con Sonya ni habló mal de ella.

Acabada la apasionada luna de miel y con Sultán de vuelta al mundo de los negocios, las dos mujeres se quedaron en compañía la una de la otra. Mientras Sonya se empolvaba la cara y se probaba sus nuevos vestidos, Sharifa se esforzaba por hacer de madraza encantadora. Se hizo cargo de las tareas más arduas, y poco a poco enseñó a Sonya a preparar los platos favoritos de Sultán, a cuidar de su ropa, a calentar el agua de sus abluciones a la temperatura adecuada y otras obligaciones que una esposa debe cumplir.

Pero, ¡y la deshonra! Si bien no es nada extraño que un hombre tome una segunda esposa y hasta una tercera, no por eso resulta menos humillante. En cualquier caso, la esposa desairada es tildada de inútil, y Sharifa aún más debido a la evidente preferencia de su marido por la más joven.

Sintió la necesidad de dar una explicación a por qué su marido se había vuelto a casar, debía inventar algo que no la inculpara a ella, sino que mostrara que la nueva situación se debía a circunstancias externas que la habían superado. Por tanto, contó a todo el mundo que había sido operada de un pólipo uterino y que el médico la había alertado del peligro letal que representaba seguir compartiendo el lecho con su marido. Ella misma, decía, había aconsejado a Sultán que se volviera a casar y había escogido a Sonya para él. Desde luego, añadía, él era todo un hombre.

Según Sharifa, esta enfermedad imaginaria era mucho menos vergonzosa que el hecho de que ella, la madre de sus hijos, ya no sirviera a Sultán. De esta manera daba a entender que él se había vuelto a casar prácticamente por consejo del médico, y a veces llegaba a sostener con los ojos brillantes que ella quería a Sonya como a una hermana, y a Latifa, la hija de Sonya, como si fuera su propia hija.

A diferencia de Sultán, los hombres polígamos suelen mantener un equilibrio perfecto en el disfrute de sus mujeres: una noche con una, la siguiente con la otra, y así durante años y años. Los hijos de las distintas mujeres tienen la misma edad y crecen como hermanos, mientras las madres cuidan celosamente de que sus pequeños reciban la misma atención que los de las otras, y de que ellas mismas no resulten discriminadas en cuanto a ropa y regalos. Muchas se odian y no se dirigen la palabra, y hay algunas que aceptan que su marido tenga otra u otras esposas ya que es su derecho, y acaban siendo amigas entre ellas. La nueva rival, desde luego, se casa debido al acuerdo negociado entre sus padres y su futuro marido. Pocas chicas jóvenes sueñan con ser la segunda esposa de un hombre mayor: mientras la primera ha disfrutado de sus años mozos, a la segunda le queda sólo su vejez. En algunos casos ninguna de las dos mujeres quiere realmente desde un principio al hombre y prefiere no tenerle en su lecho cada noche.

Los bonitos ojos castaños de Sharifa contemplan el vacío; esos ojos que Sultán solía decir que eran los más bellos de Kabul. Ahora, rodeados por párpados pesados y finas arrugas, han perdido el brillo, y la piel blanca de Sharifa tiene manchas naturales que ella disimula discretamente con maquillaje. Siempre ha compensado sus cortas piernas con la blancura de su piel: para los afganos, el atractivo estriba en la altura y la palidez de la piel. Preservar la juventud es una lucha constante para ella, que esconde que de hecho tiene unos años más que su marido. Sharifa mantiene a raya las canas con tintes que ella misma se aplica, pero no puede borrar la tristeza de su rostro.

Atraviesa la habitación con paso pesado. La partida a Kabul de su marido y los tres hijos varones la ha dejado sin nada que hacer. Las alfombras están cepilladas, la comida preparada. Enciende la televisión y mira una violenta película americana, una de esas de aventuras en las que héroes guapos y fuertes luchan contra dragones, monstruos y calaveras, criaturas del mal a las que al final siempre logran derrotar. Sharifa está muy atenta a pesar de que el diálogo es en inglés, lengua que ella no domina. Al terminar la película hace una llamada a su cuñada y luego se levanta y se pone a mirar por la ventana. Desde el segundo piso tiene una vista perfecta de todo lo que pasa en los patios de los alrededores, que están separados por muros de la altura de un hombre. Como el suyo, los otros patios están llenos de ropa tendida.

De todos modos, en Hayatabad no hace falta ver para saber. Con los ojos cerrados y en la propia casa, uno sabe que el vecino escucha música pop pakistaní extremadamente fuerte, que unos niños gritan y otros juegan, que una madre riñe a su hijo, que una mujer da una sacudida a la alfombra y otra lava los platos al sol o pica un ajo, y que la comida de la vecina se está quemando. Y lo que los ruidos y los olores no revelan, llega en forma de rumores y chismorreos. Se propagan como un reguero de pólvora por este barrio donde cada uno hace de vigilante moral de los otros.

Sharifa comparte el viejo y ruinoso edificio y su patio minúsculo con tres familias. Cuando está claro que Sultán no llega, baja a reunirse con las vecinas. Abajo están todas las mujeres de la finca, además de algunas selectas de los patios cercanos. Cada jueves por la tarde se juntan para celebrar el nazar, una ceremonia religiosa, para cotillear y rezar.

Se atan con fuerza los pañuelos, extienden las alfombras de oración orientándolas hacia La Meca y se inclinan, rezan y se enderezan, rezan y se inclinan de nuevo, cuatro veces en total. Dirigen en silencio su llamamiento a Alá y solamente mueven los labios. A medida que se desocupan las alfombras, otras mujeres toman el relevo:

*En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso,
alabado sea Alá, Señor del Mundo,
el Clemente, el Misericordioso.
Señor del día del Juicio,
a Ti te adoramos, a Ti te pedimos ayuda.
Guíanos por el camino recto,
el camino de los que Tú has colmado de favores,
no de los que Tú repruebas ni de los perdidos.*

Apenas terminada la oración susurrante, es reemplazada por el parloteo en voz alta. Las mujeres se instalan en cojines a lo largo del muro, el hule en el suelo cubierto con tazas y escudillas. Alguien trae té de cardamomo recién hecho y una especie de pudín seco hecho de migas de galletas y azúcar. Todas sostienen las manos enfrente de la cara y vuelven a rezar en coro y con murmullos en torno del pudín: *La ilaha ila Alá Mohamed rasul Alá*. «No hay otro Dios que Alá y Mahoma es su profeta.»

Cuando todas han rezado a Alá con la esperanza de ver cumplidos sus sueños, puede comenzar el verdadero ritual de los jueves: comer pudín, beber té de cardamomo e intercambiar las últimas noticias. Sharifa deja caer algunas palabras acerca de la llegada inminente de Sultán, pero nadie la escucha: hace tiempo que su drama triangular ha dejado de ser novedad en la calle 103 de Hayatabad. Ahora la protagonista de los chismes es Salika, de dieciséis años. Encerrada en una pequeña habitación —después de un crimen imperdonable cometido dos días antes—, yace en su estera con hematomas en la cara y rojas hinchazones en la espalda.

Con los ojos abiertos de par en par, las vecinas que todavía no están enteradas se disponen a escuchar los pormenores de la historia. El crimen de Salika había empezado medio año antes cuando una tarde Shabnam, la hija de Sharifa, le entregó una esquila misteriosa.

—He prometido no decir de quién es, pero es de parte de un chico —explicó Shabnam, entusiasmada y excitada por su importante misión—. No se atreve a dejarse ver, pero yo sé quién es.

Shabnam aportaba sin cesar nuevos mensajes del enamorado en forma de corazones atravesados por flechas o que ponían «*I love you*» con angulosa letra de chico. Salika empezó a ver al misterioso remitente en cada joven que encontraba por la calle. Cuidaba de su vestimenta y procuraba tener siempre el pelo brillante, maldiciendo el velo largo que su tío la obligaba a llevar.

Un día, el mensaje indicaba que él estaría junto a un poste cerca de la casa de ella a las cuatro de la tarde y que llevaría un suéter rojo. Salika temblaba de emoción al salir

de casa. Se había arreglado especialmente, con su traje azul claro de terciopelo y sus joyas preferidas: pulseras doradas y cadenas pesadas, y junto a su amiga pasó tímidamente delante del chico alto y esbelto que llevaba un suéter rojo y tenía el rostro vuelto hacia el otro lado. Él no las miró.

Luego fue ella quien tomó la iniciativa. «Mañana tienes que girarte», escribió, y le dio la nota a Shabnam, mensajera entusiasta y cumplidora. Pero el chico tampoco se volvió hacia ellas esa vez. En la tercera ocasión sí se giró un instante. Salika sintió que el corazón le daba un vuelco, pero siguió caminando mecánicamente. La expectación se había transformado en una obsesión amorosa. No es que el chico fuera especialmente guapo, pero era él quien le había estado escribiendo. Durante varios meses intercambiaron mensajes y miradas a escondidas.

Pronto se añadieron nuevos delitos al primero de haber aceptado una carta de un chico y, ¡Alá nos proteja!, haberle respondido. La segunda transgresión fue enamorarse de alguien que sus padres no habían elegido. Salika sabía que el chico no les iba a gustar: no tenía dinero, ni estudios y provenía de una familia de rango inferior. En Hayatabad, la decisión de cualquier matrimonio es responsabilidad de los padres. Cuando se casó la hermana de Salika, la boda tuvo lugar después de que la novia luchara durante cinco años con su padre. Se había enamorado de otro joven no elegido por sus padres y se había negado a dejarle. Los padres sólo dieron su brazo a torcer después de que los dos amantes ingirieron un frasco de píldoras cada uno y tuvieron que ser sometidos a una intervención estomacal en el hospital.

Un día, el azar reunió a Salika con Nadim, su enamorado. La madre de ella iba a pasar el fin de semana con parientes en Islamabad y su tío estaría fuera todo el día. Sólo quedaba en casa la tía, a quien Salika dijo que iba a visitar a una amiga.

—¿Te han dado permiso? —inquirió la mujer.

El tío funcionaba como cabeza de familia mientras el padre de Salika seguía en un centro de refugiados en Bélgica a la espera de su permiso de residencia para poder trabajar y mandar dinero a los suyos o, mejor aún, llevarlos con él.

—Mamá me ha dicho que podría irme en cuanto terminara con mis faenas en casa —mintió Salika antes de irse no a casa de su amiga, sino a encontrarse con Nadim.

—No podemos hablar aquí —musita presurosa cuando fingen toparse en una esquina. Él para un taxi y la hace entrar. Salika jamás había estado en un taxi con un desconocido y tiene el alma en un hilo. Paran junto a un parque, uno de los parques mixtos de Peshawar donde hombres y mujeres pueden caminar juntos.

Durante apenas media hora conversan sentados en un banco del parque. Nadim dice que tiene grandes proyectos para el futuro: quiere comprar una tienda o ser comerciante de alfombras. Salika por su parte está aterrorizada de que alguien les vea, y a menos de una hora de su salida ya está de vuelta en su casa. Pero ya ha estallado el escándalo, porque Shabnam había visto a Nadim llevársela en taxi y se lo había contado a Sharifa, quien a su vez había informado a la tía de Salika.

Cuando ésta vuelve a casa, es recibida con un fuerte golpe en la boca. Su tía la encierra en una habitación antes de llamar a su madre a Islamabad. El tío regresa a casa y toda la familia entra en el cuarto para exigirle que cuente lo que ha hecho. El tío es presa de cólera al saber lo del taxi, el parque y el banco, y con un viejo cable que encuentra azota largo rato la espalda de su sobrina mientras la tía la sujeta. Después la abofetea hasta que empieza a salirle sangre por la nariz y por la boca.

—¿Qué habéis hecho? ¿Qué habéis hecho? ¡So puta! —grita el tío—. ¡Avergüenzas a la familia entera! ¡Eres una deshonra, una enferma!

Su voz retumba por todo el inmueble y entra por las ventanas abiertas de los vecinos. La noticia de la fechoría de Salika no tarda en estar en boca de todos; es el delito por el que sigue castigada hoy rezando a Alá en su encierro para que Nadim pida su mano, para que sus padres den la autorización, para que su joven enamorado encuentre empleo en una tienda de alfombras, para que ambos puedan salir de sus casas y vivir juntos.

—Si es capaz de coger un taxi con un chico, puede ser capaz de otras cosas también —comenta Nasrin, una amiga de la tía, mirando desdeñosa a la madre de Salika mientras sigue comiendo el pudín a la espera de una reacción a sus palabras.

—Simplemente se fue al parque; no hacía falta que la dejara medio muerta por ello —discrepa Shirin, que es médica.

—Si nosotras no llegamos a pararle, Salika hubiera acabado en el hospital —afirma Sharifa—. La muchacha se ha pasado toda la noche en el patio rezando, estuvo ahí hasta que sonó la llamada a la oración —añade la primera mujer de Sultán, cuyo insomnio le permitió ver a la joven desdichada.

Las mujeres suspiran; una de ellas musita una oración. Todas están de acuerdo en que Salika ha cometido un error al verse con Nadim en el parque, pero discrepan sobre si se trata de una mera desobediencia o de una falta grave.

—¡Qué deshonra, qué deshonra! —se lamenta la madre de Salika—. ¿Cómo he podido tener una hija así?

Las mujeres discuten sobre lo que hay que hacer. Si el joven pide la mano de Salika, la deshonra se puede olvidar; pero la madre de la chica no le quiere como yerno porque viene de una familia pobre, no tiene estudios y se pasa el día en la calle. Su único empleo fue en una fábrica de alfombras y lo perdió. Si Salika se casa con Nadim, tendrá que ir a vivir con los padres de él, porque no tendrán medios para poder vivir solos.

—Su madre es una mala ama de casa —sostiene una de las vecinas—. Su casa es un completo desastre porque ella es una holgazana y va donde le da la gana.

Una mujer mayor se acuerda hasta de la abuela de Nadim.

—Cuando vivían en Kabul, recibían a cualquiera —cuenta, y añade con tono de confianza—: Hasta iban hombres que no eran parientes cuando ella estaba sola.

—Con todo el debido respeto a ti —dice una mujer dirigiéndose a la madre de Salika—, siempre he considerado que tu hija era demasiado presumida, siempre maquillada, siempre emperifollada. Tendrías que haberte dado cuenta de que la dominaban pensamientos impuros.

Durante un momento, todas callan, como si estuvieran de acuerdo sin querer demostrarlo, por compasión a la madre de Salika. Una de ellas se limpia la boca; ya va siendo hora de preparar la cena. Las otras se levantan, una tras otra. Sharifa sube por la escalera hacia sus tres habitaciones y pasa delante del cuarto donde Salika sigue encerrada y donde permanecerá hasta que su familia haya decidido el castigo.

Sharifa suspira. Piensa en el castigo que recibió su cuñada.

Yamila era de muy buena familia, rica, irreprochable y bella como una flor. El hermano de Sharifa había ahorrado dinero en Canadá y podía, por tanto, permitirse pedir la mano de esta belleza de dieciocho años. La boda no tuvo igual, con quinientos invitados, platos fastuosos y la novia espléndida. Todo había sido organizado por los padres, y Yamila no conoció a su prometido hasta el día de la boda. El novio, un hombre alto y flaco, de unos cuarenta años, vino directamente de Canadá para casarse con la afgana, pasó quince días con su esposa y luego regresó a Canadá para ocuparse del visado de Yamila y que ella pudiera seguirle los pasos. Mientras tanto, ella vivía con los dos hermanos de Sharifa y las esposas de ambos; pero el proceso para obtener el visado tardó más de lo esperado. Al cabo de tres meses estalló el escándalo. La policía informó a la familia de que alguien había visto entrar a un hombre en el cuarto de Yamila por la ventana. Al hombre no le cogieron nunca, pero los hermanos de Sharifa encontraron su teléfono móvil en el cuarto como prueba de la relación. La familia de Sharifa anuló el matrimonio de inmediato y devolvieron a Yamila a su propia familia. La muchacha fue encerrada en una habitación mientras se celebraba un consejo familiar que duró dos días enteros.

Tres días después, el hermano de Yamila fue a comunicar a Sharifa que su hermana había muerto a causa de un cortocircuito en el ventilador. Al día siguiente fue enterrada, con muchas flores y muchos rostros serios; la madre y las hermanas inconsolables. Todo el mundo deploraba la muerte de Yamila en plena juventud.

—Igual que la boda —dijo la gente—. Un entierro magnífico.

El honor de la familia se había salvado.

Sharifa le había dejado el vídeo de la boda al hermano de Yamila, pero éste nunca se lo devolvió; no debía quedar testimonio alguno de que se había celebrado esa boda. Sharifa conserva, no obstante, algunas fotos, pocas, de ese día. A los novios se les ve muy serios cortando la tarta. Yamila está exquisita con su vestido y su velo blancos, es la misma imagen de la inocencia, el pelo negro reluciente y la boca roja. Sharifa suspira. Yamila cometió ciertamente un gran crimen, pero más por estupidez que por malicia.

—No mereció morir, pero fue la voluntad de Alá —murmura antes de empezar a recitar en voz baja una oración.

Todavía hay algo que no logra entender: los dos días que duró el consejo de familia tras el cual la madre de Yamila —¡su propia madre!— aceptó que había que matarla. Fue la madre quien al final mandó a sus hijos a asesinar a Yamila. Juntos entraron en el cuarto de su hermana, juntos pusieron un cojín sobre su cara y juntos lo presionaron cada vez más fuerte hasta que el cuerpo de la joven se apagó.

Luego volvieron al lado de la madre.

IV

EL SUICIDIO Y EL CANTO

El deseo amoroso de una mujer es tabú en Afganistán, está prohibido tanto por el estricto código de honor de los clanes como por los ulemas. La gente joven no tiene derecho a encontrarse, a amarse o a elegir. El amor no es un idilio normal, sino más bien lo contrario: puede ser un crimen grave que se castiga con la muerte. Los indisciplinados son asesinados a sangre fría, y cuando sólo es castigado uno de los dos amantes, siempre se trata de la mujer.

Las jóvenes son ante todo un objeto de intercambio o de venta. El casamiento es un contrato hecho entre las familias o dentro de la familia. Su utilidad para el clan es un factor decisivo, y los sentimientos rara vez son tomados en cuenta. Durante siglos, las mujeres afganas han tenido que aguantar la injusticia de la que son víctimas. Existen, no obstante, testimonios de su disconformidad en forma de cantos y poemas secretos, cuyo eco permanece en las montañas o en el desierto.

Las mujeres protestan con «el suicidio o el canto», escribió el poeta afgano Sayd Bahodin Majruh en un libro sobre la poesía de las mujeres pashtun. Con la ayuda de su cuñada, Majruh, que murió en Peshawar en 1988 asesinado por los fundamentalistas, logró recuperar varios de estos poemas pertenecientes a la tradición popular que se han ido transmitiendo en torno al pozo de agua, en los caminos rurales, alrededor del horno... Evocan los amores prohibidos, donde el amante nunca es el marido, y hablan del odio hacia este marido, a menudo mucho mayor; pero también expresan el orgullo y la valentía de las mujeres. Esta poesía se llama *landay*, que significa «breve», y —limitada a unos pocos versos consta de poemas cortos y rítmicos como «un grito, un furor, un navajazo», en palabras de Majruh:

*Gente cruel, queréis que un viejo
me lleve a su cama.
¡Y preguntáis por qué lloro y me tiro del pelo!*

*¡Ay, Alá!, me mandas de nuevo a la noche tenebrosa,
y de nuevo tiemblo de la cabeza a los pies
porque tengo que subir a la cama que odio.*

Sin embargo, las mujeres en estos poemas también pueden ser rebeldes y arriesgar la vida por el amor en una sociedad donde la pasión está prohibida y el castigo es despiadado.

*Dame tu mano, mi amor, y vámonos al campo
para amarnos o caer juntos bajo los navajazos.*

*Me lanzo al río, la corriente no me arrastra.
Mi horrible marido tiene suerte: siempre soy devuelta a la ribera.*

*Mañana por la mañana me matan por ti;
tú por tu parte no digas que no me has querido.*

La mayoría de estos gritos evoca la decepción de una vida mutilada. Una mujer reza a Alá para que en su próxima vida le deje ser una piedra antes que una mujer. Ninguno de estos poemas aborda el tema de la esperanza; al contrario, en todos ellos reina el desaliento. El hecho es que estas mujeres no han vivido lo suficiente, no han sacado suficiente provecho a su belleza o a su juventud y no han conocido debidamente los placeres del amor.

*Yo era más bella que una rosa.
Bajo tu amor, me he vuelto amarilla como una naranja.*

*Antes yo desconocía el sufrimiento;
por eso crecí recta como un abeto.*

Los poemas también están llenos de dulzura. Con una brutal sinceridad, la mujer glorifica su cuerpo, el amor carnal y la fruta prohibida como si quisiera escandalizar a los hombres y provocar su pasión:

*Pon tu boca sobre la mía,
pero deja libre mi lengua para que te hable de amor.*

*Cógeme primero en tus brazos, sujétame,
sólo luego puedes atarte a mis muslos de terciopelo.*

*Mi boca es para ti, devórala, no tengas miedo.
No es de azúcar que se pueda disolver.*

*De buena gana te doy mi boca,
pero, ¿por qué traer mi jarro si ya estoy mojada?*

*Te harás ceniza al instante
si yo fijo mi mirada embriagadora en ti.*

*El suicidio y el canto.
Poesía popular de las mujeres pashtun,
de Sayd Bahodin Majruh, Gallimard, 1994*

V

EL VIAJE DE NEGOCIOS

El día está fresco todavía. El sol arroja sus primeros rayos sobre la montaña. En este paisaje polvoriento y de un color marrón tirando a gris, las pendientes escarpadas son de piedra pura, rocas que en cualquier momento pueden caer rodando en un desmoronamiento devastador, y de gravilla que cruje bajo los cascos de los caballos. Emergiendo de entre las piedras, los cardos rozan las piernas de los contrabandistas, los refugiados y los guerreros que huyen por el caos de senderos que se atraviesan y desaparecen detrás de piedras y montículos.

Es la ruta del contrabando entre Afganistán y Pakistán, donde se encuentra de todo, desde armas y opio hasta cigarrillos, pasando por cajas de Coca-Cola. Esos mismos senderos se han usado durante siglos, y por ellos pasaron furtivamente los talibanes y los guerreros árabes de Al Qaeda cuando comprendieron que el combate por Afganistán estaba perdido y retrocedieron a los territorios tribales de Pakistán. Volvieron a usarlos cuando regresaron para combatir a los soldados norteamericanos, esos impíos que han ocupado Tierra Santa musulmana. En las regiones fronterizas, las autoridades afganas y las pakistaníes no tienen el control que pertenece a las tribus pashtuna ambos lados de la frontera. Este vacío jurídico está incluso establecido en la legislación pakistaní: las autoridades pueden operar en los caminos asfaltados y hasta veinte metros a ambos lados. Más allá prevalece la ley de las tribus.

Esta mañana el librero Sultán Khan pasa delante de los guardias fronterizos. A menos de cien metros está la policía pakistaní; pero mientras las personas, los caballos y los burros cargados se mantienen a una distancia prudencial del camino, no hay nada que la guardia pueda hacer.

En cambio, si bien las autoridades no pueden controlar el torrente de viajeros, muchos de ellos son parados y «sometidos a un impuesto» por hombres armados que a menudo no son más que campesinos corrientes. Sultán ha tomado sus precauciones: antes de salir, Sonya le cosió el dinero en la manga de su camisa, sus enseres personales están en un sucio saco de azúcar y lleva puesto el *shalwar kamiz* más viejo.

Como para la mayoría de los afganos, la frontera pakistaní también está cerrada para Sultán. El hecho de que tenga en Pakistán una familia, una casa, un negocio y una hija escolarizada no cambia nada: no es bienvenido. Cediendo a la presión de la comunidad internacional, Pakistán ha cerrado la frontera para que los terroristas talibanes y sus partidarios no se escondan en el país. Inútil medida, ya que los terroristas y los guerrilleros no acostumbran a presentarse en los pasos fronterizos pasaporte en mano. Se sirven de los mismos senderos que utiliza Sultán cuando va en viaje de negocios, y miles de personas acceden cada día de esta forma de Afganistán a Pakistán.

Los caballos tienen dificultades para subir a la montaña. Alto y robusto, Sultán monta su caballo a pelo, y hasta con esa ropa vieja parece bien vestido, la barba recién recortada como siempre y el pequeño fez que le sienta de maravilla. Incluso cuando se agarra asustado a las riendas, tiene el aspecto de un hombre distinguido que ha venido a dar un paseo por las montañas para admirar el paisaje. Pero su asiento es inseguro; un paso falso, y caballo y hombre caerán por el precipicio. Por su parte, el animal anda con

paso tranquilo por los conocidos senderos sin dejarse incomodar por el hombre que porta sobre el lomo. Sultán lleva el valioso saco de azúcar anudado fuertemente en la mano: en él tiene los libros de los que quiere hacer ediciones pirata y el borrador de lo que espera que sea el contrato más importante de su vida.

Alrededor de él caminan otros afganos que desean entrar en el país supuestamente vedado. Hay mujeres en *burka*, cabalgando a asentadillas, que van a visitar a sus parientes; estudiantes que vuelven a la Universidad de Peshawar tras celebrar el *Id al Fitr*, el fin del Ramadán, en el seno de su familia; quizá también algún que otro contrabandista u hombre de negocios. Sultán no pregunta. Piensa en su contrato, se concentra en las riendas y maldice a las autoridades pakistaníes. Primero un día en coche desde Kabul a la frontera, a continuación una noche en una inmunda fonda en la frontera, luego un día entero a caballo, a pie y en la plataforma de una furgoneta. Por el camino principal, en cambio, el trayecto de la frontera a Peshawar es de sólo una hora. A Sultán le resulta degradante verse obligado a entrar subrepticamente y a ser tratado como un infrahumano. Considera que —después del apoyo económico, político y armamentístico que dieron los pakistaníes al régimen talibán— es hipócrita ejercer de súbito de lacayos de Estados Unidos y cerrar la frontera a los afganos.

Aparte de Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos, Pakistán era el único país que había reconocido oficialmente el régimen talibán. Las autoridades pakistaníes deseaban que los pashtun mantuvieran el control de Afganistán porque se trata de una etnia presente a ambos lados de la frontera y sobre la que Pakistán ejerce una gran influencia. Casi todos los talibanes eran pashtun, el grupo étnico más numeroso de Afganistán que representa el cuarenta por ciento de la población. Más al norte dominan los tayikos, y uno de cada cuatro afganos es tayik. La Alianza del Norte —que luchó acerbamente contra los talibanes y que recibió el apoyo de los norteamericanos después del 11 de septiembre— está formada sobre todo por gente de la tribu tayik, de la que desconfían los pakistaníes. Después de la caída del régimen talibán, los tayikos han obtenido mucho poder en el gobierno, por lo que muchos pakistaníes ahora se sienten rodeados por enemigos: la India al este y, Afganistán al oeste.

Aun así, el odio étnico entre los afganos es poco frecuente. Los conflictos surgen sobre todo de luchas por el poder entre diferentes señores de la guerra que propician las luchas intertribales. Los tayikos temen que los pashtun se hagan con demasiado poder y les exterminen en caso de otra guerra, y los pashtun temen a los tayikos por idénticas razones. En el nordeste del país la relación entre uzbekos y hazaras es bastante parecida. Por otro lado, numerosos conflictos se producen entre señores de la guerra pertenecientes a una misma etnia.

A Sultán le preocupa poco la sangre que corre por sus venas y por las de los demás. Con una madre pashtun y un padre tayik posee una buena mezcla, igual que muchos otros afganos. Desde un punto de vista administrativo es tayik, ya que la identidad étnica pasa por el padre. Habla la lengua de ambos grupos: el pashtun y el *dari*, el dialecto persa hablado por los tayikos. Según el parecer de Sultán, va siendo tiempo de que los afganos dejen atrás las guerras y se unan en un esfuerzo por reconstruir el país. Su sueño es que Afganistán recupere el terreno perdido con respecto a los países vecinos,

pero la realidad es poco prometedora. Sultán se siente decepcionado por sus compatriotas: mientras él trabaja sin parar para hacer crecer su empresa, le aflige que los otros se gasten todos sus ahorros para irse a La Meca.

Unos días antes del viaje a Pakistán, mantuvo una conversación con su primo Wahid, dueño de una pequeña tienda de recambios para coches que a duras penas le es rentable. Wahid había pasado a verle a la librería y le contó que por fin había ahorrado lo suficiente para viajar a La Meca.

—¿Tú crees que te sirve de algo rezar? —le había preguntado Sultán desdeñoso—. El Corán nos manda trabajar duro y resolver nuestros propios problemas. Pero los afganos somos perezosos y preferimos pedir ayuda a Occidente o a Alá.

—Pero el Corán también dice que tenemos que alabar a Alá —había contestado Wahid.

—El profeta Mahoma lloraría si escuchara todos los gritos y todas las oraciones en su nombre. Golpear la cabeza contra el suelo no nos ayuda a recuperar el país. Lo único que sabemos hacer es invocar, rezar y guerrear; pero las oraciones no sirven de nada si la gente no trabaja. ¡No podemos esperar la gracia de Alá! —gritó Sultán, enardecido por su propio torrente de palabras—. ¡Estamos buscando a ciegas a un santón cuando lo que nos hace falta es ponernos en marcha!

Era consciente de haber insultado a su primo, pero para Sultán el trabajo era lo más importante. Intentaba inculcarles a sus hijos varones este principio básico. Acorde con su idea, los había sacado de la escuela para hacerlos trabajar en sus tiendas y para que le ayudaran a construir un imperio.

—Pero irse a La Meca es uno de los cinco pilares del islam —había objetado su primo—. Para ser un buen musulmán hay que reconocer a Alá, rezar, ayunar, dar limosna y viajar a La Meca.

—Tal vez todos nos iremos a La Meca —había dicho Sultán poniendo fin a la discusión—. Pero entonces tendremos que merecérnoslo, y debemos ir para dar las gracias, no para pedir.

«Wahid ya debe estar de camino a La Meca con la blanca vestimenta de peregrino», piensa Sultán bufando y secándose el sudor de la frente. El sol está en lo más alto. Por fin el sendero empieza a descender y en un camino de carros esperan varias camionetas: son los taxistas del Paso de Khyber, que se ganan bien la vida transportando a los oficialmente rechazados hasta el interior del país.

Antaño pasaba por aquí la Ruta de la Seda, el camino del comercio entre las grandes civilizaciones de otras épocas, China y Roma. La seda era transportada al oeste, mientras el oro, la plata y la lana viajaban hacia el este.

Durante miles de años, el Paso de Khyber ha sido cruzado por invasores. Los persas, los griegos, los mongoles, los afganos y los británicos se lanzaron a la conquista de la India y todas esas tropas tuvieron que pasar por este puerto. En el siglo XI antes de Cristo, Darío, el gran rey persa, ocupó amplias regiones de Afganistán y prosiguió su marcha por el Paso de Khyber hasta el río Indo. Doscientos años más tarde, los generales de Alejandro Magno llevaron sus tropas por el desfiladero, que en su sitio más estrecho

no deja pasar más que un camello o dos caballos juntos. Gengis Kan destruyó partes de la Ruta de la Seda mientras otros viajeros más pacíficos como Marco Polo se limitaron a seguir las huellas de las caravanas rumbo al este.

Desde el tiempo de Darío hasta la conquista del desfiladero por los británicos en el siglo XIX, las tropas invasoras siempre encontraron fuerte resistencia por parte de las tribus pashtun en aquellos territorios. Después de la retirada de los británicos en 1947, estos grupos controlan hoy el puerto y toda la región hasta Peshawar. La tribu más poderosa es la de los afridis, temida por sus guerreros.

Las armas son todavía lo primero que uno encuentra después de haber pasado la frontera. A lo largo de la ruta principal del lado pakistaní, surgen a menudo las palabras «Khyber Rifles», grabadas en la roca o pintadas en sucios carteles. Khyber Rifles es una marca de rifles, pero también es el nombre de la milicia étnica que vela por la seguridad del territorio. Esta milicia tiene que proteger grandes intereses. La aldea justo al otro lado de la frontera es conocida por su bazar de contrabando, donde el hachís y las armas se venden a buen precio. Aquí nadie pide licencia de armas; no obstante, si alguien armado se interna más en territorio pakistaní, corre el riesgo de una larga pena de cárcel.

Entre las casas de barro se yerguen grandes palacios resplandecientes financiados con dinero negro. Pequeñas ciudadelas de piedra y tradicionales casas pashtun rodeadas por altos muros de barro se extienden por la falda de la montaña. De tanto en tanto rompen el paisaje unos muros de hormigón, los llamados dientes de dragón, que los británicos construyeron por temor a una invasión de carros blindados alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Ha habido varios casos de secuestros de extranjeros en estas zonas étnicas difíciles de vigilar, y las autoridades pakistaníes han tomado fuertes precauciones. Ni siquiera en la carretera principal de Peshawar, donde patrullan las tropas pakistaníes, los extranjeros pueden ir sin un guardia; y éste vigila con su arma cargada hasta llegar a Peshawar. Sin los documentos en regla y un guardia armado, los extranjeros tampoco son autorizados a dejar Peshawar en dirección a la frontera afgana.

Después de dos horas en las furgonetas por caminos estrechos, con la montaña a un lado y el precipicio al otro, Sultán prosigue viaje unas cuantas horas más a caballo antes de llegar finalmente a los llanos desde donde puede divisar Peshawar. Coge un taxi para llegar a la ciudad, a la calle 103 del barrio Hayatabad.

Ha empezado a oscurecer cuando Sharifa escucha los golpes en la puerta. Por fin viene Sultán. Ella baja corriendo por las escaleras y abre la puerta: ahí está, fatigado y sucio. Sultán le pasa el saco de azúcar y ella lo coge.

—¿Qué tal el viaje?

—La naturaleza espléndida, una magnífica puesta de sol.

Mientras él se lava, ella prepara la cena y pone cubiertos sobre el mantel extendido en el suelo entre blandos cojines. Sultán sale del baño limpio y vestido con ropa recién planchada y mira con cierto disgusto la vajilla que Sharifa ha sacado.

—No me gustan los platos de cristal. Tienen un aspecto ordinario, como si los hubieras comprado en un bazar de ínfima categoría.

Sharifa los recoge y vuelve con platos de porcelana.

—Los prefiero así, la comida sabe mejor.

Sultán cuenta las últimas novedades de Kabul, y Sharifa las de Hayatabad. Hace meses que no se han visto, hablan de los hijos y los parientes, y hacen planes para los próximos días. Cada vez que Sultán viene a Pakistán está obligado a hacer visitas de cortesía a los parientes que todavía no han vuelto del exilio. Primero a los que han perdido a algún miembro de su familia desde su último viaje y luego a los parientes más cercanos, para luego seguir con el resto del clan dependiendo del tiempo disponible que le quede. Sultán se queja de tener que visitar a todas las hermanas, los cuñados, los suegros de las hermanas, los primos y las primas de Sharifa. Resulta imposible mantener secreta su llegada; todo el mundo está al tanto de todo lo que sucede en esta pequeña ciudad y, por otra parte, estas visitas de cortesía son lo último que le queda a Sharifa de su matrimonio. Ahora lo único que le puede exigir a Sultán es que sea amable con sus parientes y la trate como a su esposa en presencia de ellos.

Después de haber planificado todas las visitas, le toca a Sharifa contar las últimas novedades del piso de abajo: las fechorías de Salika.

—¿Sabes lo que es una puta? —exclama Sultán, estirado como un emperador romano—. ¡Eso es lo que es ella!

Sharifa protesta: Salika ni siquiera ha estado a solas con el chico.

—¡Es una cuestión de mentalidad, una cuestión de mentalidad! —responde Sultán—. Puede que todavía no se haya prostituido, pero lo hará con gran facilidad en el futuro. Ahora ha elegido a un inútil que nunca encontrará un trabajo decente. ¿De dónde sacará el dinero para las joyas y la ropa bonita que pretende? Cuando una olla destapada hierve, todo tipo de basura puede caer en ella: mugre, barro, polvo, insectos, hojas muertas. Así es como ha vivido la familia de Salika, sin tapa. El padre está ausente, e incluso cuando vivía con su familia nunca estaba en casa. Ahora lleva tres años refugiado en Bélgica y no ha sido capaz de arreglar los papeles para que su familia le siga —resopla Sultán—. Es un perdedor él también. Y en cuanto a Salika, desde que aprendió a caminar ha estado buscando un chico con quien casarse. Por casualidad ha acabado con este chico inútil y pobre. Pero primero lo intentó con nuestro Mansur, ¿te acuerdas? —pregunta a su mujer.

Ni el librero se sabe resistir a la tentación del cotilleo.

—Su madre participaba en el juego —recuerda Sharifa—. Preguntaba sin cesar si no era hora de que él se casara. Yo siempre le contestaba que todavía era demasiado joven, que primero debía estudiar. Lo último que yo quería para Mansur era una mujer pretenciosa e inepta como Salika. Cuando tu hermano Yunus vino a Peshawar, la madre le hacía la misma pregunta, pero él no quería por nada del mundo a una chica como ésa.

Debaten a fondo el error de Salika hasta que el tema no da más de sí. Luego les llega el turno a los parientes.

—¿Cómo va tu prima? —pregunta Sultán y rompe a reír.

Una prima de Sharifa se había pasado la vida cuidando a sus padres. A la muerte de ellos ya tenía cuarenta y cinco años, pero los hermanos la casaron con un viudo que precisaba una madre para sus hijos. A Sultán le divierte la historia.

—Cambió completamente con el matrimonio. Por fin se hizo mujer —vuelve a burlarse Sultán—. Pero como ella no había tenido hijos y antes de casarse ya no tenía la regla, ahora le debe dar sin parar al asunto, lo cual quiere decir: ¡sin descanso, todas las noches! —dice riéndose.

—Es posible —se aventura a decir Sharifa—. ¿Te acuerdas de lo flaca y seca que estaba antes de la boda? Ahora ha cambiado por completo; seguramente está mojada todo el rato —comenta entre risitas.

Sharifa pone la mano delante de la boca y se ríe entre dientes de sus propias afirmaciones osadas. La pareja parece haber reencontrado la intimidad, ambos estirados sobre las alfombras al lado de las sobras de la comida.

—¿Tú te acuerdas de tu tía, la que espiaste por el ojo de la cerradura? Acabó encorvada de tanto que le gustaba a su marido hacerlo por detrás —se ríe Sultán.

Una historia lleva a otra. Como dos críos, Sultán y Sharifa se divierten al evocar la animada vida sexual de sus parientes.

En la superficie, Afganistán es asexual. Las mujeres se esconden tras las *burkas*, y debajo de la *burka* la ropa es grande y amplia. Llevan pantalones largos debajo de las faldas y, hasta detrás de los muros de las casas, los escotes son raros. Los hombres y las mujeres que no son parientes no deben estar en la misma habitación, no deben hablarse ni comer juntos. En el campo, hasta en las bodas los dos sexos bailan y celebran aparte.

No obstante, hay una verdadera efervescencia debajo de la superficie. Pese al riesgo de pena de muerte, los afganos también tienen amantes, y en las ciudades hay prostitutas a quienes visitan los adolescentes y los hombres a la espera del matrimonio.

La sexualidad tiene su lugar en los mitos y los relatos. A Sultán le encantan las historias que escribió el poeta Rumi hace ochocientos años en su obra *Masnavi*. El poeta usa la sexualidad como una ilustración de los peligros que implica imitar ciegamente a los otros, y Sultán cuenta una anécdota de la obra a Sharifa: —Una viuda tenía un asno que apreciaba mucho. El animal la llevaba por todos lados y siempre la obedecía; y ella siempre lo trataba bien y le daba buena comida. Pero al burro le empezó a flaquear la salud, se fatigaba más rápido y le faltaba el apetito. La viuda se preguntó qué le pasaba, y una noche fue a ver si dormía. En el establo encontró a su criada estirada en el heno debajo del asno. Cada noche, la escena se repetía y despertó la curiosidad de la viuda, que se dijo que ella también quería probar. Mandó a la criada fuera unos días y se estiró en el heno debajo del burro. Al volver a casa la sirvienta, encontró a la viuda muerta. Notó para su espanto que su ama, a diferencia de ella, no había colocado una calabaza sobre el miembro del asno para acortarlo antes de entregarse al animal. Con la punta del miembro bastaba y sobraba.

Después de reírse, Sultán se levanta de los cojines, se ajusta la túnica y va a leer el correo electrónico. Universidades norteamericanas le piden revistas de los años setenta, investigadores le piden manuscritos antiguos y la imprenta de Lahore le manda el presupuesto de la impresión de sus postales después de la subida del precio del papel. Las postales representan la principal fuente de ingresos de Sultán: vende tres por un dólar cuando le cuesta lo mismo imprimir sesenta. Todo le está saliendo bien ahora que se han ido los talibanes y él puede vender lo que quiere.

Sultán pasa el día siguiente leyendo el correo, visitando librerías, yendo a la oficina de correo a enviar y recoger paquetes y haciendo las consabidas visitas de cortesía. Primero, una visita para dar el pésame a una prima cuyo marido ha fallecido de un cáncer; luego una visita más agradable a un primo que es repartidor de pizzas en Alemania y está

de visita. El primo, Said, había sido ingeniero aeronáutico en Ariana Air, la compañía aérea que había sido el orgullo de Afganistán. Ahora contempla la posibilidad de volver con su familia al país y solicitar su antiguo puesto. Sin embargo, antes quiere ahorrar más dinero porque cobra mucho más repartiendo pizzas en Alemania que siendo ingeniero aeronáutico en Afganistán. Además sigue sin encontrar una solución al problema que se le presentará en cuanto regrese: en Peshawar le espera su mujer y sus hijos, mientras que él vive en Alemania con una segunda esposa. Si vuelve a Kabul, todos tendrán que convivir. A Said no le gusta nada la idea. Su primera esposa hasta ahora ha podido cerrar los ojos a la segunda, ya que no ha tenido que verla nunca y él le manda regularmente el dinero prometido. Pero, ¿qué pasará si todos tienen que vivir juntos?

Los días en Peshawar son agotadores para Sultán. Un pariente ha sido desalojado de la casa que tenía alquilada, otro pide ayuda para empezar un negocio y hay otro que pretende que le dé un préstamo. Sultán rara vez da dinero a los parientes. Como él ha triunfado, solicitan a menudo su ayuda durante las visitas de cortesía; pero en general él se niega a hacer esa clase de favores. Estima que la gente holgazanea y debe aprender a arreglárselas; al menos deben demostrar que son capaces de hacerlo antes de recibir dinero prestado y, según Sultán, hay pocos que cumplen esos requisitos.

Cuando la pareja está de visita, Sharifa se ocupa de mantener viva la conversación. Cuenta historias que provocan risas y sonrisas mientras Sultán normalmente se limita a escuchar y hace de vez en cuando un comentario sobre la moral laboral de la gente o sobre sus propios negocios. No obstante, cuando él anuncia con una sola palabra que es hora de irse, los dos vuelven a casa con Shabnam detrás de ellos. Caminan en silencio por las calles llenas de hollín de Hayatabad, esquivan la basura y se llenan los pulmones con el aire malsano de los callejones.

Una tarde, Sharifa se arregla más de lo normal para ir a visitar a unos parientes lejanos. Normalmente no figuran en la lista de visitas aunque viven a sólo dos manzanas de distancia. Sharifa camina con paso ligero calzada con sus babuchas, mientras que Sultán y Shabnam la siguen más lentos y cogidos de la mano.

La acogida es calurosa. Los anfitriones sirven frutas secas, caramelos y té. Anfitriones y visitantes empiezan la charla con frases de cortesía y las últimas noticias. Los niños escuchan a sus padres; Shabnam abre pistachos y se aburre. Falta una de las niñas, Belkisa, de trece años, que tiene una buena razón para esconderse, ya que es la protagonista de esta noche.

Sharifa ha ido antes de visita por esa misma causa; esta vez Sultán la acompaña, aunque sea de mala gana, porque debe mostrar que la petición de mano va en serio. Vienen en nombre de Yunus. El hermano menor de Sultán se enamoró de Belkisa hace ya un par de años cuando estaba refugiado en Pakistán y Belkisa era sólo una niña. Yunus le ha rogado a Sharifa que pida en su nombre la mano de la chica; él nunca ha intercambiado una sola palabra con ella.

La respuesta que obtuvo Sharifa siempre ha sido la misma: es demasiado joven. En cambio, los padres estarían dispuestos a dejarle a Shirin, la hija de veinte años. Pero Yunus no la quería; no era ni de lejos tan bella como su hermana y además la encontraba demasiado ansiosa por casarse. Cuando él iba de visita, ella revoloteaba todo el tiempo

alrededor de él. En una ocasión, él la había cogido de la mano cuando los otros no miraban. El hecho de que ella se lo permitiera era mala señal, según Yunus; significaba que no era una chica honrada.

Los padres insistían en que la elegida fuera la hija mayor porque Yunus era un buen partido. Cuando Shirin recibió otras ofertas, fueron a ver a Sultán para ofrecérsela por última vez a Yunus. Pero éste no la quería; tenía los ojos puestos en Belkisa y su intención no dejaba lugar a dudas.

Pese a la persistente negativa, Sharifa volvía una y otra vez a pedir la mano de Belkisa. No era de ningún modo una falta de respeto; al contrario, se trataba de una forma de mostrar la seriedad de la petición. Una vieja costumbre requiere que la madre del pretendiente vaya tan a menudo a la casa de la elegida que las suelas de sus zapatos le queden tan finas como la piel del ajo. Como Bibi Gul, la madre de Yunus, estaba en Kabul, la cuñada Sharifa se había hecho cargo del asunto. Alababa a Yunus, elogiaba su inglés fluido, contaba que trabajaba con Sultán en la librería, aseguraba que nunca le iba a faltar nada a su hija. Pero Yunus tenía casi treinta años.

—Demasiado viejo para Belkisa —opinaban los padres.

La madre de Belkisa estaba interesada en otro chico joven de la familia Khan: Mansur, el hijo de dieciséis años de Sultán.

—Si nos ofreces a Mansur, aceptamos al instante.

Ahora era Sharifa quien no estaba interesada. Mansur tenía muy pocos años más que la chica y era demasiado joven para casarse: tenía que estudiar y ver mundo. Además, nunca se había dignado a mirar a Belkisa.

—Tampoco es verdad que ella tenga sólo trece años —comentó Sharifa a sus amigas más tarde—. Estoy segura de que al menos tiene quince.

Belkisa hace acto de presencia en la sala para que Sultán también pueda verla. Es alta y delgada y, de hecho, parece tener más de trece años. Lleva un vestido de terciopelo azul oscuro y, cohibida, toma asiento al lado de su madre. Belkisa es consciente de la razón de la visita y se siente incómoda.

—Llora porque no quiere —comentan sus dos hermanas a Sultán y Sharifa, y Belkisa baja la mirada.

Sharifa sólo se ríe. Es buena señal que la novia no quiera; eso muestra que tiene el corazón puro.

Al cabo de unos minutos, Belkisa se pone en pie y se retira. Su madre la excusa diciendo que tiene una prueba de matemáticas al día siguiente; y de hecho no es obligatorio que la elegida esté presente durante el regateo. Al principio las partes sondan el terreno, después abordan las cuestiones económicas: cuánto se les pagará a los padres, cuánto costará la fiesta, la ropa y las flores. Todos los gastos corren por cuenta de la familia del novio. La presencia de Sultán da mayor seriedad al intercambio, porque es él quien tiene el dinero.

Al final de la visita en la que nada se ha decidido, la familia Khan sale con paso tranquilo a la fresca noche de marzo. Las calles están silenciosas.

—No me gusta esta familia —declara Sultán—. Son unos interesados.

Sus prejuicios se dirigen sobre todo contra la madre de Belkisa. Es la segunda mujer del padre. Como su primera esposa no tuvo ningún hijo, él volvió a casarse y su nueva esposa fue tan antipática y desagradable con la primera que ésta acabó por desistir del matrimonio y mudarse a casa de su hermano. Circulan escandalosas historias de la

madre de Belkisa, que tiene fama de interesada, celosa y poco generosa. Su hija mayor se casó con un pariente de Sultán, y éste contó que la madre había sido una verdadera pesadilla el día de la boda, quejándose sin cesar de que no había suficiente comida y de que la casa no estaba lo bastante decorada.

—De tal palo, tal astilla. Como la madre, así es la hija —afirma Sultán.

Y añade de mala gana que si Yunus realmente quiere a esa chica, ellos tendrán que hacer lo que puedan.

—Por desgracia estoy seguro de que aceptarán al final. Nuestra familia es demasiado buena como para rechazarla.

Habiendo cumplido con las obligaciones familiares, Sultán puede por fin ocuparse del objetivo de su viaje a Pakistán: imprimir libros. En la segunda etapa de la estadía, parte una mañana a primera hora para Lahore, la ciudad de las imprentas, los encuadernadores y los editores.

En una pequeña maleta mete seis libros, una agenda y un cambio de ropa. Como siempre durante sus viajes, lleva el dinero cosido en la manga de la camisa. El día promete ser caluroso. La estación de autobuses de Peshawar es un hormiguero de viajeros y las compañías de autocares compiten gritando lo más alto posible: ¡Islamabad! ¡Karachi! ¡Lahore! Al lado de cada vehículo hay un hombre vociferando. Los autocares no tienen un horario fijo, sino que salen cuando están llenos. Antes de la salida, suben a los vehículos vendedores de frutos secos, pipas, galletas, patatas fritas, periódicos y revistas. Los mendigos se limitan a tender la mano hacia las ventanillas abiertas.

Sultán finge no verlos. Sigue el consejo del profeta Mahoma con respecto a las limosnas interpretándolo de la siguiente manera: primero, uno debe ocuparse de sí mismo, luego de la familia cercana, después de los vecinos y, finalmente, del indigente desconocido. En Kabul ocurre que de tanto en tanto le deja unos afganis a un mendigo para librarse de él; pero los mendigos pakistaníes están demasiado al final de la lista. Pakistán tiene que hacerse cargo de sus propios pobres.

Está apretado entre otros pasajeros en el asiento trasero del vehículo, con la maleta debajo de sus piernas. En ella se encuentra el proyecto más grande de su vida. Quiere imprimir los nuevos libros escolares de Afganistán. El país apenas tendrá material de enseñanza en primavera cuando abran de nuevo los colegios. Lo que publicaron los gobiernos *muyahidin* y talibanes es inservible, los niños aprendieron el alfabeto de la siguiente manera: «Y como en *yihad*, nuestro objetivo en este mundo; I como en Israel, nuestro enemigo; K como en Kaláshnikov, ganaremos; M como en *muyahidin*, nuestros héroes; S como...». Los niños varones —porque los talibanes no hacían libros para las niñas— no aprendieron a contar con manzanas y pasteles, sino con balas y Kaláshnikov. Los ejercicios eran así: «El pequeño Omar tiene un Kaláshnikov con tres cargadores. En cada cargador hay veinte balas. Gasta dos tercios de las balas matando a sesenta infieles. ¿Cuántos infieles mata por bala?».

Los libros de la época comunista tampoco sirven, con sus cálculos basados en la repartición de tierra y en ideas igualitarias. Con banderas rojas y risueños campesinos de un *koljos*, pretendieron reclutar a los niños para el comunismo.

Sultán quiere volver a los libros de la época de Zahir Shah, el rey que gobernó durante cuarenta años relativamente pacíficos hasta su caída en 1973. Ha logrado encontrar viejas obras que quiere volver a imprimir: cuentos para las clases de persa, libros de matemáticas donde uno más uno suman dos, y libros de historia exentos de cualquier contenido ideológico, salvo un poco de nacionalismo inocente.

La Unesco pagará los nuevos libros escolares. Siendo uno de los editores más importantes de Kabul, Sultán ya se ha reunido con sus representantes y les presentará una oferta después del viaje a Lahore. En un papelito que tiene en el bolsillo del chaleco ha escrito apresuradamente los números de páginas y formatos de ciento trece libros. El presupuesto es de dos millones de dólares. En Lahore Sultán averiguará qué imprentas le pueden ofrecer los precios más competitivos. Luego volverá a Kabul para batallar por el contrato de oro. Satisfecho, medita sobre el porcentaje que va a poder deducir de los dos millones y decide no ser demasiado ambicioso. Mientras campos y llanos pasan al lado del camino construido como principal vía entre Kabul y Calcuta, piensa que si obtiene este contrato tendrá años de trabajo asegurado entre reimpressiones y nuevos libros de texto.

Cuanto más se acercan a Lahore, más calor hace. Sultán suda, lleva puesto un chaleco de basto paño de la meseta afgana. Se pasa una mano por la cabeza donde ya sólo le quedan escasos pelos y se seca el rostro con un pañuelo.

Aparte del papelito con la información de los ciento trece libros escolares, lleva consigo los libros que quiere imprimir por su propia cuenta. La venta de lectura en inglés florece desde la llegada al país de periodistas extranjeros, empleados de las organizaciones humanitarias y diplomáticos extranjeros. Sultán no importa libros de editoriales extranjeras, sino que los imprime él mismo.

Pakistán es el paraíso de las ediciones pirata. No existe ningún control y prácticamente tampoco existe respeto alguno por los derechos de autor y el *copyright*. Sultán paga un dólar por imprimir un libro que luego vende por veinte o treinta dólares, y ha impreso varias tiradas del best seller *Los talibán*, de Ahmed Rashid. El libro favorito de los periodistas extranjeros es *My hidden war (Mi guerra oculta)*, testimonio de un soldado ruso sobre la catastrófica ocupación de Afganistán entre 1979 y 1989. La realidad para los soldados de esa época era completamente distinta de la que viven las fuerzas internacionales de paz cuando patrullan por Kabul y de vez en cuando paran en la librería de Sultán para comprar postales o antiguos libros de guerra.

El vehículo llega a la estación de autobuses de Lahore que rebosa de gente. El calor se abate sobre el librero. Lahore, la ciudad cultural y artística de Pakistán, es bulliciosa, contaminada y desconcertante. En medio de un llano sin defensas naturales, ha sido conquistada, destruida y reconstruida repetidas veces; pero entre conquista y destrucción, los gobernantes invitaban a los más importantes poetas y escritores a sus palacios, convirtiendo así a la ciudad en un centro artístico y libresco, si bien los palacios donde se hospedaban los artistas y escritores eran arrasados una y otra vez.

A Sultán le encantan los mercados de libros de Lahore: aquí ha conseguido varias gangas. Su corazón rara vez se ablanda cuando encuentra un volumen valioso en un mercado polvoriento y puede comprarlo por una bicoca. Con sus ocho o nueve mil títulos, Sultán se considera el dueño de la colección más grande del mundo sobre Afganistán. Se interesa por todo: libros de historia, mitos y poesía antiguos, novelas y biografías, análisis políticos recientes, así como enciclopedias y obras de consulta. Su rostro se ilumina cuando ve un libro que no tiene o cuya existencia ignoraba.

Sin embargo, hoy no tiene tiempo para pasear por los mercados. Se levanta al alba, se pone ropa limpia, se arregla la barba y se encasqueta el fez. Tiene por delante una misión sagrada: imprimir los nuevos libros de texto escolar para los niños afganos. Se dirige a su imprenta habitual, donde encuentra a Talha. Este hombre joven es un impresor de tercera generación, pero sólo manifiesta un interés moderado en el proyecto de Sultán: es simplemente demasiado grande para él. Ofrece a Sultán un vaso de té con leche espesa y hace un gesto de preocupación.

—Puedo hacer una parte, pero, ¡ciento trece títulos son demasiados! Tardaríamos un año en imprimirlos.

Sultán los necesita en un plazo de dos meses. Al sonido de las máquinas que resuenan a través de las finas paredes del pequeño despacho, intenta convencer a Talha de dejar a un lado todos sus otros encargos.

—Imposible —responde el impresor.

Aunque Sultán es un cliente importante e imprimir libros escolares para los niños afganos es una misión santa, Talha tiene otros encargos que cumplir. De cualquier modo, confecciona un presupuesto y calcula que los libros se podrían imprimir por cuatro céntimos el ejemplar. El precio depende de la calidad del papel, de la tirada, del color y de la encuadernación. Talha calcula por cada calidad y cada formato y los apunta en una larga lista. La mirada de Sultán es penetrante. Hace un cálculo mental en rupias, dólares, días y semanas. Ha exagerado un poco la brevedad del plazo de entrega para que Talha acelere el ritmo y posponga los libros de los otros clientes.

—Dos meses, acuérdate —dice—. Si no cumples con el plazo, me arruinarás el negocio, ¿entiendes?

Habiendo terminado las primeras negociaciones, tratan los nuevos libros de la librería de Sultán. De nuevo discuten precios, tiradas y fechas. Las obras que el librero lleva consigo se imprimen directamente a partir del original. Se desencuadernan las páginas y los impresores las colocan sobre grandes planchas metálicas para ser copiadas. Cuando imprimen tarjetas postales o cubiertas en colores, echan una solución de cinc sobre las planchas antes de exponerlas a la luz para que el sol desarrolle los colores, y si una página es multicolor, las planchas tienen que ser sacadas una por una. Finalmente, la plancha pasa a una impresora y todo el proceso se lleva a cabo en viejas máquinas semiautomáticas. Un obrero alimenta la máquina con papel, otro está en cuclillas al otro lado y separa los folios cuando salen. En el fondo se oye la radio que transmite un partido de cricket entre Pakistán y Sri Lanka. En la pared están colgadas las imágenes de siempre de La Meca y en el techo se mece una lámpara llena de moscas muertas. Corrientes amarillas de ácido corren por el suelo para salir por el desagüe.

Terminada la ronda de inspección, Talha y Sultán se sientan en el suelo para considerar las cubiertas de los libros. El librero ha escogido motivos de sus tarjetas postales y unas muestras de adornada caligrafía que le parecen bonitas con las que componen las cubiertas. En cinco minutos han hecho seis.

En un rincón están unos hombres sentados bebiendo té. Son editores e impresores pakistaníes que operan en el mismo mercado negro que Sultán. Tras los saludos de rigor, empiezan a hablar de los últimos acontecimientos en Afganistán, donde Hamid Karzai

hace equilibrios entre los diferentes señores de la guerra mientras grupos de combatientes de Al Qaeda se despliegan por el este del país. Fuerzas especiales norteamericanas han acudido en socorro de los afganos y hacen volar cuevas con dinamita junto a la frontera de Pakistán. Uno de los hombres que se encuentra sentado sobre la alfombra lamenta que los talibanes hayan sido expulsados de Afganistán.

—También aquí en Pakistán necesitaríamos talibanes en el poder para que hicieran una buena depuración.

—Eso lo dices tú porque no los has sufrido en carne propia. Pakistán se arruinaría si llegaran al poder los talibanes, puedes estar seguro —espeta Sultán—. Imagínate: desaparecerían todos los carteles publicitarios, y sólo en esta calle hay varios miles. Todos los libros ilustrados serían quemados, lo mismo que todos los archivos cinematográficos o musicales del país, y los instrumentos de música serían destruidos. Ya no podrías escuchar música, ni podrías bailar. Cerrarían todos los cibercafés, las pantallas se quedarían en blanco, las televisiones serían incautadas y la radio sólo emitiría programas religiosos. Las niñas serían sacadas del colegio, las mujeres perderían sus puestos de trabajo. ¿Qué sería entonces de Pakistán? El país perdería cientos de miles de empleos y se hundiría en una depresión profunda. ¿Y qué pasaría entonces con toda esa gente que se quedaría sin trabajo cuando Pakistán dejara de ser un país moderno? ¿Se harían guerreros quizá? —pregunta Sultán vehementemente.

El otro hombre se encoge de hombros.

—Bueno, tal vez no todos los talibanes entonces, sólo algunos de ellos.

Talha había apoyado a los talibanes reproduciendo sus panfletos. Durante un par de años se encargó también de imprimir algunos de sus libros escolares sobre el islam. Después de un tiempo les ayudó a montar su propia imprenta en Kabul y consiguió una máquina de segunda mano de Italia que les vendió a bajo precio. Además les procuraba papel y equipamientos técnicos. Al igual que la mayoría de los pakistaníes, a Talha le tranquilizaba que el país vecino estuviera gobernado por los pashtun.

—No tienes escrúpulos, serías capaz de imprimirle libros al diablo —le pincha con buen humor Sultán ahora que ha podido expresar con rabia su desprecio por los talibanes.

El impresor se retuerce un poco, pero no cede.

—Los talibanes no se oponen a nuestra cultura. Respetan el Corán, al Profeta y nuestras tradiciones. Nunca he imprimido algo que fuera contra el islam.

—¿Como qué? —le pregunta Sultán riéndose.

Talha piensa.

—*Los versos satánicos*, por ejemplo, o cualquier otra cosa de Salman Rushdie. ¡Que Alá conduzca a alguien hasta su escondite!

La evocación de *Los versos satánicos* —libro que ninguno de los hombres ha leído— es agua para su molino.

—Debería haber sido asesinado. Pero siempre se escapa en el último momento. Todos los que imprimen sus libros o le ayudan deberían ser asesinados también —sentencia Talha—. Yo no imprimiría sus textos ni por todo el oro del mundo. Se ha mofado del islam.

—Nos ha herido e insultado, nos ha apuñalado con cuchillos afilados. Seguramente al final darán con él —continúa uno de los hombres.

Sultán se muestra de acuerdo:

—Intentó destruir nuestra alma; hay que pararle antes de que logre reclutar a más gente. Ni siquiera los comunistas trataron de perjudicarnos tanto; ellos se comportaron con cierto respeto y no ensuciaron nuestra religión. ¡Y luego viene tal marranada de uno que se llama musulmán!

Todos guardan silencio, como si no lograran salir de las tinieblas en que les ha metido el traidor Rushdie.

—Seguramente darán con él al final, *inshalá* —«si Alá quiere», concluye Talha.

Los días siguientes, Sultán visita todas las imprentas posibles de Lahore, situadas en patios, sótanos y callejones. Para asegurar la gran entrega tiene que repartir el trabajo entre diez imprentas. Explica el proyecto, solicita ofertas, toma notas y hace sus cálculos. Cuando la proposición es interesante, parpadea un poco más y su labio superior se mueve un poco. Humedece los labios con la lengua y calcula en un instante la ganancia. Al cabo de dos semanas ha colocado todos los libros de texto escolar. Promete mantener informadas a las imprentas.

Por fin puede volver a Kabul. Esta vez no hace falta sufrir el viaje a caballo para pasar la frontera. Es sólo para entrar a Pakistán donde los afganos tienen problemas; en la otra dirección no hay ningún control de pasaportes y el librero puede irse del país libremente.

Sultán pasa por los senderos sinuosos de Jalalabad a Kabul en un viejo autobús. A un lado del camino, grandes peñascos amenazan con caer rodando desde las alturas, y en un lugar ve dos autocares volcados y un camión que se ha salido del camino. Se llevan varios cadáveres, entre ellos los de dos niños. Sultán reza por sus almas y por sí mismo.

No es sólo la frecuencia de accidentes y de desmoronamientos lo que hace peligroso este camino. También es conocido por ser uno de los más ilegales de Afganistán. Aquí, periodistas extranjeros, funcionarios de organizaciones humanitarias y civiles afganos han pagado con sus vidas los encuentros con los bandidos. Justo después de la caída del régimen talibán, cuatro periodistas fueron asesinados con un tiro en la nuca después de ser torturados. Su chófer sobrevivió porque hizo profesión de fe islámica. Poco después, detuvieron un autocar lleno de afganos y a todos los que se habían rasurado la barba se les cortó las orejas y la nariz. Los bandidos demostraron de esta forma qué régimen preferían para el país.

Sultán reza una oración en el lugar donde los periodistas fueron exterminados. Como medida de seguridad, ha conservado la barba y se ha puesto la indumentaria tradicional; sólo el turbante ha dejado paso a un pequeño y redondo fez.

Se aproximan a Kabul. «Sonya estará enfadada», piensa sonriente. Le había prometido volver en una semana. Antes había intentado explicarle que no iba a poder pasar por Peshawar y Lahore en una semana, pero ella no había querido entenderlo.

—No voy a beber la leche entonces —había amenazado.

Sultán sonríe. Le hace ilusión volver a ver a Sonya. A ella no le gusta la leche, pero como todavía da el pecho a Latifa, él la obliga a beber un vaso cada mañana. Ese vaso de leche se ha vuelto el medio de presión de Sonya.

Ella le echa terriblemente de menos cuando está fuera. Los otros miembros de la familia son menos amables cuando su marido está ausente. Ella pierde entonces su posición de reina de la casa y se convierte simplemente en una chica joven que de casualidad ha acabado en aquel hogar. Otros toman el poder y hacen lo que les da la gana en ausencia de Sultán. La llaman «la pueblerina» y la califican como «más boba que

un asno», pero sin ir más lejos para que ella luego no se queje a Sultán. Nadie quiere enemistarse con él.

El librero también echa de menos a Sonya, como nunca echó en falta a Sharifa. A veces piensa que es demasiado joven para él, que es como una niña, que él debe velar por ella, obligarla a beber la leche, sorprenderla con pequeños regalos.

Reflexiona sobre la diferencia entre sus dos esposas. Cuando está con Sharifa, es ella quien se ocupa de todo, quien se acuerda de sus citas, quien organiza y dispone. Sharifa siempre piensa primero en Sultán, en lo que él necesita o desea. Sonya hace lo que él le pide de buena gana, pero raramente toma la iniciativa. Hay una cosa que Sultán no logra aceptar en su relación con ella: su completa divergencia de ritmos. Sultán se levanta cada mañana sobre las cinco para el *fayr*, única hora de oración que cumple a rajatabla. Mientras Sharifa siempre se levantaba con él para hervir el agua y prepararle el té y la ropa limpia, a Sonya es imposible despertarla y hacerla salir de la cama, como si fuera una niña.

A veces Sultán se dice a sí mismo que es demasiado viejo para ella, que él no es el marido apropiado; pero siempre acaba concluyendo que ella no hubiera podido encontrar un marido mejor que él. Sonya no hubiese tenido el nivel de vida que tiene de haberse casado con uno de su misma edad, ya que éste hubiera sido pobre, porque todos los chicos jóvenes de su aldea eran pobres. «Todavía nos quedan diez o veinte años buenos», piensa Sultán contento. Se siente afortunado y feliz. Sonríe y da un pequeño respingo. Se acerca a Microyan y a la deliciosa niña y mujer.

VI

¿NO QUERRÁS VERME TRISTE?

El festín ha terminado. El suelo está lleno de huesos de cordero y de pollo. Hay grumos de arroz pegados al mantel junto con manchas rojas de salsa de chiles, charcos blancos de yogur líquido y trozos dispersos de pan y de cortezas de naranja, que parecen los últimos restos del banquete.

En unos cojines arrimados a la pared están sentados tres hombres y una mujer. En el rincón cerca de la puerta están de cuclillas dos mujeres que no han participado en el banquete, y bajo sus chales miran fijamente pero evitando cualquier contacto visual. Las cuatro personas sentadas cerca de la pared saborean lentamente su té, meditabundas y con aspecto de estar agotadas. Han acordado lo esencial y las decisiones han sido tomadas. Wakil se queda con Shakila, y Rasul con Bulbula. Sólo falta establecer el precio de las novias y las fechas.

Alrededor del té y de unas almendras garrapiñadas valoran a Shakila en cien dólares, mientras Bulbula resulta gratis. Wakil tiene el dinero listo; saca un billete del bolsillo y se lo tiende a Sultán, que lo recibe con aire arrogante y sin mostrar mayor interés. El precio obtenido no es nada del otro mundo. Rasul, por su lado, se siente aliviado: le hubiera costado años ahorrar el dinero suficiente para la boda y la dote de la novia. Sultán sólo se siente satisfecho a medias por sus hermanas. Por haber sido exigentes, se han perdido varios buenos pretendientes y también muchos años. Quince años antes hubieran podido tener maridos jóvenes y ricos.

—Habéis sido demasiado exigentes.

Pero no fue Sultán, sino su madre Bibi Gul, quien ha decidido la suerte de ambas. Ahora está contenta y se balancea sentada con las piernas cruzadas en el suelo. La lámpara de gas baña su rostro con una luminosidad apacible, las manos descansan pesadas en el regazo y sonríe complacida. Ya no parece prestar atención a la conversación. Bibi Gul fue dada en matrimonio a los once años a un hombre veinte años mayor como parte de un contrato de matrimonio entre dos familias. Sus padres habían pedido la mano de una de las hijas de los vecinos para su hermano; y esta familia había puesto como condición quedarse con Bibi Gul para su hijo mayor que la había visto en el patio.

Tras un matrimonio de muchos años, tres guerras, cinco golpes de Estado y trece partos, la viuda ha renunciado finalmente a sus dos penúltimas hijas. Se las ha guardado mucho tiempo; ambas pasan de los treinta y carecen por ello de mucho valor en el mercado matrimonial. Sus maridos ya son veteranos: el que sale esta noche como prometido de Shakila es un viudo de cincuenta años, padre de diez niños. El novio de Bulbula también es viudo, pero sin hijos.

Si bien muchos opinan que Bibi Gul ha actuado mal con sus hijas, ella ha tenido sus razones para quedárselas tanto tiempo. Considera a Bulbula poco dotada y bastante inútil, y lo dice abiertamente y sin la menor vergüenza delante de su hija. Bulbula tiene una mano paralizada y cojea de un pie.

—No va a poder ocuparse de una familia numerosa —estima su madre.

A los seis años, Bulbula cayó enferma de repente. Se recuperó luego, pero siguió teniendo problemas al moverse. Su hermano afirma que es la polio, el médico no está seguro y Bibi Gul piensa que es la pena. Está convencida de que Bulbula cogió la enfermedad a causa de la tristeza de ver a su padre en la cárcel: el padre fue detenido y acusado de haber robado en el almacén donde trabajaba. Bibi Gul sostuvo su inocencia y él salió de la cárcel después de unos meses, pero Bulbula nunca sanó del todo.

—Ella cumplió la condena de su padre —dice la madre.

Bulbula no asistió a la escuela porque —según sus padres— el padecimiento le había afectado también a la cabeza, de modo que no pensaba claro. La niña pasó la infancia a la vera de su madre, y si bien el mal la libró de las tareas de la casa, era como si también hubiera sido el responsable de que ella no tuviera vida. Nadie quería relacionarse con Bulbula, nadie jugaba con ella, nunca nadie le pidió ayuda.

Pocos saben de qué hablar con Bulbula. Esta mujer de treinta años ha asumido un extraño aire de inercia, y parece como si se arrastrara por la vida o como si estuviera saliendo de este modo de ella. Tiene grandes ojos vacíos y la boca casi siempre entreabierta, con el labio inferior colgante como si estuviera a punto de dormirse. En el mejor caso escucha la conversación de los demás, pero ni eso lo hace con un mínimo de entusiasmo. Bibi Gul ya se había resignado a que Bulbula pasara el resto de su vida vagando por la casa y durmiendo a su lado; pero pasó algo que le hizo cambiar de idea.

Un día Bibi Gul se puso la *burka*, se llevó a Bulbula y paró un taxi para ir a ver a su hermana en el pueblo. Normalmente iba caminando, pero en los últimos años había engordado tanto que sentía molestias en las rodillas y no se veía con fuerzas suficientes para andar los pocos kilómetros que la separaban de la aldea. El hambre que había pasado en la infancia, la pobreza y las fatigas de sus años de joven esposa la habían llevado a desarrollar una obsesión con la comida: no podía parar de comer hasta vaciar todas las fuentes.

El taxista que fue a llevar a esta enorme *burka* y a su hija era un primo lejano, el apacible Rasul, que había perdido a su mujer en un parto unos años antes.

—¿Ya encontraste una nueva esposa? —le preguntó Bibi Gul.

—No.

—¡Qué lástima! *Inshalá* («si Alá quiere»), encontrarás una pronto —comentó Bibi Gul antes de contarle las últimas novedades de su propia familia, de sus hijos, sus hijas y sus nietos.

Rasul pilló la indirecta y, unas semanas más tarde, su hermana vino a pedir la mano de Bulbula. «Con él sí que puede», pensó Bibi Gul, que aceptó en el acto, una reacción del todo inusual. Dar una hija tan fácilmente significa que no vale nada y que la familia se alegra de librarse de ella. La espera y la indecisión aumentan el valor de la

chica; la familia del varón tiene que ir varias veces a la casa de la muchacha y suplicar, convencer y traer regalos. En el caso de Bulbula, los trámites fueron los mínimos y no se hicieron los regalos acostumbrados.

Mientras Bulbula mira al vacío —como si la conversación no la concerniera—, su hermana Shakila escucha atenta. Las dos son el polo opuesto. Shakila es vivaracha y bulliciosa, el centro de atención de la familia. Llena de ganas de vivir, se ha vuelto guapa y regordeta acorde con el ideal femenino afgano.

En los últimos quince años numerosos pretendientes han acudido a pedir su mano. Le sucede desde que era una adolescente esbelta hasta ahora que permanece sentada y desenvuelta detrás de la estufa, escuchando sin decir palabra cómo su madre y su hermano regatean. Shakila ha puesto condiciones sine qua non a los pretendientes. Cuando venían las madres de éstos a ver a Bibi Gul, ella no preguntaba —como de costumbre— si eran ricos.

—¿Permitirán ustedes que ella siga sus estudios? —era la primera y obligada pregunta.

La respuesta siempre era negativa y entonces el matrimonio quedaba descartado. Shakila quería estudiar y aprender, pero ningún pretendiente veía la ventaja en tener una mujer con estudios e ideas propias. Además, ellos mismos eran a menudo analfabetos. Shakila terminó sus estudios y se hizo profesora de matemáticas y biología. Cuando nuevas madres acudían a su casa para pedir la mano de la atractiva Shakila para sus hijos, Bibi Gul preguntaba:

—¿Permitirán ustedes que ella siga trabajando?

No, eso no. Y Shakila siguió soltera.

Obtuvo su primer puesto de profesora en los tiempos en que la guerra contra la Unión Soviética causaba estragos. Todas las mañanas caminaba a pasitos cortos —con tacones altos y faldas que llegaban a las rodillas, al estilo de los años ochenta— hasta el poblado de Deh Khudaidad. Ahí no llegaban ni balas ni granadas, pero estalló en Shakila un enamoramiento.

Por desgracia, Mahmud ya estaba casado, en un matrimonio concertado e infeliz. Tenía unos años más que Shakila y era padre de tres hijos. Disimulaban sus sentimientos y se encontraban en sitios donde nadie les veía, o se llamaban y se decían palabras dulces. Nunca se vieron fuera del colegio. Durante uno de sus encuentros clandestinos hicieron planes para estar uno al lado del otro: Mahmud tomaría a Shakila como segunda esposa.

Pero Mahmud no podía ir él mismo a los padres de Shakila para pedir su mano. Tenía que pedir a su madre o a su hermana que lo hicieran en su nombre.

—No lo harán jamás.

—Y mis padres no aceptarán —suspiró Shakila.

Mahmud creía que sólo Shakila podría convencer a su madre de hacer una visita a la familia Khan para pedirla en matrimonio. Propuso que ella pretendiera estar loca y desesperada, amenazando con suicidarse si no podía casarse con Mahmud. Debía

arrojarse a los pies de sus padres y afirmar que el amor la corroía; entonces sus padres aceptarían el matrimonio. Para salvar sus vidas.

Pero Shakila no tenía el valor de ponerse a chillar y Mahmud no osaba rogar a las mujeres de su familia para que fueran a ver a la de su amada. No podía, por supuesto, hablar de Shakila a su esposa, y Shakila intentaba en vano hablar con su madre, quien pensaba que su hija bromeaba o prefería creerlo así cuando Shakila decía que quería casarse con un compañero de trabajo, padre de tres hijos.

Durante cuatro años, Mahmud y Shakila continuaron viéndose y soñando en la escuela del pueblo hasta que él fue ascendido y tuvo que cambiar de escuela. No podía rehusar la promoción. A partir de entonces, sólo tuvieron contacto telefónico. Shakila se sintió inmensamente desdichada y echaba de menos a su amante, pero no lo dejaba notar. Era una vergüenza estar enamorada de alguien inaccesible e imposible.

Entonces estalló la guerra civil, la escuela cerró y Shakila se refugió en Pakistán. Al cabo de cuatro años de guerra llegaron los talibanes, y si bien los misiles cesaron de caer y la paz volvió a Kabul, la escuela donde ella había trabajado no volvió a abrir. Las escuelas de mujeres permanecieron cerradas. En un abrir y cerrar de ojos, Shakila perdió toda posibilidad de encontrar otro trabajo, tal como les sucedió a todas las mujeres de Kabul. Desaparecieron así dos tercios de los maestros y profesores de la ciudad, y varias escuelas de varones también cerraron porque el profesorado era femenino. No había suficientes hombres cualificados para mantenerlas abiertas.

Los años pasaron. Las pequeñas señales de vida de Mahmud desaparecieron del todo cuando las líneas telefónicas quedaron cortadas durante la guerra civil. Shakila se quedó en casa con las otras mujeres. No podía trabajar, no podía salir sola, tenía que ponerse el velo. Hacía tiempo que la vida había perdido todo interés para ella, y cuando cumplió treinta años, los pretendientes dejaron de venir.

Un día, cuando llevaba casi cinco años en la prisión domiciliaria ideada por los talibanes, la hermana de Wakil —un pariente lejano— vino a pedirle su mano a Bibi Gul.

—Su mujer falleció repentinamente y los críos necesitan una madre. Es bondadoso y tiene un poco de dinero. Nunca ha sido soldado y jamás ha hecho algo ilegal, es honrado y tiene buena salud —contó la hermana, y añadió en voz baja—: Su mujer se volvió loca de repente y murió. Deliraba y no reconocía a ninguno de nosotros. Fue terrible para los niños...

Urgía encontrar una mujer para este padre de diez hijos. De momento, los mayores se ocupaban de los más pequeños, pero la casa estaba hecha un desastre. Bibi Gul contestó que se lo pensaría; luego se informó sobre el hombre en cuestión consultando a amigos y parientes. Llegó a la conclusión de que era un individuo trabajador y honrado. Además, no había tiempo que perder si Shakila quería tener sus propios hijos.

—Tenía grabado en la frente que ya debía irse de esta casa —decía Bibi Gul a todo el que quería escucharla.

Como de todos modos los talibanes no autorizaban a las mujeres a trabajar, esta vez no preguntó si la nueva familia dejaría hacerlo a Shakila, pero pidió que Wakil fuera a su casa en persona. Normalmente, un matrimonio es fruto del acuerdo entre los padres, pero como el novio rondaba los cincuenta, Bibi Gul quería verle. Wakil era camionero, y como esos días estaba haciendo largos trayectos, volvió a mandar a su hermana, luego al hermano, y de nuevo a la hermana, pues nunca encontraba tiempo para ir él en persona. El noviazgo se alargaba.

Entonces llegó el 11 de septiembre y Sultán mandó otra vez a sus hermanas y sus hijos a Pakistán, al amparo del bombardeo que se esperaba. Fue entonces cuando Wakil hizo acto de presencia.

—Hablaemos cuando las cosas vuelvan a la normalidad —declaró Sultán.

Cuando dos meses más tarde los talibanes huyeron de Kabul, Wakil se presentó en la casa otra vez. Las escuelas seguían cerradas y a Bibi Gul no se le ocurrió preguntarle si permitiría trabajar a Shakila.

Desde el rincón detrás de la estufa, Shakila escucha cómo su destino y la fecha de su boda se deciden. Las cuatro personas sentadas en los cojines toman todas las decisiones sin que las dos parejas de recién prometidos hayan intercambiado una sola mirada todavía. Wakil mira a Shakila furtivamente, pero ella tiene la mirada fija en el vacío todo el rato.

—Soy muy feliz por haberla encontrado —comenta Wakil a Sultán con los ojos puestos en su prometida.

Se acerca la hora del toque de queda y los dos hombres se despiden y desaparecen apresurados en la oscuridad. Quedan detrás dos mujeres con las miradas vacías que han sido dadas en matrimonio: ni siquiera miraron a los hombres cuando éstos se despidieron. Ahora Bulbula se levanta con dificultad y suspira. Su hora no ha llegado todavía; pueden pasar muchos años antes de que Rasul consiga ahorrar el dinero que necesita para la boda. Parece que a Bulbula le da igual; se limita a echar más leña en la estufa antes de salir de la habitación arrastrando los pies para ir a fregar la vajilla y realizar sus otras tareas. Nadie la importuna con preguntas, simplemente está ahí, como siempre.

Shakila se ruboriza cuando sus hermanas se le echan encima.

—¡Será dentro de tres semanas! Tienes que darte prisa.

—No me da tiempo —se lamenta, aunque la tela para su vestido de novia ya está elegida y sólo hay que entregarla al sastre.

Pero falta todo el ajuar, la ropa de cama y la vajilla. Wakil es viudo y ya lo tiene todo, pero de todas formas la novia debe aportar algo nuevo.

A diferencia de Bibi Gul, Shakila sólo está un poco satisfecha.

—Es pequeño, y a mí me gustan altos —dice a sus hermanas, y hace un gesto de desagrado—. Es calvo..., y podría ser un poco más joven. ¿Y si acaba siendo un tirano? ¿Y si no es bueno conmigo? ¿Y si no me deja salir?

Sus hermanas se quedan pensativas y reflexionan sobre estas posibilidades.

—Imaginad que no me deja veros, imaginad que me pega.

Shakila y sus hermanas ven ese matrimonio de forma cada vez más sombría hasta que Bibi Gul las hace callar.

—Él será un buen marido, Shakila —afirma.

Dos días después de la firma del contrato, una hermana de Shakila organiza una recepción en honor de los novios. Mariam tiene veintinueve años y está casada por segunda vez; su primer marido murió en la guerra civil. Ahora se halla a la espera de su quinto niño.

Lo ha dispuesto todo en un largo mantel extendido en el suelo. En un extremo están sentados Shakila y Wakil. Por fin están sin Sultán y sin Bibi Gul. En presencia de los mayores de la familia, los novios tienen que evitar cualquier contacto, pero ahora, rodeados por hermanos menores, charlan en voz baja sin prestar atención a los otros, que picados por la curiosidad intentan oír jirones de la conversación.

El tono no es particularmente cariñoso. La mayoría del tiempo, Shakila habla mirando hacia delante, ya que la costumbre exige no tener ningún contacto visual con el prometido antes de la boda. Él, en cambio, la mira sin cesar.

—Te he echado de menos. No sé si podré esperar estos quince días para que seas mía —dice él.

Shakila se ruboriza, pero sigue sin mirarlo.

—No he pegado ojo en toda la noche. Pensaba en ti.

Shakila no reacciona.

—¿Tú en qué piensas?

Shakila sigue comiendo.

—Imagínate, cuando nos hayamos casado y yo vuelva a casa, tú estarás esperándome con la cena preparada. Siempre te encontraré esperándome en casa —sueña Wakil—. Nunca volveré a estar solo.

Shakila calla. Luego por fin encuentra el valor necesario para preguntarle si podrá seguir trabajando después de casarse. Wakil le da su consentimiento, pero ella no se fía. Puede cambiar de opinión en cuanto se celebre la boda. Él le garantiza, sin embargo, que si la hace feliz trabajar, lo puede hacer. Aparte de ocuparse de los niños y de la casa.

Wakil se quita el gorro, el *pacole* marrón de los seguidores de Ahmed Shah Masud, el dirigente asesinado de la Alianza del Norte.

—Ahora te veo feo —comenta Shakila con descaro—. No tienes pelo.

Ahora le toca a Wakil sentirse molesto. No replica a la ofensa — de su futura esposa, sino que lleva la conversación a territorios más seguros. Shakila ha pasado el día en los bazares de Kabul comprando el ajuar de la boda y los regalos para todos los parientes, tanto los de ella como los de él. Es Wakil quien los va a repartir como un gesto hacia la familia que le entrega su hija. Él paga y ella hace las compras. Vajillas, cubiertos, sábanas, toallas y las telas para las túnicas de Wakil y de Rasul. Shakila le dice a su futuro esposo que le ha prometido al novio de Bulbula que podría elegir el color de su túnica, y Wakil le pregunta de qué colores son las telas.

—Una marrón y otra azul.

—¿Y cuál es la mía?

—No lo sé. Rasul tiene que elegir primero.

—¡Qué! —exclama Wakil—. ¿Y por qué? Yo debo elegir primero. ¡Soy tu marido!

—De acuerdo —contesta Shakila—. Elegirás primero. Pero ambas son bonitas —añade sin mirarlo.

Wakil enciende un cigarrillo.

—Me molesta el humo —dice Shakila—. No me gusta la gente que fuma. Por tanto, si tú fumas, tú tampoco me gustas.

Ha elevado la voz de forma que todos escuchan el insulto.

—Será difícil dejarlo ahora que he empezado —protesta Wakil desconcertado.

—Huele mal —insiste Shakila.

—Tienes que ser cortés —dice Wakil. Ella guarda silencio—. Y tienes que ponerte el velo; es obligación de toda mujer. Haz lo que quieras, pero si no te pones la *burka*, me sentiré triste. ¿Y no querrás verme triste? —pregunta retóricamente y con un tono de voz casi amenazante.

—Pero si Kabul cambia y las mujeres comienzan a llevar ropa moderna, yo también lo haré.

—Tú no puedes llevar ropa moderna. ¿No querrás verme triste?

Shakila no contesta. Wakil saca unas fotos carné de su cartera y las estudia largamente antes de darle una a Shakila.

—Toma, es para ti, guárdala cerca de tu corazón.

Shakila la recibe impasible.

Wakil debe irse, se acerca la hora del toque de queda. Le pregunta a Shakila cuánto dinero necesita para el resto de las compras y ella contesta. Él cuenta el dinero, le da unos billetes y guarda el resto en la cartera.

—¿Basta con esto?

Ella dice que sí con la cabeza y se despiden. Cuando Wakil se retira, Shakila se estira sobre los cojines rojos. Suspira aliviada y pica unos trozos de cordero. Ha superado la prueba: *tiene* que aparentar frialdad y rechazarle hasta la boda; es una muestra de cortesía hacia la familia que va a abandonar.

—¿Te ha gustado? —pregunta Mariam.

—Bueno...

—¿Estás enamorada?

—¡Mmm!

—¿Eso qué significa?

—Significa «mmm». Ni lo estoy ni lo dejo de estar. Obviamente podría haber sido más joven y más guapo —explica Shakila frunciendo la nariz.

Tiene el aspecto de una niña decepcionada; una niña que ha recibido una muñeca de trapo en vez de la deseada muñeca que incluso podía hablar.

—Ahora estoy simplemente triste, me arrepiento y me duele tener que dejar a mi familia. ¿Y si no me deja venir a veros? ¿Y si no me deja trabajar ahora que puedo? ¿Y si me encierra?

Chirría en el suelo la lámpara de petróleo y de nuevo asaltan a las hermanas pensamientos sombríos. Más vale tenerlos de antemano.

VII

ACCESO PROHIBIDO AL CIELO

Tras la llegada de los talibanes a Kabul en septiembre de 1996, la radio sharia difundió dieciséis decretos que inauguraron una nueva era.

1. Prohibición del impudor femenino.

Queda prohibido que los conductores transporten a mujeres que no lleven burka. En caso de quebrantar esta ley, serán encarcelados. Si tales mujeres son vistas en la calle, los funcionarios irán a sus casas y castigarán a sus maridos. En caso de que una mujer vista con un atuendo provocativo o atractivo sin estar acompañada por un pariente masculino cercano, ningún conductor la puede transportar.

2. Prohibida la música.

Las casetes y la emisión de música quedan prohibidos en las tiendas, los hoteles, los vehículos y los rickshaws. En caso de ser hallada una casete en una tienda, el propietario será encarcelado y el comercio cerrado. Si se encuentra una casete en un vehículo, éste quedará confiscado y su propietario será encarcelado.

3. Prohibida la rasura.

Todo hombre que lleve la barba afeitada o cortada será encarcelado hasta que le crezca la barba con la longitud de un puño.

4. Obligación de la plegaria.

La oración es obligatoria para todos los hombres y se hace a horarios fijos. El horario exacto de los rezos será anunciado por el Ministerio de Promoción de la Virtud y de Prevención del Vicio. Todo transporte cesa obligatoriamente quince minutos antes de la hora de oración. Es obligatorio asistir a la mezquita durante la oración. En caso de ser vistos hombres jóvenes en las tiendas, serán encarcelados de inmediato.

5. Prohibición de la posesión de palomas y de las riñas de pájaros. *Este pasatiempo tiene que cesar. Las palomas y los pájaros usados en juegos y riñas deben ser matados.*

6. Eliminación de la droga y de su consumidor.

Los drogadictos serán encarcelados y se llevarán a cabo investigaciones a fin de dar con el traficante y su tienda. La tienda será cerrada y ambos criminales —traficante y adicto— serán encarcelados y castigados.

7. Prohibido el juego de la cometa.

Este juego tiene consecuencias sociales nocivas, como, por ejemplo, las apuestas, la mortalidad infantil y el ausentismo escolar. Los comercios que vendan cometas serán cerrados.

8. Prohibida la idolatría.

Las imágenes y los retratos deben ser eliminados de los vehículos, las tiendas, las casas, los hoteles y otros lugares. Los propietarios deben destruir las imágenes existentes en todos los sitios mencionados. Los vehículos donde se encuentren imágenes de seres vivos serán detenidos.

9. Prohibidos los juegos de azar.

Los centros donde se practiquen juegos de azar deben ser denunciados, y los jugadores, encarcelados durante un mes.

10. Prohibidos los peinados británicos o norteamericanos.

Los hombres con el pelo largo serán detenidos y llevados al Ministerio de Promoción de la Virtud y de Prevención del Vicio, donde se les cortará el pelo convenientemente. El coste de la peluquería correrá a cargo del infractor.

11. Prohibido el cobro de intereses por préstamos, de comisiones de cambio y de impuestos de las transacciones.

El islam prohíbe estos tres tipos de transacción monetaria. En caso de ser quebrantada esta normativa, el criminal será condenado a una pena prolongada de cárcel.

12. Prohibido lavar la ropa en las orillas de los ríos que atraviesan ciudades.

Las mujeres que quebranten esta ley serán detenidas de forma islámica y respetuosa y acompañadas a sus casas, donde sus maridos serán severamente castigados.

13. Prohibición de música y baile en las bodas.

En caso de quebrantarse esta ley, el cabeza de familia será detenido y castigado.

14. Prohibido tocar el tambor.

En caso de que alguien toque el tambor, el consejo religioso de ancianos decidirá la pena adecuada.

15. Queda prohibido que los sastres confeccionen ropa femenina y tomen medidas a las mujeres.

En caso de ser encontradas revistas de moda en la tienda, el sastre será encarcelado.

16. Prohibida la brujería.

Todos los libros sobre el tema serán quemados, y el brujo será encarcelado hasta que dé muestras de arrepentimiento.

Además de estos dieciséis decretos, una instancia especial fue dirigida a las mujeres de Kabul:

Mujeres, no debéis salir de vuestras casas. Si lo hacéis, no debéis ser como las mujeres que antes de la llegada del islam al país solían salir con ropa a la moda y abundantemente maquilladas para exponerse a la vista de cualquier hombre.

El islam es la religión salvadora que ha establecido la dignidad específica de la mujer: las mujeres no pueden permitirse atraer la atención de hombres inicuos que les dirijan miradas depravadas. Las mujeres son las responsables de educar y unir a su familia, y son también las responsables de las comidas y de cuidar de la ropa del hogar. Cuando las mujeres tienen que salir de sus casas, deben ponerse el velo según establece la sharia. Si las mujeres salen vestidas con ropa moderna, adornada, ajustada o indulgente para exponerse a la vista de todos, serán condenadas por la sharia islámica y nunca podrán ir al cielo. Serán amenazadas, investigadas y severamente castigadas por la policía religiosa, al igual que los hombres de su familia. La policía religiosa está obligada a luchar contra estos problemas sociales y continuará sus esfuerzos hasta acabar con el mal.

Alahu akbar («Alá es grande»).

VIII

ONDEANTE, FLAMEANTE, SERPENTEANTE

La pierde de vista una y otra vez. Su *burka* ondeante se confunde con todas las demás *burkas* ondeantes y azules. Recorre el suelo con la mirada porque en el barro distingue su calzado sucio entre el calzado sucio de las demás. Divisa el borde de sus pantalones blancos y, más arriba, el faldón de su vestido púrpura. Con la mirada clavada en el suelo recorre el bazar detrás de esta *burka* que flamea al viento. Jadeante, una tercera mujer velada las sigue a ambas, está a punto de dar a luz y mantiene a duras penas el mismo paso vivo que ellas.

La *burka* que marcha en cabeza se ha parado delante de unas telas de sábanas. Las toca y examina sus colores a través de la rejilla. Negocia con la boca escondida, sus ojos oscuros apenas insinuados como sombras detrás de la rejilla. Regatea agitando las manos con la nariz sobresaliendo como un pico entre los pliegues. Finalmente se decide, busca su bolsa a tientas y tiende una mano con unos billetes azules. El vendedor de sábanas mide la tela blanca con flores de color azul claro que luego desaparece en una bolsa debajo de la *burka*.

Las fragancias del azafrán, el ajo, los pimientos secos y las *pakor*s recién asadas penetran por la tela gruesa y se mezclan con el olor a sudor, a aliento y a jabón. Esa tela de nailon es tan densa que se puede oler el propio aliento.

Las tres *burkas* flamean hacia las teteras de aluminio de la marca rusa más barata. Las palpan, negocian, regatean y compran una. También la tetera encuentra su lugar debajo de la *burka*, que rebosa de cacharros, mantas y escobas, y se vuelve cada vez más imponente. Detrás de la primera *burka* vienen las otras dos menos resueltas que se detienen para olfatear, para toquetear unas hebillas de plástico o unas pulseras doradas, antes de buscar con la mirada la *burka* que va en cabeza. Ella se ha parado delante de un carromato con cientos de sujetadores revueltos. Blancos, amarillos claros o rosas, son de un corte dudoso y algunos están colgados de un palo, flameando audaces como banderas al viento. La *burka* los manosea y los mide con la mano, saca ambas manos de los pliegues, comprueba los elásticos y tira de ellos. Opta finalmente a ojo por un modelo sólido con pinta de corsé.

Las tres *burkas* continúan la marcha, sus cabezas girando en todas direcciones para poder mirar en derredor. Las mujeres con *burka* son como caballos con anteojeras, sólo pueden mirar en una dirección. A la altura del rabillo del ojo, la rejilla deja paso a una tela gruesa que impide mirar de lado. Se hace menester girar toda la cabeza. Otra astucia del inventor de la *burka*: permite que un hombre siempre sepa en quién o en qué se fija su esposa.

Tras varios giros de cabeza, las otras dos vuelven a divisar la primera *burka* en uno de los estrechos pasajes donde está seleccionando unas puntillas. Toscas y sintéticas, parecen puntillas soviéticas para cortinas. Pasa demasiado tiempo estudiándolas; de hecho, esta compra es tan importante que se quita el velo para ver mejor desobedeciendo la prohibición de su futuro marido de ser vista. Es difícil valorar puntillas a través de una ventanilla enrejada. Sólo el vendedor del puesto ve su rostro, que está bañado en sudor pese al fresco aire de montaña de Kabul. Shakila inclina la cabeza, sonrío burlona y luego

se ríe, regatea y coquetea incluso. Desprovista de la tela azul celeste se la ve divertida. Lo ha estado todo el rato; los comerciantes del bazar saben interpretar una *burka* ondeante, movediza y flameante, y ella sabe coquetear con el dedo meñique, con un pie, con un gesto. Se acaricia el rostro con las puntillas que de repente han dejado de ser puntillas de cortinas y ahora formarán parte del velo; era lo único que le faltaba para su vestido de novia. Por supuesto, el blanco velo debe tener puntillas. La venta tiene lugar, el vendedor toma las medidas, Shakila sonríe y las puntillas desaparecen con su bolsa debajo de la *burka*, que vuelve a colocarse correctamente. Las tres hermanas continúan zigzagueando por callejones cada vez más estrechos.

En el murmullo general se entremezcla una multitud de voces y rara vez se trata de las de los vendedores ofreciendo la mercancía. Éstos parecen más ocupados en charlar con los tenderos vecinos o en contemplar la vida del bazar repantigados en algún saco de harina o en una pila de alfombras que en presentar su género a gritos. Los clientes ya comprarán lo que necesiten.

En el bazar de Kabul, el tiempo parece haberse detenido. Los productos a la venta son los mismos que en la época del persa Darío, quinientos años antes de Cristo. Sobre grandes alfombras al aire libre o en los puestos estrechos se entremezclan maravillas y mercancía puramente utilitaria, mientras dedos exigentes dan vueltas a las cosas y lo toquetean todo. Pistachos, albaricoques secos y pasas verdes son presentados en grandes sacos de arpillera. Encima de carretas a punto de desmoronarse están expuestos híbridos entre limones y limas, cuya piel amarilla es tan fina que también se come. En un lugar se agitan y cacarean unas gallinas en sus sacos, y en otro se amontonan chiles, pimentón, curry y jengibre. A menudo, el vendedor de especias ejerce también de curandero y recomienda hierbas secas, raíces, frutas y té, explicando con la precisión de un médico cómo curan las enfermedades, desde las más comunes hasta las más incomprensibles.

Los aromas del cilantro fresco, el ajo, el cuero y el cardamomo se mezclan con el olor a cloaca que emana del río, ese fétido torrente reseco que divide el bazar en dos. En las pasarelas que lo cruzan se venden zapatillas de piel de cordero, algodón al peso, telas estampadas en un sinfín de colores, cuchillos, palas y picos.

A veces en el bazar uno también encuentra productos que no datan de los tiempos de Darío. Artículos de contrabando como cigarrillos con nombres exóticos como *Pleasure*, *Wave* o *Pine*, y «coca—colas» en producción pirata pakistaní, que se traen en asnos y en camiones desde Pakistán por el Paso de Khyber o desde Irán por las montañas. Las rutas de contrabando no han cambiado a lo largo de los siglos, y en la dirección opuesta se transporta heroína, opio y hachís.

En el bazar se paga con billetes del año en curso. En una fila larga, los vendedores de túnica y turbante presentan grandes pilas de billetes azules de afgani. Son treinta y cinco mil por un dólar.

Un hombre vende aspiradoras de la marca *National*, mientras otro a su lado los vende de la marca *Nautionl* al mismo precio, pero tanto la original como la copia se venden mal, ya que la inestabilidad de la red eléctrica y los muchos apagones de Kabul invitan a optar por la tradicional escoba.

Los zapatos de Shakila siguen andando por el barro. A su alrededor se mueven sandalias marrones, zapatos sucios y zapatos negros, zapatos que han sido bonitos en su día y zapatos de plástico rosa con cintas de adorno. Algunos son incluso blancos, color de calzado prohibido por los talibanes por ser el de la bandera. Prohibieron asimismo los zapatos con tacones altos, porque el taconeo amenazaba con distraer a los hombres. Pero

es una nueva época, y si fuera posible taconear en barro, el bazar entero resonaría con el clic—clac de la tentación femenina. De vez en cuando se ven uñas pintadas debajo del borde de una *burka*, otra pequeña señal de libertad. El régimen talibán prohibió el esmalte y su importación, y a algunas desdichadas se les cortó una falange de la mano o del pie por haber infringido la ley. La liberación de las mujeres, en esta primera primavera después de la fuga de los talibanes de Kabul, se limita en general al calzado y el esmalte, y apenas llega más allá del ribete de las *burkas*.

No es que nadie lo intente. Se han creado varias asociaciones de mujeres tras la huida de los talibanes; algunas de ellas ya eran activas bajo el régimen y habían organizado colegios clandestinos para niñas, y daban cursos de higiene o de alfabetización para mujeres. La gran heroína de aquellos tiempos es Sohaila Sedique, actual ministra de Sanidad Pública en el gobierno de Karzai y única mujer con rango de general en el ejército del país. En pleno régimen talibán, consiguió que las mujeres pudieran seguir estudiando medicina y logró la reapertura de la sección para mujeres del hospital donde trabajaba, que había sido clausurada por los talibanes. Sohaila era una de las pocas mujeres que se negó a llevar la *burka* en aquella época. «Cuando la policía religiosa vino con sus palos y levantaron los brazos para pegarme, yo levanté los míos para devolverles los golpes. Entonces bajaron los palos y me dejaron ir», nos contó.

Aun así, incluso Sohaila salía poco a la calle cuando los talibanes estaban en el poder. Se dejaba conducir al hospital todas las mañanas y de vuelta todas las tardes, envuelta en un gran chal negro. «Las mujeres afganas hemos perdido la valentía», se lamentó enfadada después de la caída del régimen opresor.

Una asociación de mujeres organizó una manifestación una semana después de la caída del régimen. En escarpines y zapatillas, y la mayoría de ellas sin velo, se reunieron en una esquina del barrio de Microyan para dirigirse juntas al centro de la ciudad. Pero la manifestación fue prohibida por las autoridades so pretexto de que no podían garantizar la seguridad de las mujeres. Cada vez que las mujeres han intentado manifestarse no han conseguido el permiso correspondiente y la policía ha disuelto la manifestación.

Ahora las escuelas de mujeres han vuelto a abrir sus puertas y las jóvenes asisten a las universidades; algunas incluso han recuperado sus antiguos empleos. Se comenzó a editar una revista por y para mujeres, y Hamid Karzai no deja escapar una sola oportunidad para hablar de los derechos de las mujeres.

Varias mujeres desempeñaron un papel relevante en la asamblea legislativa afgana Loya Yirga, de junio de 2002. Las más francas fueron ridiculizadas por parte de los hombres de turbante en la sala, pero no desistieron. Una de ellas exigió —provocando silbidos— que el ministro de Defensa fuera una mujer.

—Es el caso en Francia —subrayó.

Sin embargo, para la inmensa mayoría, la situación no ha cambiado mucho. Las familias y las tradiciones siguen iguales y el poder de decisión continúa en manos de los hombres. Sólo una minoría en la capital se ha quitado la *burka* y la mayoría sigue ignorando que sus antepasadas —las mujeres del siglo XIX— desconocían esa prenda. La introducción de la *burka* tuvo lugar en el reinado de Habibulla entre 1901 y 1919. El rey impuso la prenda a las doscientas mujeres de su harén para que sus bonitos rostros no

tentaran a otros hombres cuando traspasaban las puertas del palacio. Los velos eran todos de seda con finos bordados y las princesas de Habibulla tuvieron incluso *burkas* bordadas con hilo de oro. De este modo, la *burka* se convirtió en un traje de las mujeres de clase alta que las protegía de la mirada del pueblo. En los años cincuenta su uso se extendió al país entero, pero siguió siendo sobre todo un privilegio de las clases acomodadas.

El velo tuvo sus opositores también. En 1959 el príncipe y primer ministro Daud provocó un escándalo cuando apareció en público el día de la fiesta nacional acompañado por su esposa sin velo. Le había pedido a su hermano que dejara hacer lo mismo a su cuñada, y lo mismo les pidió a sus ministros con respecto a sus esposas. Al día siguiente se vieron varias mujeres por las calles de Kabul con abrigos largos, gafas oscuras y sombreros pequeños; mujeres que antes habían caminado completamente veladas. La clase alta, la primera en ponerse la *burka*, fue también la primera en quitársela. Como la prenda había llegado a ser un símbolo de estatus social entre los pobres, muchas criadas heredaron las *burkas* de seda de sus patronas. Al inicio sólo los pashtun gobernantes encubrieron a sus mujeres, pero con el paso del tiempo otros grupos étnicos empezaron a usar la prenda. El príncipe Daud, por su parte, deseaba su total erradicación. En 1961 una ley prohibió a las empleadas del sector público que usaran la *burka* y se les recomendó vestirse a la usanza occidental. La ley tardó años en ser acatada, pero en la década de los setenta casi no había una profesora o una secretaria de la administración pública que no llevara falda y blusa, mientras los hombres adoptaban el traje occidental. Las mujeres desveladas corrían el riesgo, no obstante, de que los fundamentalistas les dispararan una bala en la pierna o les arrojaran ácido en la cara. Cuando estalló la guerra civil y un gobierno islamista se instaló en Kabul, cada vez más mujeres volvieron al velo. La llegada de los talibanes hizo desaparecer todos los rostros femeninos de las calles de la ciudad.

Los zapatos de la primera *burka* se desvanecen entre otros zapatos en una pasarela estrecha sobre el río desecado. Detrás de ella, las sandalias de sus hermanas quedan atrapadas en medio de la muchedumbre. No tienen otra opción que seguir el movimiento del rebaño; buscar a las otras es imposible, por no hablar de detenerse o cambiar de rumbo. Las tres *burkas* se hallan atascadas entre otras *burkas* y entre los hombres que portan su mercancía encima de la cabeza, debajo del brazo o a la espalda. Ya no se ve el suelo.

Llegadas al otro lado del río, las tres *burkas* se buscan. Una lleva calzado negro, pantalón de puntillas blancas y el borde del vestido es de color púrpura; otra calza sandalias de plástico marrón y el borde de su vestido es negro, y la última —la *burka* más menuda— lleva zapatos de plástico rosa y pantalón, y el borde de su vestido es malva. Se encuentran y alzan las miradas para celebrar un consejo. La *burka* que siempre va a la cabeza lleva a las otras dos a una tienda, una tienda de verdad con ventanas y escaparate que se encuentra en un confín del bazar. Busca un cubrecama y se ha enamorado de un modelo brillante, acolchado y de color rosa llamado París. La colcha lleva a juego cojines consolantes adornados de corazones y flores, y el conjunto entero está embalado en una maleta práctica de rígido plástico transparente. Bajo el nombre de París y un dibujo de la torre Eiffel, hay una etiqueta que indica que es un «Producto de Pakistán».

Éste es el cubrecama que la *burka* quiere para su futura cama conyugal, una cama que no sólo no ha probado todavía, sino que ni siquiera ha visto y que (¡Alá no lo permita!) no verá antes de la noche de bodas. El vendedor pide varios millones de afganis por el conjunto.

—¡Es una cifra muy alta!

Ella intenta negociar, pero el vendedor es intransigente. No obstante, cuando ella está a punto de marcharse, él cede por fin. La *burka* serpenteante obtiene la colcha por menos de un tercio del precio inicial, pero cambia de idea y en vez del modelo rosa opta por el de color rubí. El vendedor de mantas lo envuelve y le regala una barra de labios roja porque se casa.

Ella le da las gracias amablemente y levanta su velo: hay que probar el carmín. Desde luego, Shakila y el vendedor se han hecho amigos y, aparte de él, sólo hay mujeres en la tienda. También Leila y Mariam se animan y levantan sus velos, y tres pares de labios pálidos se colorean de rubí. Las tres mujeres se miran en el espejo y contemplan con ojos ardientes todas las maravillas debajo del mostrador de vidrio. Shakila busca una crema para blanquear la piel; la palidez es uno de los requisitos básicos de belleza de los afganos y una novia tiene que estar pálida.

El vendedor recomienda una crema que se llama Perfect. «Aloe white block cream», indica el paquete; el resto es en chino. Shakila prueba un poco y parece que haya intentado blanquearse la piel con una crema espesa de cinc. Por un momento, la piel se ve más pálida, pero por debajo de la crema se percibe el color natural de su cutis; el resultado es un blanco—marrón manchado. Shakila coloca la crema prodigiosa en su bolsa y las tres hermanas se ríen y prometen volver cada vez que se casen.

Satisfecha, Shakila quiere volver a casa para enseñar sus compras. Encuentran un autobús y suben a él entrando por la puerta trasera para ir a instalarse en los asientos de detrás de la cortina. Las últimas filas del autobús están reservadas para las mujeres con sus bebés y sus bolsas. Las *burkas* se estiran en todas direcciones, se enganchan y son pisadas. Hay que recogerlas un poco al sentarse para poder mirar en derredor sin que la tela quede tirante y obligue a bajar la cabeza. Las tres se sientan en el borde de los asientos con los bolsos en el regazo y las bolsas debajo de las piernas. Las plazas reservadas a las mujeres son pocas, y cuando suben otras pasajeras, las *burkas* se encuentran recluidas entre otras *burkas*, entre cuerpos, brazos, bolsos y zapatos.

Agotadas, las tres hermanas lanzan sus bolsas al suelo antes de descender del autobús, cuando éste se detiene delante de su casa bombardeada. Ondeantes en el viento, entran las tres en el apartamento fresco, se quitan las *burkas*, las cuelgan de sendos clavos y suspiran aliviadas. Han recobrado sus rostros, los rostros que las *burkas* les habían robado.

IX

UNA BODA DE TERCERA CLASE

Víspera del gran día. La habitación rebosa de gente, por todo el suelo hay cuerpos femeninos comiendo, bailando o charlando. Es la noche en que se tiñen con alheña las palmas de las manos y las plantas de los pies de los novios. Se les hace un dibujo color naranja que, según la creencia, brindará felicidad al matrimonio.

Los futuros esposos no están juntos. Los hombres celebran una fiesta y las mujeres otra. A solas, las mujeres despliegan una actividad frenética, casi inquietante. Se dan palmadas en el trasero y se pellizcan los pechos las unas a las otras, bailan entre ellas, los brazos se mueven como serpientes y las caderas como las de las bailarinas árabes del vientre. Como innatas seductoras, las chiquillas bailan y ondulan sus cuerpos, con la mirada desafiante y las cejas levantadas. Hasta las mujeres mayores se atreven a bailar, aunque en general abandonan antes de que la danza llegue a su punto álgido. De esa manera, demuestran que todavía lo pueden hacer, pero que simplemente no les da la gana llegar hasta el final.

Shakila está sentada sobre el único mueble de la habitación: un sofá que ha sido traído para la ocasión. Como le corresponde, sigue la escena de lejos sin bailar ni sonreír, porque su alegría ofendería a la madre que está abandonando, mientras que la tristeza contrariaría a su futura suegra. El rostro de la novia debe permanecer impassible, no debe mirar en derredor, sino mantener la mirada perdida en el vacío. Shakila cumple la misión con brillantez, como si toda su vida hubiera estado preparándose para esta noche. Erguida como una reina, conversa tranquilamente con quien esté sentada a su lado en el sofá, un honor que todas disfrutan por turnos. Sólo sus labios se mueven cuando contesta las preguntas de las invitadas.

Vestida de rojo y verde, negro y oro, Shakila parece estar envuelta en la bandera afgana para ser luego rociada de oro. Sus pechos sobresalen como dos cúspides; está claro que le va bien el sostén comprado a ojo. Debajo del vestido, su cintura está estrechamente atada y tiene el rostro untado con espesas capas de Perfact, los ojos realzados con *khol* y los labios pintados con su nuevo carmín. En una palabra, ha logrado el aspecto de novia perfecta, que es tener una apariencia tan artificial como la de una muñeca; de hecho, la palabra novia y la palabra muñeca son la misma en *dari*: *arus*.

Por la noche, una romería con panderetas, tambores y linternas pasa delante de la puerta principal. Son las mujeres de la casa de Wakil, sus futuras cuñadas, sobrinas y otras parientas. Cantan en la oscuridad total de la noche dando palmadas y bailando:

Hemos venido a buscar a esta joven en su casa para llevarla a la nuestra.

Novia, no bajas la cabeza ni derrames lágrimas amargas.

Es deseo de Alá, más bien dale las gracias a Alá.

Ay, Mahoma, mensajero de Alá, resuelve los problemas de la joven.

¡Hazle fáciles las cosas difíciles!

Las mujeres de la casa de Wakil bailan sensualmente agitando los chales y los pañuelos que cubren sus caras y sus cuerpos. La habitación está llena de vaho y exhala una dulce fragancia de sudor, y aunque las ventanas están abiertas de par en par y las cortinas ondean al viento, el viento fresco de la primavera no es suficiente para refrescar a las mujeres.

Sólo la llegada de fuentes rebosantes de *pilau* marca una pausa en la danza. Todas se sientan en el suelo donde antes bailaban; sólo las mayores lo hacen en los cojines arrimados a la pared. Leila —la hermana menor de Shakila— y sus primas más pequeñas traen la comida, cocinada en gruesas ollas en el patio de atrás. Se ponen en el suelo fuentes llenas de arroz, con grandes trozos de cordero, con berenjenas en salsa de yogur, con tallarines de espinacas y de ajo y con patatas en salsa de pimiento. Las mujeres se juntan en grupos alrededor de las fuentes, y con la mano derecha aprietan el arroz y se lo llevan a la boca. Comen la carne y la salsa con trozos de pan que arrancan de las hogazas, todo con la mano derecha. La izquierda es la mano impura y no se emplea. Ahora sólo se oyen los ruidos de la masticación. La comida se consume en silencio, silencio que las mujeres sólo rompen para invitarse mutuamente a servirse más. Es una muestra de buena educación dar los mejores trozos a la vecina.

Cuando todas están satisfechas, puede comenzar la ceremonia de la alheña. Es tarde y ya nadie baila, algunas se han dormido y otras están echadas o sentadas alrededor de Shakila, observando cómo la hermana de Wakil le unta la masa verde de musgo en las manos y los pies, cantando la canción de la alheña. Una vez las manos están untadas, Shakila tiene que cerrarlas y su futura cuñada rodea cada puño con tiras de tejido, para que se formen los dibujos. Luego los envuelve en trozos de tela para evitar que ensucien su ropa o las sábanas. La hermana de Wakil desviste a Shakila hasta dejarla en ropa interior —bragas largas de algodón blanco y una túnica— y la estira en una estera en medio del suelo con un cojín grande debajo de la cabeza. Luego la alimentan con carne, hígado asado y gajos de cebolla que ha preparado su hermana especialmente para Shakila, la que va a dejar a su familia.

Bibi Gul está contemplando a su hija desde su asiento siguiendo con los ojos cada bocado que las hermanas le dan de comer. La madre de la novia rompe a llorar y todas la acompañan mientras confían en que Shakila tendrá una buena vida.

Cuando ésta termina de comer, se arrellana junto a Bibi Gul en posición fetal y su madre la abraza. Shakila nunca ha dormido en otro cuarto que no fuera el de su madre. Hoy es la última noche que pasará en su regazo. La próxima dormirá en el dormitorio de su marido.

Unas horas más tarde la despiertan. Sus hermanas desatan los trozos de tela que cubren sus manos, quitan la alheña rascando y dejan a la vista los dibujos naranjas en las

palmas y los pies. Shakila se limpia del rostro la pintura de muñeca de la noche anterior y, como de costumbre, toma un abundante desayuno. Come carne asada, pan, mermeladas y pudín, y bebe té.

A las nueve la novia está lista para ser maquillada, peinada y acicalada. Acompañada por Leila, Sonya y una prima, sube a un piso en Microyan. Es un salón de belleza que también existía en tiempo de los talibanes. Incluso en aquella época, las novias querían ponerse guapas aunque estuviera prohibido, y se aprovechaban de una de las normas del régimen: llegaban veladas al salón de belleza y salían de él de la misma forma, pero con una nueva cara bajo el velo.

La maquilladora dispone de un espejo, una silla y un estante con frascos y tubos que —a juzgar por el diseño y el estado— parecen datar de hace varios decenios. En las paredes ha colocado carteles con estrellas cinematográficas de Bollywood, la meca del cine hindú. Las bellezas escotadas dirigen sonrisas insinuantes a la novia circunspecta.

Poca gente diría que Shakila es guapa. Tiene grandes los poros de la piel, los párpados hinchados, la cara ancha y la mandíbula prominente. Pero tiene los dientes más bonitos y más blancos del mundo, el pelo brillante y la mirada traviesa, y ha sido la hija más solicitada de Bibi Gul.

—No sé por qué me gustas tanto —le había dicho Wakil durante la cena en casa de Mariam—. No eres ni siquiera guapa.

Lo había dicho con ternura, y Shakila se lo había tomado como un cumplido. Ahora sólo se esfuerza por ser lo bastante bella y su mirada juguetona se ha apagado. Una boda es un asunto sumamente serio.

Primero le enroscan la melena oscura con pequeños rulos de madera, después le depilan las cejas pobladas y unidas. Ésta es la señal definitiva de que está a punto de convertirse en una mujer casada: antes del matrimonio, las mujeres no se pueden depilar las cejas. Shakila chilla, la maquilladora depila. Las cejas se vuelven arcos bonitos y Shakila admira el resultado en el espejo; su mirada entera parece haberse elevado un poco.

—Si hubieras venido antes, también te hubiese decolorado el vello del labio superior —comenta la esteticista y le muestra un tubo misterioso y algo desconchado que indica «Cream bleach for unwanted hair».

La esteticista unta la cara entera de Shakila con Perfact y le cubre los párpados con una sombra pesada y brillante en rojo y oro. Luego realza los ojos con un gran lápiz de *khol* y selecciona un carmín de un rojo marrón.

—Haga lo que haga, no seré nunca tan guapa como tú —se lamenta Shakila a Sonya, pero su cuñada, más joven que ella, sólo sonríe y refunfuña algo ininteligible. En ese momento se está poniendo un vestido de tul de color azul claro.

Cuando Shakila ya está maquillada, le toca a Sonya ser embellecida, mientras las otras ayudan a la novia a ponerse el vestido. Leila le ha dejado una faja, una cinta larga y elástica que le acentuará el talle. El vestido de mañana es de un verde menta vivo y brillante, con puntillas sintéticas, volantes y bordes dorados. El vestido tiene que ser verde, el color del islam y de la suerte.

Una vez bien ajustado el vestido y los pies forzados a entrar en los zapatos de altos tacones, la esteticista le quita los rulos. Rizado, el pelo se mantiene en su sitio gracias a un broche bien apretado encima de la cabeza, mientras el flequillo —con la ayuda de grandes cantidades de laca— es esculpido en forma de ola a un lado de la cara. Después le colocan el velo de color verde menta y, finalmente —como adorno adicional—, le fijan

en la cabellera una decena de pequeñas pegatinas, estrellas azul cielo con el borde dorado, y en cada mejilla, tres estrellas plateadas. Shakila empieza a parecerse a las actrices de Bollywood que cuelgan de la pared.

—¡Ay! ¡El paño, el paño! —grita Leila de repente—. ¡Ay!

—¡Oh, no! —exclama Sonya mirando a Shakila, que no reacciona.

Leila se levanta y sale precipitadamente de la habitación. Por suerte no está lejos de casa. ¿Cómo ha sido capaz de olvidar el paño, lo más importante de todo...?

Las demás permanecen quietas, sin dejarse perturbar por el pánico de Leila. Una vez que todas tienen pegatinas en el pelo y en las mejillas, se ponen las *burkas*. Shakila intenta colocarse la suya sin que le estropee el peinado, y por eso no la aprieta sobre la cabeza como de costumbre, sino que la deja reposar encima de su cabellera rizada sin tirar de ella. Por este motivo, la rejilla no queda en su sitio delante de los ojos, sino en lo alto de su cabeza. Sonya y una prima la tienen que guiar como a una ciega por la escalera; Shakila prefiere caerse antes que ser vista sin *burka*.

Y no se la quita hasta llegar al patio de su hermana Mariam, donde se celebrará la boda. Para entonces, su pelo ha perdido un poco de volumen. Wakil todavía no ha llegado, pero los invitados se echan encima de ella en cuanto entra. El patio bulle de gente que ya está comiendo *pilau*, kebabs y albóndigas de carne. Están invitados cientos de parientes, y un cocinero y su hijo han estado picando, cortando, preparando y cocinando desde el alba. Para el banquete de la boda se han comprado ciento cincuenta kilos de arroz, cincuenta y seis de cordero, catorce de ternera, cuarenta y dos de patatas, treinta de cebollas, cincuenta de espinacas, treinta y cinco de zanahorias, uno de ajos, ocho de pasas, dos de nueces diversas, treinta y dos litros de aceite, catorce kilos de azúcar, dos de harina, veinte de huevos, varias clases de especias, dos kilos de té verde, dos de té negro y diecisiete de caramelos.

Después de la comida, veinte hombres entran en la casa vecina donde se encuentra Wakil. Es hora de negociar los últimos detalles económicos y de precisar las obligaciones futuras. Wakil tiene que garantizar una suma de dinero en caso de divorciarse de Shakila sin una razón legítima, y tiene que prometer mantenerla con ropa, comida y vivienda. Es Sultán quien negocia en nombre de su hermana menor, y los hombres de las dos familias firman el contrato. Desde detrás de las cortinas en casa de Mariam, Shakila y sus hermanas los observan salir. Mientras los hombres negociaban, la novia se ha puesto el vestido blanco; ahora el velo de cortina soviética le cubre el rostro por completo. Está sentada, esperando que Wakil sea conducido a ella para luego salir juntos. El novio entra con cierta timidez y se saludan bajando debidamente los ojos. Luego salen juntos sin mirarse. Al detenerse, ambos deben pisar al otro, y el que lo hace primero será el jefe. Wakil gana, o Shakila le deja ganar, como se debe hacer: no queda bien arrogarse un poder al que no se tiene derecho.

Dos sillas están colocadas en el patio y los novios deben sentarse al unísono. De sentarse primero el novio, será dominado por la novia. Ninguno de los dos quiere sentarse, y al final Sultán se coloca detrás de ellos y poniéndoles una mano en cada hombro les ayuda a que tomen asiento en perfecta sincronización. Todos aplauden.

Feroza, la hermana mayor de Shakila, cubre a la pareja a medias con una manta y sostiene un espejo delante de sus caras. La tradición exige que este instante sea el primero en que sus miradas se crucen, y Wakil y Shakila fijan las miradas en el espejo como si nunca se hubieran visto. Feroza mantiene el Corán encima de sus cabezas, mientras un ulema los bendice. Con las cabezas gachas, los novios reciben las palabras de Alá.

A continuación se coloca una bandeja delante de ellos con un pudín hecho con migas de galletas, azúcar y aceite y condimentado con cardamomo. Provocando el aplauso de toda la concurrencia, se dan de comer y beber el uno al otro para mostrar que cada uno de ellos desea al otro una buena vida.

Pero no a todo el mundo le entusiasma brindar con limonada.

—En otras épocas, el brindis de la boda se hacía con champán —cuchichea una tía recordando tiempos más liberales—. Pero esos tiempos no volverán, supongo —añade suspirando.

La época de las medias de nailon, de los vestidos occidentales, de los brazos desnudos y, sobre todo, de la inexistencia de la *burka* no es más que un recuerdo lejano.

—Una boda de tercera clase —comenta entre susurros Mansur, el hijo mayor de Sultán—. Comida mala, ropa ordinaria, albóndigas y arroz, túnicas y chales. Cuando yo me case, alquilaré la sala de baile del hotel Intercontinental, todo el mundo tendrá que llevar ropa moderna y serviremos la mejor comida que exista. Comida de importación —señala antes de cambiar de idea—. No, de hecho, me casaré en el extranjero.

La fiesta de Shakila y Wakil se celebra en la casa de adobe de Mariam y en el patio donde nada crece. Los retratos de boda quedan enmarcados por la guerra: detrás de los novios, la pared está agujereada por el impacto de las balas y de las explosiones de las granadas. Con las miradas fijas, los novios posan para el fotógrafo, y la falta de sonrisas y el muro del fondo confieren una dimensión trágica a la escena.

Ahora es el momento de la tarta. Los novios cogen el cuchillo entre los dos y la cortan con aire de suma concentración. Se dan de comer con las bocas casi cerradas como si se resistieran a abrirlas completamente, y se ensucian de migas.

Luego hay música y baile. Para muchos convidados, es la primera boda después de la salida de los talibanes, y por tanto es la primera vez en mucho tiempo que se celebra con música y baile. El régimen talibán privó a la gente de la mitad del placer de las bodas cuando suprimió la música. Ahora todos se lanzan al baile, salvo los novios, que siguen en sus asientos como espectadores. Es media tarde, y por culpa del toque de queda, las bodas se celebran de día y no de noche como antes. Todos tienen que estar en sus casas a las diez.

En el crepúsculo, los novios dejan la fiesta en medio de un jaleo de bocinazos y gritos. En un vehículo adornado con flores y cintas se dirigen a la casa de Wakil; quienes encuentran sitio en algún coche se suman al cortejo. En el de Wakil y Shakila se amontonan ocho personas, y en otros hay incluso más gente. Dan una vuelta por las calles vacías de Kabul, que está celebrando el fin del Ramadán, el *Id al Fitr*. Los vehículos pasan las rotondas a cien por hora, compitiendo por encabezar el cortejo. La colisión de dos coches pone cierto freno al ambiente festivo, pero nadie ha sufrido daños graves, y con los faros rotos y los capós abollados, los vehículos continúan hacia la casa de Wakil. El fin de este trayecto representará una entrega simbólica: Shakila deja su familia para ser recogida por la de su marido.

Los parientes más cercanos entran con los novios en la casa de Wakil, donde sus hermanas han preparado té para todos. Éstas son las mujeres con las que Shakila va a compartir el patio, y aquí es donde se encontrarán alrededor de la fuente de agua, aquí donde lavarán la ropa y darán de comer a los pollos. Los mocosos miran con curiosidad a su nueva madre, se esconden en las faldas de sus tías, pero siguen contemplando con devoción a la novia de oro centelleante. La música ha quedado lejos y los gritos de júbilo se han ido apagando. Con dignidad, Shakila franquea el umbral de su nuevo hogar, que es espacioso y de techos altos. Como todas las casas de cualquier aldea, la de Wakil está construida de adobe y tiene anchas vigas en el techo. Las ventanas están cubiertas con plásticos; tampoco Wakil se atreve a creer que han acabado realmente las bombas y los misiles, y aplaza el momento de cambiarlas.

Todos se descalzan y pasean tranquilamente por la casa. Después de llevar todo el día los finos y altos zapatos blancos, ahora los pies de Shakila aparecen enrojecidos e hinchados. Los invitados aún presentes entran en el dormitorio, donde una enorme cama de matrimonio ocupa casi toda la habitación. Shakila contempla orgullosa la colcha y los cojines de color rubí, brillantes y lisos, así como las nuevas cortinas rojas que ella misma ha cosido. Mariam había ido el día anterior a preparar el cuarto y había colgado las cortinas, extendido el cubrecama y dispuesto la decoración de la boda. Shakila no había ido previamente a la casa que gobernará hasta el fin de sus días.

Durante toda la celebración de las nupcias, nadie ha visto a los novios intercambiar una sola sonrisa. Ahora, en su nueva casa, Shakila no se puede contener.

—Qué bonito está todo —felicita a su hermana.

Por primera vez en su vida tiene su propio dormitorio, y por primera vez dormirá en una cama. Se sienta al lado de Wakil sobre el suave cubrecama.

Falta todavía el último acto de la ceremonia. Una de las hermanas de Wakil ofrece un clavo grande y un martillo a Shakila, que sabe lo que se espera de ella. Se dirige a la puerta de la habitación y fija el clavo encima de ella. Cuando el clavo está completamente hundido, todos aplauden y la madre de la novia solloza. Shakila ha simbolizado con este acto que clava su destino a esta casa.

Al día siguiente antes del desayuno, la tía de Wakil va a casa de Bibi Gul. En la bolsa lleva el paño que Leila por poco se olvidó de traer, lo más importante de todo. La anciana lo saca con reverencia y se lo entrega a la madre de Shakila. Está manchado de sangre. Bibi Gul da las gracias y sonríe, pero llorando a lágrima viva. Pronuncia rápidamente una pequeña oración de agradecimiento. Todas las mujeres de la casa acuden en tromba, y Bibi Gul muestra el paño a todas; hasta las chiquillas de Mariam ven el paño sangrante.

Sin sangre, hubiera sido Shakila y no el paño quien habría sido mandada de vuelta a la familia.

X

LA MATRIARCA

Una boda es como una especie de pequeña muerte. En los primeros días posteriores, la familia de la novia está de duelo como después de un entierro. Han perdido a una hija vendiéndola o regalándola. Sobre todo las madres están apenadas; ellas, que siempre han sabido todo sobre sus hijas: dónde han ido, con quién se han encontrado, qué han comido. Madres e hijas han pasado gran parte de cada día juntas: se han levantado juntas, han barrido la casa juntas, han cocinado juntas, pero después de la boda, la hija desaparece y pasa a pertenecer a otra familia. Totalmente. La hija no puede visitar a su familia cuando quiere, sino sólo cuando su marido se lo permite, y su familia no puede ir de visita a la nueva casa de su hija sin ser invitada previamente.

En un apartamento del bloque 37 en Microyan, una madre llora a su hija, que sigue viva y se encuentra a sólo una hora de camino. Da lo mismo si su hija vive en Deh Khudaidad, un pueblo a las afueras de Kabul, o en un país extranjero a miles de kilómetros al otro lado del mar; mientras no esté a su lado sobre colchón bebiendo té y comiendo almendras garrapiñadas, la madre se siente igualmente triste.

Bibi Gul casca otra almendra y esconde el resto debajo del colchón para que Leila no las descubra. Su hija menor es la que cuida que no se muera comiendo. Como una enfermera en una clínica de adelgazamiento, le prohíbe tocar el azúcar y la grasa, y le quita la comida de las manos cuando intenta comer algo que no debe. Cuando tiene tiempo, cocina platos especiales sin grasa para su madre, pero Bibi Gul vierte la grasa de los platos de los otros sobre su propia comida cuando Leila no la ve. Le encanta el sabor a aceite, a grasa caliente de cordero y a *pakorás* fritas, le gusta chupar la médula de los huesos al final de la comida. La comida es su refugio, y pese a los esfuerzos de Leila, Bibi Gul no pierde peso; al contrario, su volumen cada vez es mayor. Si no se sacia en la cena, se levanta de noche para lamer los tazones y raspar las ollas. Esconde pequeñas provisiones por todos lados, en viejos cofres, debajo de algunas alfombras, detrás de una caja. En el bolso guarda *toffees* de Pakistán. Son de la peor y más barata calidad, de color extraño, harinosos y granulados, sosos, y algunos hasta rancios; pero son *toffees* al fin y al cabo, con su dibujo de vacas lecheras en el paquete, y nadie la oye cuando se los come.

En cambio, hay que cascar las almendras sin hacer ruido. Bibi Gul está sola en la habitación lamentando su suerte. Sentada en la estera, se mece y mira al vacío con las almendras escondidas en la mano. Pronto no le quedarán más hijas en la casa. Shakila ya se fue; Bulbula está a punto de hacerlo. El día que desaparezca Leila, Bibi Gul no sabrá qué hacer y no tendrá quien la cuide.

—Ningún hombre tendrá a Leila antes de mi muerte.

Muchos han pedido su mano, pero Bibi Gul siempre los ha rechazado. Porque nadie jamás la cuidará como ella.

Bibi Gul, por su parte, ya no mueve un dedo. Sentada en el cojín, bebe té y piensa; su labor está hecha. Cuando una mujer tiene hijas adultas, se convierte en una especie de dirigente del hogar que da consejos y concierta los matrimonios, una vigilante moral de la familia, lo que quiere decir sobre todo la moralidad de las hijas. Vigila que no salgan solas,

que se velen debidamente, que no se encuentren con hombres que no sean de la familia, que sean obedientes y educadas; para Bibi Gul la educación es la mayor virtud. Después de Sultán, es ella quien tiene más poder en la familia.

De nuevo sus pensamientos se van a Shakila, que se encuentra ahora detrás de altos muros de arcilla. Se la imagina subiendo pesados cubos de agua del pozo del patio, con gallinas y diez críos huérfanos de madre cogidos a sus faldas. Bibi Gul teme haber cometido un error: ¿y si él no es amable? Además, la casa parece tan vacía sin la presencia de Shakila.

De hecho, el pequeño apartamento no ha quedado exactamente vacío sin la hija. En vez de doce personas, ahora viven once en las cuatro habitaciones. En una duermen Sultán, Sonya y su hija de un año. En otra, Yunus y Mansur, el hermano y el hijo mayor de Sultán, respectivamente. En la tercera, todos los demás: Bibi Gul, sus dos hijas solteras, Bulbula y Leila; los dos hijos menores de Sultán, Eqbal y Aimal, y el primo de éstos, otro nieto de Bibi Gul, Fazil, hijo de Mariam.

La cuarta habitación sirve de almacén de libros y tarjetas postales y de trastero para la ropa de invierno en verano y la ropa de verano en invierno. La ropa de la familia se guarda en grandes cajas, porque ninguna de las habitaciones tiene armario, y cada día se pierde un tiempo infinito en buscar lo que se necesita. De pie o sentadas al lado de las cajas, las mujeres de la familia examinan prendas o zapatos, un bolso torcido o un estuche roto, una cinta, unas tijeras o un mantel. El objeto en cuestión es utilizado o sólo examinado antes de ser devuelto a la caja, pero rara vez algo se tira, con lo que el número de cajas sigue aumentando. Cada día el almacén es reorganizado un poco, porque hace falta mover todo cada vez que alguien busca algo en el fondo de alguna de las cajas.

Aparte de las cajas con la ropa y los trastos, cada miembro de la familia tiene un cofre cerrado con llave. Las mujeres llevan la llave sujeta al vestido. El cofre es su único lugar privado, y cada día se las ve inclinadas sobre los cofres, sentadas en el suelo. Cogen una joya, la miran, tal vez se la ponen, luego la vuelven a guardar, se untan con una crema de cuya existencia se habían olvidado o huelen un perfume que alguien alguna vez les regaló. Quizá miran la foto de un primo y sueñan un poco, o hacen como Bibi Gul y sacan unos *togfees* o una galleta escondida.

Sultán posee una biblioteca cerrada con candado. Tiene puertas de vidrio por las que se ven las cubiertas, y en el interior hay colecciones de poesía de Hafez y de Rumi, relatos de viajes centenarios y atlas desgastados por el uso. Sultán oculta el dinero en sitios secretos entre las páginas, ya que en Afganistán el sistema bancario no es de fiar. La biblioteca contiene sus obras más preciosas, libros con dedicatorias y otros que él espera algún día tener tiempo para leer. Pero Sultán pasa el día entero en la tienda, sale de casa antes de las ocho por la mañana y no vuelve hasta las ocho de la tarde. Entonces sólo le queda tiempo para jugar un poco con la pequeña Latifa, cenar y tomar algunas decisiones si ha ocurrido algo en la familia en su ausencia. En general, no es el caso, porque la vida de las mujeres caseras es tranquila, y a Sultán le resultaría indigno resolver las rencillas que pudieran haber sucedido entre ellas.

En la parte inferior de la vitrina, Sonya guarda sus pertenencias. Unos bonitos chales, un poco de dinero y juguetes regalados a Latifa, con los que no le permite jugar por considerarlos demasiado valiosos; entre ellos se encuentra una imitación de la muñeca Barbie que Latifa recibió en su primer cumpleaños y que domina en lo alto del mueble, envuelta todavía en su plástico arrugado.

Esa vitrina es el único mueble del piso; la familia no tiene televisión ni radio. Las piezas están amuebladas únicamente con los colchones finos y los grandes cojines duros arrimados a las paredes. Los colchones sirven para dormir por la noche y para sentarse durante el día, mientras que los cojines hacen de almohadas o de respaldos. Para las comidas se extiende un hule en el suelo, alrededor del cual todos se sientan con las piernas cruzadas y comen con los dedos. Después el hule se lava y se vuelve a enrollar.

El suelo es de cemento y está cubierto por grandes alfombras. Las paredes están agrietadas y las puertas torcidas, muchas de ellas no cierran y, por tanto, están siempre entreabiertas. Entre algunas de las habitaciones cuelga solamente una sábana y los agujeros en las ventanas están tapados con viejas toallas.

En la cocina hay un fregadero, un fogón de gas y un hornillo en el suelo. En los marcos de las ventanas se encuentran las verduras y las sobras del día anterior. Los estantes son protegidos con cortinas para mantener la vajilla libre del polvo y de la emanación de gas, pero por mucho que intentan mantener todo limpio, siempre se ve una capa de grasa mezclada con el sempiterno polvo arenisco de Kabul.

El lavabo y el retrete forman una pequeña pieza, separada de la cocina por un tabique y con un tragaluz abierto en lo alto, que no es mucho más que un hueco en el suelo y un grifo. En un rincón hay un horno de leña donde se puede calentar el agua junto a un gran depósito que se llena cuando hay agua corriente. Encima de la cisterna hay un pequeño estante con un frasco de champú, jabón siempre renegrido, cepillos de dientes y un tubo chino de pasta de dientes lleno de una masa granulada con un sabor químico indefinible.

—En otro tiempo éste era un piso elegante —recuerda Sultán—. Teníamos agua, electricidad, cuadros en las paredes, de todo.

Pero la casa fue saqueada y quemada durante la guerra civil, y cuando la familia volvió, estaba completamente devastada y tuvieron que recomponerla lo mejor que pudieron. La parte más vieja de Microyan, donde vive la familia Khan, se encontraba en la primera línea de fuego entre las fuerzas del comandante *muyahid* Masud y los hombres del abominado Gulbuddin Hekmatyar. Masud ocupaba grandes zonas de Kabul, mientras las tropas de Hekmatyar se desplegaban en una colina en las afueras de la ciudad. Combatían con misiles, y muchos de ellos cayeron en Microyan. En otra colina estaba el uzbeko Abdul Rashid Dostum, y en otra más, el fundamentalista Abdul Rasul Sayyaf. Sus misiles caían en otros barrios. Las líneas se desplazaban de una calle a otra. Hacía cuatro años que luchaban cuando los talibanes llegaron a Kabul y los señores de la guerra huyeron.

Seis años después del fin de los combates, Microyan es todavía un paisaje de guerra, con los edificios perforados por el impacto de balas y granadas. Hojas de plástico sustituyen los vidrios de las ventanas, los techos de los apartamentos tienen grietas y, al estallar, los misiles incendiaron los pisos superiores, que acabaron convirtiéndose en agujeros abiertos.

Microyan fue la escena de algunas de las batallas más violentas de la guerra civil, y la mayoría de los habitantes lo abandonó.

Nadie ha limpiado la colina Maranyan, en las afueras de Microyan, donde se hicieron fuertes las tropas de Hekmatyar, y por ello —a sólo quince minutos de la casa de los Khan— ahí siguen las rampas de misiles, los vehículos acorazados y los tanques bombardeados y desperdigados. En otros tiempos era un lugar muy concurrido por excursionistas, que pasaban allí el día. Es en ese lugar donde está enterrado Nadir Shah, padre de Zahir Shah y víctima de un atentado en 1933. Hoy día sólo quedan las ruinas de la cámara funeraria; la cúpula está agujereada por los impactos y los pilares, agrietados. Justo al lado, el palacio más modesto de su reina está en un estado aún peor; parece un esqueleto sobre un saliente por encima de la ciudad. La lápida se encuentra hecha añicos, pero alguien ha intentado juntar los trozos para permitir leer la cita del Corán que tenía inscrita. La colina entera está minada, pero entre los cartuchos de misiles y los desechos metálicos, y junto a una hilera de piedras redondas, crecen caléndulas naranjas como testimonio de tiempos de paz; lo único en la colina de Maranyan que ha sobrevivido a la guerra civil, la sequía y el régimen talibán.

A la distancia, visto desde la colina, Microyan parece cualquier población de la ex Unión Soviética; los edificios son, efectivamente, un regalo de los rusos. Durante los años cincuenta y sesenta llegaron ingenieros soviéticos a Afganistán para construir lo que se llamó los bloques Jruschov, con los que también llenaron la Unión Soviética, y que eran exactamente los mismos en Kabul, en Kaliningrado y en Kiev. Inmuebles de cinco plantas con apartamentos de dos, tres y cuatro habitaciones.

Al acercarse uno se da cuenta de que el aspecto lamentable no es fruto del clásico deterioro soviético, sino de la guerra; hasta los bancos de cemento delante de las puertas de entrada están rotos y yacen como vehículos accidentados a lo largo de los caminos de tierra en su día asfaltados.

En Rusia estos bancos están ocupados por *babushkas*, ancianas con bastón, bigote y pañuelo en la cabeza que observan todo lo que pasa alrededor de los bloques. En Microyan sólo los varones viejos siguen sentados delante de los edificios, charlando y moviendo los rosarios entre los dedos. Se sientan a la escasa sombra de los pocos árboles que quedan, mientras las mujeres pasan apresuradas con las bolsas de la compra debajo de la *burka*, pues ellas no acostumbran a pararse y charlar con un vecino. En Microyan, las mujeres se visitan en los apartamentos si quieren hablar, y cuidan de que no las vea ningún hombre que no sea de la propia familia.

Si bien la zona está construida con el espíritu igualitario soviético, la igualdad no existe ni dentro ni fuera de las casas. Y si bien la idea detrás de los bloques era crear apartamentos sin distinción de clase en una sociedad sin clases, Microyan fue percibido como viviendas idóneas para la clase media, aunque es cierto que el término «clase media» no significa mucho en un país donde la mayoría de los habitantes lo ha perdido todo y donde la situación social ha empeorado en general. Aun así, cuando los bloques se construyeron, era una señal de prestigio dejar las casas de adobe de los pueblos de los alrededores de Kabul por estos apartamentos con agua corriente. Llegaron ingenieros y profesores, pequeños comerciantes y transportistas.

Durante los últimos diez años, la envidiada agua corriente no ha sido más que una broma. En la planta baja hay agua fría corriente durante unas horas cada mañana, y luego nada; a veces el agua llega al primer piso, pero la poca presión hace imposible que alcance alguna vez las plantas superiores. Se han cavado pozos delante de los edificios, y cada día una retahíla de niños sube y baja las escaleras con cubos de agua, botellas y ollas.

Otro orgullo de Microyan solía ser la electricidad. Ahora la oscuridad reina durante gran parte del tiempo: a causa de la sequía, la corriente está racionada a cuatro horas — de las seis de la tarde a las diez de la noche— cada dos días. Cuando un barrio tiene electricidad, el vecino está sumido en la oscuridad; o sencillamente todos están sin luz. No queda más remedio entonces que sacar las lámparas de queroseno y quedar en la penumbra soportando las emanaciones, que producen escozor en los ojos y hacen lagrimear.

En uno de los edificios más antiguos, al borde del río de Kabul, vive la familia Khan. Allí es donde está sentada Bibi Gul sumida en tétricos pensamientos, lejos del pueblo donde creció y encerrada en un desierto de piedras agrietadas. Bibi Gul no ha sido feliz desde que murió su marido, un hombre trabajador y muy religioso, duro pero justo, según sus descendientes.

Después de su muerte, Sultán le sucedió en el trono. Sus palabras han cobrado fuerza de ley, y quien no le obedece es castigado, en principio verbalmente y en casos graves físicamente. Y Sultán no se contenta con reinar en su hogar, sino que también intenta regir la vida de los hermanos que se han ido de casa. Su hermano dos años menor que él le besa la mano cuando se ven, y se debe guardar bien de contradecir a Sultán o, peor aún, encender un cigarrillo en su presencia. Hay que respetar al mayor en todo.

Cuando ni palabras ni golpes funcionan con alguien, se aplica otro castigo: el del rechazo. Sultán ya no habla con Farid, otro hermano menor, ni habla de él desde que se negó a trabajar en su librería y abrió la suya propia y un taller de encuadernación. Sultán ya no le considera su hermano y tampoco permite que los demás parientes tengan trato con él o mencionen su nombre.

También Farid vive en uno de los apartamentos bombardeados en Microyan, a tan sólo unos minutos de distancia. A menudo, pero a espaldas de Sultán —cuando está en la librería—, Bibi Gul y sus otros hijos e hijas van a ver a Farid y a su familia. Antes de casarse, Shakila aceptó la invitación de Farid que todos los parientes —acorde con la tradición— hacen a una chica para despedirse de ella antes de su boda. Shakila desobedeció la prohibición de Sultán y pasó una tarde entera con Farid tras decirle a Sultán que estaría con una tía. En las fiestas para toda la familia, no obstante, a Sultán se le invita y a Farid no. Ninguno de los parientes desea provocar la enemistad de Sultán; sería algo muy desagradable y de nada serviría. Pero es a Farid a quien quieren.

Ya nadie se acuerda de lo que pasó realmente entre Sultán y Farid; sólo se recuerda que un buen día Farid abandonó enfadado la casa de Sultán, y que éste le gritó que los lazos entre ellos quedaban rotos para siempre. Bibi Gul ruega a sus dos hijos que se reconcilien, pero ambos simplemente se encogen de hombros, Sultán porque dice que siempre le corresponde al más joven disculparse, Farid porque opina que Sultán tiene la culpa.

Bibi Gul ha parido trece hijos. Tenía catorce años cuando nació su primera hija, Feroza, y al fin su vida adquirió sentido. Sus primeros años de esposa niña los había pasado llorando, pero ahora era diferente. Como hija mayor, Feroza no pudo estudiar. La familia era pobre y ella tenía que llevar el agua a casa, barrer y cuidar de sus hermanos pequeños. A los quince años fue dada en matrimonio a un hombre de cuarenta: se trataba de un hombre rico, y Bibi Gul pensaba que la riqueza traería la felicidad. Feroza era una chica guapa y obtuvieron por ella una suma considerable, veinte mil afganis.

Los siguientes dos hijos de Bibi Gul murieron cuando todavía eran unos niños. Afganistán tiene un altísimo índice de mortalidad infantil; una cuarta parte de los niños muere antes de cumplir los cinco años. Mueren de sarampión, paperas y resfriados, pero sobre todo de diarrea, porque muchos padres, al ver que expelen todo cuanto comen, piensan que pueden secar la enfermedad dejando de alimentar a los niños afectados. Es un malentendido que se ha cobrado la vida de miles de niños, pero Bibi Gul ya no se acuerda de qué murieron sus dos hijos.

—Simplemente fallecieron.

Luego vino Sultán, querido y respetado, y este niño que sobrevivió hizo por fin mejorar considerablemente la posición de Bibi Gul en su familia política. Mientras el valor de una novia está en su himen, el de una esposa está en el número de hijos que procrea. Sultán —como hijo mayor— tenía derecho a lo mejor, aunque la familia siguiera siendo pobre. El dinero que recibieron por Feroza pagó gran parte de los estudios de Sultán. Desde pequeño, tuvo un papel decisivo en la vida familiar, ya que su padre le confiaba tareas de responsabilidad. A los siete años empezó a compaginar los estudios con el trabajo.

Unos años después de Sultán nació Farid, un niño arisco, constantemente metido en peleas y que siempre volvía a casa con la ropa hecha pedazos y la nariz sangrando. Cuando creció, bebía y fumaba —a espaldas de los padres, por supuesto—, pero era la amabilidad misma cuando no estaba enfadado. Bibi le encontró una mujer y ahora está casado y tiene dos hijas y un hijo. No obstante, tiene la entrada prohibida en el edificio 37 de Microyan. A Bibi Gul le rompe el corazón la enemistad entre sus dos hijos mayores.

—¿Por qué no pueden entrar en razón? —suspira.

Después de Farid vino Shakila, la hija alegre, valiente y fuerte. Bibi Gul vierte una lágrima al pensar en su hija transportando pesados cubos de agua.

El siguiente fue Nesar Ahmad. Al pensar en él, Bibi Gul llora todavía más. Nesar Ahmad era un chico tranquilo y simpático, y un alumno aplicado. Iba al instituto en Kabul y quería estudiar para ingeniero igual que Sultán; pero un buen día no volvió. Sus compañeros de clase les informaron que la policía militar había ido y se había llevado a los chicos más fuertes para reclutarlos forzosamente en el ejército. Ocurrió durante la ocupación soviética, cuando las tropas gubernamentales fueron organizadas como divisiones de infantería por la Unión Soviética y se las envió a la primera línea de fuego contra los *muyahidin*. Estos últimos eran mejores soldados y grandes conocedores del terreno, y se fortificaron en las montañas a la espera del paso de los rusos y de los afganos traidores. En una emboscada desapareció Nesar Ahmad. Bibi Gul cree que sigue vivo. Tal vez esté preso, tal vez haya perdido la memoria, tal vez esté bien y sea feliz en algún sitio. Cada día reza a Alá para que vuelva a casa.

Después de Nesar Ahmad llegó Bulbula, la hija que enfermó de pena por la encarcelación de su padre y que se pasa los días mirando al vacío.

Mariam, que nació unos años más tarde, es, sin embargo, muy espabilada. Niña habilidosa y animada y alumna estudiosa, se convirtió en una hermosa mujer que pronto tuvo multitud de pretendientes. A los dieciocho años fue dada en matrimonio a un chico del mismo pueblo que tenía una tienda y que Bibi Gul consideraba un buen partido. Mariam se fue a vivir con la familia de él, con su cuñado y su suegra. Allí había mucho que hacer, porque la suegra tenía las manos inutilizadas por habérselas quemado en un horno de pan, y algunos dedos le habían desaparecido del todo, mientras que otros se habían soldado entre sí. Pese a todo, los dos medios pulgares que le quedan le permiten comer sola y llevar a cabo tareas simples, cuidar de los críos y transportar algunas cosas manteniéndolas cerca del cuerpo. Mariam fue feliz en su nuevo hogar. Hasta el estallido de la guerra civil. Cuando una de las primas de Mariam se casó en Jalalabad, la familia corrió el riesgo de viajar hasta allí pese a los caminos inseguros, mientras el marido de Mariam, Karimullah, se quedó en Kabul a cuidar de la tienda. Una mañana, cuando fue a abrirla, se encontró en medio de fuego cruzado, recibió una bala en el corazón y murió en el acto. Mariam lo lloró tres años. Finalmente, Bibi Gul decidió, con el consentimiento de la madre de Karimullah, darla en matrimonio a Hazim, hermano del difunto. Mariam acabó con una nueva familia a la que cuidar y se esforzó en consideración al nuevo marido y a los niños. Ahora espera su quinto hijo, y el hijo mayor de su primer matrimonio, Fazil, ya está trabajando, llevando cajas y vendiendo libros en la librería de Sultán. También vive en casa de Sultán para aliviarle el trabajo a Mariam.

Después de Mariam, Bibi Gul parió a Yunus, su hijo favorito. A Yunus lo mimaba, le compra pequeños regalos y le pregunta si necesita algo; y es él quien suele acabar con la cabeza en su regazo, después de la cena, cuando la familia se adormece sentada o echada en las esteras del apartamento. Yunus es el único de quien su madre sabe la fecha exacta de su nacimiento, porque ocurrió el mismo día del golpe de Estado que acabó con el régimen de Zahir Shah, el 17 de julio de 1973.

Del nacimiento de los otros hijos no se sabe ni el día ni el año. En los documentos de Sultán, el año de nacimiento varía entre 1947 y 1955. Cuando Sultán suma su primera infancia, sus años escolares, la primera guerra y la segunda y la tercera, llega a la conclusión de que tiene cincuenta y tantos. Los otros calculan su edad de la misma forma. Y como nadie sabe nada a ciencia cierta, se puede tener la edad que a uno le apetezca. Shakila, por ejemplo, puede afirmar que tiene treinta años aunque aparenta cinco o seis más.

Después de Yunus vino Basir, que hoy día vive en Canadá, donde su madre le concertó un matrimonio. Bibi Gul vierte otra lágrima porque no sabe nada de él desde que se casó y se fue hace dos años. Lo peor que le puede pasar a Bibi Gul es estar lejos de sus hijos; son lo único que tiene en la vida, descontando las almendras garrapiñadas que guarda en el fondo del cofre.

El último hijo es el causante de que Bibi Gul no pare de comer. Unos días después del parto tuvo que dejarlo a una parienta sin hijos, por mucho que la leche goteaba y Bibi Gul lloraba. La parienta llevaba quince años buscando quedarse embarazada, rezando a Alá, desesperada y probando toda suerte de medicinas y consejos, y finalmente le había pedido un hijo a Bibi Gul, quien esperaba su décimo hijo. Porque una mujer adquiere valor como madre, sobre todo de hijos varones. De entrada, Bibi Gul se había negado.

—No puedo regalar a mi propia carne.

Pero la parienta continuó rogando, lloriqueando y amenazando.

—Sé misericordiosa, tú ya tienes mucha prole y yo no tengo ni un solo hijo. Dame siquiera uno sólo —imploró llorando—. No puedo vivir sin hijos.

Al final, Bibi Gul cedió y le prometió su hijo nonato. Cuando el bebé nació, se quedó con él veinte días dándole el pecho, haciéndole caricias y llorando por tener que regalarlo. Bibi Gul se había hecho una mujer importante a través de sus hijos. Cuantos más, mejor; sin ellos no tenía nada. Pero a los veinte días tuvo que dejar el bebé en manos de su parienta, y aunque le manaba la leche, no podía amamantarlo más. El niño no debía tener ningún lazo con su madre, pues a partir de ese instante ella no sería más que una parienta lejana. Bibi Gul sabe que su hijo está bien, pero sigue afligida por haberlo perdido. Cuando se encuentra con él, tiene que hacer como si no fuera su hijo, según prometió al regalarlo.

La hija menor de Bibi Gul es Leila. Diligente y trabajadora, hace la mayoría de las tareas de la casa. Esta mujer soltera de diecinueve años, al ser la última hija de la familia, está por debajo de todos. Cuando Bibi Gul tenía su edad, ya había parido a cuatro hijos, dos que murieron y dos que sobrevivieron. Pero en este preciso momento todo esto está lejos de sus pensamientos; ahora le preocupa que el té se haya enfriado y que ella haya cogido frío. Esconde las almendras debajo del colchón y quiere que alguien le traiga su chal de lana.

—¡Leila! —grita.

Leila levanta la cabeza de entre las ollas.

XI TENTACIONES

Ella entra con la luz del sol como una gracia ondeante que irrumpe en la penumbra de la habitación. Mansur sale de su letargo a la vista de esta criatura que se desliza por las estanterías.

—¿En qué puedo ayudarte?

Mansur sabe de inmediato que tiene ante él a una mujer joven y bella: lo ve en el porte, los pies, las manos y la manera de llevar el bolso. Contempla los dedos largos y pálidos.

—¿Tiene *Química nivel II*?

Mansur pone su cara de librero más profesional. Sabe que no tiene el libro; no obstante, pide a la chica que le siga hasta el fondo del local para buscarlo. Se coloca muy cerca de ella y busca en los estantes, mientras el perfume de la joven le cosquillea en la nariz. Se pone de puntillas y se inclina fingiendo buscar. A veces se gira hacia ella para escrutar las sombras de los ojos. Nunca ha oído hablar de ese libro.

—Por desgracia, no nos queda ningún ejemplar aquí, pero tengo algunos en casa. Si puedes volver mañana, te lo traigo.

Al día siguiente se pasa toda la jornada esperando que aparezca la maravilla, sin el libro de química, pero con un plan. Pasa el tiempo elaborando nuevas fantasías hasta la hora de cerrar al crepúsculo. Frustrado, baja las rejas metálicas que protegen las agrietadas lunas del escaparate por la noche.

Ese día, el posterior a su decepción, está de mal humor y languidece detrás del mostrador. Privado de electricidad, el local está en sombras, y ahí donde entran los rayos del sol, el polvo vuela, acentuándose la tristeza del lugar. Cuando los clientes le piden un libro, Mansur responde secamente que no lo tiene, incluso si está en un estante delante de sus narices. Maldice las cadenas que le atan a la librería de su padre, maldice a su padre que no le deja el viernes libre ni le permite estudiar, que no le deja comprar una bicicleta o ver a sus amigos. Odia las obras polvorientas de la tienda; de hecho, odia los libros en general y ni ha empezado a leer uno solo desde que lo sacaron del colegio.

Lo despiertan unos pasos ligeros acompañados por un crujido de tela pesada. Igual que la primera vez, ella aparece en medio de un rayo de sol que hace bailar el polvo de los libros a su alrededor. Mansur reprime las ganas de saltar de pura alegría y de nuevo adopta un aire de librero serio.

—Te esperaba ayer —comenta con el tono benevolente de un profesional—. Tengo el libro en casa, pero no sabía qué edición ni qué encuadernación o qué precio buscas. Este libro ha salido en muchas ediciones y no podía traerlas todas. ¿Podrías acompañarme para elegir el ejemplar que quieres?

La chica dentro de la *burka* le mira extrañada y manosea su bolso un poco insegura.

—¿A tu casa?

Ambos se quedan callados durante un momento. «El silencio es el mejor medio de persuasión», piensa Mansur, temblando de nerviosismo. Es una invitación osada la que acaba de hacer.

—Necesitas el libro, ¿no? —dice por fin.

Milagro de milagros, la chica acepta. Se sienta en el asiento trasero del coche, pero de forma que puede ver a Mansur por el retrovisor. Durante la conversación, él intenta sostener lo que cree es su mirada.

—Bonito coche —comenta la joven—. ¿Es tuyo?

—Ah, es mío, pero no es nada especial —responde Mansur, restándole importancia. Pero entonces el vehículo parece aún más bonito, y él, más rico.

Conduce al azar por las calles de Kabul con una joven velada en el asiento trasero. No tiene el libro que ella busca, y además en casa están su abuela y todas sus tías. La presencia tan cercana de la desconocida le preocupa y le excita. En un momento de valentía, le pide que le deje ver la cara. Ella se queda completamente rígida durante unos segundos antes de levantar la pieza delantera de la *burka* y mantener su mirada en el retrovisor. Lo sabía: es muy bella, sus ojos maquillados son grandes y oscuros. Parece unos años mayor que él. Haciendo unas piruetas verbales excepcionales, y gracias a su encanto y su capacidad de convencer, Mansur logra que la estudiante se olvide del libro de química y la invita a un restaurante.

Detiene el coche, la joven sale y se cuela discretamente por la escalera que lleva al restaurante Marco Polo, donde Mansur pide toda la carta: pinchos de pollo asado, kebab, *manta* (fideos afganos rellenos de carne), *pilau* (arroz con grandes trozos de cordero) y pudín de pistacho de postre.

Durante la comida, Mansur intenta hacerla reír, quiere que se sienta halagada y la invita a comer más. Ella está sentada en un rincón del restaurante, de espaldas a las otras mesas, con la *burka* echada hacia atrás. Ha dejado a un lado los cubiertos y come con las manos, como la mayoría de los afganos, mientras le cuenta su vida a Mansur y le habla de su familia y de sus estudios. Pero él, presa de la excitación, no la escucha. Es su primera cita, su primera cita ilegal. Al irse deja una propina exageradamente generosa a los camareros con la que busca impresionar a su acompañante. Por su vestimenta, Mansur deduce que no es rica, pero que tampoco es pobre. Él tiene que volver cuanto antes a la tienda y ella entra sola en un taxi, algo que con el régimen talibán hubiera costado latigazos y cárcel tanto a ella como al taxista. La cita que acaban de celebrar en el restaurante habría sido imposible entonces, un hombre y una mujer que no eran parientes no podían caminar juntos por la calle, y ni en sueños ella hubiese podido quitarse la *burka* en público. Las cosas han cambiado, por suerte para Mansur, que promete a la estudiante llevarle el libro a la tienda al día siguiente.

Toda la jornada siguiente pondera qué decirle a la chica cuando vuelva. Debe cambiar de táctica, dejar de ser librero y empezar a comportarse como un seductor. Del lenguaje del amor, Mansur no conoce otra cosa que las frases grandilocuentes de las películas indias y paquistaníes, que invariablemente comienzan con un encuentro y pasan por el odio, la traición y el desengaño antes de acabar con maravillosas promesas de amor eterno. Buena escuela para un joven seductor.

Detrás del mostrador, junto a una pila de libros y de papeles, Mansur se imagina la conversación con la estudiante:

—Desde que te fuiste ayer, no he dejado de pensar en ti. Sabía que tú tenías algo especial, que tú estás hecha para mí. ¡Eres mi destino!

Seguramente le gustará escuchar esto, y habrá que mirarla a los ojos, tal vez incluso cogerla de la muñeca.

—Necesito estar a solas contigo. Quiero verte entera, quiero ahogarme en tus ojos —dirá.

O se mostrará más reservado y le dirá:

—No te pido mucho, sólo que si puedes vengas de vez en cuando; lo entenderé si no quieres hacerlo, pero, ¿podrías entonces venir al menos una vez a la semana?

Tal vez debía hacerle promesas:

—Cuando cumpla dieciocho años, nos podremos casar.

Tendrá que actuar como el Mansur del coche caro, el Mansur de la tienda elegante, el Mansur que da generosas propinas, el Mansur vestido al estilo occidental. Tiene que tentarla con la vida que podría tener con él.

—Tendrás una casa grande con jardín y muchos criados, e iremos de viaje al extranjero.

Tiene que hacerla sentirse deseada y demostrarle lo mucho que ella significa para él.

—Sólo te quiero a ti, cada segundo que paso sin ti es un sufrimiento.

Si aun así ella no hace lo que él le pide, habrá que echar mano del dramatismo:

—Si me dejas, ¡primero mátame! ¡O de lo contrario quemaré el mundo entero!

Pero la estudiante no vuelve ese día, ni al siguiente, ni al siguiente. Mansur sigue ensayando sus mensajes, pero se siente cada vez más descorazonado. ¿Será que no le cayó bien a la chica? ¿Acaso sus padres la descubrieron y le han prohibido salir? ¿Es posible que alguien los viera y se chivara? ¿Tal vez un vecino o un pariente? ¿Es que él dijo algo impropio?

Un señor mayor con bastón y gran turbante interrumpe sus cavilaciones saludando en voz baja y preguntando por una obra religiosa, que Mansur —fastidiado— le tira sobre el mostrador. Él no es Mansur, el seductor, no es más que Mansur, el soñador romántico, el hijo del librero.

Cada día la espera y cada día cierra con llave las puertas metálicas sin que ella haya hecho acto de presencia. Las horas que pasa Mansur en la tienda se vuelven cada vez más insoportables.

La librería de Sultán no es la única de la calle, hay otras; así como hay otras papelerías, copisterías y talleres de encuadernación. En una de las tiendas trabaja Rahimula. Pasa a menudo por la tienda de Mansur a tomar té y charlar, pero este día es Mansur quien pasa por la tienda de Rahimula. Lamenta su suerte; Rahimula sólo se ríe.

—Esto te pasa por probar suerte con una estudiante. Ésas son demasiado virtuosas; debes intentarlo con alguien que necesite dinero. Las más fáciles son las mendigas, y muchas de ellas no están nada mal. O vete donde la ONU y ofrécete para distribuir harina y aceite, ahí van muchas viudas jóvenes.

Mansur se queda boquiabierto. Conoce la esquina donde se reparte comida para los más necesitados, sobre todo viudas de guerra con hijos pequeños. Reciben una ración al

mes, y muchas mujeres venden una parte de la ración ahí mismo para obtener un poco de dinero.

—Tú vete allí y búscate una con aspecto juvenil. Cómprale una botella de aceite y pídele que venga aquí. «Si vienes conmigo a la tienda, yo te ayudo en el futuro», eso les suelo decir yo. Cuando vienen, les ofrezco un poco de dinero y las llevo a la trastienda. Llegan con el velo y salen con el velo; nadie sospecha nada. Yo obtengo lo que quiero y ellas se quedan con dinero para sus hijos.

Incrédulo, Mansur mira cómo Rahimula abre la puerta de la trastienda para mostrarle cómo funciona. La pieza es de unos pocos metros cuadrados y el suelo está cubierto con cajas de cartón desplegadas, sucias, pisadas y con manchas oscuras.

—Les quito el velo, el vestido, las sandalias, los pantalones y la ropa interior. Una vez dentro, es demasiado tarde para cambiar de opinión. Gritar es impensable: incluso si alguien viene en su auxilio, la culpa será de ella de todas formas, y saben que el escándalo les arruinaría la vida. Con las viudas no hay problema, pero si son chicas jóvenes, si son vírgenes, lo hago entre sus piernas, simplemente les pido que las aprieten. O lo hago por detrás, ya sabes, por detrás —explica el comerciante.

Mansur mira desconcertado al hombre, que es algo mayor que él. ¿Tan simple es?

Esa misma tarde, cuando para junto a la masa azul de *burkas*, comprueba que no, que no es tan simple. Compra una botella de aceite, pero las manos de la mujer que se la ofrece son ásperas y están gastadas. Mira alrededor de él y sólo ve pobreza. Tira la botella en el asiento trasero del coche y se va.

Mansur ha dejado de ensayar las frases cinematográficas, pero sin abandonar la esperanza de tener que usarlas algún día. Una chica joven viene a la tienda preguntando por un diccionario inglés. Él compone su cara más amable y ella le cuenta que ha iniciado un curso de inglés para principiantes. Todo un caballero, el hijo del librero le ofrece su ayuda:

—Tengo pocos clientes. Si quieres, podría ayudarte con tus deberes.

El refuerzo escolar empieza en el sofá de la tienda y continúa detrás de una estantería, con promesas de matrimonio y fidelidad eterna. Un día Mansur levanta el velo de la chica y la besa. Ella se zafa y se va para no volver nunca más.

Una vez liga con una chica que conoce en la calle, es una analfabeta que nunca ha visto un libro. Está esperando en la parada de autobuses que hay enfrente de la tienda, y Mansur le dice que quiere mostrarle algo. La joven es guapa y dócil y va varias veces a la tienda. También a ella Mansur le promete un futuro dorado, y ella a veces se deja toquetear por debajo de la *burka*. Pero esto sólo hace que a Mansur le hierva más la sangre.

—Tengo el corazón negro —le confía a Eqbal, su hermano menor, pues sabe que no es bueno pensar en esas chicas.

—Me pregunto por qué son tan aburridas —le comenta Rahimula un día que Mansur pasa a tomar té en su tienda.

—¿Cómo que aburridas? —pregunta Mansur.

—Aquí, las mujeres no son como las de las películas. No se mueven, permanecen completamente rígidas —explica el hombre de más edad.

Se ha hecho con unos filmes pornográficos y cuenta cada detalle a Mansur: lo que hacen las mujeres y qué aspecto tienen.

—¿Será que las mujeres afganas son diferentes? Intento explicarles lo que tienen que hacer, pero nada... —suspira, y también Mansur suspira.

Entra una chiquilla en la tienda, tal vez tenga doce años, tal vez catorce. Tiende una mano sucia y mira implorante a los dos hombres. Un sucio chal blanco con flores rojas le cubre la cabeza y los hombros, es demasiado pequeña para llevar la *burka*, que no se suele llevar hasta la pubertad.

Entran mendigos en las tiendas a menudo. Mansur suele decirles que se vayan, pero Rahimula se queda mirando la cara infantil con forma de corazón. Saca diez billetes del bolsillo, la chiquilla abre los ojos de par en par e intenta cogerlos con codicia, pero la mano de Rahimula se escapa. El comerciante dibuja un gran círculo en el aire con la mano mientras mantiene la mirada de la pequeña mendiga.

—No hay nada gratis en la vida —declara.

La mano de la chica se inmoviliza. El hombre mayor le tiende dos billetes.

—Vete a un *hammam*, lávate y vuelve después. Entonces te daré el resto.

Ella mete el dinero apresurada en el bolsillo del vestido y esconde la cara a medias detrás del sucio chal con las flores rojas. Mira a Rahimula con un solo ojo. En una de sus mejillas y en su frente se ven las marcas dejadas por la viruela. Da media vuelta y se va; su cuerpo delgado desaparece en las calles de Kabul.

Unas horas más tarde regresa recién lavada. Una vez más, Mansur está de visita.

—Bueno, vale —dice Rahimula, resignándose a que la chiquilla lleve la misma ropa sucia de antes—. Sígueme a la trastienda, te voy a dar el resto del dinero —le promete sonriendo. Y luego, dirigiéndose a Mansur, añade—: Cuida de la tienda mientras.

La niña y Rahimula se ausentan durante mucho tiempo. Una vez satisfecho, el comerciante se viste y pide a la pequeña que se quede echada sobre los cartones.

—Es tuya —le ofrece a Mansur.

Mansur se queda mirándolo. Echa un vistazo a la puerta de la trastienda y sale corriendo de la tienda.

XII

LA LLAMADA DE ALÍ

Durante días, Mansur se siente nauseabundo. «Es imperdonable —piensa—, imperdonable.» Intenta quitarse la sensación lavándose, pero nada cambia; intenta eliminarla rezando, pero de nada sirve; busca en el Corán y va a la mezquita, pero se siente impuro de cualquier modo. Los pensamientos impuros que ha tenido últimamente le convierten en un mal musulmán. «Alá me va a castigar —piensa—, todo lo que hace uno, vuelve a uno. He pecado contra una niña, permití que Rahimula abusara de ella, no intervine.»

A medida que el tiempo pasa, la náusea se vuelve un malestar general hasta que el joven se olvida de la pequeña mendiga. Está harto de su vida, de la rutina y de las dificultades, se vuelve malhumorado y es antipático con todo el mundo. Está enfadado con su padre, que le encadena a la tienda mientras la vida transcurre en otras partes. «Tengo diecisiete años —se dice— y mi vida se ha terminado antes de comenzar siquiera.»

Languidece detrás del mostrador polvoriento, con los codos sobre el mostrador y la cabeza en las manos. Levanta la cabeza y mira a su alrededor: a las obras teológicas, los relatos del profeta Mahoma, las interpretaciones famosas del Corán. Contempla los libros de cuentos afganos, las biografías de los reyes y gobernantes del país, las obras monumentales sobre las guerras contra los ingleses, las ediciones de lujo sobre las piedras preciosas del país, los manuales de bordado afgano y los cuadernos delgados de fotocopias de libros sobre las costumbres y las tradiciones afganas. Mira con resquemor a todos estos libros y pega un puñetazo en la mesa.

«¿Por qué he nacido afgano? —piensa—. Detesto ser de aquí; todas estas costumbres y tradiciones anquilosadas me están matando lentamente. Respetar esto y respetar lo otro, no soy libre, no puedo tomar ninguna decisión por mí mismo. Lo único que quiere mi padre es contar el dinero de la venta de los libros.»

—Que se los meta en el culo —rezonga Mansur entre dientes.

Espera que nadie le escuche. Después de Alá y los profetas, la posición del padre es la más elevada en la sociedad afgana. Sublevarse contra él es, por tanto, imposible hasta para un bravucón como Mansur. Se enfrenta a todo el mundo y se pelea con todos —sus tías, sus hermanas, su madre, sus hermanos—, pero jamás en la vida con su padre. «Soy un esclavo —se dice—, me mato trabajando por comida, alojamiento y ropa limpia.»

Lo que Mansur quiere realmente es estudiar. Echa de menos a los amigos y la vida que tuvo mientras vivió en Pakistán. Aquí, en Kabul, no tiene tiempo para tener amigos y ya no quiere ni ver al único que tenía: Rahimula.

Es justo antes del *nuruz*, el año nuevo afgano, y se preparan grandes celebraciones en todo el país. En los últimos cinco años, la fiesta ha estado prohibida por el régimen talibán que la consideraba una celebración pagana, un culto al sol porque hunde sus raíces en el zoroastrismo —la religión de los «adoradores del fuego»— que nació en Persia en el siglo XI antes de nuestra era. Junto con la celebración, también quedó prohibido el peregrinaje de fin de año a la tumba de Alí en Mazar—i—Sharif. Durante siglos, los peregrinos han ido a esta tumba a purificarse de sus pecados, pedir perdón, curarse y saludar el nuevo año, que según el calendario afgano comienza el 21 de marzo, en el equinoccio de la primavera.

Primo y yerno del profeta Mahoma, Alí era el cuarto califa. Por su causa se originó el conflicto entre los musulmanes chiítas y sunitas, ya que para los chiítas es el segundo después de Mahoma en la línea de sucesión, mientras que para los sunitas es el cuarto. Pero también para estos últimos —como para Mansur y la mayoría de sus compatriotas— es uno de los grandes héroes del islam; un valiente guerrero siempre dispuesto al combate, según la historia. Alí murió asesinado en la mezquita de Kufa en Irak en el año 661 y fue enterrado en Nadyaf, según la mayoría de los historiadores, pero los afganos sostienen que sus seguidores le volvieron a desenterrar, ya que temían que sus enemigos se vengaran mutilando el cuerpo del califa. Según la leyenda, ataron el cadáver de Alí sobre el lomo de una camella blanca y dejaron que el animal corriera hasta el agotamiento, y ahí donde se detuvo enterraron al cuarto califa. Este lugar es Mazar—i—Sharif, que significa «la tumba del excelso». Durante quinientos años no había más que una pequeña piedra encima de la tumba, pero en el siglo XII se erigió una reducida cámara funeraria después de que un ulema tuviera la visita de Alí durante un sueño. Luego vino Gengis Kan y destruyó la cámara; y de nuevo la tumba quedó sin señalar durante siglos. Sólo a finales del siglo XV se construyó un nuevo mausoleo donde los afganos afirman que están las reliquias del califa. Esta cámara funeraria y la mezquita que luego se erigió al lado son las metas de la peregrinación.

Mansur está decidido a hacer el viaje para purificarse de sus pecados. Lleva mucho tiempo pensándolo, pero necesita el permiso de Sultán porque implica ausentarse de la librería durante varios días, y si hay algo que Sultán no soporta es que su hijo se ausente de la tienda. Mansur hasta se ha procurado un compañero de viaje: Akbar, un periodista iraní que acude a menudo a la tienda a comprar libros. Un día se quedaron hablando de la celebración de fin de año, y el iraní le dijo que tenía sitio para él en el coche. «Estoy salvado —pensó Mansur—, Alí me está llamando y me va a perdonar.»

Pero su padre no le deja. No quiere prescindir de él en la librería durante la breve semana que tardará el viaje, quiere que Mansur se quede a catalogar y vender libros y a controlar al carpintero que viene a hacer nuevos estantes; Sultán no se fía ni de Rasul, su futuro cuñado. Si supiera las veces que éste se ha quedado a solas en la tienda... Mansur está a punto de explotar. Como temía pedir permiso a su padre, lo pospuso hasta la noche anterior al viaje, y ahora, en el último momento, Sultán no se lo concede. Mansur insiste, su padre se niega.

—Eres mi hijo y me tienes que obedecer —arguye Sultán—. Te necesito en la tienda.

—Libros y más libros, dinero y más dinero, es lo único que te interesa —grita Mansur—. Me haces vender libros sobre Afganistán sin haber visto siquiera el país; apenas he salido de la capital —añade cortante.

A la mañana siguiente, el iraní se marcha. Mansur está indignado. ¿Cómo su padre ha podido negarle algo así? Lo lleva en coche a la librería sin decir palabra y contestando con monosílabos cuando su padre le hace una pregunta. Se acrecienta el odio acumulado contra su padre. Mansur no llevaba más de diez años estudiando cuando Sultán le sacó de la escuela y le hizo trabajar en la tienda, no terminó el instituto; todo lo que pide le es negado. Lo único que le da su padre es un coche para que pueda hacerle de chófer y la responsabilidad de una librería donde se pudre entre las estanterías.

—De acuerdo, como tú quieras —dice de repente Mansur—. Haré lo que me mandas, pero que sepas que lo hago sin alegría. Nunca me dejas hacer lo que quiero, me machacas.

—Puedes irte el año que viene —contesta Sultán.

—No, no me iré jamás y nunca más te volveré a pedir nada.

Según la leyenda, sólo el que está llamado por Alí puede viajar a Mazar. ¿Por qué no quiere Alí que él vaya? ¿Tan imperdonables fueron sus actos? ¿O simplemente es que su padre no oye la llamada de Alí?

La animosidad de su hijo deja pasmado a Sultán. Contempla al gran adolescente abatido a su lado y se siente un poco asustado.

Después de dejar a su padre en su tienda y a sus dos hermanos en la que llevan ellos, Mansur abre su librería y se sienta de nuevo detrás del polvoriento mostrador, pone los codos en la mesa y se hunde en sombríos pensamientos. Siente que la vida le tiene preso y que no hace más que llenarse cada vez más del polvo de los libros.

Ha llegado un nuevo envío de libros, y para salvar las apariencias Mansur tiene que saber de qué van, de modo que los hojea de mala gana. Hay una colección de poesía de Rumi, uno de los poetas favoritos de su padre y el más importante de los sofís afganos, que son los místicos del islam. Rumi nació en el siglo XIII en Balkh, junto a Mazar—i—Sharif. «Otra señal», piensa Mansur, y se pone a buscar algo en los poemas que le dé la razón a él y se la quite a su padre. Los poemas versan sobre la purificación y el camino a Alá, que es la perfección. Hay que tratar de olvidarse de sí mismo y del ego, y así Rumi afirma que «el ego es un velo entre el hombre y Alá». Mansur lee cómo debe encaminarse a Alá y cómo la vida debe girar alrededor de Dios y no de uno mismo. Mansur vuelve a sentirse impuro; cuanto más lee, más necesario le parece purificarse. Presta atención a uno de los poemas más simples:

El agua dijo al impuro: «Ven aquí».

El impuro respondió: «Me avergüenzo».

El agua insistió: «¿Cómo lavarás tu pecado sin mí?».

Tanto el agua como Alá y Rumi parecen abandonar a Mansur. Seguro que el amigo iraní ya está en lo alto de las montañas Hindu Kush, piensa el joven. Pasa el día entero furioso hasta el anochecer, cuando ya es hora de cerrar la tienda con llave, ir a buscar a su padre y a sus hermanos para llevarlos a casa, cenar una fuente más de arroz y pasar otra noche más con su pesada familia.

Cuando se dispone a bajar la puerta metálica y cerrarla con una fuerte cadena, llega de repente Akbar. Mansur cree estar alucinando.

—¿No te habías ido? —pregunta asombrado.

—Nos fuimos, pero el túnel de Salang estaba cerrado hoy, así que vamos a intentarlo de nuevo mañana —contesta—. Acabo de ver a tu padre en la calle y me ha pedido que te lleve conmigo. Nos vamos a las cinco de la mañana, nada más levantado el toque de queda.

—¿En serio dijo eso? —Mansur está atónito—. Debe de ser la llamada de Alí; creo que me hizo una gran llamada —murmura.

Mansur pasa la noche en casa de Akbar para estar seguro de despertarse a la hora y para evitar que su padre cambie de opinión. A la mañana siguiente, antes del alba, se ponen en camino. Mansur no lleva más equipaje que una bolsa de plástico llena de latas de Coca-Cola y de Fanta y galletas rellenas de plátano y kiwi. Akbar trae a un amigo, Said, y el ambiente en el coche es animado, ponen música india de películas y cantan a voz en grito. Mansur lleva también consigo su pequeño tesoro, una casete de música occidental denominada *Pop from the 80s*. «*Is this love? Baby, don't hurt me, don't hurry, me, no more!*», retumba en el amanecer. A media hora de la partida, Mansur ha terminado el primer paquete de galletas y se ha bebido dos latas de Coca-Cola. ¡Se siente libre! Le entran ganas de chillar y saca la cabeza por la ventanilla:

—¡Yuhuuu! ¡Alí, Alí! ¡Ya voy!

Pasan por regiones que Mansur no ha visto en su vida. Justo al norte de Kabul está la llanura de Shomali, una de las zonas del país más devastadas por la guerra. Allí caían las bombas de los B52 norteamericanos hace tan sólo unos meses.

—¡Qué bonito! —grita Mansur.

Y a la distancia, de hecho, el llano es hermoso, con las imponentes cimas nevadas de Hindu Kush en el horizonte. Hindu Kush significa «matador de hindúes», y en esta cadena montañosa miles de soldados indios murieron de frío durante sus incursiones bélicas en Afganistán.

Una vez en el llano, aparece el paisaje de guerra. A diferencia de los soldados indios, los B52 no fueron detenidos por las montañas de Hindu Kush, y muchos de los bombardeados campamentos talibanes no han sido limpiados. Las cabañas son ahora inmensos cráteres; prácticamente no queda nada de ellas. Una cama de hierro donde tal vez un talibán haya sido inmolado en sueños parece un esqueleto, y un colchón yace a su lado, completamente acribillado.

En general, no obstante, estos campamentos fueron saqueados. Pocas horas después de huir los talibanes, la población local hizo acto de presencia y se quedó con las palanganas, las farolas de gas, las mantas y los colchones de los soldados. La miseria convirtió el robo a los muertos en algo normal, y nadie los lloró al verlos tirados en los arcenes o en la arena. Al contrario, muchos cadáveres fueron profanados por la población local: les quitaron los ojos, les arrancaron la piel, les cortaron o mutilaron los miembros... Fue la venganza por el terror que durante años los talibanes impusieron a los habitantes del llano de Shomali.

A lo largo de cinco años, el frente de guerra entre los talibanes y la Alianza del Norte estuvo situado en este llano, y el mando de la zona cambió seis o siete veces. Con el frente en movimiento, la población local tuvo que huir, bien subiendo hacia el valle de Panshir, bien yendo hacia el sur en dirección a Kabul. Allí vivían mayoritariamente tayikos, y los que no pudieron fugarse a tiempo cayeron víctimas de la purga étnica de los

talibanes pashtun. Antes de retirarse, los talibanes envenenaron los pozos y dinamitaron los vitales conductos de agua y los sistemas de pantanos del llano que antes de la guerra civil habían dado vida a la huerta de Kabul.

Mansur observa en silencio las aldeas destruidas. La mayoría no son más que ruinas, meros esqueletos en el paisaje. Gran parte de ellas fueron quemadas sistemáticamente por los talibanes mientras intentaban conquistar los últimos reductos del país que aún no estaban en su poder; éste era el décimo que se resistía: el valle de Panshir, las montañas de Hindu Kush y las regiones desérticas que lindaban con Tayikistán más allá de la cadena montañosa. Quizá lo habrían logrado de no ser por el 11 de septiembre, fecha en que el mundo empezó a fijar la mirada en Afganistán.

Por todos lados hay restos de tanques retorcidos, vehículos militares bombardeados y piezas metálicas de incierto origen. Un hombre recorre su campo con un arado de mano; en medio del campo hay un gran tanque destrozado y, laboriosamente, el hombre da la vuelta a este estorbo, demasiado pesado para llevarlo a otro sitio.

El coche avanza velozmente por el camino lleno de baches. Mansur intenta encontrar la aldea de su madre donde no ha ido desde que tenía cinco o seis años. Su dedo apunta ruina tras ruina:

—¡Ahí! ¡Ahí!

Pero no hay forma de distinguir una aldea de la siguiente; el lugar donde visitaba a los parientes de su madre cuando era un crío podía ser cualquiera de esos montones de ruinas. Se acuerda de haber corrido por senderos y campos; ahora ese llano es una de las zonas más minadas del mundo. Sólo los caminos son seguros, y por los lados caminan niños portando hatos de leña y mujeres con cubos de agua, todos intentando evitar los arcenes, que pueden estar minados. El coche pasa cuadrillas de desactivadores de minas que limpian unos metros cada día, haciendo estallar o desactivando los artefactos explosivos. Encima de las trampas mortales en los arcenes crecen tulipanes silvestres de color rosado oscuro y de tallo corto; pero son flores para admirar a distancia, ya que cogerlas puede costar una pierna o un brazo.

Akbar se divierte con una guía turística publicada por la Delegación de Turismo afgana en 1967.

—«Al lado de los caminos, los niños venden collares de tulipanes rosas —lee en voz alta—. En primavera, cerezos, albaricoques, almendros y perales se disputan la atención del viajero con una abundancia de flores que le acompaña durante todo el trayecto desde Kabul.»

Todos se ríen: esta primavera sólo se ve algún que otro cerezo rebelde que ha sobrevivido tanto a las bombas y misiles como a tres años de sequía y pozos de agua envenenada; para llegar a sus bayas se debe encontrar un sendero sin minas.

—«La cerámica local se cuenta entre la más exquisita del país. No dude en detenerse para ver los talleres a lo largo del camino donde los artesanos fabrican fuentes y cacharros según tradiciones centenarias» —continúa leyendo Akbar.

—Esas tradiciones parecen haber sufrido una ruptura severa —comenta Said, que conduce el coche.

No se ve un solo taller de cerámica en el camino que les lleva al paso de Salang.

Aumenta el desnivel de la cuesta y Mansur abre la cuarta lata de Coca-Cola, la consume y la arroja elegantemente por la ventanilla: antes llenar de basura un cráter de bomba que pringar el coche. El camino sube hacia el túnel de montaña más alto del

mundo y se estrecha, con la montaña elevándose a un lado y el agua corriendo por el otro, ora en cascada, ora en forma de riachuelo.

—«El gobierno ha introducido truchas en el río y dentro de pocos años habrá una cantidad considerable» —prosigue Akbar con la lectura en voz alta.

Hoy día no quedan peces en el río; el gobierno tuvo otras preocupaciones más importantes que la cría de truchas en los años posteriores a la publicación de la guía.

Hay tanques carbonizados en los sitios más inesperados: en una colina de la montaña, medio sumergidos en el río, balanceándose al borde de un precipicio, al lado del camino, volcados o esparcidos en varios trozos. Mansur cuenta hasta cien en poco tiempo. La mayoría datan de la guerra contra la Unión Soviética, cuando el ejército rojo llegó desde las centroasiáticas repúblicas soviéticas del norte con la idea de tener a los afganos bajo control. Los rusos pronto cayeron víctimas de la estrategia militar de los *muyahidin*: al saber moverse como cabras montesas por las montañas, éstos veían desde lejos — desde sus puestos de observación— a los pesados tanques de los rusos que se acercaban a paso de tortuga por los valles. Incluso provista sólo de armas ligeras pero practicando la emboscada, la guerrilla era poco menos que invencible. Sus milicianos estaban por todas partes, disfrazados como pastores y con los Kaláshnikov escondidos debajo de los vientres de las cabras, y preparados para lanzar un ataque relámpago en cualquier momento.

—Debajo de la barriga de ovejas de lana espesa podían esconder hasta tubos antitanques —narra Akbar, quien ha leído todo lo posible sobre la cruenta guerra contra la Unión Soviética.

También Alejandro Magno pasó por estas montañas. Después de la toma de Kabul, volvió a Irán —entonces Persia— por Hindu Kush.

—Dicen que Alejandro escribió odas a estas montañas que «evocan en la imaginación misterios y el deseo del descanso eterno» —lee Akbar de la guía—. ¡El gobierno tenía planes de construir una estación de esquí aquí! —grita de repente y mira las colinas abruptas—. ¡En 1967, en cuanto hubieran asfaltado el camino!

El camino efectivamente se asfaltó tal como promete la guía; pero poco queda de ese asfalto. Y la estación de esquí nunca se construyó.

—¡Sería un descenso explosivo! —dice Akbar riéndose—. ¡O quizá podrían marcar las minas con puertas de eslalon! ¡*Adventurous Travel*, o *Afghan AdvenTours*, para los hastiados de la vida!

Todos se ríen. A veces la trágica realidad toma la apariencia de un dibujo animado, o más bien quizá de un *thriller* violento. Los tres hombres se imaginan surfistas policromos despedazados por las pendientes.

El turismo —antaño una de las mayores fuentes de ingresos de Afganistán— hoy día es cosa del pasado. En otros tiempos, el camino por el que ahora avanzan se llamaba «the hippietrail». Aquí llegaron jóvenes progresistas y no tan progresistas en busca de la hermosa naturaleza, un estilo de vida salvaje y el mejor hachís del mundo —u opio para los más experimentados—. En los años sesenta y setenta, miles de *hippies* llegaron a estas montañas; alquilaban viejos Lada y se ponían en camino. Las mujeres también viajaban solas. Por aquel entonces los bandidos o salteadores perpetraban sus asaltos igual que hoy, pero eso sólo daba más aire de aventura a la travesía. Ni siquiera el golpe de Estado contra Zahir Shah en 1973 interrumpió el torrente de viajeros. El golpe de Estado comunista en 1978 y la invasión soviética del año siguiente finalmente pararon en seco a los *hippietrailers*.

Los tres muchachos llevan dos o tres horas en camino cuando alcanzan una columna de peregrinos completamente inmóvil. Ha empezado a nevar y la bruma se espesa. El coche patina; no tiene cadenas para la nieve.

—Con tracción en las cuatro ruedas, no hace falta —asegura Said.

Cada vez más vehículos resbalan por los profundos baches socavados en la nieve y el hielo. Cuando uno frena, frenan todos. La estrechez del camino de montaña no permite los adelantamientos. Este día la circulación va de sur a norte, de Kabul a Mazar, al día siguiente será al revés: el camino no puede acoger vehículos en ambas direcciones a la vez. Para recorrer la distancia de cuatrocientos kilómetros entre las dos ciudades se tarda como mínimo doce horas, a veces el doble o el cuádruple.

—Gran parte de los coches que quedan atrapados en tormentas o avalanchas de nieve no son retirados hasta el verano. Ahora en primavera es el peor momento —explica Akbar a los otros dos.

Pasan el autocar que había creado el atasco: ha sido empujado a un lado y los pasajeros rumbo a la tumba de Alí hacen autoestop a los coches que circulan a paso de tortuga. Mansur suelta una carcajada al ver las letras pintadas en el costado del vehículo.

—«*Hmbork—Frankfork—Landan—Kabab* —lee en voz alta, y se ríe todavía más al ver el parabrisas—: «*Wellcam! Kaing of Road*» —pone en letras rojas recién pintadas—. Menudo servicio real —comenta.

Tienen sitio en el coche, pero no aceptan ningún pasajero del *Kabal Express*. Said, Mansur y Akbar tienen suficiente con ellos mismos.

Entran en el primer tramo de gruesos pilares de hormigón a los lados que protegen contra las avalanchas de nieve. Pero también en estos tramos resulta difícil avanzar, porque están llenos de nieve que ha entrado con el viento y se ha convertido en hielo. Las profundas huellas congeladas de los neumáticos desafían al coche sin cadenas.

El túnel de Salang, a tres mil cuatrocientos metros de altitud, y los tramos con muros de protección, culminando a cinco mil metros, fueron un regalo de la Unión Soviética cuando intentaba hacer de Afganistán un estado satélite. La construcción fue empezada por ingenieros soviéticos en 1956 y el túnel fue acabado en 1964. Fueron también los rusos quienes comenzaron a asfaltar caminos en los años cincuenta, ya que durante el régimen de Zahir Shah, Afganistán fue considerado un país amigo de la Unión Soviética. Este rey liberal se veía forzado a recurrir a la Unión Soviética porque ni Estados Unidos ni Europa tenían interés alguno en invertir en este país montañoso. El rey necesitaba dinero y expertos, y eligió cerrar los ojos al hecho de que los vínculos con el gran poder comunista se hicieran cada vez más estrechos.

El túnel llegó a ser un elemento estratégico esencial para la resistencia contra el régimen talibán. A finales de los años noventa, el comandante *muyahid* Masud lo hizo estallar en una tentativa desesperada de frenar el progreso de los talibanes hacia el norte. Éstos llegaron hasta el túnel pero no lo pasaron.

Se hace oscuro o, más bien, todo gris. El coche patina, se atasca en la nieve y en las heladas huellas de los neumáticos. El viento silba, no se ve nada en el turbión de nieve, y Said no tiene más remedio que seguir lo que le parecen las huellas de los otros

coches. Ruedan sobre hielo y nieve y sin cadenas, sólo Alí puede garantizar un viaje seguro. «No me puedo morir antes de llegar a su tumba —se dice Mansur—, Alí me ha llamado, desde luego.»

Clarea un poco. Están en la entrada del túnel de Salang. Un rótulo advierte: «¡Atención! Riesgo de intoxicación. En caso de quedar encerrados en el túnel, apaguen el motor y diríjense a la salida más cercana». Mansur interroga a Akbar con la mirada.

—Hace sólo un mes cincuenta personas quedaron encerradas en el túnel por una avalancha —cuenta Akbar, siempre bien informado—. Estaban a veinte grados bajo cero, y los conductores dejaron los motores en marcha para mantener el calor. Horas después, cuando se sacó la nieve del túnel, decenas de personas fueron encontradas muertas. Se habían intoxicado con el monóxido de carbono. Esas cosas pasan a menudo —afirma mientras entran lentamente en el túnel.

El coche se detiene; la fila de vehículos no se mueve.

—Seguro que es cosa de mi imaginación —dice Akbar—, pero la verdad es que me empieza a doler la cabeza.

—A mí también —dice Mansur—. ¿Nos vamos a la salida más cercana?

—No, apostemos por que la caravana de vehículos salga pronto del túnel —responde Said—. Imaginaos que se pone en movimiento y no estamos en el coche; entonces seríamos nosotros quienes crearíamos atascos.

—¿Es así como se muere por intoxicación de monóxido de carbono? —se inquieta Mansur.

Están sentados con las ventanillas cerradas. Said enciende un cigarrillo, Mansur grita y Akbar se lo quita y lo apaga.

—¿Estás loco? ¿Quieres intoxicarnos todavía más? —vocifera.

Una inquieta sensación de pánico se extiende por el vehículo. Siguen sin avanzar, pero de repente algo pasa: delante de ellos, los coches empiezan a moverse lentamente. Los tres muchachos salen del túnel muy lentamente y con un dolor de cabeza insoportable. Una vez fuera, al aire libre, el dolor desaparece, pero siguen sin ver nada en esa remolinante papilla blanca grisácea. No tienen más remedio que seguir las huellas en la nieve y el brillo fugaz de unos faros delante de ellos. Girar es imposible, todos en la caravana conducen hacia un mismo destino, todos los peregrinos siguen las mismas huellas heladas y apisonadas. Hasta Mansur ha cesado de mordisquear sus galletas, y un silencio mortal impera en la cabina. Es como conducir en la nada, pero en esta nada hay precipicios, minas, aludes y otros peligros amenazando a cada momento.

Por fin la bruma se levanta, pero siguen al borde del abismo. Es casi peor ahora que ven por dónde van. Han comenzado el descenso. El coche zigzaguea de un lado a otro, y de repente derrapa por el camino. Said ha perdido el control del vehículo y maldice, Akbar y Mansur se agarran, como si esto les pudiera ayudar en caso de salirse el coche del camino. De nuevo reina un silencio nervioso en la cabina. El vehículo se desliza lateralmente, se endereza, otra vez patina de lado antes de seguir zigzagueando. Pasan una señal de tráfico que les da otro susto: «¡Aviso! ¡Gran peligro de minas!». Justo fuera —o incluso dentro de la zona de patinazos— está repleto de minas, y ninguna nieve del mundo les puede proteger contra las minas antitanques. «Esto es una locura», piensa Mansur, pero no dice nada. No quiere ser tachado de cobarde; además, él es el más joven. Contempla los tanques que, aquí también, están dispersos, casi cubiertos de nieve, junto con los coches siniestrados que tampoco han llegado a su destino. Mansur reza, no puede ser verdad que Alí le haya llamado sólo para verle caer por un precipicio. Si bien

muchos de sus actos no han estado conformes con el islam, él ha venido para purificarse, dejar atrás los pensamientos impuros y hacerse un buen musulmán. Pasa la última parte de la montaña en una especie de trance.

Después de una pequeña eternidad, llegan las estepas despejadas, y las últimas horas hasta Mazar—i—Sharif es cuestión de coser y cantar.

Cuando se aproximan a la ciudad, son adelantados por camionetas con hombres fuertemente armados en las plataformas de carga, hombres barbudos con Kaláshnikov apuntando en todas las direcciones que pasan a cien kilómetros por hora por los baches del camino. El paisaje es un desierto, estepas y colinas de roca. De vez en cuando atraviesan pequeños oasis verdes y aldeas con casas de adobe. A la entrada de la ciudad les paran en un puesto de control. Hombres bruscos les hacen señales para que pasen una barrera que consiste en una cuerda atada entre dos misiles inutilizados.

Entran en la ciudad fatigados y agarrotados. Por más increíble que parezca, han hecho el trayecto en sólo doce horas.

—De modo que esto era un pasaje completamente normal por el túnel de Salang — comenta Mansur—. ¡Imaginaos los que tardan varios días! ¡Yuhuuu! ¡Ya estamos aquí! ¡Alí, *here I come!*

En todas las azoteas hay soldados con las armas listas. Se teme que habrá disturbios la noche de fin de año, y aquí no hay ninguna fuerza de paz internacional, sino —por el contrario— dos o tres señores de la guerra luchando entre sí. Los soldados en las azoteas pertenecen al gobernador, que es de la etnia hazara, mientras los soldados de las camionetas son del tayik Atta Mohamed. Y los que combaten por el uzbeko Abdul Rashid Dostum se reconocen por un uniforme distinto. Tanto los unos como los otros apuntan con sus armas a las calles donde miles de peregrinos pasean o charlan sentados en grupos, al lado de la mezquita, en el parque, en las aceras.

La mezquita azul, una mancha luminosa en la oscuridad, es una revelación. Es el edificio más bello que Mansur ha visto en su vida. Los focos son un regalo de la embajada norteamericana con ocasión de la visita del embajador a la ciudad para el fin de año. Linternas rojas iluminan el parque alrededor de la mezquita, que ahora rebosa de peregrinos.

Aquí es donde Mansur va a pedir perdón por sus pecados, aquí es donde se va a purificar. Al ver la gran mezquita, se siente agotado y hambriento. Las coca—colas y las galletas rellenas de plátano y kiwi no son comida sustancial para un viaje.

Los restaurantes están abarrotados de peregrinos. Mansur, Said y Akbar al final logran encontrar un faldón de alfombra donde sentarse en un oscuro restaurante en la calle de los kebabs. Por todas partes hay olor a cordero asado, que es servido con pan y pequeñas cebollas enteras.

Mansur toma un gran bocado de la cebolla y se siente casi ebrio. De nuevo, le entran ganas de gritar de alegría. Pero se mantiene quieto, devorando su comida al igual que sus dos compañeros; ya no es un niño, intenta disimular su nerviosismo tal como lo hacen Akbar y Said. Tranquilo y sereno, todo un cosmopolita.

A la mañana siguiente, a Mansur lo despierta la llamada a la oración del ulema. *Alahu akbar* («Alá es grande») resuena como si unos enormes altavoces hubieran sido atados a sus conductos auditivos. Mira por la ventana hacia la mezquita que brilla azul a la luz del sol matinal. Cientos de palomas blancas vuelan por el recinto sagrado. Habitan en dos torres delante de la cámara funeraria, y se dice que si una paloma gris se une a ellas, sus plumas se vuelven blancas al cabo de cuarenta días. También se dice que una de cada siete palomas es un alma santa.

Junto a Akbar y Said, Mansur consigue atravesar la barrera de seguridad de la mezquita sobre las seis y media. Gracias al carné de prensa de Akbar, llegan hasta el podio. Muchos han pasado la noche aquí para estar lo más cerca posible cuando se ize la bandera de Alí. Lo hará Hamid Karzai, el nuevo dirigente de Afganistán. A un lado se encuentran las mujeres, tranquilamente sentadas, algunas vestidas con la *burka*, otras simplemente con un velo blanco. Al otro lado, donde están los hombres, hay una gran muchedumbre apretujada. Fuera del recinto, los árboles están llenos de gente. La seguridad es extrema porque se espera a todos los ministros del país, y la policía hace gala de largas porras. Aun así, no pueden impedir que más gente salte las barreras. Las saltan y se escapan corriendo para evitar los golpes de las porras.

El equipo de gobierno hace su entrada con Hamid Karzai a la cabeza vestido con su característica capa de seda rayada azul y verde. Siempre se viste de forma que representa al país entero, el gorro de cordero de Kandahar en el sur, la capa de las regiones del norte y la túnica propia de las provincias occidentales fronterizas con Irán.

Mansur estira el cuello e intenta acercarse más. Nunca ha visto a Karzai en persona; el hombre que logró batir a los talibanes en su sede principal, Kandahar, y que por poco murió cuando un misil norteamericano perdió el rumbo y cayó entre sus tropas. Karzai, pashtun de Kandahar, había apoyado durante un corto periodo a los talibanes; pero luego se sirvió de su posición como jefe de tribu del poderoso clan de los popolzai para ganar seguidores en la lucha contra el régimen talibán. Cuando Estados Unidos empezó su campaña de bombardeos, Karzai realizó un viaje suicida en moto por los feudos de los talibanes para convencer a los consejos de ancianos de que la era talibán había acabado. Se dice que logró convencerlos más por su valentía que por sus argumentos. Mientras los combates desolaban los alrededores de Kandahar, los delegados de la conferencia de la ONU en Bonn le votaron como nuevo líder del país.

—Intentaron destruir nuestra cultura. Intentaron hacer añicos nuestras tradiciones. ¡Intentaron quitarnos el islam! —grita Karzai a la muchedumbre—. Los talibanes trataron de ensuciar el islam, arrastrarnos a todos por los suelos, enemistarnos con el mundo entero. Pero nosotros sabemos lo que es el islam, ¡islam es la paz!

El nuevo año empieza hoy, año 1381 de nuestro calendario islámico. Es el año de la reconstrucción. ¡Es el año que hará de Afganistán un país seguro, el año en que vamos a fortalecer y a desarrollar nuestra sociedad! Hoy recibimos ayuda de todos los Estados, pero llegará el día en que seremos un país que ayudará al mundo —grita Karzai, y la masa le aclama.

—¿Nosotros? —cuchichea Mansur—. ¿Ayudar al mundo?

La idea le parece absurda. Él ha pasado toda su vida en guerra, y para él Afganistán es un país que recibe todo de fuera, desde la comida hasta las armas.

Después de Karzai, es el turno del ex presidente Burhanuddin Rabbani, que toma la palabra. Un hombre con gran presencia, pero poco poder real. Teólogo y profesor de la Universidad de El Cairo, fundó el partido Jamiat—i—Islami, que organizó una facción de

los *muyahidin*. Había tenido consigo al estratega militar Ahmed Shah Masud, que fue el gran héroe en la lucha contra la Unión Soviética, en la guerra civil y en la resistencia contra el régimen talibán. Masud había sido un líder carismático, profundamente religioso pero al mismo tiempo pro occidental. Hablaba un francés fluido y quiso modernizar el país. Víctima de un atentado suicida perpetrado por dos tunecinos dos días antes de los ataques terroristas a Estados Unidos, Masud ha obtenido estatus de mito. Los tunecinos llevaban pasaporte belga y se hicieron pasar por periodistas.

—Comandante, ¿qué hará usted con Osama Bin Laden cuando haya conquistado todo el país? —fue la última pregunta que escuchó Masud en vida. Le dio tiempo de soltar una última carcajada antes de que los terroristas activaran la bomba en la cámara. Hasta los pashtun cuelgan ahora retratos del tayik Masud, el león de Panshir.

Rabbani dedica su discurso a Masud, y está claro que la guerra santa contra la Unión Soviética marcó su propia época de gloria.

—¡Si obligamos a los comunistas a salir de nuestro país, ahora podemos obligar a salir a todos los invasores de nuestro Afganistán sagrado! —proclama.

Las tropas rusas se retiraron en la primavera de 1989. Unos meses más tarde cayó el muro de Berlín y dio comienzo la disolución de la Unión Soviética, acontecimientos por los que ahora Rabbani se da a sí mismo todos los méritos.

—Sin *yihad*, el mundo seguiría en las garras de los comunistas. El muro de Berlín cayó gracias a las heridas que nosotros infligimos a la Unión Soviética y a la inspiración que dimos a los pueblos oprimidos. Dividimos la Unión Soviética en quince partes. ¡Hemos liberado al pueblo del comunismo! ¡La *yihad* llevó a un mundo más libre! ¡Salvamos al mundo porque acabamos con el comunismo aquí, en Afganistán!

Mansur toquetea su cámara. Se ha acercado al podio para hacer fotos de cerca de los oradores. Sobre todo quiere retratar a Karzai, y saca foto tras foto de este hombre menudo. Así tendrá algo que mostrar a su padre.

Uno tras uno hablan, rezan y vuelven a hablar los hombres en el estrado. Un ulema da las gracias a Alá, mientras que el ministro de Educación explica que Afganistán tiene que ser un país donde las armas den paso a Internet.

—¡Cambie las armas por ordenadores! —exclama, y añade que los afganos tienen que dejar de hacer distinciones entre diferentes grupos étnicos—. Mirad a América, allí viven todos en un solo país, todos son americanos. ¡Allí no tienen estos problemas!

Durante los discursos, la policía sigue aporreando en vano a la muchedumbre porque cada vez más espectadores logran forzar las barreras que cercan el recinto sagrado. Hay tantos gritos y chillidos entre el público que apenas se oyen los discursos; esto tiene más aspecto de *happening* que de una ceremonia religiosa. En las escaleras y las azoteas de alrededor hay soldados armados, y una decena de soldados de las fuerzas especiales norteamericanas —equipados con ametralladoras y gafas negras— han tomado posiciones en la terraza de la mezquita para proteger al rubicundo embajador norteamericano. Otros están delante de él o a su lado.

Para muchos afganos, es un sacrilegio que impíos pisen de este modo la terraza de la mezquita. Ningún infiel puede entrar en ella y los guardias paran a quienes lo intentan. No hay muchos, sin embargo: esta primera primavera, tras la caída de los talibanes, Afganistán no es exactamente un destino de viaje popular entre turistas occidentales. Sólo algún que otro trabajador humanitario se ha extraviado hacia la celebración del nuevo año.

También Atta Mohamed y el general Abdul Rashid Dostum, señores de la guerra y en conflicto entre sí, están en el podio. El tayik Atta Mohamed gobierna la ciudad, pero el uzbeko Dostum opina que debía ser él quien lo hiciera. Los dos enemigos jurados se encuentran codo a codo en el estrado: Atta Mohamed con barba, como un talibán, Dostum con el aspecto de un boxeador retirado antes de tiempo. Colaboraron a regañadientes en la última ofensiva contra el régimen talibán; ahora de nuevo hay distanciamiento entre ellos. Dostum es el miembro de peor fama del nuevo gobierno, y fue elegido por la mera razón de que no se sintiera tentado a sabotearlo. El hombre que en estos momentos entrecierra los ojos para defenderse del sol y mantiene los brazos pacíficamente cruzados por delante de su cuerpo grueso es uno de los sujetos sobre los que circulan las historias más terribles en Afganistán. Para castigar una falta, era capaz de atar a sus soldados a un tanque y arrastrarlos hasta que no quedaran de ellos más que jirones sangrantes. En una ocasión, miles de milicianos talibanes fueron conducidos al desierto y encerrados en unos contenedores, que fueron cerrados con candados y luego abandonados. Cuando unos días más tarde se abrieron los contenedores, los prisioneros habían muerto y su piel estaba carbonizada por el calor ardiente. Dostum también es conocido como un maestro en el arte de la traición: ha servido a varios amos y ha traicionado a todos. Luchó como aliado con los rusos cuando la Unión Soviética invadió Afganistán; entonces era ateo y gran bebedor de vodka. Ahora guarda las formas, alaba a Alá y predica el pacifismo.

—En 1381 nadie tiene derecho a distribuir armas porque esto conducirá a más combates y más conflictos. ¡Éste es un año para rendir las armas, no para distribuirlas!

Mansur se ríe. De Dostum se dice que es disléxico, le cuesta leer su discurso, tartamudea como un colegial de primer curso.

De vez en cuando se interrumpe por completo, pero se recupera vociferando todavía más fuerte.

El último ulema invita al combate contra el terrorismo. Hoy día, en Afganistán, la lucha contra el terrorismo es una lucha contra todo lo que uno no quiere. El significado cambia en función del orador.

—El islam es la única religión que en sus textos sagrados manda luchar contra el terrorismo. El terrorismo ha mostrado su cara en Afganistán y es nuestro deber luchar contra él. Esto no está escrito en ningún otro libro sagrado. Alá dijo a Mahoma: «No reces en una mezquita erigida por terroristas». Los verdaderos musulmanes no son terroristas, porque el islam es la más tolerante de todas las religiones. Cuando Hitler exterminaba a los judíos en Europa, ellos estaban a salvo en la tierra islámica. ¡Los terroristas son falsos musulmanes!

Después de horas de discursos, se iza la *yanda*, la bandera verde de Alá. El mástil está en el suelo, pero el asta apunta hacia la mezquita. Al son de tambores y de exclamaciones de alborozo, Karzai iza la bandera religiosa. Ondeará durante cuarenta días. Se dispara al aire y se levantan las barreras. Las decenas de miles de personas que habían quedado fuera se dirigen hacia la mezquita, el sepulcro y la bandera.

Mansur ya ha tenido su dosis de bullicio y de celebración y ahora quiere ir de compras. Alá tendrá que esperar. Lleva tiempo pensando que quiere comprar un regalo

para cada miembro de la familia. Si todos reciben algo de este viaje, su padre se mostrará más clemente con sus futuros deseos.

Primero compra alfombras de oración, pañuelos y rosarios, luego trozos de cristal de azúcar que se rompen y se mascan con el té. Sabe que su abuela Bibi Gul le perdonará todos los pecados que haya cometido y los que pueda cometer en el futuro si vuelve a casa con varios kilos de este azúcar que sólo se elabora en Mazar. Compra también vestidos y bisuterías para sus tías, y gafas de sol para sus hermanos y sus tíos; nunca ha visto gafas de sol a la venta en Kabul. Cargado de todas estas compras en grandes bolsas rosas de plástico con la publicidad «*Pleasure, special light cigarettes*», vuelve a la tumba del califa Alí. Son los regalos del año nuevo.

Los lleva al interior de la cripta y se aproxima a los ulemas sentados junto a la pared dorada de la cámara funeraria. Pone todos los regalos delante de uno de ellos, y el ulema lee el Corán y sopla sobre los presentes. Una vez terminada la oración, Mansur vuelve a embalar sus regalos y se marcha apresurado.

Puede pedir un deseo al muro dorado. Con la frente contra el muro e influido por los discursos patrióticos, Mansur reza por que alguna vez se sienta orgulloso de ser afgano, de sí mismo y de su país, y para que un día Afganistán sea un país respetado en el mundo. Ni siquiera Hamid Karzai lo podría haber dicho mejor.

Ebrio de las muchas impresiones, Mansur se ha olvidado de pedir perdón y purificación a Alí, su razón original para venir a Mazar. Se ha olvidado de su traición a la niña mendiga, de su cuerpo menudo, de sus grandes ojos castaños, de su pelo enredado. Se ha olvidado de que él no intervino para evitar el crimen que perpetró el corpulento papelero.

Sale de la cámara funeraria y se dirige a la bandera de Alí. También allí, junto al mástil, hay ulemas que bendicen las bolsas de plástico de Mansur. Pero aquí no hay tiempo para sacar los regalos; es inmensa la cola de gente que pretende que les bendigan alfombras, rosarios, alimentos y pañuelos. Los ulemas simplemente cogen las bolsas de plástico de Mansur y las pasan rápidamente por el asta pronunciando una oración antes de devolvérselas a su dueño. Él les entrega unos billetes, y las alfombras de oración y los cristales de azúcar vuelven a ser bendecidos.

Le hace ilusión llevar regalos a su abuela, a Sultán, a sus tías y tíos. Mansur deambula sonriente, en realidad todo él es pura alegría. Está lejos de la librería, lejos de las garras de su padre. Pasa por la acera fuera de la mezquita junto a Akbar y Said.

—¡Es el mejor día de mi vida, el mejor! —grita.

Akbar y Said le miran asombrados, casi un poco preocupados; pero su felicidad también les resulta enternecedora.

—¡Adoro Mazar, adoro a Alí, adoro la libertad! ¡Os adoro a vosotros! —exclama Mansur saltando por la calle.

Es la primera vez en su vida que va de viaje sin su familia, la primera vez que no tiene a ningún pariente a su lado.

Deciden ir a ver un encuentro de *buzkashi*. Las regiones del norte son famosas por la dureza, la brutalidad y la rapidez de los jinetes. De lejos ven que el partido ya ha empezado. Nubes de polvo cubren el llano donde doscientos hombres a caballo luchan a brazo partido por el botín, que consiste en un ternero decapitado. Los caballos muerden y dan patadas, se encabritan y saltan, mientras los jinetes, con el látigo en la boca, intentan echar mano al animal muerto. El becerro cambia de manos tan rápidamente que a veces parece que los jinetes se lo están pasando el uno al otro. La meta es trasladar el animal

de una punta a la otra de la planicie y colocarlo en un círculo trazado en la tierra. Algunos partidos son tan violentos que el animal entero queda despedazado.

Mientras uno se familiariza con el juego, tiene la impresión de que éste consiste en unos caballos que se dan caza desenfrenada los unos a los otros, mientras los jinetes se balancean sobre las monturas. Llevan largas capas bordadas, botas decoradas de cuero y tacón alto que les llegan a la mitad de los muslos, y sombreros *buzkashi* pequeños birretes de piel de cordero con grandes alas de piel más peluda.

—¡Karzai! —exclama Mansur al ver el dirigente de Afganistán en la llanura—. ¡Y Dostum!

El jefe de tribu, por un lado, y el señor de la guerra, por otro, luchan por atrapar el ternero. Para dar la impresión de ser un líder sólido, hay que participar en el *buzkashi*, y no solamente como mero espectador de la contienda, sino estando en medio de todo, en el fragor de la batalla. No obstante, todo se puede arreglar con dinero, y a menudo los poderosos pagan por ganar.

Karzai galopa por el perímetro de la contienda y no logra del todo sostener el ritmo infernal de los otros jinetes. El jefe de la tribu del sur nunca ha aprendido de verdad las brutales reglas del *buzkashi*. Es un deporte de las estepas, y es el gran hijo de la estepa, el general Dostum, el que gana, o al que los otros jugadores dejan ganar. Puede ser rentable. Dostum se mantiene erguido como un jefe de caballería mientras recibe los aplausos.

A veces, dos equipos luchan entre sí; otras veces, todos luchan contra todos. Éste es uno de los deportes más salvajes del mundo y fue traído a Afganistán por los mongoles de Gengis Kan. También hay en él dinero de por medio: los hombres pudientes del público se juegan millones de afganis en cada partido. Cuanto más dinero, más salvaje es el enfrentamiento. El *buzkashi* tiene asimismo cierta importancia política. Un jefe local debe ser un buen jugador de *buzkashi*, o al menos debe poseer una cuadra de buenos caballos y jinetes.

Desde los años cincuenta, las autoridades afganas han intentado reglamentar los partidos. Los participantes siempre dicen que aceptan las reglas, pero saben que es imposible cumplirlas. Incluso después de la invasión soviética, los torneos siguieron, pese al caos que reinaba en el país y a que muchos participantes no podían acudir por tener que cruzar zonas de combate. Los comunistas, que por otro lado intentaron acabar con muchas de las tradiciones arraigadas de los afganos, no se atrevieron a meterse con el *buzkashi*. Al contrario, intentaron ganar popularidad organizando torneos, con un dictador comunista tras otro en las tribunas a medida que se sucedían los sangrientos golpes de Estado. Aun así, destruyeron gran parte de la base del *buzkashi*: con la colectivización fueron muy pocos los que pudieron mantener una cuadra de caballos bien entrenados. Los caballos *buzkashi* fueron dispersados y usados en faenas agrícolas. Al desaparecer la figura del terrateniente, desaparecieron también los caballos y los jinetes.

El régimen talibán prohibió los partidos de *buzkashi*, deporte tachado de antiislámico. Este fin de año, en Mazar, se celebra el primer *buzkashi* después de la caída del régimen.

Mansur ha encontrado sitio en primera fila y tiene que echarse rápidamente hacia atrás para evitar los cascos cuando los caballos se encabritan delante de los espectadores. Toma varias películas de fotos: de los vientres de los caballos cuando parece que van a lanzarse sobre él, de un menudo Karzai lejos en la distancia, de un Dostum vencedor. Después del partido saca una foto de sí mismo al lado de uno de los jugadores.

El sol comienza a bajar e inunda el llano polvoriento de rayas rojas. También los peregrinos están cubiertos de polvo. Fuera de la arena, los tres compañeros fatigados encuentran una casa de comida. Sentados el uno frente al otro en esteras delgadas, comen en silencio: sopa, arroz, cordero y cebolla cruda. Mansur devora su porción y pide otra. Saludan sin decir palabra a unos hombres sentados en círculo—a un lado; los hombres están echando pulsos. El té llega y la conversación puede empezar.

—¿De Kabul? —preguntan los otros hombres.

Mansur asiente con la cabeza y devuelve la pregunta:

—¿De peregrinaje?

Los otros hombres vacilan antes de contestar.

—Bueno... De hecho, viajamos con codornices —contesta un viejo casi desdentado—. Somos de Herat, hemos hecho un largo viaje, pasamos por Kandahar y Kabul para llegar a Mazar. Aquí se celebran las mejores peleas de codornices.

El hombre saca delicadamente un pequeño bolso de tela de su bolsillo del que extrae un pájaro, una pequeña codorniz medio desplumada.

—Ésta ha ganado todas las peleas en las que le hemos hecho participar. Hemos ganado un montón de dinero con ella. A estas alturas vale varios miles de dólares —se jacta.

El viejo da de comer a la codorniz con sus viejos dedos corvos. La codorniz sacude sus plumas y se despierta. Es tan menuda que cabe en el gran puño del anciano. Se trata de obreros que se han tomado vacaciones. Después de cinco años con peleas ilegales de codornices, a escondidas del régimen talibán, por fin pueden vivir su pasión: contemplar a dos aves que se matan a picotazos. O mejor dicho, se regocijan cuando su propia pequeña codorniz mata a un rival a picotazos.

—Vuelvan mañana a las siete de la mañana, es cuando empezamos —invita el viejo.

Cuando se van los tres jóvenes, les regala un gran trozo de hachís.

—El mejor del mundo. De Herat.

De vuelta en el hotel, prueban el hachís, lían un porro tras otro. Luego duermen como lirones durante doce horas.

Mansur se despierta sobresaltado por la segunda llamada a la oración del ulema. Son las doce y media, la plegaria comienza en la mezquita fuera de la ventana, ¡la plegaria del viernes! De repente, al joven le parece que no puede vivir sin la plegaria del viernes. Tiene que ir a la mezquita y tiene que llegar a tiempo. Descubre que ha dejado su *shalwar kamiz* en Kabul, la túnica con los pantalones holgados, y no puede ir a la mezquita con ropa occidental. Se desespera. ¿Dónde puede comprar la vestimenta adecuada para ir a rezar? Todas las tiendas están cerradas. Furioso, Mansur empieza a maldecir.

—A Alá no le importa la ropa que lleves —le dice Akbar somnoliento para librarse de él.

—Tengo que lavarme y el agua del hotel ha sido cortada —se queja Mansur.

Pero aquí no puede reprender a Leila, y Akbar le manda a la porra cuando empieza con sus lamentaciones. Pero, ¡y el agua! Un musulmán no puede rezar sin lavarse la cara, las manos y los pies. Mansur sigue gimoteando:

—No me va a dar tiempo.

—Hay agua al lado de la mezquita —le dice Akbar antes de volver a cerrar los ojos.

Mansur sale precipitado vestido con sus sucias ropas de viaje. ¿Cómo ha podido olvidarse de su túnica para el peregrinaje? ¿Y de su gorro para rezar? Mientras corre hacia la mezquita azul, maldice su imprevisión. A la entrada divisa a un mendigo con un pie deforme; tiene la pierna hinchada y llena de manchas posada en el suelo y completamente infectada. Mansur le arrebató el gorro de oración, le grita que se lo devolverá y sigue corriendo, ahora con el gorro puesto, que es de un color gris blancuzco y tiene el borde coloreado de un marrón amarillento de sudor.

Deja sus zapatos y pasa descalzo por las baldosas de mármol pulidas por miles de pies desnudos. Se lava las manos y los pies, se pone el gorro y se acerca con paso digno a las filas de hombres girados hacia La Meca. Ha llegado a tiempo. En el enorme recinto, con decenas de filas de más de cien personas cada una, los peregrinos se prosternan. Mansur se coloca atrás y sigue las oraciones; al cabo de unos momentos, ya está en medio de la muchedumbre porque se van añadiendo cada vez más filas. Es la única persona con ropa occidental, pero hace como los otros: la frente en el suelo y el trasero levantado, quince veces. Recita las oraciones que sabe y escucha el discurso de viernes de Rabbani, que es una repetición de lo que dijo el ex presidente y teólogo el día anterior.

La plegaria tiene lugar justo al lado de unas barreras en derredor de la mezquita, donde los enfermos incurables esperan la curación. Les colocan detrás de las altas barreras para evitar el riesgo de contagio. Con las hundidas mejillas, amarillentas y pálidas, los tuberculosos rezan a Alí para que les dé fuerza. Entre ellos se encuentran también enfermos mentales, y uno de ellos —un chaval adolescente— se agita y da palmadas, mientras su hermano mayor intenta calmarle. La mayoría, no obstante, se limita a mirar por las rejillas de las barreras con ojos apagados. Del grupo sale un olor a enfermedad y a muerte: sólo a los más enfermos les ha sido concedido el honor de venir aquí. Se arremolinan junto al muro de la cámara funeraria: cuanto más cerca del muro de mosaicos azules, más próximos están de la curación.

«Dentro de dos semanas, todos habrán muerto», piensa Mansur. Su mirada cruza la negra mirada punzante de un hombre con profundas cicatrices rojas. Sus largos brazos huesudos están cubiertos de llagas y de heridas rascadas hasta sangrar, al igual que sus piernas, que sobresalen de su túnica; pero tiene finos y bonitos labios de color rosa pálido que evocan los pétalos de las flores primaverales del albaricoque.

Mansur se estremece y aparta la mirada. La dirige al otro recinto, donde se encuentran las mujeres y los niños: *burkas* azules desteñidas con hijos enfermos en el regazo. Una madre se ha dormido. Su niño mongoloide intenta contarle algo, pero es como hablarle a una estatua con una tela azul encima. Tal vez esta madre ha caminado descalza durante días para llegar a la mezquita y la tumba de Alí antes del año nuevo. Tal vez ha llevado a su hijo en brazos para curarle. Los médicos no lo pueden ayudar: tal vez Alí pueda.

Otro niño se golpea la cabeza rítmicamente con las manos. Algunas mujeres están apáticas, otras duermen, otras están enfermas, cojas o ciegas. La mayoría, sin embargo, ha venido con sus hijos. Todas esperan los milagros de Alí.

Mansur siente escalofríos por la espalda. Bajo el efecto de ese ambiente extremo, decide cambiar su vida. Se convertirá en una buena persona y en un musulmán aplicado. Respetará las horas de oración, dará limosnas, ayunará, frecuentará la mezquita, no mirará a ninguna chica hasta casarse, se dejará crecer la barba y viajará a La Meca.

En el mismo instante en que acaba la plegaria y Mansur ha hecho su promesa, sobreviene la lluvia. Lluvia con sol. Los edificios sagrados y las baldosas pulidas resplandecen y las gotas de lluvia brillan. Lluvia a cántaros, Mansur corre, encuentra sus zapatos y al mendigo del gorro de oración. Le arroja unos billetes y cruza la plaza corriendo bajo la lluvia refrescante.

—¡He sido bendecido! —grita—. ¡Estoy perdonado! ¡Estoy purificado!

El agua dijo al impuro: «Ven aquí».

El impuro respondió: «Me avergüenzo».

El agua insistió: «¿Cómo lavarás tu pecado sin mí?».

XIII

EL OLOR A POLVO

El vapor rodea los cuerpos desnudos. Las manos se desplazan con movimientos rápidos y rítmicos. Los rayos del sol son filtrados por los dos tragaluces del techo, nimbando los traseros, los pechos y los muslos con una luz pintoresca. De entrada, uno sólo entrevé los cuerpos en el calor de la habitación. Los rostros denotan una profunda concentración: esto no es placer, sino trabajo duro.

En dos grandes salas, mujeres echadas, sentadas o de pie se friegan a sí mismas, entre ellas o a sus hijos. Algunas revelan las curvas de un cuadro de Rubens; en otras sobresalen las costillas descarnadas. Con grandes manoplas de cáñamo se frotan mutuamente la espalda, los brazos, las piernas. Ablandan las callosidades con piedra pómez y las madres frotan a sus hijas casaderas. Las chiquillas de pechos nacientes no tardarán en hacerse madres que amamantarán. Casi todas las mujeres aquí tienen la piel de la barriga agrietada por la premura y frecuencia de los partos.

Los niños gritan y chillan de miedo o de alegría. Los que ya han sido frotados y lavados juegan con los barreños de agua, otros chillan de dolor y se mueven como peces atrapados en una red. Aquí nadie les protege los ojos del jabón con un pequeño trapo. Las madres frotan a sus hijos con las manoplas de cáñamo hasta que los pequeños cuerpos negros de mugre se vuelven sonrosados. El baño es una lucha que los críos — prisioneros en las firmes manos de sus madres— están condenados a perder.

Leila se quita mugre y piel muerta, grandes jirones se sueltan y caen en el guante de cáñamo o en el suelo. Hace semanas que Leila se lavó en serio y meses que entró en el *hammam*. No suele haber agua en casa, y Leila no ve ninguna razón para lavarse tan a menudo; la mugre vuelve enseguida de todas formas.

Pero hoy ha acudido al *hammam* con su madre y sus primas. Como solteras, ella y sus primas son particularmente púdicas y no se han quitado la ropa interior. El guante evita estas zonas, pero ataca sin merced los brazos, los muslos, las pantorrillas, la espalda y la nuca. Gotas de sudor y de agua se entremezclan en sus caras, mientras frotan, restriegan y rascan: el aseo es proporcional a la fuerza empleada.

La madre de Leila, Bibi Gul, con sus setenta años, está sentada desnuda en una charca en el suelo. A lo largo de su espalda descende en cascada su larga melena gris, que normalmente está escondida debajo de un pañuelo azul claro. Sólo aquí, en el *hammam*, la deja suelta. Es tan larga que las puntas flotan en la charca en el suelo. Bibi Gul parece estar en trance: con los ojos cerrados, goza del calor. De vez en cuando hace unas tentativas perezosas de lavarse, moja el paño en la cubeta de fregar que le ha dejado Leila, pero enseguida se rinde, los brazos le pesan y no llega debajo de la enorme barriga, sobre la que reposan laxos los pechos. Se queda sentada en su trance, tiesa como una gran estatua gris.

De tanto en tanto, Leila echa furtivas miradas a su madre para asegurarse de que se encuentra bien, mientras ella se frota y charla con sus primas. El cuerpo de esta joven de diecinueve años es infantil, se debate entre niña y mujer. Toda la familia Khan tiende a la obesidad, en todo caso según el estándar afgano. Su morfología es el resultado de la grasa y los aceites que echan en cantidades generosas en sus platos. Panqueques fritos, trozos de patata chorreando grasa, cordero en salsa a base de aceite condimentado. La piel de Leila es pálida e impecable, suave como el culito de un bebé. Su tez vacila entre el blanco, el amarillo y el gris pálido. La vida que lleva se refleja en su piel de niña que no ve jamás el sol y en sus manos, ásperas y gastadas como las de una mujer vieja. Leila sufría de vértigos desde hacía tiempo, y cuando fue al médico, éste le diagnosticó que le faltaba vitamina D, o sea, sol.

Paradójicamente, Kabul es una de las ciudades más soleadas del mundo. A los 1.800 metros de altitud, el sol da de lleno casi todos los días del año agrietando la tierra, reseca lo que antaño eran jardines húmedos, haciendo arder la piel de los crios. Pero Leila no lo ve nunca. El sol no penetra en el apartamento de la planta baja de Microyan, ni traspasa la rejilla de su *burka*. Leila tan sólo permite que el sol le caliente la cara en el patio de la casa de pueblo de Mariam. Pero rara vez tiene tiempo de ir a ver a su hermana mayor.

En la casa, Leila es la que primero se levanta y la última que se acuesta. Al son de los ronquidos de los que duermen en el salón, ella enciende el fuego en la estufa con ramitas. Enseguida prende fuego en el horno de leña del baño y hace hervir el agua para cocinar y lavar la ropa y los platos. Todavía es de noche; Leila llena de agua las botellas, las ollas y los cacharros. A esa hora nunca hay corriente eléctrica, pero ella está acostumbrada a tantear en la oscuridad. A veces lleva una pequeña lámpara consigo. Prepara el té, que debe estar listo para cuando los hombres de la casa se despiertan a las seis y media, ya que si no lo está se enfadan con ella. Mientras hay agua en las tuberías, Leila sigue llenando los recipientes que usa porque no sabe nunca cuándo se cortará el agua, tal vez dentro de una hora, tal vez dentro de dos.

Todas las mañanas, Eqbal chilla como si fuera a morir y sus chillidos ponen los pelos de punta a cualquiera. Echado o acurrucado en su estera, se niega a levantarse. A los catorce años se inventa cada día nuevas dolencias para no tener que pasar doce horas en la tienda. Cada día en vano. Todos los días acaba levantándose, pero al día siguiente vuelve a repetir la escena.

—¡Cabrona! ¡Perezosa! Mis calcetines tienen agujeros —grita y se los arroja a su tía.

Eqbal se venga en quien puede.

—¡Leila, el agua se está enfriando! ¡No hay suficiente agua caliente! ¿Dónde está mi ropa? ¿Dónde están mis calcetines? ¡Tráeme el té! ¡El desayuno! ¡Limpíame los zapatos! ¿Se puede saber por qué te has levantado tan tarde?

Los hombres dan portazos y golpean las paredes. Las habitaciones, el pasillo y el baño parecen un campo de batalla. Los hijos de Sultán discuten, gritan y lloran. Sultán se queda con Sonya tomando té y desayunando. Sonya se ocupa de él, Leila del resto. Rellena los barreños del aseo, busca la ropa, sirve el té, fríe huevos, va a por pan, limpia los zapatos... Los cinco hombres de la casa se van al trabajo.

A regañadientes, Leila ayuda a sus tres sobrinos —Mansur, Eqbal y Aimal— a prepararse para salir. Nunca le dan las gracias, nunca le ayudan en nada.

—¡Maleducados! —bufa para sí misma cuando le dan órdenes los tres chavales pocos años menores que ella.

—¿No hay leche? ¡Si yo te dije que compraras más! —brama Mansur—. ¡Parásito! Si ella se atreve a protestar, siempre recibe la misma respuesta mortal.

—Cállate, mujer —suele decir Mansur entonces con fuerza, golpeándole el estómago o la espalda—. No estás en tu casa, ésta es mi casa.

Tampoco Leila tiene la sensación de estar en su casa. Es la casa de Sultán, de sus hijos y de su segunda mujer. Leila, Bulbula, Bibi Gul y Yunus no se sienten bien acogidos en la familia, pero desde luego ni siquiera se plantean irse de allí. Dividir la familia sería un escándalo. Además hacen bien su papel de buenos criados, al menos en el caso de Leila.

A veces ella lamenta no haber sido dada en adopción al nacer, al igual que su hermano mayor.

—Mis nuevos padres me hubieran matriculado en cursos de informática y de inglés desde un principio, ya estaría en la universidad, tendría ropas bonitas y no viviría como una esclava —dice soñadora.

Leila ama a su madre, no es ésa la cuestión, pero siempre ha tenido la impresión de que nadie se ha ocupado realmente de ella, siempre se ha sentido la última de la fila. Y así ha sido: Bibi Gul no tuvo más hijos después de ella.

Después del caos matutino y la partida de Sultán y sus hijos, Leila puede respirar un poco, beber su té y desayunar. Luego barre las habitaciones por primera vez en el día. Camina encorvada con una escobilla de paja y barre, barre y barre habitación tras habitación. El polvo se levanta y se arremolina, antes de volver a posarse en el suelo detrás de ella. El olor a polvo no abandona nunca el apartamento. Leila no se puede librar del polvo: sus gestos, su cuerpo, sus pensamientos son polvorientos. Barriendo logra al menos quitar las migas, los trozos de papel, la basura. Barre todas las habitaciones varias veces al día: como todo tiene lugar en el suelo, éste se ensucia enseguida.

Ahora en el *hammam* intenta quitarse ese polvo frotando, ese polvo que rueda en pequeñas y gordas espirales, ese polvo que se pega a su vida.

—¡Ay! Si tuviera una casa donde bastara con barrer una vez al día, que quedara limpia después y no tuviera que volver a barrer hasta el día siguiente —suspira Leila.

Sus primas asienten con la cabeza. Al ser hijas menores, también tienen la misma vida que ella.

Leila ha traído ropa interior que quiere lavar en el *hammam*. Normalmente lava la ropa de la familia en la penumbra del baño sobre un taburete al lado del hoyo en el suelo. Entonces tiene enfrente de ella varios barreños, uno con jabón y uno sin él, uno para la ropa blanca y otro para la oscura. Ahí lava sábanas, moquetas, toallas y ropa, las frota y las escurre antes de tenderlas. El secado es difícil, sobre todo en invierno. Hay cuerdas para tender la ropa fuera de los edificios, pero los robos son frecuentes, de modo que Leila no quiere dejarla ahí, al menos que algunos de los niños las vigilen hasta que estén secas. Si no es así, tiende todo en cuerdas en el pequeño balcón. El balcón es de sólo dos metros cuadrados y está lleno de víveres y de trastos viejos, una caja de patatas, una canasta de cebollas y otra de ajos, un gran saco de arroz, cajas de cartón, viejos zapatos, algunos trapos y otros objetos de los que nadie se atreve a deshacerse, por si algún día alguien los necesita.

En casa, Leila usa viejos jerseys velludos, camisas manchadas y faldas que se arrastran por el suelo y acumulan el polvo que deja la escoba. En los pies lleva sandalias desgastadas, y en la cabeza, un pequeño pañuelo. Lo único que brilla en ella son sus pendientes dorados y sus pulseras de plástico liso.

—Leila...

Una voz la llama débilmente y un poco fatigada entre los gritos y los chillidos de los niños. La voz apenas se oye por el estrépito de las mujeres que se echan cubos de agua las unas a las otras.

—¡Leilaaa!

Es Bibi Gul que ha salido de su trance. Con un paño para lavarse en una mano, mira perdida a su hija menor. Leila lleva el guante de cáñamo, el jabón, el champú y la jofaina hasta donde se encuentra su gran madre en cueros.

—Ponte de espaldas.

Bibi Gul maniobra para tenderse en el suelo. Leila frota y friega el cuerpo de su madre hasta hacerlo vibrar. Los pechos cuelgan a ambos lados. La barriga, tan grande que cubre el sexo cuando Bibi Gul está de pie o sentada, se despliega como una masa blanca e informe.

Bibi Gul se echa a reír: hasta ella ve lo cómico de la situación. La hija menuda y mona, la madre gorda y vieja. Unos cincuenta años las separan. Como ellas se ríen, las demás mujeres también pueden sonreír. De súbito, esta sesión de friegas desencadena la hilaridad general.

—Estás tan gorda, mamá, que pronto te morirás —le reprocha Leila mientras le pasa el paño de lavar por todos los sitios donde la madre no llega.

Un poco después, la pone boca abajo y —con la ayuda de las primas— lavan cada parte del cuerpo enorme. Finalmente le lavan el largo pelo: Leila echa el champú de China sobre el cuero cabelludo y masajea delicadamente, como si temiera arrancarle el resto de los finos pelos. La botella de champú está casi vacía; es un vestigio de los tiempos de los talibanes. La mujer representada en la botella ha sido tachada con rotulador grueso y indeleble. De la misma manera que mutiló los libros de Sultán, la policía religiosa arremetió contra los embalajes. Cuando un rostro femenino adornaba una botella de champú, o una cara infantil el jabón para bebés, las imágenes eran tachadas. Los seres vivos no debían ser representados.

El agua se empieza a enfriar. Los críos que todavía no han sido lavados del todo chillan más que nunca. Pronto sólo quedará agua fría en el *hammam* lleno de vapor. Las mujeres abandonan los baños y aparece la mugre. En los rincones se ven cascarras de huevo y algunas manzanas podridas. Quedan restos de suciedad, ya que las mujeres llevan en el *hammam* las mismas sandalias de plástico que usan en los senderos de las aldeas, en las letrinas de las afueras de las viviendas y en los patios.

Bibi Gul se pone de pie y todas salen para vestirse. Nadie ha traído cambio de ropa, por lo que todas vuelven a ponerse las mismas ropas con las que vinieron. Finalmente se ponen las *burkas* encima de las cabezas recién lavadas. Cada *burka* tiene un olor distinto. La de Bibi Gul huele a las emanaciones que la caracterizan: viejo aliento que se mezcla

con flores melosas y algo agrio. La de Leila está impregnada por un sudor juvenil y el tufo de la cocina. En rigor, todas las *burkas* de la familia Khan huelen a comida, ya que se cuelgan en clavos delante de la cocina. Ahora todas las mujeres están tan limpias que brillan debajo de las *burkas* y de la ropa; pero el jabón de fregar y el champú chino luchan contra un poder superior. Pronto las *burkas* les devolverán su propio vaho de viejas o jóvenes esclavas.

Bibi Gul toma la delantera y por una vez las tres chicas van a remolque. Caminan juntas riéndose disimuladamente. En una calle solitaria se echan las *burkas* por detrás de la cabeza, ya que no hay más que unos críos y unos perros errabundos. La brisa suave les acaricia la piel sudorosa. Pero esa brisa no es límpida: en las calles traseras y los callejones de Kabul apesta a basura y a cloacas. Un desagüe inmundo sigue el camino de tierra entre las casas de adobe. Pero las chicas no notan el hedor del desagüe ni el polvo que lentamente se les pega a la piel cerrando los poros. Tienen la cara al sol y se ríen. De repente se acerca un hombre en bicicleta.

—¡Cubrios, chicas, que estoy ardiendo! —grita al pasar a toda marcha.

Las jóvenes se miran divertidas por la expresión curiosa de su cara; pero cuando el hombre da la vuelta a la manzana y va de nuevo hacia ellas, se cubren.

—Cuando vuelva el rey, no volveré jamás a ponerme la *burka* —afirma Leila, de repente seria—. Entonces viviremos en paz.

—Seguramente no volverá nunca —objeta la prima velada.

—Dicen que vendrá esta primavera —insiste Leila.

Pero de momento es más seguro velarse. Además están solas.

Leila no camina nunca completamente sola. Es imprudente para una chica joven ir sin compañía. ¿Quién sabe dónde iría? Tal vez a verse con alguien, tal vez a pecar. Ni siquiera va sola al mercado de verduras que está a unos minutos de casa. Siempre se lleva al menos a un niño del vecindario, o le pide que él le haga el recado. «Sola» es un concepto desconocido para Leila. Nunca ha estado sola en ningún sitio. No ha estado sola en su casa, no se ha ido sola a ningún lugar, ni se ha quedado sola, ni ha dormido sola. Ha pasado cada noche al lado de su madre. Leila no sabe lo que es estar sola, ni tampoco lo echa en falta. Lo único que desea es un poco de tranquilidad y un poco menos de trabajo.

Cuando llega a casa, todo está en desorden, cajas, bolsas y maletas por todos lados.

—¡Sharifa ha vuelto! ¡Sharifa! —exclama Bulbula, encantada de que Leila haya llegado y pueda, por tanto, relevarla como anfitriona.

Shabnam, la hija menor de Sultán y Sharifa, que también ha regresado, corretea por el piso como un potrillo alegre. Abraza a Leila, y Leila abraza a su vez a Sharifa. En medio de esta escena, la segunda esposa de Sultán sonrío con la pequeña Latifa en brazos. Para sorpresa de todos, Sultán ha traído a Sharifa y a Shabnam de vuelta de Pakistán.

—Para pasar el verano —matiza Sultán.

—Para siempre —susurra Sharifa.

Sultán ya se ha ido a la librería y sólo quedan las mujeres. Se sientan en un círculo en el suelo. Sharifa distribuye regalos: un vestido para Leila, un chal para Sonya, un bolso para Bulbula, una chaqueta de punto para Bibi Gul, ropa y bisutería de plástico para el resto de la familia. Para sus hijos trae varios conjuntos comprados en los mercados pakistaníes, ropa que no se encuentra en Kabul. Y lleva consigo sus propios objetos más preciados.

—No quiero volver allí nunca más —dice—. Aborrezco Pakistán.

Sabe perfectamente, no obstante, que todo está en manos de su marido. Si Sultán quiere que vuelva a Pakistán, tendrá que hacerlo.

Las dos esposas charlan como viejas amigas. Contemplan los tejidos, se prueban las blusas y las pedrerías. Sonya acaricia los regalos para ella y su hijita. Sultán rara vez le trae regalos a su joven cónyuge, de modo que el retorno de la primera esposa rompe agradablemente la monotonía de su vida. Sonya viste a Latifa como una muñeca con el vestido de fiesta de color rosa que le ha regalado Sharifa.

Entre todas intercambian novedades. Llevan un año sin verse, y como no hay teléfono en el apartamento, tampoco han hablado. Para las mujeres que han estado en Kabul, lo más importante ha sido la boda de Shakila, y la cuentan con todo lujo de detalles: los regalos que recibió la novia, los vestidos que llevaron ellas... Informan también sobre los hijos, los noviazgos, las bodas o los fallecimientos de los otros parientes.

Sharifa cuenta su vida en el exilio, quién ha vuelto a Afganistán y quién se ha quedado en Pakistán.

—Salika se ha prometido —dice—. Tenía que pasar, aunque la familia estaba en contra. El chico no tiene ninguna propiedad, y encima es perezoso, un inútil.

Todas asienten con la cabeza. Se acuerdan de Salika como una chica vanidosa; no obstante, sienten pena por ella por tener que casarse con un muerto de hambre.

—Después de que los dos se vieron en el parque, su familia no la dejó salir durante un mes —cuenta Sharifa—. Hasta que un día se presentaron la madre y la tía del chaval para pedir su mano. Los padres aceptaron, no tenían más remedio, pues el daño ya estaba hecho. Pero, ¡y la celebración del noviazgo! ¡Un escándalo!

Las mujeres escuchan con los ojos muy abiertos, sobre todo Sonya. Las historias que cuenta Sharifa le llegan al alma; son sus telenovelas.

—Un escándalo —repite Sharifa para recalcar este hecho.

Cuando una pareja joven se promete, la costumbre manda que la familia del pretendiente pague la fiesta, la ropa y las joyas.

—Cuando iban a organizar la celebración, el padre del chico dejó unas mil rupias al padre de Salika, que había vuelto de Europa para ayudar a buscar una solución a la tragedia familiar. Éste tiró el dinero al suelo y gritó: «¿Tú crees que se puede celebrar un noviazgo con calderilla? ¿Sabes qué?, quédate con tus moneditas, nosotros nos encargamos de la fiesta».

Sharifa había estado sentada en la escalera y escuchó todo lo que pasó, de modo que la historia es completamente veraz.

El padre de la novia tampoco tenía mucho dinero, estaba a la espera de que le concedieran asilo en Bélgica para llevar a su familia. Ya le había sido denegada la petición de asilo en Holanda, y ahora vivía del dinero que le dejaba el estado belga. Pero una celebración de noviazgo es un acto simbólico importante, y el compromiso, poco menos

que imposible de romper. En caso de que se cancelara, sería muy difícil casar a la chica luego, independientemente de la razón de la ruptura. La fiesta es también una imagen exterior de cómo van las cosas en la familia: qué tipo de adornos y cuánto han costado; qué tipo de comida y cuánto ha costado; qué tipo de vestimenta y cuánto ha costado; qué tipo de orquesta y cuánto ha costado. La celebración muestra el aprecio que tiene la familia del chico por la chica. Si el noviazgo se celebra de forma pobretona, significa que la familia del joven no valora a la novia y, por tanto, tampoco a su familia. El hecho de que el padre tuviera que endeudarse por un noviazgo que no deseaba nadie, aparte de Salika y su enamorado, poco significaba frente a la vergüenza que hubiera conllevado una celebración misérrima.

—Salika ya ha empezado a arrepentirse —revela Sharifa—. Porque no tiene un duro. Muy pronto ella se dará cuenta de que se está casando con un inútil. Pero ya es tarde, si rompe el noviazgo nadie la va a querer. Se pavonea de las seis pulseras que él le ha regalado, alardea de que son de oro, pero yo sé, y ella lo sabe también, que son de acero dorado. El chico ni siquiera le regaló un vestido para la celebración del año nuevo. ¿Se ha oído hablar alguna vez de una novia que no reciba un vestido para el año nuevo?

Sharifa se llena los pulmones de aire antes de continuar:

—El chico se pasa el día en casa de ella, es demasiado. La madre de Salika no tiene ningún control de lo que hacen; es terrible, terrible, una vergüenza, ya se lo he dicho a la madre —suspira Sharifa, antes de que las otras tres mujeres la acribillen a nuevas preguntas.

Le preguntan sobre la parentela. Todavía tienen a muchos parientes en Pakistán: tíos y tías, sobrinos y sobrinas, familias a las que la situación todavía no les parece lo suficientemente segura como para volver, o que no tienen nada por lo que volver: la casa bombardeada, los campos repletos de minas, la tienda quemada. Pero todos añoran su tierra, igual que Sharifa.

Leila debe ir a la cocina a preparar la cena. Le alegra el retorno de su cuñada, le parece que es así como debe ser. Pero teme las riñas que siempre tiene Sharifa con los hijos, las cuñadas y la suegra. Leila se acuerda de cómo Sharifa les mandaba a todos a la porra.

—Vete y llévate contigo a tus hijas —decía Sharifa a Bibi Gul—. Aquí no hay sitio para vosotras, queremos vivir solos —vociferaba cuando Sultán no estaba presente.

Esto sucedía cuando Sharifa reinaba tanto en la casa como en el corazón de su marido. Fue sólo en los últimos años, después de que Sultán tomó una segunda mujer, cuando Sharifa se volvió más simpática y humana con los parientes de su esposo.

—Lo que sí habrá es todavía menos espacio en el apartamento —suspira Leila.

Ya no viven once, sino trece personas en las pequeñas habitaciones. Leila pela unas cebollas que le hacen llorar lágrimas amargas. Rara vez llora de verdad, ha suprimido todos sus deseos, anhelos y rencores. Ya no huele a recién lavada, el olor a jabón del *hammam* ha desaparecido hace tiempo. El aceite de la sartén le salpica el pelo impregnándolo de un olor a grasa agria. Siente escozor en sus manos debido a la salsa de chile que penetra su piel desgastada.

Leila prepara una cena simple, nada especial con motivo del regreso de Sharifa. La familia Khan no tiene costumbre de celebrar a sus mujeres; además tiene que ser un plato que le guste a Sultán. Carne, arroz, espinacas y habas en grasa de cordero. A menudo sólo hay carne para Sultán y sus hijos varones, y tal vez un trozo para Bibi Gul. Las demás mujeres comen arroz y habas.

—Vosotras no os habéis ganado ningún derecho. Vivís de mi dinero —subraya el patriarca.

Sultán vuelve cada noche de sus tiendas con un montón de dinero. Cada noche lo guarda bajo llave en su armario. Muchas veces trae grandes bolsas rebosantes de granadas jugosas, plátanos dulces, mandarinas y manzanas, alimentos caros, sobre todo fuera de temporada. Toda la fruta la guarda también bajo llave, y sólo él y Sonya la comen. Sólo ellos tienen llave.

Leila contempla unas pequeñas naranjas duras sobre el alféizar. La pulpa empezaba a quedarse seca y Sonya las dejó en la cocina, para la comunidad. A Leila ni se le ocurriría probarlas. Si está condenada a comer habas, pues comerá habas. Las naranjas seguirán ahí hasta que se pudran o se sequen del todo. Leila mantiene la cabeza bien alta y coloca la pesada olla de arroz en el fogón, introduce la cebolla picada en la sartén medio llena de aceite y luego tomates, especias y patatas. Leila cocina bien. Leila hace casi todas las cosas bien. De modo que de ella se espera que lo haga todo. Durante las comidas suele estar sentada en el rincón al lado de la puerta, y corre a la cocina si alguien necesita algo o para servir las fuentes. Sólo cuando ve que todos se han servido, se pone en su plato el resto. Un poco de arroz con aceite y habas hervidas.

Educada para servir, se ha convertido en una sirvienta. Todo el mundo le da órdenes. Y con cada orden que obedece, todos la respetan menos. Cuando alguien está de mal humor, Leila tiene la culpa. Una mancha que no se ha quitado de un jersey, un trozo de carne mal frito, no faltan excusas cuando se trata de sacarse la cólera de encima.

Cuando los parientes invitan a la familia a una fiesta, es Leila quien va a ayudar a primera hora de la mañana, después de servirle el desayuno a su propia familia. Va a pelar patatas, a hacer caldo, a picar verdura. Cuando llegan los invitados —entre ellos su familia—, apenas le da tiempo para cambiarse de ropa antes de servirles la comida. Termina la fiesta lavando la vajilla en la cocina. Leila es una Cenicienta sin príncipe.

Sultán vuelve a casa junto con Mansur, Eqbal y Aimal. Besa a Sonya en el pasillo y saluda brevemente a Sharifa en el salón. Los viejos cónyuges han pasado un día entero en el coche, viajando de Peshawar a Kabul, y no necesitan hablar más de momento. Sultán y los chicos se sientan. Leila acude con una palangana de estaño y un jarro. Pasa la palangana delante de cada uno y ellos se lavan las manos, luego les alcanza una toalla. El hule está en el suelo y la comida se puede servir.

Yunus, hermano menor de Sultán, saluda cariñosamente a Sharifa. Le pregunta por los parientes, antes de callar como de costumbre. Rara vez dice algo durante las comidas. Tranquilo y ponderado, no suele participar en las conversaciones de la familia. Es como si no le importasen, y él, por su lado, nunca explica sus evidentes tristezas. Este hombre de veintiocho años está profundamente insatisfecho con la vida.

—Es una vida de perro. Trabajo de la mañana a la noche y como migajas en la mesa de mi hermano.

Yunus es la única persona cuyo menor deseo Leila satisface de todo corazón. Es el hermano que ella ama. De vez en cuando él le hace pequeños regalos: una hebilla de plástico, un peine...

Esta noche cierta pregunta está en los labios, pero aún no se atreve a hacerla. Sharifa se le adelanta y se explaya:

—Las cosas se han complicado con Belkisa. Su padre está de acuerdo, pero su madre no. Al principio, la madre también quería, pero luego ha hablado con una parienta que tiene un hijo joven que quiere casarse con Belkisa. Ofrecieron dinero y la madre

empezó a dudar. Además, esta parienta ha hablado mal de nuestra familia. De modo que no te puedo decir nada concreto todavía.

Yunus se sonroja y mira a los demás con resquemor, pero sin decir palabra; la situación es humillante para él. Mansur sonríe despectivamente.

—La niña no quiere casarse con el abuelo —refunfuña en voz baja. Yunus lo oye perfectamente, aunque esas palabras no llegan a oídos de Sultán.

Yunus ha sido despreciado y su última esperanza parece estar evaporándose. Se siente fatigado. Fatigado de esperar, fatigado de buscar, fatigado de vivir encerrado en una caja.

—¡Té! —ordena Yunus, intentando interrumpir la verborrea de Sharifa sobre las razones de la familia de Belkisa para no querer darle a su hija en casamiento.

Leila se levanta. Ella también está decepcionada. Había esperado que al casarse Yunus, éste les llevara a ella y a su madre con él. Todos podrían vivir juntos, Leila sería de lo más servicial. Enseñaría a Belkisa a llevar la casa y se ocuparía de las tareas más duras. Belkisa podría incluso seguir estudiando si quería. La vida sería bella.

Leila haría lo que fuera para salir de la casa de Sultán, donde nadie la aprecia. El cabeza de familia se queja de que ella no prepara la comida como a él le gusta, dice que come demasiado, que no obedece a Sonya. Su sobrino mayor la acosa constantemente con sus críticas. A menudo Mansur la manda a la porra.

—A mí no me interesa la gente que no tiene importancia para mi futuro. Y tú, tú no significas nada para mí. Vives a costa de mi padre, vete de aquí —dice riéndose con menosprecio, a sabiendas de que ella no tiene dónde ir.

Leila trae el té. Es té verde y suave. Pregunta a Yunus si quiere que le planche los pantalones para el día siguiente. Acaba de lavarlos y Yunus sólo tiene este par y otro más, de forma que ella necesita saber si él va a usar los recién lavados mañana. Yunus dice que sí con la cabeza sin pronunciar palabra.

—Mi tía es tan estúpida que siempre que va a decir algo, yo ya sé lo que dirá. Es la persona más aburrida que conozco.

Mansur no se cansa de repetir este juicio sobre su tía tres años mayor que él, y con quien ha crecido no como un hermano, sino como su jefe. Acompaña el comentario con una risa desdeñosa.

Leila suele repetir todo dos veces porque piensa que nadie le escucha. Suele hablar de cosas cotidianas porque éstas constituyen su universo. Pero también es capaz de reírse y de brillar cuando está con sus primas, sus hermanas o sus sobrinas. Es capaz de sorprender de repente contando historias graciosas. Es capaz de reírse de modo que el rostro entero se le contorsiona. Pero nunca en la cena familiar, cuando normalmente guarda silencio. A veces se ríe de los chistes groseros de sus sobrinos, pero como luego les comenta a sus primas:

—Me río con la boca, no con el corazón.

Después de la decepcionante historia de Belkisa, nadie dice mucho más durante la primera cena con Sharifa en casa. Aimal juega con Latifa, Shabnam juega con las muñecas de Latifa, Eqbal discute con Mansur, y Sultán coquetea con Sonya. Los demás comen en silencio y luego se van a la cama. Sharifa y Shabnarr duermen en la habitación donde ya duermen Bibi Gul, Leila, Bulbula, Eqbal, Aimal y Fazil. Sultán y Sonya duermen solos como siempre. A medianoche, todos están echados en sus esteras con una sola excepción.

Leila cocina a la luz de una vela para que Sultán pueda comer comida casera en el trabajo al día siguiente. Fríe pollo en aceite hierva arroz, prepara la salsa de verduras. Mientras la comida está en el fuego, lava los platos. La llama le ilumina la cara: tiene grandes y oscuras ojeras. Cuando la comida está lista, saca las ollas del fogón, las envuelve en grandes paños que cierra con nudos bien apretados para que las tapas no se caigan cuando Sultán y sus hijos se llevan las ollas. Leila se lava las manos y se acuesta con la misma ropa que ha llevado puesta todo el día: desenrolla su estera, coge una manta y duerme hasta que la llamada del ulema la despierta unas horas más tarde.

Su día empieza al son de *Alahu akbar* («Alá es grande»). Un nuevo día que huele y sabe igual que todos los demás. A polvo.

XIV

TENTATIVA

Una tarde, Leila se pone la *burka* y los zapatos de tacones altos y sale del apartamento. Traspasa la puerta de entrada, cruza el sitio donde está el tendedero y llega al patio del edificio. Lleva a un niño del vecindario que le servirá de escolta. Pasan el puente sobre el reseco río de Kabul y desaparecen en una de las pocas avenidas de la ciudad. Pasan delante de limpiabotas, vendedores de melones, panaderos y hombres ociosos. Es a estos últimos a los que Leila más teme: los que tienen todo el tiempo del mundo y lo usan para *mirarla*.

Por primera vez en mucho tiempo el follaje de los árboles es verde. Durante tres años no cayó una sola gota de lluvia en Kabul y los brotes se secaban antes de abrirse. Esta primavera —la primera después de la fuga de los talibanes— ha caído mucha lluvia, bendita lluvia, deliciosa lluvia. No tanta como para que el río se haya llenado hasta los bordes, pero sí la suficiente para que los pocos árboles que han sobrevivido a la sequía hayan brotado y verdecido, y para que el polvo repose. El fino polvo de arena que es la maldición de Kabul. Cuando llueve se hace barro, cuando el tiempo es seco vuela en remolinos, tapona la nariz, provoca conjuntivitis, se hace fango en los pulmones. Esta mañana ha llovido y el tiempo ha refrescado, pero el aire húmedo no penetra en la *burka*. Leila sólo nota el olor a su propio aliento nervioso y el pulso de sus temples.

Sobre el muro de un edificio de hormigón, el número 4 en Microyan, grandes letreros anuncian «Curso» y fuera hay largas colas. Aquí se dan cursos de alfabetización, de informática y de escritura. Leila se quiere matricular en un curso de inglés. En la entrada, dos hombres están sentados en una mesa matriculando a la gente. Ella paga y entra junto con cientos de personas a la busca de su aula de clase. Bajan por una escalera y entran en un sótano que parece un refugio antiaéreo. Los impactos de las balas han dejado dibujos en las paredes. El local, situado justo debajo de las viviendas, sirvió como almacén de armas durante la guerra civil. Las diferentes «aulas» están divididas por tablonos, y cada apartado está dotado de una pizarra, un puntero y unos bancos. Algunos tienen pupitres. Se oye un zumbido suave de voces y el calor empieza a sentirse en el local.

Leila encuentra el aula. Inglés nivel medio y clases de recuperación. Ha llegado temprano, igual que unos cuantos gandules larguiruchos. ¿Será posible? ¿Chicos en la clase? Le entran ganas de dar media vuelta y salir de ahí, pero hace de tripas corazón y se sienta al fondo. Dos chicas guardan silencio en el otro rincón. El zumbido de los otros grupos aumenta; en algunas partes, por encima de todos los demás ruidos, se oyen voces chillonas de algunos profesores. El profesor de Leila tarda en llegar, y los chavales empiezan a escribir palabras en inglés en la pizarra. «*Pussy*», «*Dick*», «*Fuck*»... Leila las mira indiferente. Las busca en su diccionario inglés—persa, a escondidas debajo de la mesa para que los chicos no la vean. Pero no las encuentra y siente un fuerte malestar. Está sola, o casi a sola, en medio de una pandilla de chicos de su misma edad, algunos incluso mayores. No debió haber venido; ahora se arrepiente. ¿Y si un chico le dice algo? Qué vergüenza. Se ha quitado la *burka*—«no se lleva *burka* en un aula», había pensado— y ahora ya es tarde, ya se ha expuesto a las miradas.

Llega el profesor y los chicos borran a toda prisa las palabras de la pizarra. Comienza el calvario. Todos se tienen que presentar, decir su edad y contar algo en inglés. El profesor es un hombre joven y flaco que le apunta con el puntero, pidiéndole que hable.

Leila tiene la sensación de estar abriendo su alma al profesor delante de los chicos, de haberse ensuciado, de haberse expuesto y arruinado su honor. ¿Qué había pensado que sería asistir a una clase? Nunca se había imaginado que sería una clase mixta, jamás. No es culpa suya.

Quiere irse, pero no se atreve. El profesor podría preguntarle por qué. Sin embargo, nada más terminada la clase, sale disparada. Se pone la *burka* y apura el paso. Sana y salva en casa, cuelga la *burka* en el clavo del pasillo y se sienta con las demás.

—¡Espantoso! ¡Había chicos!

Las otras se quedan boquiabiertas.

—Eso no está bien —comenta su madre—. No vuelvas.

A Leila ni se le ocurriría volver. Si bien los talibanes se han ido, siguen presentes en su cabeza. Y en la de Bibi Gul, Sharifa y Sonya. Las mujeres de Microyan celebraron el fin del régimen talibán. Ahora podían escuchar música, bailar, pintarse los dedos de los pies..., siempre y cuando nadie las viera y ellas pudieran disfrutar de la seguridad que brindaba la *burka*. Leila es heredera de la guerra civil y de los gobiernos de los ulemas y de los talibanes. Es una hija del miedo. Ahora llora por dentro. Había fracasado su tentativa de romper las cadenas, de hacer algo por su cuenta, de aprender algo concreto. Durante cinco años, las mujeres habían tenido prohibido aprender cualquier cosa; ahora que no estaba prohibido, se lo prohibía ella misma. Incluso podría haber funcionado si Sultán la hubiera dejado asistir al instituto, pues allí no había chicos en las clases.

Leila se sentó en el suelo de la cocina para picar cebollas y patatas. A su lado, Sonya estaba comiendo un huevo frito y amamantando a Latifa, pero Leila no tenía ganas de hablar con ella, era una chica tonta que no sabía siquiera el alfabeto, ni se interesaba por aprenderlo. Sultán le había pagado un profesor privado para que aprendiera a leer y a escribir, pero ella era impermeable al conocimiento; cada clase era como la primera, y después de aprender cinco letras en unos meses, Sonya se rindió y pidió a Sultán ser eximida de las clases. Mansur se había reído con desdén desde un principio del curso de alfabetización de Sonya:

—Cuando un hombre lo tiene todo y no sabe qué más puede hacer, intenta enseñarle a hablar a su burro —había dicho en voz alta, riéndose.

Hasta Leila, que encontraba desagradable la mayoría de las cosas que decía Mansur, se había reído.

Leila intentaba estar por encima de Sonya y la corregía cuando decía algo tonto o cuando alguna cosa no le salía bien; pero sólo cuando Sultán no estaba en la casa. A los ojos de Leila, Sonya era la pueblerina pobre que había sido elevada a la riqueza relativa de la familia de Sultán solamente por ser bella. Sonya le caía mal por todos los privilegios que le daba Sultán y por la diferencia enorme que había entre la carga de trabajo de las dos. Pero en realidad no tenía nada personal en contra de Sonya. Era una chica de su misma edad que solía mirar lo que pasaba alrededor de ella con una expresión dulce y ausente. De hecho, tampoco era perezosa, había sido muy trabajadora cuando cuidaba de sus padres en la aldea. Era Sultán quien no la dejaba trabajar. Cuando él no estaba en casa, ella ayudaba de buena gana. Aun así, Sonya fastidiaba a Leila. Se pasaba el día entero esperando a Sultán y se levantaba apresurada cuando él volvía a casa. Cuando él

estaba de viaje, ella deambulaba desaliñada por la casa; cuando estaba en Kabul, ella se empolvaba la piel morena y se pintaba los ojos y los labios.

A los dieciséis años, Sonya pasó de niña a esposa en un abrir y cerrar de ojos. Había llorado al principio, pero —buena chica como era— pronto se acostumbró a la idea. Había crecido sin expectativas en la vida, y Sultán había hecho buen uso de los dos meses que duró el noviazgo. Había sobornado a sus padres para poder estar a solas con ella antes de la boda. En rigor, los novios no deben verse entre el inicio oficial del noviazgo y la boda, pero esto no suele cumplirse. Aun así, una cosa era que los novios salieran a comprar el ajuar juntos y otra muy distinta que pasaran las noches juntos. Era inédito. El hermano mayor de Sonya había querido defender el honor de su hermana cuando se enteró del dinero recibido por sus padres para dejar a Sultán compartir el lecho con ella antes de la noche de bodas. Así y todo, hasta él fue silenciado con monedas contantes y sonantes, y Sultán se salió con la suya. En su opinión, le estaba haciendo un favor.

—Hace falta prepararla para la noche de bodas. Ella es muy joven y yo soy un hombre con experiencia —arguyó al hablar con los padres de Sonya—. Si pasamos tiempo juntos ahora, no tendremos ningún susto la noche de bodas. Prometo no abusar de ella.

Paso a paso preparó a la adolescente para la noche de bodas; y dos años más tarde Sonya está contenta con su vida monótona. No desea otra cosa que estar en casa, de tanto en tanto visitar o recibir a sus parientes y estrenar de vez en cuando un nuevo vestido y, cada cinco años, una pulsera de oro.

En una ocasión, Sultán la llevó con él en un viaje de negocios a Teherán. Estuvieron fuera un mes, y a la vuelta, las otras mujeres de Microyan quisieron saber qué había visto en el extranjero. Pero Sonya no tenía nada que contar. Había convivido con parientes de Sultán y había jugado con Latifa sentada en el suelo como siempre. Apenas había visto Teherán y no había tenido ningún deseo especial de conocer la ciudad. Lo único que se le ocurrió fue que había cosas más bonitas en el bazar de Teherán que en el de Kabul.

Lo que más ocupa los pensamientos de Sonya es procrear más hijos. Hijos varones. Está embarazada de nuevo y siente pánico ante la posibilidad de tener a otra hija. Cuando Latifa tira de su chal o empieza a jugar con él, Sonya le da una palmadita y vuelve a poner el chal en su sitio. Si el hijo o la hija menor juega con el chal de la madre, significa que el próximo hijo será hembra.

—Si doy a luz a otra hija, Sultán tomará una tercera esposa —comenta Sonya a Leila cuando las dos cuñadas de la misma edad llevan un rato sentadas en el suelo de la cocina sin decir nada.

—¿Eso dice? —pregunta Leila sorprendida.

—Lo dijo ayer.

—Eso solamente lo dice para asustarte.

Pero Sonya no escucha.

—Que no sea una niña, que no sea una niña —repite mientras su hija de un año se duerme al son monótono de la voz de su madre que la está amamantando.

«Estúpida», piensa Leila. No está de humor para hablar, tiene que salir de esta casa, lo tiene muy claro. Sabe que no aguantará por mucho tiempo pasar todo el día en casa con Sonya, Sharifa, Bulbula y Bibi Gul. «Me volveré loca, no aguanto más aquí, no pertenezco a esta casa.»

Piensa en Fazil y en la manera que Sultán trató a este pequeño sobrino suyo. Lo que pasó con Fazil la hizo entender que ya era hora de valerse por sí misma. Fue la razón que hizo que lo intentara con el curso de inglés.

El chico de once años había trabajado cada día cargando cajas en la librería, cenaba todas las noches con la familia, y se acurrucaba en la estera al lado de Leila. Fazil es hijo de Mariam, la hermana de Sultán y Leila. Mariam y su marido no tenían dinero para alimentar a todos sus hijos y aceptaron con alegría la oferta de Sultán de ponerle cama y comida a su hijo mayor a cambio de que trabajara en la tienda. Fazil trabajaba duro doce horas diarias y sólo libraba los viernes para poder visitar a sus padres en la aldea.

Se encontraba a gusto. De día, preparaba cajas de libros en las librerías; de noche, jugaba y se peleaba con Aimal. El único con quien no se llevaba bien era con Mansur, quien no paraba de darle palmaditas en la cabeza o de propinarle puñetazos en la espalda cuando se equivocaba en el trabajo. Pero hasta Mansur podía ser simpático. A veces lo llevaba a una tienda para comprarle ropa nueva o le invitaba a comer en un restaurante. A Fazil le gustaba, pues, la vida lejos de las calles de tierra de la aldea.

Pero una noche Sultán le dijo:

—Estoy harto de ti. Vuelve a tu casa. No vengas más a la tienda.

El resto de la familia quedó boquiabierto. Sultán le había prometido a Mariam que se ocuparía del chaval durante un año. Pero nadie dijo nada, tampoco Fazil. No lloró hasta echarse en la estera. Leila intentó consolarle, pero no había nada que decir. La palabra de Sultán era la ley.

A la mañana siguiente, Leila le hizo las maletas con sus pocas pertenencias y lo mandó a casa. Él mismo tendría que explicar a sus padres por qué regresaba. Sultán se había cansado de él.

Leila se sentía muy furiosa cuando lo pensaba. ¿Cómo Sultán podía tratar así a la gente? Ella podía ser la próxima en ser despedida de golpe y porrazo. Tenía que pensar en algo.

Leila ideó un nuevo plan. Una mañana, cuando Sultán y sus hijos ya se habían marchado, se puso la *burka* y desapareció de nuevo. También esta vez pidió a un niño que la acompañara. Pero en esta ocasión se fue en otra dirección y se alejó del desierto de hormigón bombardeado que era Microyan. En la periferia del barrio los bombardeados edificios estaban en condiciones tan ruinosas que no se podía vivir ahí. Aun así, quedaban unas pocas familias que vivían en aquellas ruinas mendigando a sus vecinos, casi igual de pobres que ellos, pero al menos tenían casa. Leila cruzó un prado donde un rebaño de cabras pastaba en los esparcidos montoncitos de hierba mientras el pastor se adormilaba a la sombra del único árbol que quedaba. Aquí la ciudad se hacía campo. Al otro lado del prado empezaba el pueblo Deh Khudaidad.

Primero Leila se dirigió a la casa de Shakila, su hermana mayor. Fue Said quien abrió la puerta, el hijo mayor de Wakil, el hombre con quien Shakila acababa de casarse. A Said le faltaban tres dedos en una de las manos; los había perdido cuando estalló la batería de un coche que estaba arreglando, pero él decía a todo el mundo que había

tropezado con una mina. Tenía más categoría ser herido por una mina; era casi como si hubiera luchado en la guerra. A Leila no le caía bien, le resultaba simple y burdo. No sabía leer ni escribir, y hablaba como un patán. Igual que Wakil. Leila se estremeció debajo de la *burka* al ver a Said. Él, por su parte, lució una sonrisa oblicua al verla y rozó la *burka* cuando ella pasó. Leila volvió a estremecerse, pues tenía miedo de acabar siendo su esposa. Eran muchos los miembros de la familia que intentaban unirlos, y tanto Shakila como Wakil habían ido a pedir su mano a Bibi Gul.

—Demasiado pronto —había contestado Bibi Gul, aunque Leila ya tenía la edad necesaria.

—Ya toca —decía Sultán.

Nadie le pidió la opinión a Leila, aunque ella tampoco habría contestado. Una chica educada no dice si le gusta éste o el otro. Pero Leila esperaba con todo su corazón librarse de semejante destino.

Shakila acudió a su encuentro, balanceándose, sonriente, radiante. Cualquier temor acerca del matrimonio de Shakila con Wakil había sido borrado. Ella trabajaba como profesora de biología, los hijos de Wakil la adoraban, y ella les sonaba las narices y les limpiaba la ropa. Logró que su marido reformara la casa y que le dejara dinero para nuevas cortinas y cojines. Y cuidaba que los niños fueran a la escuela, algo con lo que no habían sido muy estrictos Wakil y su primera esposa. Cuando los hijos mayores se quejaron de la vergüenza que era sentarse en la misma clase que los críos, su nueva madrastra respondió que mucho más vergonzoso sería en el futuro si ahora no estudiaban.

Shakila rebosaba de alegría de tener por fin su propio marido. Sus ojos brillaban con un resplandor nuevo y parecía enamorada. Después de treinta y cinco años de soltería, su nuevo papel de madre de familia le sentaba extraordinariamente bien.

Las hermanas se besaron en las mejillas. Se pusieron las *burkas* y salieron a la calle, Leila con zapatos negros de tacón, Shakila con sus escaarpines blancos de tacón altísimo con hebilla dorada, los que había llevado en la boda. El calzado cobra mayor importancia cuando no se puede mostrar ni el cuerpo, ni la ropa, ni el pelo, ni la cara.

Vadearon unos charcos a pasos cortos y esquivaron aristas de barro endurecido y huellas de neumáticos, notando la grava a través de las finas suelas de los zapatos. El camino por el que andaban era el de la escuela. Leila iba a buscar trabajo como profesora. Éste era su plan secreto.

Shakila había preguntado en el colegio de pueblo donde trabajaba. No tenían ningún profesor de inglés, y si bien Leila solamente había estudiado nueve años, confiaba en poder enseñar inglés sin problemas a principiantes. Cuando la familia vivió en Pakistán había asistido a clases especiales de inglés por la noche.

La escuela está situada detrás de un muro de barro que es tan alto que no permite ver por encima de él. En la entrada hay un viejo guardia que vigila que no entre nadie ajeno, sobre todo hombres, porque éste es un colegio de chicas y todo el profesorado también es femenino. El patio había sido alguna vez un prado, pero ahora allí se cultivan patatas, y alrededor del campo de patatas se encuentran las aulas. Son pequeños

cubículos con tres paredes: el muro del fondo y las paredes a los dos lados. Así la directora puede ver siempre lo que pasa en todas las clases. Las aulas tienen sitio para algunos bancos y mesas y una pizarra. Solamente las chicas mayores tienen derecho a sillas y mesas, las demás siguen la clase sentadas en el suelo. Muchas alumnas no tienen dinero para cuadernos y escriben en pequeñas pizarras personales o en trozos de papel que han encontrado.

Reina gran confusión porque cada día vienen nuevas alumnas deseosas de empezar a estudiar. Las clases se hacen cada vez más numerosas; la campaña escolar de las autoridades ha surtido efecto. En todo el país aparecen colgados grandes carteles mostrando a niños felices de ambos sexos con libros debajo del brazo y con el lema «De vuelta a la escuela».

Al llegar Shakila y Leila, la directora está ocupada con una mujer joven que quiere matricularse como alumna. Afirma haber pasado tres cursos ya y quiere empezar en el cuarto curso.

—No te encuentro en nuestras listas —dice la directora, y la busca en el registro de alumnas que por casualidad ha sobrevivido en un armario durante todo el régimen talibán. La mujer guarda silencio.

—¿Sabes leer y escribir? —le pregunta la directora.

La mujer vacila y, finalmente, admite no haber asistido nunca a clase.

—Pero es que hubiera sido tan bonito empezar en el cuarto curso —susurra—. Son tan pequeñas en el primer curso, me da vergüenza.

La directora insiste en que si quiere aprender algo tiene que empezar desde el principio, en el primer curso, donde hay alumnas de cinco años y otras que son adolescentes. Esta mujer sería la mayor. Da las gracias y se va.

Luego le toca a Leila. La directora se acuerda de ella de los tiempos anteriores a los talibanes. Leila había sido alumna en el colegio y a la directora le gustaría tenerla como profesora.

—Pero primero tienes que registrarte. Tienes que ir al Ministerio de Educación con tus papeles y solicitar el trabajo.

—Pero si ustedes no tienen ninguna profesora de inglés —objeta Leila—. ¿No pueden ustedes solicitar en mi nombre? O yo podría empezar ahora y registrarme luego.

—No, primero necesitas una autorización de las autoridades. Son las normas.

Los chillidos de una riña entre dos chiquillas llegan al despacho abierto. Una profesora pega a las chicas con una rama para que se callen y las dos se van tambaleando a sus aulas.

Leila sale desalentada por la puerta del colegio, y el ruido de las escolares exaltadas disminuye. Se dirige a casa con paso lento, olvidándose incluso de que está caminando a solas con zapatos de tacón alto. ¿Cómo llegar al Ministerio de Educación sin que nadie se dé cuenta? La idea era buscar un trabajo y contarle más tarde la novedad a Sultán. Si su hermano se enterara antes de tiempo, le podría prohibir que trabajara; pero si ella consigue el trabajo primero, tal vez la deje conservarlo. De todos modos, la enseñanza sólo le ocuparía unas horas al día; ella se levantaría simplemente más temprano y trabajaría más duro todavía.

El problema es que sus diplomas están en Pakistán. Le entran ganas de darse por vencida, pero al acordarse del oscuro apartamento y los suelos polvorientos de Microyan, decide dirigirse al telégrafo cercano. Llama a unos parientes en Peshawar para que ellos

busquen sus papeles. Ellos prometen ayudarla, mandarán los diplomas con alguien que viaje a Kabul. El correo afgano no funciona, así que la mayoría de las cosas se deja en manos de viajeros ocasionales.

Al cabo de unas semanas llegan. El próximo paso es ir al Ministerio de Educación. Pero, ¿cómo irá? Es imposible ir sola. Pide a Yunus que la acompañe, pero su hermano favorito de poco le sirve: opina que no debe trabajar.

—No sabes qué tipo de trabajo encontrarás —dice—. Tú quédate aquí y cuida de tu vieja madre.

Mansur simplemente da un resoplido cuando recurre a él. Leila no va a ninguna parte y el año escolar ya ha empezado.

—Ya es tarde —dice su madre—. Mejor te esperas hasta el año que viene.

Leila se siente desesperada. ¿Igual no quiero realmente dar clases? ¿Igual ya no me apetece? Y sigue haciéndose preguntas similares para que le sea más fácil olvidarse del asunto.

Leila está estancada. En el fango de la sociedad y el polvo de las tradiciones. Está estancada en el sistema que se ha forjado durante siglos y que paraliza a la mitad de la población. El Ministerio de Educación está a media hora de autobús: una media hora imposible. Leila no está acostumbrada a luchar por nada; más bien está acostumbrada a darse por vencida. Pero esta vez tiene que haber una salida. Sólo trata de encontrarla.

XV

¿ALÁ PUEDE MORIR?

El aburrimiento de los deberes como castigo está a punto de ganarle la partida a Fazil. Le entran ganas de saltar y chillar, pero se controla y toma su castigo como lo debe hacer un niño de once años que no se ha estudiado la lección. Mueve torpemente la mano por el folio. Escribe en letra pequeña para no usar demasiado espacio, ya que los cuadernos son caros. La luz de la lámpara de gas irradia un fulgor rojizo sobre el papel. «Es como escribir encima de llamas», piensa Fazil.

Sentada en el rincón, su abuela le mira con su único ojo. El otro se le lesionó cuando cayó encima de un fogón cavado en el suelo. Su madre, Mariam, está amamantando a Osip, que tiene dos años. Cuanto más se cansa Fazil, más se obsesiona con la escritura. Tiene que acabar aunque tarde toda la noche. No aguantaría volver a sufrir los golpes que le da en los dedos el profesor con el puntero, y desde luego no soportaría otra vez la vergüenza.

Tiene que escribir diez veces lo que es Alá: Alá es el creador, Alá es eterno, Alá es todopoderoso, Alá es benigno, Alá es la sabiduría, Alá es la vida, Alá lo ve todo, Alá lo escucha todo, Alá lo gobierna todo, Alá lo juzga todo, Alá...

La razón de su castigo es que había dado una respuesta equivocada en el curso de islam.

—Siempre me equivoco —se lamenta a su madre—. Porque cuando miro al profesor, me da tanto miedo que se me olvida la respuesta correcta. Él siempre está enfadado, y cuando te equivocas una vez, ya no te perdona una.

Todo había salido mal cuando el profesor le había tomado la lección sobre Alá. Fazil iba bien preparado, pero cuando le llamó el profesor a la pizarra, fue como si hubiera estado pensando en otra cosa mientras leía, porque no se acordaba de nada. El profesor de islam, con la barba larga, el turbante, la túnica y los pantalones anchos, le había mirado con negros ojos punzantes y le había preguntado:

—¿Alá puede morir?

—No —había contestado Fazil temblando bajo la mirada del profesor. Temía equivocarse independientemente de lo que respondiera.

—¿Y por qué no?

Fazil se quedó mudo. ¿Por qué Alá no puede morir? ¿Porque no hay cuchillos que le penetren? ¿Ni balas que le hieran? Los pensamientos se le atropellan en la cabeza.

—¿Entonces? —insistió el profesor.

Fazil se sonrojó y empezó a tartamudear algo que no se atrevió a terminar. Otro chico tuvo que responder.

—Porque es eterno.

—Exacto. ¿Alá puede hablar?

—No —dijo Fazil—. O sea, sí.

—Si piensas que puede hablar, di, ¿cómo habla?

Fazil guardó silencio una vez más. ¿Que cómo habla? ¿Tiene una voz que retumba? ¿Una voz suave? ¿Susurrante? Otra vez Fazil no pudo contestar.

—Dices que puede hablar —continuó el profesor—, ¿tiene una lengua, pues?

—¿Que si Alá tiene una lengua?

Fazil intentó averiguar cuál podía ser la respuesta correcta. No creía que Alá tuviera una lengua, pero no se atrevía a decirlo. «Mejor no decir nada que decir algo erróneo y quedar en ridículo delante de toda la clase», pensó. De nuevo, el profesor dio la palabra a otro chico.

—Habla a través del Corán, el Corán es su lengua.

—Exacto. ¿Alá puede ver?

Fazil vio que el profesor acariciaba ahora el puntero y golpeaba ligeramente la punta de su dedos, como si estuviera ensayando los duros golpes que pronto dejaría caer sobre los dedos de Fazil.

—Sí —dice Fazil.

—Y, ¿cómo ve? ¿Tiene ojos?

Fazil no se movió y dijo:

—Yo no he visto a Alá, ¿cómo lo voy a saber?

El profesor le había pegado en los dedos con el puntero hasta que Fazil empezó a llorar a lágrima viva. Se sentía el más tonto de la clase; el dolor en los dedos no había sido nada comparado con la vergüenza que había pasado. Al final el profesor le obligó a hacer estos deberes como castigo.

A Fazil el maestro le hacía acordarse de los talibanes. Sólo medio año antes todo el mundo iba vestido como él.

—Si no aprendes esto, no puedes seguir en esta clase —había dicho el profesor.

«Tal vez realmente es un talibán», pensó Fazil. Sabía que los talibanes eran severos.

Después de haber definido a Alá diez veces, Fazil tiene que aprenderlo de memoria. Murmura para sí mismo y lo repite en voz alta para su madre. Al final ya se sabe el texto de memoria. A la abuela le da pena su nieto. Ella no fue a la escuela y los deberes del niño le parecen demasiado complicados para su edad. Coge un vaso de té entre sus manos mutiladas y lo bebe a sorbos.

—El profeta Mahoma jamás hacía ruido mientras bebía —la reprende Fazil, y luego la alecciona—. A cada sorbo apartaba el vaso de los labios y daba las gracias a Alá.

Su abuela le mira de soslayo con su único ojo.

—Sí, bueno, si tú lo dices...

La vida del profeta Mahoma es parte de los deberes. Fazil ha llegado al capítulo que trata de sus costumbres y lee en voz alta mientras sigue la lista de palabras con el dedo, de derecha a izquierda.

—«El profeta Mahoma, que en paz descansa, siempre se sentaba directamente en el suelo. No tenía muebles en su casa porque opinaba que un hombre debía pasar por la vida como un viajero que sólo descansa a la sombra antes de seguir su camino. Una casa no debe ser más que un lugar para el descanso y un amparo contra el frío y el calor y contra animales salvajes, y un sitio para la protección de la paz de la vida privada.

«Mahoma, que en paz descansa, acostumbraba a descansar sobre el brazo izquierdo. Cuando meditaba, le gustaba cavar en el suelo con una pala o con un palo, o

bien se sentaba abrazándose las piernas con los brazos. Cuando dormía, yacía sobre el lado derecho con la palma derecha debajo de la cara. A veces dormía de espaldas, a veces con una pierna encima de otra, pero siempre cuidaba de que cada parte del cuerpo estuviera tapada. Dormir boca abajo le disgustaba mucho, y llegó a prohibir que los demás lo hicieran. No le gustaba dormir en una habitación a oscuras ni en una terraza. Siempre se lavaba antes de acostarse y recitaba oraciones antes de dormir. Roncaba suavemente mientras dormía. Cuando se despertaba en plena noche para orinar, se lavaba las manos y la cara antes de volver a acostarse. Llevaba un taparrabos al acostarse, pero solía quitarse la camisa. Como no había letrinas en las casas por aquel entonces, el profeta acostumbraba a caminar largos trechos para estar fuera de la vista de la gente. Elegía tierra blanda para evitar que saltara la orina y se salpicara el cuerpo. Siempre se aseguraba de estar cubierto por una roca o un promontorio. Se bañaba detrás de una manta o usaba un taparrabos cuando lo hacía bajo la lluvia. Cuando se sonaba la nariz, siempre se ponía un paño delante.

Fazil sigue leyendo en voz alta sobre las costumbres alimenticias del profeta. Le gustaban los dátiles y los mezclaba con leche o mantequilla. Prefería el cuello o las costillas de los animales, pero nunca comía cebolla o ajo porque detestaba el mal aliento. Antes de sentarse a comer, siempre se quitaba el calzado y se lavaba las manos. Usaba únicamente la mano derecha para comer, y sólo comía de su lado del cuenco, nunca de en medio del plato. No utilizaba cubertería y empleaba sólo tres dedos para comer. Daba las gracias a Alá por cada bocado que se llevaba a la boca.

Y, pues, cuando bebía..., lo hacía sin hacer ruido.

Fazil cierra el libro.

—Ahora tienes que irte a la cama, hijo.

Mariam le ha preparado la cama en la misma habitación donde han cenado. Alrededor de él, sus tres hermanos ya están roncando. Pero a Fazil le faltan leer las oraciones en árabe. Aprende de memoria las palabras incomprensibles del Corán antes de dejarse caer en su estera con la ropa puesta. A las siete del día siguiente tiene que estar en el colegio. Sólo de pensarlo le produce escalofríos. La primera clase es de islam. El muchacho duerme fatigado e inquieto, soñando que el profesor le vuelve a tomar la lección y que él, de nuevo, no logra contestar correctamente ninguna pregunta. Sabe las respuestas, pero no le salen.

En lo alto del cielo, grandes y pesados nubarrones se acercan a la aldea. Cuando Fazil se ha dormido, la lluvia cae a cántaros. Penetra por el techo de adobe y tamborilea en las losas del muro. Las gotas de lluvia reposan en el plástico que cubre los marcos de las ventanas. Una fresca corriente de aire recorre la habitación, la abuela se despierta y se da la vuelta.

—Gracias a Alá —murmura al sentir la lluvia.

Se pasa por la cara las manos mutiladas como rezando, da media vuelta y vuelve a dormirse. Los cuatro críos a su alrededor respiran apacibles.

Cuando Fazil se despierta a la mañana siguiente, la lluvia ha cesado y el sol lanza sus primeros rayos por las colinas que circundan Kabul. Cuando Fazil se lava en el agua que su madre le ha preparado y se viste y prepara la cartera, el sol ya está secando las charcas que ha dejado la lluvia nocturna. Fazil bebe té y desayuna antes de salir corriendo. Está de mal humor y se enfada con su madre cuando ésta no hace lo suficientemente rápido lo que él le pide. Fazil sólo puede pensar en el profesor de islam.

Mariam está dispuesta a hacer todo por su hijo mayor. De los cuatro hijos que tiene, él es quien recibe la mejor comida y el mayor cariño. Su madre siempre teme no alimentarlo lo suficiente para que se le desarrolle el cerebro. Es a Fazil a quien ella le compra ropa nueva cuando de tanto en tanto tiene un poco de dinero de más; en él deposita todas sus esperanzas. Mariam se acuerda de lo feliz que era hace once años. Se sentía a gusto en su matrimonio con Karimullah. Se acuerda del parto y de su gran alegría porque era un niño varón; lo celebraron con una gran fiesta y ella y Fazil recibieron bonitos regalos. La gente la visitaba y la cuidaba. Dos años después nació una niña, pero entonces no hubo fiesta ni regalos.

Mariam sólo estuvo unos pocos años con Karimullah. Cuando Fazil tenía tres años, su padre murió en un tiroteo. Ella quedó viuda y pensó que su vida había acabado. La suegra tuerta y su propia madre, Bibi Gul, decidieron, sin embargo, que ella tenía que ser dada en casamiento a Hazim, el hermano menor de Karimullah. Pero Hazim no era como su hermano, no era tan agradable ni igual de fuerte. La guerra civil había destrozado la tienda de Karimullah y la familia tenía que subsistir con el sueldo de funcionario de aduanas de Hazim.

Fazil, en cambio, tenía que estudiar y ser un hombre famoso, eso era lo que esperaba su madre. Primero había pensado que el chico podía trabajar en la tienda de su hermano Sultán; pensaba que una librería podía ser un ambiente estimulante. Sultán había asumido la responsabilidad del chaval y Fazil había comido mucho mejor que en su casa. Cuando Sultán mandó a Fazil de vuelta, Mariam se pasó un día entero llorando. Temía que su hijo hubiera hecho algo mal, pero también conocía los caprichos de su hermano, y entendió poco a poco que simplemente él ya no necesitaba que alguien le llevase las cajas.

Fue entonces cuando vino su hermano menor, Yunus, y le ofreció intentar matricular a Fazil en Esteqlal, que era uno de los mejores colegios de la ciudad. Hubo suerte y Fazil comenzó en el cuarto curso. De hecho, era mejor así, pensó Mariam, evocando al pobre de Aimal, el hijo de Sultán, que apenas veía el sol porque trabajaba de la mañana a la noche en una de las tiendas de su padre.

Mariam le acaricia la cabeza a su hijo cuando éste sale precipitado. Fazil echa a correr por el camino de barro intentando evitar las charcas saltando entre montoncitos de tierra. Tiene que cruzar todo el poblado para llegar a la parada del autobús. Entra por la parte delantera del vehículo, donde los hombres se sientan, y viaja pegando botes hasta Kabul.

Fazil es de los primeros en llegar a clase y se sienta en su pupitre de la tercera fila. Uno por uno entran los niños. La mayoría son flacuchos y van mal vestidos y muchos llevan ropa que les va grande, probablemente heredada de hermanos mayores. Entre todos lucen una mezcla variopinta de ropa. Algunos todavía llevan la túnica con pantalón impuestos por el régimen talibán a niños y hombres. En general, los pantalones tienen trozos extra de tela abajo, que han sido añadidos a medida que los niños crecían. Otros usan los pantalones y los jerseys de los años setenta, ropa que sus hermanos mayores llevaban antes de llegar al poder los talibanes. Uno viste unos vaqueros que tienen forma de globo, fuertemente sujetos por un cinturón; otros llevan pantalones de campana. A uno la ropa le va pequeña y se le ven los calzoncillos por debajo del suéter más corto. Más de uno lleva la bragueta sin abrochar; habiendo crecido llevando túnicas, ahora es fácil olvidarse de este nuevo mecanismo de cierre. Algunos tienen las mismas gastadas camisas de algodón a cuadros que llevan a menudo los chicos de los orfanatos rusos, y es

como si también tuvieran la mirada hambrienta y un poco salvaje de esos niños. Uno lleva un traje formal raído que le va muy grande y cuyas mangas se ha subido hasta los codos.

Los chavales juegan y gritan, arrojan cosas por el aula y tiran los pupitres. Sin embargo, cuando suena la campana, todos están en su sitio. Toman asiento en los altos bancos sujetos a los pupitres, pensados para dos alumnos, pero donde a menudo se sientan tres para que todos quepan. Al entrar el profesor todos los chicos se ponen de pie rápidamente y saludan.

—*Salam aleikum*. Que la paz de Alá sea contigo.

El profesor pasa lentamente a lo largo de las filas verificando que todos han traído los libros y han hecho los deberes. Controla también si tienen las uñas, la ropa y el calzado absolutamente limpios. Si alguien está muy sucio, se le manda a casa.

Luego el profesor les toma la lección. Esta mañana todos los chicos que deben contestar la saben.

—Entonces seguimos. ¡*Haram!* —exclama, y escribe la palabra desconocida en la pizarra—. ¿Alguien sabe qué significa?

Un chico levanta la mano:

—Un acto malo es *haram*.

Tiene razón.

—Un acto malo y antiislámico es *haram* —afirma el profesor—. Por ejemplo, matar sin razón o castigar sin razón. Beber alcohol es *haram*, drogarse es *haram*, pecar es *haram*. Comer cerdo es *haram*. A los infieles les da igual si algo es *haram*. De hecho, mucho de lo que es *haram* para los musulmanes, ellos lo perciben como algo bueno. Y esto es malo.

El profesor recorre el aula con su mirada. Hace un gran esquema sobre los tres conceptos: *haram*, *halal* y *mubah*. *Haram* es lo que es malo y prohibido, *halal* lo que es bueno y permitido, y *mubah* es cuando hay dudas.

—*Mubah* es lo que no es bueno, pero tampoco es pecado. Por ejemplo, comer cerdo si la alternativa fuera morir de hambre. O cazar, que es matar para sobrevivir.

Los chavales toman nota de todo. Al final el profesor les hace las preguntas habituales para comprobar que lo han entendido.

—Si un hombre piensa que *haram* es bueno, ¿él entonces qué es?

Nadie sabe contestar, por lo que el profesor tiene que hacerlo él mismo:

—Un infiel. Y *haram*, ¿es bueno o malo?

Ahora casi todos levantan la mano. Fazil, sin embargo, no levanta la mano, tiene pánico a equivocarse. Se encoge en la tercera fila tratando de pasar desapercibido. El profesor apunta a otro chico que apresurado se pone de pie al lado de su pupitre y contesta:

—¡Malo!

Eso es lo que Fazil pensaba contestar también. Un infiel es malo.

XVI

LA HABITACIÓN TRISTE

Aimal es el hijo menor de Sultán, tiene doce años y una jornada laboral de doce horas. Cada día de la semana le despiertan al alba; no descansa ningún día. Y cada día vuelve a acurrucarse hasta que Leila o su madre le obliga a levantarse. Se lava la cara pálida, se viste, bebe té y come un huevo frito con las manos mojando trozos de pan en la yema. A las ocho de la mañana abre la puerta de una pequeña tienda en el oscuro vestíbulo de uno de los hoteles de Kabul donde vende chocolate, galletas, refrescos y chicles, cuenta dinero y se aburre. Se dice a sí mismo que la tienda es «la habitación triste» y siente una pequeña punzada en el corazón y en el estómago cada vez que abre esa puerta. Aquí tiene que quedarse hasta que le pasen a buscar sobre las ocho de la tarde. Entonces ya será oscuro y él se irá directamente a casa a cenar y dormir.

Justo fuera de la puerta hay tres grandes barreños que ha puesto ahí el recepcionista en un vano intento de recoger el agua que gotea del techo. Pero no importa la cantidad de barreños que ponga; en el suelo, fuera de la puerta del tenderete de Aimal siempre hay grandes charcos, y a fin de evitarlos, la gente no entra en la tienda. A menudo, el vestíbulo está sin luz, y si bien de día se abren las pesadas cortinas de los ventanales, la luz del sol no logra penetrar hasta aquellos oscuros rincones. De noche, si hay corriente, se encienden las lámparas, y si no se ponen grandes farolas de gas sobre el mostrador de la recepción.

Cuando el hotel fue construido en los años sesenta, era el más moderno de Kabul. Por aquel entonces, el vestíbulo se llenaba de hombres con trajes elegantes y mujeres que vestían faldas cortas y lucían peinados modernos, se servía alcohol y se ponía música occidental. Hasta el rey acostumbraba a ir allí para celebrar reuniones o para cenar.

Los años sesenta y setenta estuvieron marcados por algunos de los regímenes más liberales del país. Primero bajo la batuta del *bon vivant* de Zahir Shah, luego bajo la de su primo Daud, que endureció la política y llenó las cárceles de presos, pero permitió el ambiente festivo, occidental y moderno. El edificio por aquel entonces tenía tanto bares como clubes nocturnos. Luego el hotel empezó a decaer a la par que el país entero, y finalmente, durante la guerra civil, quedó completamente destruido: los balazos penetraron en las habitaciones exteriores, las granadas aterrizaron en los balcones y los misiles destrozaron el techo.

Después de la guerra civil —cuando tomaron el mando los talibanes—, las reparaciones se fueron retrasando, pues los clientes eran pocos y no se necesitaban las

habitaciones bombardeadas. Mandaban los ulemas que no estaban interesados en potenciar el turismo; al contrario, preferían que viniera el menor número posible de extranjeros al país. En consecuencia, los techos se hundieron y los pasillos quedaron desvencijados en el edificio semidestruido.

Ahora el nuevo gobierno también quiere dejar su huella en Kabul y los obreros han empezado a rellenar los huecos de las paredes y a cambiar los vidrios rotos. Aimal a menudo observa sus tentativas de arreglar el techo, o sigue la lucha desesperada que libran los electricistas por hacer funcionar el generador cuando se va a celebrar una reunión importante con necesidad de micrófonos y altavoces. El vestíbulo es el lugar de juego de Aimal; aquí puede patinar encima del agua, aquí puede caminar un poco aunque sea dando vueltas. Pero eso es todo, y es de lo más aburrido y de lo más solitario.

A veces habla con la gente de este vestíbulo de la tristeza. Los hombres que hacen la limpieza, los recepcionistas, los conserjes, los de la seguridad, algún que otro cliente del hotel y los otros vendedores. Rara vez tienen clientes. Un hombre vende joyas tradicionales del país y también se pasa el día aburrido, ya que no hay una gran demanda de joyas entre los huéspedes del hotel. Otro vende recuerdos turísticos a precios que espantan a los clientes.

Muchos de los escaparates están llenos de polvo y tapados con cortinas o cartones. «Ariana Airlines» pone en un rótulo roto anunciando la compañía aérea nacional afgana que antaño disponía de muchos aviones donde azafatas elegantes atendían a los pasajeros que podían elegir como bebidas whisky o coñac. Muchos aviones se perdieron en la guerra civil; los demás fueron bombardeados por los norteamericanos en su caza de Osama Bin Laden y del ulema Omar. Un solo avión evitó las bombas: se encontraba en Nueva Delhi el 11 de septiembre. Es este avión el que tiene que salvar a Ariana. Hace todavía los vuelos de ida y vuelta entre Kabul y Nueva Delhi, pero no es suficiente para reabrir la oficina en el hotel.

En un extremo del vestíbulo se ubica el restaurante que tiene la peor cocina de Kabul, pero los camareros más amables de la ciudad. Es como si éstos quisieran compensar por el arroz soso, el pollo reseco y las zanahorias aguadas.

En medio del vestíbulo hay un pequeño cerco de unos metros cuadrados. Se trata de una valla de madera de poca altura que hace de frontera entre el suelo del exterior y la alfombra verde del interior. Clientes, ministros, conserjes y camareros se ponen codo con codo a rezar sobre las pequeñas alfombras que están encima de la gran alfombra verde; en la oración todos son iguales. También hay un local más grande para la oración en el sótano, pero la mayoría de los visitantes se limita a rezar unos minutos en la alfombra entre los dos grupos de sillones.

Encima de una mesa desvencijada reina un televisor siempre encendido. Pese a que se encuentra justo fuera del quiosco de Aimal, él rara vez va a mirarlo. Kabul TV, que es el único canal del país, no suele poner nada interesante. Emite un sinfín de programas religiosos, algunos programas interminables de debates, las noticias y largos períodos de música tradicional acompañando fotos del paisaje afgano. El canal ha abierto últimamente sus puertas a mujeres para presentar las noticias, pero no para cantar o bailar.

—El pueblo no está listo —sostiene la dirección del canal.

A veces ponen dibujos animados polacos o checos, y entonces Aimal se precipita hacia el televisor, pero con frecuencia se siente decepcionado porque la mayoría de los que ponen ya los ha visto.

Fuera del hotel se encuentra lo que antaño era el orgullo del lugar: una piscina. Se había inaugurado con gran pompa un hermoso día de verano, y todos los habitantes —al menos los varones de la capital fueron invitados a usarla el primer verano. La piscina tuvo una muerte triste. Primero, el agua se puso de un color entre gris y marrón (a nadie se le había ocurrido instalar un sistema de filtrado), y como el agua estaba cada vez más sucia, la piscina acabó por cerrarse. La gente decía que había sufrido erupciones cutáneas purulentas y otras enfermedades de la piel por bañarse en la piscina; se rumoreaba incluso que hasta había habido muertos. Se vació la piscina para no volver a ser llenada. Ahora una capa espesa de polvo cubre el fondo azul claro mientras unos rosales reseco intentan en vano esconder al monstruo. Justo al lado hay una pista de tenis que tampoco se usa. El monitor de tenis sigue en la lista telefónica del hotel, pero más le vale haber encontrado otro trabajo porque no hay una gran demanda de sus servicios esta primavera, cuando todo tiene que empezar de nuevo en Kabul.

Los días de Aimal consisten en desplazamientos inquietos entre el tenderete, el restaurante y los grupos de sillones gastados. Es un chico responsable y vigila el quiosco por si viene un cliente, pero eso ocurre en pocas ocasiones.

En un tiempo, hubo un gran tráfico de gente en el vestíbulo y mucha actividad en el quiosco. Cuando los talibanes huyeron de la capital, los pasillos del hotel se llenaron de periodistas extranjeros. Algunos habían convivido durante meses con los soldados de la Alianza del Norte comiendo arroz podrido y bebiendo té verde, y ahora se llenaban las barrigas con los chocolates Snickers y Bounty que vendía Aimal y que habían entrado de contrabando desde Pakistán. Los periodistas compraban agua a cuatro dólares la botella, pequeños quesos para untar a doce dólares el paquete y tarros de aceitunas donde cada aceituna valía una fortuna. No se preocupaban por los precios ahora que habían conquistado Kabul y derrotado al régimen talibán. Estaban sucios y barbudos como los guerrilleros, las mujeres se vestían como hombres y llevaban grandes botas sucias. Muchos tenían el pelo amarillo y la piel rosada.

De vez en cuando, por aquel entonces, Aimal subía al terrado donde los reporteros hablaban con micrófonos delante de grandes cámaras de vídeo. Ya no parecían guerrilleros porque se habían lavado y se habían peinado. El vestíbulo estaba entonces lleno de personalidades divertidas que le hacían bromas a Aimal y charlaban con él, ya que había aprendido algo de inglés en Pakistán, donde había vivido como refugiado la mayor parte de su vida.

En esta época nadie le preguntaba a Aimal por qué no estaba en la escuela; ningún centro docente estaba abierto. Él contaba dólares y hacía cuentas con una calculadora y soñaba con hacerse un gran comerciante. Por aquel entonces Fazil estaba con él, y mientras llenaban la caja de dinero, observaban boquiabiertos el mundo extraño que había invadido el establecimiento. A las pocas semanas, no obstante, los periodistas desaparecieron del hotel, donde a muchos les habían asignado habitaciones sin agua, sin electricidad y sin cristales en las ventanas. Con la guerra acabada y un gobierno en funciones, Afganistán ya no tenía más interés.

A los periodistas desaparecidos les sucedieron los nuevos ministros afganos, sus secretarios y colaboradores. Pashtun morenos con turbantes de Kandahar, afganos de

vuelta del extranjero con trajes occidentales y recién afeitados señores de la guerra venidos de las estepas llenaron los sofás del vestíbulo. El hotel se hizo la casa de los que gobernaban el país, pero no tenían dónde vivir en Kabul. Ninguno de ellos se preocupaba de Aimal, ni compraba nada en su tienda. El chocolate Bounty les era ajeno y bebían agua del grifo. Ni en sueños se les hubiera ocurrido malgastar dinero en los géneros de importación del quiosco: no les tentaban las aceitunas italianas, los cereales Weetabix de Inglaterra o el caducado queso francés de untar de la marca Kiri.

Muy de vez en cuando algún que otro periodista volvía casi por equivocación a Afganistán y al hotel, y pasaba a saludar a Aimal. Ahora sí que le preguntaban por la escuela:

—¿Tú aquí todavía? ¿No tienes que estudiar?

—Voy por la tarde —contestaba el muchacho si venían por la mañana.

—Voy por la mañana —decía si venían por la tarde.

Le daba vergüenza admitir que, como cualquier golfillo de la calle, él tampoco iba al colegio. Porque Aimal es un chico rico, su padre es un librero rico a quien le apasionan las palabras y las historias, un padre que tiene grandes sueños y planes para su imperio de libros. Pero es un padre que no se fía de nadie más que de sus propios hijos para llevar sus tiendas. Un padre que no se ocupó de matricular a sus hijos cuando los colegios en Kabul volvieron a abrir después de la celebración del año nuevo en el equinoccio de primavera. Aimal se lo pedía sin cesar, pero Sultán le decía:

—Tú serás un hombre de negocios, y eso se aprende mejor en la tienda.

Cada día Aimal se sentía peor, cada día estaba más descontento. Su palidez devenía lividez, su cuerpo de niño quedaba encorvado y falto de vitalidad y le llamaban «el niño triste». En casa discutía y peleaba con sus hermanos, ya que era la única forma de dar rienda suelta a su energía. Aimal envidiaba a su primo Fazil que había entrado en Esteqlal, un colegio subvencionado por el estado francés. Él volvía a casa con cuaderno, bolígrafo, regla, compás, sacapuntas, barro en los pantalones y un montón de historias divertidas.

—Fazil, que es huérfano de padre, va al colegio —se quejó Aimal a Mansur, su hermano mayor—, mientras que yo, que tengo un padre que ha leído todos los libros que hay en el mundo, tengo que trabajar doce horas cada día. Éstos son los años que yo debería estar jugando al fútbol, debería tener amigos y estar por ahí con ellos.

Mansur estaba de acuerdo; no le gustaba que Aimal tuviera que pasarse el día entero en el lúgubre tenderete. También él pidió a su padre que mandara a su hijo menor a la escuela.

—Después —decía el padre—. Después. Ahora tenemos que hacer frente juntos a la realidad. Ahora es cuando ponemos la piedra fundamental para nuestro imperio.

¿Qué podía hacer Aimal? ¿Fugarse? ¿Negarse a levantarse por la mañana?

Cuando Sultán no está, el chico se escapa del vestíbulo. Cierra la tienda con llave y da una vuelta por el aparcamiento. A veces encuentra allí a alguien con quien hablar o con quien jugar con una piedra. Un día apareció un voluntario inglés por allí y descubrió que ahí estaba el coche que le habían robado cuando gobernaban los talibanes. Se dirigió a la recepción del hotel para aclarar la situación y supo que ahora el dueño del coche era un ministro que sostuvo haber comprado el vehículo de forma legítima. A veces el inglés iba a la tienda de Aimal y el chico siempre le preguntaba por el coche.

—Ya ves, desaparecido para siempre —contestaba el inglés—. ¡Nuevos ladrones sustituyen a los de antaño!

Alguna rara vez algo rompía la monotonía y el vestíbulo se llenaba de gente, de forma que no se oían los pasos de Aimal cuando iba hasta el lavabo. Como ocurrió cuando el ministro de Tráfico Aéreo murió asesinado. Al igual que otros ministros de otras partes del país, Abdur Rahman vivía en el hotel. Había sido nombrado ministro en la conferencia de la ONU en Bonn, cuando el gobierno talibán acababa de caer y él tenía suficientes seguidores. Sus adversarios, en cambio, le definían con desdén:

—Un *playboy* y un charlatán.

El drama ocurrió cuando miles de *hadjis* —peregrinos en camino a La Meca— habían quedado demorados en el aeródromo de Kabul después de haber sido engañados por una compañía de viaje que les había vendido billetes sin tener plazas. Ariana, la compañía nacional, había fletado un avión para crear un puente aéreo para llevar a su destino a los peregrinos, pero no cabían todos ni mucho menos. De súbito, los peregrinos vieron que llegaba un vuelo de Ariana al aeropuerto y se abalanzaron sobre el aparato para coger sitio. Pero este avión grande no iba rumbo a La Meca, sino hacia Nueva Delhi, y con sólo el ministro de Tráfico Aéreo y sus colaboradores como pasaje. A los *hadjis*, con sus trajes blancos, les negaron la entrada. Furiosos, golpearon al personal y abordaron el avión, donde encontraron al ministro rodeado por sus colaboradores. Lo sacaron al pasillo y le pegaron hasta matarlo.

Aimal fue de los primeros en saberlo. El vestíbulo del hotel rebosaba de gente que quería enterarse de los detalles:

—¿Un ministro asesinado por peregrinos? ¿Quién estaba detrás de esto?

Una teoría de conspiración tras otra llegó a los oídos de Aimal.

—¿Será el comienzo de una sublevación armada? ¿Una rebelión étnica? ¿Serán los tayikos que quieren acabar con los pashtun? ¿Se tratará de una venganza personal? ¿O no serán más que peregrinos desesperados?

El vestíbulo se volvió aún más tristón con esta historia. Con el zumbido de las voces y los rostros graves y excitados, a Aimal le entraron ganas de llorar. Volvió triste a la tienda y se sentó detrás de la mesa. Comió un chocolate Snickers. Faltaban cuatro horas para poder volver a casa.

Vino el hombre de la limpieza a barrer el suelo y a vaciar la papelera.

—Te veo triste, Aimal.

—*Jigar khoon* —contestó el niño—. Mi corazón está llorando.

—¿Lo conocías? —le preguntó el hombre.

—¿A quién?

—Al ministro.

—No —contestó Aimal—. Bueno, sí, un poco.

Mejor que su corazón llorara por el ministro muerto que por su propia infancia desolada.

XVII

EL CARPINTERO

Mansur entra sin aliento en la tienda de su padre con un pequeño paquete en la mano.

—¡Doscientas postales! —jadea—. ¡Intentó robarnos doscientas postales!

Tiene gotas de sudor en el rostro. Ha corrido los últimos metros hasta la tienda.

—¿Quién? —pregunta el padre, dejando la calculadora en el mostrador para apuntar una cifra en el cuaderno de contabilidad antes de mirar a su hijo primogénito.

—¡El carpintero!

—¿El carpintero? —pregunta el padre asombrado—. ¿Estás seguro?

Orgullosa de haber salvado el negocio de su padre de un peligroso grupo mafioso, el hijo le da el sobre marrón.

—Doscientas postales —repite—. Cuando se iba, me dio la sensación de que ponía una cara un poco rara. Pero como era su último día, pensé que sería por eso. Preguntó si podía hacer algo más y comentó que necesitaba trabajo. Le dije que lo consultaría contigo. Desde luego, las estanterías ya estaban terminadas. De repente, entreveo algo en el bolsillo de su chaleco. Le pregunto qué es y él farfulla algo con una expresión completamente perturbada. Yo le vuelvo a preguntar: «¿Qué es eso que llevas en tu bolsillo?», y él me dice que es algo que traía consigo. Le pido que me lo muestre, pero él se niega, y al final le saco el paquete del bolsillo yo mismo.

¡Y aquí lo tengo! ¡Quería robarnos! Pero no lo ha conseguido, ¡porque yo vigilo!

Mansur ha exagerado un poco la historia. Él estaba dormitando como de costumbre cuando Jalaludin ya se iba, y fue el ayudante quien pilló al carpintero. Abdur le había visto coger las tarjetas.

—¿Por qué no le muestras a Mansur lo que llevas en el bolsillo? —había dicho.

Jalaludin había seguido caminando sin contestar. Abdur era un chaval pobre de etnia hazara, el grupo étnico más bajo en la escala social de Kabul. Casi siempre estaba callado, pero ahora gritó tras el carpintero:

—¡Tú, muéstrale a Mansur tus bolsillos!

Fue solamente entonces cuando Mansur reaccionó sacando las postales de los bolsillos de Jalaludin. Ahora mira a su padre, ansioso de reconocimiento. Sultán simplemente ojea la pila de tarjetas y dice muy tranquilo:

—Mmm. ¿Y dónde está el carpintero ahora?

—Lo mandé a casa, ¡pero le dije que de esto no saldría tan fácilmente!

Sultán guarda silencio. Se acuerda de cuando el carpintero vino a verlo a la tienda. Eran del mismo pueblo y habían sido casi vecinos. Jalaludin no había cambiado desde que

eran niños, seguía tan flaco como un fideo, con grandes y asustados ojos saltones, posiblemente estaba incluso más delgado que antes, y su espalda estaba encorvada pese a tener sólo cuarenta años. Era de una familia pobre pero respetada. Su padre también había sido carpintero hasta que se dañó la vista hace unos años y quedó incapacitado para trabajar.

Sultán se había alegrado de poder ofrecerle trabajo. Jalaludin era un buen carpintero y él necesitaba nuevas estanterías. Siempre había tenido estantes normales y corrientes en sus librerías, del tipo donde los libros se colocan de pie y se ve sólo el lomo de cada ejemplar. Pero ahora que había impreso tantos títulos nuevos quería estanterías donde poder exponer los ejemplares, estantes inclinados con una pequeña tablilla abajo y otra delante para que se viera toda la portada del libro. Entonces su librería sería como las de Occidente. Había quedado con Jalaludin en pagarle cuatro dólares al día, y a la mañana siguiente el hombre había vuelto con martillo, sierra, metro plegable, clavos y los primeros tableros.

El almacén situado detrás de la tienda se convirtió en un taller de carpintería. Cada día Jalaludin había estado martilleando y serrando rodeado por estantes llenos de postales. Las tarjetas constituían una de las mayores fuentes de ingresos de Sultán; las imprimía baratas en Pakistán y las vendía caras en Kabul. Solía elegir motivos que le gustaran sin que se le ocurriera pagar derechos al fotógrafo o al dibujante; cogía simplemente la imagen, se la llevaba a Pakistán y la imprimía. Algunos fotógrafos le habían dejado sus fotos sin cobrarle. Y las tarjetas se vendían bien. El grupo más numeroso de compradores lo componían los soldados de las fuerzas internacionales de paz, que cuando patrullaban por la capital solían pasar por la tienda de Sultán para comprar postales. En ellas aparecían mujeres veladas, niños jugando encima de tanques de combate, reinas de tiempos pasados con vestidos atrevidos, los budas de Bamiyán antes y después de ser demolidos por los talibanes, caballos de *buzkashi*, niños vestidos con trajes regionales, paisajes salvajes... Kabul antes y ahora. Sultán tenía buen ojo para elegir motivos, y los soldados solían salir con una docena de tarjetas cada uno.

El jornal de Jalaludin equivalía exactamente al precio de venta de nueve postales. En el almacén las había en pilas y en montones, cientos con cada motivo. Con y sin sobres, con y sin goma elástica, en cajas y cajones.

—Doscientas, dices —comentó Sultán meditativo—. ¿Tú crees que fue la primera vez?

—No lo sé, dijo que iba a pagar por ellas, pero que se había olvidado.

—Ya, eso dice.

—Alguien tiene que haberle encargado el robo —opina Mansur—. Jalaludin no es lo suficientemente listo como para venderlas él mismo. Y no las habrá cogido para colgarlas en la pared...

Poca gente más apta para la burla que un ladrón que ha sido pillado.

Sultán lanzó una maldición. No tenía tiempo para esto. Dentro de dos días se iba a Irán por primera vez en muchos años. Tenía mucho que hacer, pero había que dar prioridad a esta cuestión; a él no le robaba nadie sin tener que afrontar las consecuencias.

—Vigíleme la tienda; voy a verle a su casa. Tenemos que llegar al fondo de este asunto.

Llevó consigo a Rasul, que conocía bien al carpintero, y ambos fueron en coche hasta Deh Khudaidad. Una nube de polvo les siguió por todo el pueblo hasta que llegaron al sendero que llevaba a la casa de Jalaludin.

—Acuérdate, no digas nada a nadie, no hace falta avergonzar a la familia entera — instruyó Sultán a Rasul.

Fuera de la tienda rural, en la esquina donde empezaba el sendero que llevaba a casa del carpintero, había un grupo de hombres, y entre ellos Faiz, el padre de Jalaludin. El viejo los recibió con una sonrisa, estrechó la mano de Sultán y lo abrazó.

—Vengan a mi casa a tomar té —invitó efusivo. Estaba claro que no sabía nada de las postales robadas.

También los otros hombres querían hablar con Sultán, que era alguien que había triunfado en la vida.

—Sólo queremos charlar un momento con su hijo —dijo Sultán—. ¿Podría usted ir a buscarlo?

El viejo se puso en camino y volvió con Jalaludin dos pasos detrás de él. El carpintero miraba tembloroso a Sultán.

—Te necesitamos en la tienda, ¿podrías venir con nosotros?

Jalaludin asintió con la cabeza.

—Tomarán té con nosotros en otra ocasión —vociferó el padre cuando partieron.

—Sabes por qué he venido, ¿verdad? —dice Sultán con tono seco cuando él y el carpintero están sentados en el asiento de atrás del coche y Rasul les conduce fuera del pueblo. Se dirigen a casa de Mirdzjan, el cuñado de Shakila, que es policía.

—Sólo quería mirarlas, las iba a devolver, solamente deseaba mostrarlas a mis hijos. Eran tan bonitas.

El carpintero está encogido y tiene los hombros caídos, como si intentara ocupar el menor sitio posible. Tiene las manos crispadas entre las piernas y de tanto en tanto se clava las uñas en las rodillas. Cuando habla, mira a Sultán de reojo y con nerviosismo. Parece un polluelo asustado y desaliñado. Sultán, en cambio, está recostado en el respaldo interrogando al otro, tranquilo y seguro de sí mismo.

—Tengo que saber cuántas tarjetas postales has cogido.

—Sólo las que habéis visto...

—No te creo.

—Es verdad.

—Si no admites haber cogido más, te denuncio a la policía.

El carpintero coge la mano de Sultán y la colma de besos. Sultán retira la mano de inmediato.

—¡Quita, quita, te has vuelto loco!

—Te juro por Alá y por lo más sagrado que no he cogido más. No me mandes a la cárcel, por favor, te pagaré, soy un hombre honesto, perdóname, me equivoqué, perdóname. Tengo siete hijos, y dos de las chicas tienen polio. Mi esposa está embarazada de nuevo, y no tenemos para comer. Mis hijos están cada vez más desnutridos y mi mujer llora cada día porque mi sueldo no alcanza para alimentarlos a todos. Comemos patatas y verduras hervidas, ni siquiera podemos comprar arroz. Mi vieja

madre visita los hospitales y los restaurantes para comprar sobras; a veces a ellos les sobra un poco de arroz cocido, y a veces lo venden en el mercado. Los últimos días ni siquiera hemos tenido pan. Además, alimento a los cinco hijos de mi hermana porque su marido no tiene trabajo, y vivo también con mis padres y mi abuela.

—Tú eliges, admite que has cogido más postales y no te mando a la cárcel —insiste Sultán.

La conversación no va a ninguna parte. El carpintero lamenta su pobreza y Sultán le exige que admita un robo mayor y que cuente a quién ha vendido las tarjetas. Cruzan Kabul y ya están en otro poblado de las afueras. Rasul los conduce por calles de barro, y pasan a hombres y mujeres que se dirigen apresurados a sus casas antes de que caiga la noche. Unos perros sueltos se disputan un hueso y unos críos corretean descalzos. Un hombre en bicicleta pedalea con su mujer velada sentada de lado en el portamaletas. Un viejo se esfuerza por avanzar con un carro lleno de naranjas; las sandalias se le hunden en las profundas huellas de neumáticos que ha provocado la lluvia torrencial de los últimos días. El camino de tierra apisonada se ha convertido en una arteria llena de mugre, sobras de comida y desperdicios de animales que la lluvia ha esparcido por todas partes.

Rasul frena el coche delante de una vivienda y, a petición de Sultán, sale y llama a la puerta. Mirdzjan abre y los saluda amablemente a todos antes de invitarlos a entrar.

El estrépito de los hombres subiendo ruidosamente la escalera es acompañado por el leve crujido de las faldas. Las mujeres de la casa se esconden. Algunas se quedan detrás de las puertas a medio cerrar, otras detrás de las cortinas. Una chica joven mira por una grieta de la puerta para ver quién viene a esta hora. Ningún hombre ajeno a la familia las debe ver, y son los hijos mayores quienes sirven el té que sus hermanas y su madre han preparado en la cocina.

—¿Bueno? —pregunta Mirdzjan, sentado con las piernas cruzadas. Lleva la túnica tradicional con pantalones anchos, la vestimenta que los talibanes obligaban a usar a todos los hombres. A Mirdzjan le encanta; al ser pequeño y rechoncho, está a gusto con esa ropa amplia y holgada. En cambio, no le gusta nada tener que volver a su antiguo uniforme de policía de antes de los talibanes. Después de pasar cinco años en el armario, le ha quedado muy pequeño. Además, es muy caluroso, pues era el uniforme de invierno confeccionado con paño basto y grueso, el único que había sobrevivido al prolongado almacenamiento. Los uniformes están hechos según un patrón ruso pensado más para Siberia que para Kabul. De modo que estos días de principios del verano —cuando las temperaturas suben a veinte y hasta treinta grados— los pasa Mirdzjan sudando a mares.

Sultán le explica brevemente el caso. Igual que en un interrogatorio, Mirdzjan deja que ambas partes se explayen. Tiene a Sultán a su lado y a Jalaludin delante de él. Demuestra comprensión asintiendo con la cabeza y mantiene un tono de voz bajo y amable. Sus hijos sirven té y caramelos a los dos oponentes que mantienen conversaciones paralelas.

—Es mejor para ti que resolvamos el asunto aquí, y no con la policía de verdad —explica Mirdzjan a Jalaludin.

Éste baja la mirada, se frota las manos y acaba murmurando una confesión; no a Sultán, sino a Mirdzjan:

—Tal vez he cogido quinientas. Pero las tengo todas en casa, se las devolveré. No las he tocado.

—Ya veo —comenta el policía.

Pero a Sultán no le basta con la confesión.

—Seguro que has cogido muchas más. ¡Dímelo de una vez! ¿A quién se las vendiste?

—Mejor que confieses todo y ahora mismo —insiste Mirdzjan—. Si el interrogatorio te lo hace la policía, será muy distinto, sin té ni caramelos —añade sibilino mirando fijamente a Jalaludin.

—Pero es la verdad, no las he vendido. Lo juro por Alá —dice el carpintero mirando a uno y a otro.

Sultán insiste, Jalaludin insiste en su versión, y ya es hora de marcharse. Se acerca el toque de queda de las diez y Sultán tiene que llevar al carpintero a casa antes de ir a la suya. Quien conduzca un coche después del toque de queda es detenido; algunos incluso han acabado muertos a tiros porque los soldados se sintieron amenazados por los coches que pasaban.

Sultán, Jalaludin y Rasul se sientan en el coche sin mediar palabra. Al rato, este último le pide encarecidamente al carpintero que diga toda la verdad.

—Si no lo haces, esto será el cuento de nunca acabar para ti, Jalaludin.

Al llegar a Deh Khudaidad, el carpintero entra en su casa a recoger las postales. Vuelve enseguida con un pequeño paquete. Las ha envuelto con un pañuelo de color naranja y verde. Sultán saca sus postales y las mira con admiración. Por fin las tarjetas han vuelto a su verdadero dueño, por fin volverán a sus estantes. Pero primero las necesita como prueba. Rasul lleva a Sultán a casa, y el carpintero se queda atrás en la esquina del sendero que lleva a su casa con una expresión de vergüenza.

Cuatrocientas ochenta postales. Eqbal y Aimal las cuentan sentados en sus esteras. Sultán calcula cuántas puede haber cogido el carpintero. Las tarjetas tienen motivos distintos. En el almacén están en paquetes de cien.

—Si faltan paquetes enteros, será difícil de controlar, pero si falta una decena de varios paquetes, es posible que simplemente haya abierto varios de ellos y sacado algunas postales de cada uno —razona el librero—. Tenemos que contarlas mañana.

A la mañana siguiente, cuando están contando las postales en el almacén, de repente se presenta el carpintero. Se queda en el umbral de la puerta y parece aún más encorvado que antes. De repente se arroja delante de Sultán y se pone a besarle los pies. Pero el librero le alza del suelo exclamando:

—¡Qué haces, hombre! ¡Si yo no quiero tus súplicas!

—Perdóname, perdóname, por favor, te devolveré el dinero, te lo devolveré, pero tengo hijos hambrientos en casa —insiste el carpintero.

—Te repito lo que te dije ayer, yo no necesito tu dinero, pero quiero saber a quién vendiste las postales. ¿Cuántas cogiste?

También ha acudido a la tienda Faiz, el padre de Jalaludin. También él quiere besar los pies de Sultán, pero éste le alza antes de que llegue el suelo. No es de buen gusto que alguien le bese los pies, y mucho menos tratándose de un viejo vecino.

—Debes saber que le he estado pegando toda la noche. Me siento muy avergonzado. Siempre le he educado para que fuera un trabajador honesto, ¡y ahora...! Ahora tengo un hijo que es un ladrón —dice el padre del carpintero mirando con desprecio a su hijo giboso, que tiembla en el rincón como un crío que ha robado y mentido y está a la espera de su castigo.

Sultán cuenta tranquilamente a Faiz lo que pasó. Jalaludin cogió unas cuantas postales y ahora necesitan saber cuántas ha vendido y a quién.

—Dame un día y le haré confesar todo lo que sea necesario —ruega el viejo.

La costura de sus zapatos se ha deshecho en varios lugares, no lleva calcetines, usa una cuerda como cinturón y las mangas de su chaqueta están raídas. El hijo tiene su mismo rostro, sólo que el del padre es un poco más moreno, más compacto y más hundido. Ambos son enclenques y flacos. El padre del carpintero se queda inmóvil delante de Sultán, quien tampoco sabe qué hacer. Le incomoda la presencia del viejo, un hombre que podría haber sido su propio padre.

Por fin, Faiz se mueve. Con paso firme se dirige hacia su hijo y levanta el brazo contra él. Y ahí, en plena tienda, propina a Jalaludin una paliza.

—Canalla, ladrón, has deshonrado a toda la familia; no debiste haber nacido jamás, eres un perdedor, un maleante.

Así le grita el padre a su hijo dándole patadas y golpes. Con la rodilla le pega en la barriga; con el pie le alcanza el muslo; con la mano le da en la espalda. Jalaludin aguanta todo sin protestar ni defenderse, sólo se encoge y pretende protegerse el pecho con los brazos mientras su padre le ataca. Finalmente, el más joven se levanta y sale corriendo de la tienda. Con tres zancadas llega a la puerta, desaparece escaleras abajo y alcanza la calle.

En el suelo yace la gorra de piel de oveja de Faiz. Se le ha caído durante la paliza. El viejo la recoge, la limpia un poco y se la pone. Se endereza, saluda a Sultán y sale. El librero observa por la ventana cómo se sube dificultosamente a su vieja bicicleta y mira en ambas direcciones antes de dirigirse hacia el pueblo con movimientos rígidos y reposados.

Cuando desaparecen los ecos del incómodo incidente, Sultán prosigue con su recuento como si nada.

—Trabajé aquí cuarenta días. Digamos que cogió doscientas postales cada día. Son ocho mil. Estoy seguro de que ha robado como mínimo ocho mil tarjetas —dice a modo de conclusión mirando a Mansur, que se encoge de hombros.

Le había resultado un calvario presenciar la paliza que el viejo dio a su hijo, y a Mansur le importan un comino las postales. Opina que deben olvidar el asunto, ahora que el botín ha sido devuelto.

—Ni sabría venderlas, olvídale —ruega el joven.

—Podría tratarse de un robo organizado por otros. ¿Sabes?, todos los dueños de quioscos que solían venir a comprar postales, hace tiempo que no vienen por aquí. Yo pensaba que tenían suficiente género, pero seguramente le habrán comprado las tarjetas al carpintero, que encima es tan tonto que las habrá vendido baratas. ¿Tú qué crees?

Mansur repite el gesto de antes. Conoce a su padre y sabe que querrá llegar al fondo del asunto. También sabe que la tarea recaerá sobre él porque ahora Sultán está a punto de marcharse a Irán y no volverá hasta dentro de un mes.

—¿Y si tú y Mirdzjan indagáis el asunto en mi ausencia? La verdad saldrá a la luz. Nadie le roba a Sultán —afirma el librero con mirada severa—. Podría haberme arruinado

todo el negocio. Imagínate, Jalaludin roba miles de postales y las vende a quiosqueros y libreros de toda la ciudad, que a su vez las venden a precio mucho más bajo que yo. Yo perdería a todos los soldados como clientes, la gente ya no vendría a comprar libros porque me quedaría con la fama de ser más caro que los otros. Al final, el negocio quebraría.

Mansur escucha como quien oye llover las teorías alarmistas de su padre. Está furioso y molesto por tener que asumir una obligación más durante la ausencia de su padre. Encima de tener que registrar todos los libros, buscar en la terminal de transportes cajas y más cajas de libros que mandan las imprentas pakistaníes, encargarse del papeleo que conlleva tener una librería en Kabul, actuar como chófer para sus hermanos y llevar una de las tiendas; encima de tener que hacer todo esto, ahora también está a cargo de una investigación policial.

—Me ocuparé —contesta parcamente. Es la única respuesta posible.

—Y no seas blandengue, nada de blandenguerías —es lo último que le inculca Sultán antes de su vuelo a Teherán.

Una vez su padre se ha marchado de Kabul, Mansur se olvida por completo de la historia. Hace tiempo que se desvanecieron sus piadosos propósitos de la peregrinación. Duraron una semana. No le servía de nada rezar cinco veces diarias, la barba empezaba a picarle, y todo el mundo le dijo que tenía aspecto de sucio. Tampoco se sentía a gusto con la amplia túnica.

—Como no soy capaz de tener buenos pensamientos, lo demás también da igual —se dijo a sí mismo, y dejó atrás su devoción tan repentinamente como la había adoptado.

A fin de cuentas, el peregrinaje a Mazar se limitó a ser unas vacaciones en el extranjero.

La primera noche de ausencia de su padre organizó una fiesta con dos colegas. Habían comprado vodka uzbeko, coñac armenio y vino tinto, todo a precios exorbitantes en el mercado negro.

—Esto es lo mejor que hay. Todo es de 40 grados y el vino llega a los 42 —había dicho el vendedor.

Los adolescentes pagaron cuarenta dólares por botella. Ignoraban que el comerciante había añadido dos líneas sutiles convirtiendo el número 12 en 42. La mayoría de sus clientes eran chavales jóvenes que bebían para emborracharse y querían alcohol de la mayor graduación.

Mansur nunca había bebido alcohol, que es una de las cosas más prohibidas en el islam. Esa noche sus dos amigos empezaron a beber temprano mezclando el coñac y el vodka en un vaso. Tras haber ingerido un par de combinados, se tambaleaban por la habitación, una lúgubre habitación de hotel que habían alquilado para que sus padres no se enteraran de sus fechorías. Mansur todavía no había llegado porque primero tenía que llevar en coche a sus hermanos pequeños a casa. Cuando llegó al hotel, sus dos amigos estaban chillando y querían saltar por el balcón, pero un momento después estaban corriendo hacia el lavabo para vomitar.

Mansur entonces cambió de idea. El alcohol no le tentaba, desde luego. Si te hacía sentir tan mal, no era difícil abstenerse.

La bebida es un gran problema en Afganistán. No son muchos los que asumen el riesgo que supone importar el alcohol de contrabando, y las botellas preciosas se venden a escondidas en los cuartos traseros de las tiendas. Pero no siempre ha sido así. En los tiempos liberales del rey Zahir Shah, los restaurantes y bares servían alcohol, y con la ocupación soviética, el vodka entró a raudales con los soldados, quienes lo vendían barato. Luego vinieron la guerra civil y el gobierno *muyahid*, y los islamistas impusieron condenas severas por la venta, la compra y el consumo de alcohol. Con el régimen talibán, las penas se hicieron todavía más duras.

Los dos chicos, un poco mayores que Mansur, seguían gangueando y comenzaron a hacer planes aviesos. Había una chica que les gustaba particularmente, una joven y guapa periodista de Japón. Vivía en el mismo hotel y los dos adolescentes se preguntaron si debían invitarla a la habitación. Concluyeron que ahora era mal momento, pero uno propuso otro despreciable plan. Había trabajado durante un año en la farmacia de su padre, y al acabar se había llevado una gran cantidad de medicamentos. Podían contar con un anestésico.

—Podemos invitarla una noche cuando estemos sobrios y se lo metemos en la copa, y cuando se duerma, ¡podemos acostarnos con ella sin que se dé cuenta siquiera!

Al otro le gustó la idea.

—No nos olvidemos de hacerlo algún día.

En casa de Jalaludin nadie puede dormir. Los niños yacen en el suelo llorando en silencio. Las últimas veinticuatro horas han sido las peores de sus vidas. Han visto al abuelo pegándole a su bondadoso padre y tachándole de ladrón. Era como si la vida entera hubiera sido puesta patas arriba. Ahora el abuelo está dando vueltas por el patio exclamando:

—¿Cómo he merecido un hijo así, que causa vergüenza a toda la familia? ¿Qué he hecho mal?

El hijo primogénito de Faiz, el ladrón Jalaludin, está sentado encima de una estera en una de las habitaciones de la casa. No puede estirarse porque tiene la espalda llena de las rojas cicatrices de los azotes que le ha dado Faiz con una gran rama. Los dos habían vuelto a casa después de la paliza en la librería: primero el viejo en bicicleta, luego su hijo, que hizo todo el camino a pie. El viejo había proseguido el maltrato donde lo había dejado en la librería, y Jalaludin no había opuesto resistencia. Toda la familia había sido testigo de los azotes y de los insultos. Las mujeres habían intentado alejar a los niños de la escena, pero no tenían adónde ir.

La casa estaba construida alrededor de un patio de losas, al que miraban las ventanas cubiertas por hules. El carpintero, su esposa y los siete hijos compartían una habitación; sus padres y su abuela, otra; una hermana, el cuñado y sus cinco hijos, otra. Además, había un comedor y una cocina con horno en tierra, un fogón de queroseno y unos estantes.

Las esteras en las que se acurrucaban ahora los hijos de Jalaludin eran una confusión de trapos y cartones, plásticos y tela de arpillera. Las dos niñas con polio tenían tablillas en un pie y sendas muletas a su lado. Otros dos niños presentaban violentas erupciones de eccema en todo el cuerpo y costras que ellos se habían rascado y que sangraban.

Hasta que los amigos de Mansur no se hubieron levantado un par de veces a vomitar, no se durmieron los niños de la familia del carpintero en el otro extremo de la ciudad.

Al despertarse Mansur, le invadió una ebria sensación de libertad. ¡Estaba libre! Sultán no estaba en Kabul, y el carpintero, olvidado. El joven se puso las gafas de sol de Mazar y condujo a toda máquina por las calles de la ciudad, pasando burros con mucha carga, cabras sucias, mendigos y bien entrenados soldados alemanes. A los últimos les hizo un gesto obsceno mientras avanzaba dando tumbos y botando por los baches del asfalto, maldecía y hacía que los transeúntes saltasen asustados a un lado. Mansur pasaba manzana tras manzana del confuso mosaico de Kabul de ruinas acribilladas y casas a punto de desmoronarse.

—Hay que darle responsabilidades, es bueno para él —había dicho Sultán refiriéndose a su hijo mayor.

Mansur bosteza en el coche y decide que a partir de ahora le tocará a Rasul buscar las cajas de libros y hacer los recados. Ahora él se lo va a pasar en grande hasta que vuelva su padre. Aparte de llevar a sus hermanos a las tiendas cada mañana para que no puedan delatarlo, no hará nada en absoluto. Sultán es la única persona a la que Mansur tiene miedo; con él no se atreve ni a protestar, pues es la única persona que respeta, al menos cuando está cara a cara con él.

La meta de Mansur es conocer a chicas, algo que no es nada fácil en Kabul, donde la mayoría de las familias cuida a sus hijas como si fueran tesoros de oro. Pero ha tenido una idea y ha decidido asistir a un curso de inglés para principiantes. Él ya sabe inglés, lo aprendió en los años en que fue al colegio en Pakistán, pero imagina que en la clase de principiantes encontrará las chicas más jóvenes y más guapas. Y no se equivoca. Después de la primera lección ya tiene una favorita e intenta prudentemente hablar con ella. En una ocasión, ella hasta le deja llevarla cerca de su casa. Él la invita a ir a la librería, pero ella no acude, solamente la ve en la clase. Le compra un teléfono móvil para que puedan hablar, y le enseña cómo hacer que vibre en vez de sonar, para que su familia no se entere de que lo tiene. Le promete matrimonio y bonitos regalos. Una vez le dice que no puede quedar con ella porque tiene que hacer de chófer para amigos de su padre que han venido del extranjero; esto último lo dice para darse importancia. Esa misma tarde ella le ve con otra chica en el coche y eso no se lo perdona. Le llama canalla y sinvergüenza y declara no querer verle nunca más. Deja de asistir a clase y Mansur no sabe dónde buscarla porque no tiene su dirección. Ella ya no contesta al teléfono y Mansur la echa de menos. Pero sobre todo lo siente por ella, porque dejó el curso. Ella que tanto quería aprender inglés.

Poco después, la estudiante de inglés ya está olvidada, porque en la vida de Mansur en esta primavera nada es para siempre y nada es de verdad. Una vez es invitado

a una fiesta en la periferia de la ciudad. Unos conocidos suyos han alquilado una casa, cuyo dueño vigila en el jardín.

—Fumamos escorpión seco —cuenta entusiasmado a un amigo al día siguiente—. Lo redujimos a polvo y lo mezclamos con tabaco. Pillamos un buen colocón y quedamos un poco enfurecidos también. Yo fui el último en dormirme. Una fiesta estupenda —se pavonea.

Abdur, el ayudante, se ha dado cuenta de que Mansur busca chicas y le ofrece conocer a una de sus parientes. Al día siguiente, el joven tiene a una chica hazara de ojos rasgados en el sofá de la tienda. Pero antes de poder hablar con ella, llega un mensaje de Sultán en el que le dice que volverá al día siguiente. Mansur se despierta enseguida de su ensoñación: no ha hecho ninguna de las cosas que su padre le ha ordenado. No ha registrado los libros, no ha arreglado la trastienda, no ha hecho las nuevas listas de pedidos y no ha recogido los paquetes de libros que se han acumulado en el almacén de transporte. No ha pensado ni un minuto en el asunto del carpintero, ni en la investigación que debió poner en marcha.

Sharifa camina alrededor de Mansur a pequeños pasos:

—¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Estás enfermo?

—¡No me pasa nada! —rezonga el joven.

Su madre sigue insistiendo.

—¡Vuélvete a Pakistán, que no sabes estar callada! —grita Mansur—. Después de tu llegada, aquí no hay más que problemas.

Su madre rompe a llorar.

—¿Cómo he podido criar yo a semejantes hijos? ¿Qué he hecho para merecer semejante destino? ¡Si ni siquiera quieren estar en compañía de su pobre madre!

Sharifa chilla y riñe a toda su prole, y Latifa empieza a llorar. Bibi Gul se balancea suavemente. Bulbula mira fijamente hacia delante. Sonya intenta consolar a su bebé y Leila lava la vajilla. Mansur cierra de un portazo la puerta de la habitación que comparte con Yunus, que ya está roncando. Ha contraído la hepatitis B y se pasa el día en la cama tomando medicinas. Tiene los ojos amarillos y la mirada todavía más apagada y triste que normalmente.

Cuando Sultán regresa al día siguiente, Mansur está tan nervioso que evita su mirada. Pero no hacía falta que se preocupara tanto, porque su padre sólo tiene ojos para su joven segunda esposa. No pregunta a su hijo hasta el día siguiente si ha cumplido con lo que le había encargado hacer. Y antes de que Mansur tenga tiempo para contestar, Sultán ya está dando nuevas órdenes. Su viaje a Irán ha resultado un éxito. El librero ha vuelto a contactar con antiguos colaboradores y pronto llegarán cajas con libros persas. Pero hay algo que no ha olvidado: el carpintero.

—¿No has averiguado nada? —Sultán mira asombrado a su hijo—. ¿Intentas sabotear mi negocio? Mañana mismo vas a la policía y presentas una denuncia. Su padre me tenía que dar la confesión al cabo de un día, ¡y ya ha pasado un mes! Si Jalaludin no está entre rejas cuando yo vuelva de Pakistán, tú habrás dejado de ser mi hijo —amenaza—. Quien osa invadir mi territorio no será feliz nunca más —declara con énfasis.

Sultán se iba a Pakistán al día siguiente. Mansur respiró aliviado. Había tenido miedo de que alguna de sus amigas pasara por la tienda a verle estando su padre presente. Tendría que describirles a su padre; de este modo, en caso de que estuviera en la tienda, ellas debían limitarse a mirar un poco las estanterías y salir luego

tranquilamente. De todas formas, su padre nunca se dirigía a las clientes femeninas veladas.

Al día siguiente, Mansur se dirigió al Ministerio del Interior a denunciar al carpintero, y con la ayuda de Mirdzjan obtuvo los sellos necesarios en pocas horas. Llevó los papeles a la comisaría local de Deh Khudaidad, que consistía en una chabola de adobe con varios policías armados en la puerta. De ahí se llevó a un policía vestido de paisano para mostrarle la casa del carpintero. Esa misma noche irían a detenerlo.

Al día siguiente, antes del alba, dos mujeres acompañadas por dos niños llaman a la puerta de la familia Khan. Soñolienta, Leila abre la puerta a las mujeres que son un mar de lágrimas y de lamentaciones. Al cabo de un rato, Leila logra enterarse de que se trata de la abuela y la tía del carpintero y los hijos de él.

—Por favor, perdónenlo —dicen—. ¡Por favor, en nombre de Alá! —gritan.

La abuela tiene casi noventa años, es pequeña y reseca con una cara parecida a un ratón; la mandíbula es puntiaguda y está poblada de pelos. Es la madre de Faiz, el padre de Jalaludin, quien se ha pasado las últimas semanas intentando sacarle la verdad a su hijo a fuerza de golpes.

—No tenemos qué comer, pasamos hambre... Miren a estos niños. Pero pagaremos las postales.

A Leila no le queda más remedio que invitarlos a entrar. La pequeña abuela con cara de rata se echa a los pies de las mujeres de la familia que van llegando a la habitación despertadas por los gritos de lamento. Todas parecen incómodas por la miseria profunda que de repente ha llenado su casa. Las parientas del carpintero han traído a un crío de dos años y a una de las niñas afectadas por la polio. La chica se sienta en el suelo con gran dificultad, ya que no puede doblar la pierna rígida por la enfermedad. Con expresión seria sigue la conversación entre las mujeres.

Jalaludin no estaba en casa cuando vino la policía, de manera que se llevaron a su padre y a su tío en vez de a él. Los policías dijeron que a la mañana siguiente vendrían a recogerlo, y nadie en la familia pegó ojo en toda la noche. Ahora, antes de que llegue la policía a buscar a Jalaludin, las dos viejas han venido para suplicar la clemencia de Sultán y pedir que lo perdone.

—Si ha robado algo ha sido para salvar a su familia. Mírenlos, miren a los niños, flacos como fideos. No tienen ropa decente, no tienen qué comer.

Se ablandan los corazones en Microyan, pero la visita no da más resultado que esto: la compasión. Una vez que Sultán se ha propuesto una cosa, las mujeres de la familia Khan nada pueden hacer. Sobre todo cuando se trata del negocio.

—De buena gana ayudaríamos, pero no hay nada que podamos hacer. Es Sultán quien manda —explican—. Y él no está.

Las mujeres prosiguen con sus llantos y lamentaciones. Saben que es la verdad, pero no pueden abandonar la esperanza. Leila se ha ido a la cocina y ahora vuelve con huevos fritos y pan fresco, y para los niños, leche hervida. Cuando entra Mansur en la habitación, las mujeres de Deh Khudaidad se apresuran hacia él para besarle los pies,

pero el joven las aparta a patadas. Ellas saben que él —siendo el hijo mayor— tiene poder en la ausencia del patriarca. Pero Mansur ha decidido hacer lo que le ha pedido su padre.

—Después de que Sultán confiscó las herramientas de carpintero de Jalaludin, él no ha podido trabajar. Hace semanas que no hemos comido de verdad y hemos olvidado el sabor del azúcar —se lamenta la abuela—. El arroz que compramos está casi podrido, los niños se vuelven cada vez más flacos; mira, están en los huesos. Cada día mi marido le pega a Jalaludin, y yo, yo nunca pensé que criaría a un ladrón.

Las mujeres Khan prometen hacer lo que puedan para convencer a Sultán, a sabiendas de que de nada servirá. Cuando la abuela y la tía vuelven renqueando al pueblo con los dos niños, la policía ya ha pasado a detener a Jalaludin.

Por la tarde, Mansur debe prestar declaración. Está sentado con las piernas cruzadas en una silla junto a la mesa del jefe de policía, mientras el carpintero está en cuclillas en el suelo. Nada menos que siete hombres están presentes durante el interrogatorio de Jalaludin; faltan sillas, de modo que dos de ellos comparten una. El conjunto de policías es variopinto: algunos llevan sus calurosos uniformes grises de invierno, otros van con ropa tradicional, y los demás lucen los verdes uniformes de la gendarmería. No hay demasiada actividad en esta comisaría, de modo que el robo de las postales se convierte en un caso importante. Uno de los policías se queda de pie en el umbral de la puerta sin decidirse a proseguir con el interrogatorio.

—Nos tienes que decir a quién las vendiste, si no, acabarás en la penitenciaría central.

Las palabras «penitenciaría central» son como un gélido golpe de viento. Allí es donde se manda a los criminales de verdad. El carpintero se acurruca en el suelo con aspecto impotente. Cierra y abre las manos, que tienen miles de cortes pequeños y grandes; las cicatrices zigzaguean por las palmas. A la fuerte luz del sol que entra por la ventana se ve cómo cuchillos, sierras y punzones han cortado su piel. Es como si el carpintero se encarnara ahora en estas manos y no en la mirada apagada que dirige a los siete hombres, como si el caso no le concerniera. Un rato después le mandan de vuelta a su celda de un metro cuadrado, un espacio en el que es imposible estirarse: puede estar de pie, sentarse o yacer acurrucado.

La decisión de lo que debe pasar con Jalaludin depende de la familia Khan. Pueden retirar la denuncia o mantenerla. En caso de que decidan mantenerla, el caso del carpintero seguirá los procedimientos establecidos y entonces será tarde para intervenir, pues la decisión estará en manos de la policía.

—Le podemos encerrar aquí durante setenta y dos horas. Cuando haya pasado ese tiempo, ustedes tendrán que tomar una decisión —explica el comisario, que es de la opinión de que Jalaludin debe recibir su castigo. Para él, la pobreza no es razón suficiente para robar—. Hay mucha gente pobre. Si no son castigados cuando roban, acabaremos teniendo una sociedad completamente inmoral.

El comisario discute con Mansur a voz en grito porque éste ha empezado a dudar. Cuando el joven se da cuenta de que Jalaludin puede acabar en la cárcel durante seis años por el robo de las postales, le vienen a la mente los hijos del carpintero, con sus miradas hambrientas y su ropa miserable. Contempla su propia vida privilegiada, lo cómodamente que vive, los pocos días que tarda él mismo en gastar el dinero que tiene la familia de Jalaludin para un mes entero.

Un gran ramo de flores de plástico ocupa casi la mitad del escritorio. Está cubierto de polvo, pero aun así ilumina la estancia. Es obvio que a los policías en Deh Khudaidad

les gustan los colores: las paredes son de un verde menta, la lámpara es roja, muy roja. Cuelga un gran retrato de Masud, el héroe de guerra, como sucede en todos los despachos oficiales de Kabul.

—¡No se olvide! Los talibanes le hubieran cortado una mano —arguye de modo enfático el jefe de policía—. Lo hacían por delitos menores que éste.

Prosigue contando la historia de una mujer del pueblo que quedó al cargo de sus hijos después de morir el marido.

—Ella era muy pobre y su hijo pequeño no tenía calzado y tenía frío; era invierno y no le gustaba salir. El hijo mayor, apenas un adolescente, robó un par de zapatos para su hermano. Le cogieron y le amputaron la mano derecha. Eso fue ir demasiado lejos —opina el policía—. Pero en este caso se trata de un hombre que ha demostrado la mentalidad de un bandido al robar en varias ocasiones. Si robas para alimentar a tus hijos, robas solamente una vez —sentencia.

El comisario muestra a Mansur todas las pruebas confiscadas en otros casos, objetos que se encuentran en el armario situado detrás de él. Hay navajas automáticas, navajas plegables, cuchillos grandes, pistolas, linternas de mano, hasta un juego de naipes. Jugar por dinero representa seis meses de prisión.

—Aquel juego de naipes fue confiscado porque el jugador que había perdido golpeó al que había ganado y le pinchó con esta navaja. Habían bebido, de modo que recibió una condena por apuñalar, beber y jugar —cuenta el comisario riéndose—. El otro jugador se libró de ser castigado, ya que había quedado minusválido. Con esto tenía suficiente castigo, ¿no le parece?

—¿Cuál es la pena por beber? —tantea Mansur un poco nervioso. Sabe que según las leyes de la *sharía* es un pecado grave que se castiga severamente. Según el *Corán*, con ochenta latigazos.

—Para serte sincero, acostumbro a hacer la vista gorda con esas cosas. Cuando hay una boda, digo que es un día libre, pero todo tiene que mantenerse dentro de la familia y sin pasarse de la raya.

—¿Y el adulterio?

—Si los adúlteros están casados, son lapidados. Si no lo están, el castigo consiste en cien latigazos y son obligados a casarse. Si el hombre está casado y la mujer no, él tiene que tomarla como segunda esposa. Si es al revés, ella es lapidada y el hombre azotado y encarcelado —responde el jefe de policía—. Pero suelo hacer la vista gorda en esto también, yo personalmente. Puede que se trate de mujeres necesitadas, quizá viudas; entonces las ayudo, intento devolverlas al buen camino.

—Eso hablando de casos de prostitución, pero, ¿qué pasa con la gente normal y corriente?

—Una vez pillamos a una pareja en un coche. Los obligamos a casarse, o más bien los obligaron sus padres —cuenta el policía—. Eso está bien, ¿no?

—Mmm —murmura Mansur sin mayor convicción.

—Desde luego, no somos talibanes —insiste el policía—. Tenemos que intentar que no se lapide a la gente. El pueblo afgano ya ha sufrido lo suficiente.

El comisario da a Mansur un plazo de tres días. Todavía hay tiempo para perdonar al pecador, pero si los Khan dejan que él siga los procedimientos habituales en el sistema policial, será tarde.

Mansur sale meditabundo de la comisaría. No está de humor para volver a la tienda y regresa a casa para comer, cosa que casi nunca hace. Se echa encima de una estera. Afortunadamente, por el bien de la paz doméstica, la comida ya está preparada.

—Quítate los zapatos, Mansur —le recuerda su madre.

—Cállate —contesta el adolescente.

—Mansur, tienes que obedecer a tu madre —insiste ella.

El joven no contesta y se pone cómodo en el suelo, con las piernas cruzadas. No se quita los zapatos. Sharifa hace un gesto de desaprobación.

—Mañana como máximo tenemos que decidir qué hacemos con el carpintero —informa Mansur y enciende un cigarrillo.

Su madre rompe a llorar. Mansur nunca fumaría en presencia de su padre, jamás. Pero en el momento en que Sultán está ausente, disfruta tanto de los cigarros como de sacar a su madre de quicio fumando antes, durante y después de las comidas. El aire de la pequeña habitación se llena de humo. Bibi Gul siempre suele quejarse de los malos modales de Mansur para con Sharifa, instándole a que obedezca a su madre y no fume. Pero este día pueden más las ganas y alarga una mano susurrando:

—¿Me das uno?

Se hace un silencio mortal. ¿Acaso la abuela va a empezar a fumar?

—¡Mamá! —le reprocha Leila quitándole el cigarrillo.

Mansur le da otro a la vieja y Leila sale de la habitación a modo de protesta. Bibi Gul es feliz y fuma el pitillo riéndose bajito. Deja incluso de balancearse mientras mantiene el cigarrillo bien alto, en el aire, inhalando caladas profundas.

—Así no como tanto —explica, y añade cuando ha terminado el cigarrillo—: Jalaludin ya ha sido castigado, le ha pegado su padre, ha sufrido la vergüenza. Además, ha devuelto las tarjetas.

—¿Viste a sus hijos? ¿Cómo se las arreglará la familia sin los ingresos del padre? —pregunta Sharifa.

—Podríamos ser responsables de que se mueran sus hijos —dice Leila, quien ha vuelto después de que Bibi Gul ha apagado el cigarrillo—. Imagina si caen enfermos y la familia no puede pagar un médico; entonces morirían por nuestra culpa. O puede que se mueran de hambre. Además, el carpintero puede morir en la cárcel; hay muchos que no duran seis años. En ese lugar hay tuberculosis y otras enfermedades contagiosas.

—Sé clemente —insiste Bibi Gul.

Mansur llama a Sultán a Pakistán desde su nuevo teléfono móvil y le pide permiso para dejar al carpintero en libertad. Nadie dice una palabra en la habitación, ya que todos siguen la conversación. Escuchan la voz de Sultán gritando desde Pakistán:

—Quería destruirme el negocio bajando los precios. Yo le pagaba bien, no tenía necesidad de robar. Es un canalla y es culpable, hay que sacarle la verdad a golpes. Nadie destruye mi negocio.

—¡Pero si le van a caer seis años! Sus hijos pueden estar muertos cuando salga —vocifera Mansur a su vez.

—¡Aunque fueran sesenta, me da igual! Que le peguen hasta que diga a quién vendió las postales.

—¡Eso lo dices tú porque tienes la barriga llena! —vocea Mansur—. Lloro sólo con recordar a sus hijos flacos; esa familia está al límite.

—¿Cómo te atreves a contradecir a tu padre? —chilla Sultán por el auricular.

Todos reconocen su voz y saben que ahora tiene el rostro completamente rojo y lleno de ira.

—¿Qué clase de hijo eres tú? Tú tienes que hacer todo lo que yo te digo, ¡todo! ¿Qué te pasa? ¿Por qué eres descortés con tu propio padre?

La lucha interior que libra el primogénito de Sultán se le dibuja en la cara. Nunca ha hecho otra cosa que obedecer a su padre, al menos eso piensa Sultán. Nunca se ha enfrentado abiertamente con él y no se atreve a hacerlo, no puede correr el riesgo de que la ira de su padre se vuelva en su contra.

—Como tú digas, padre —acepta Mansur antes de colgar.

La familia guarda silencio alrededor de él. Mansur maldice. Sharifa suspira:

—No tiene corazón.

Sonya no dice palabra.

Cada día, mañana y noche, la familia del carpintero acude a la familia Khan. A veces es la abuela, a veces la madre, otras veces la tía o la esposa. Siempre traen a algunos de los hijos. Cada vez la respuesta es la misma: Sultán es quien decide, y cuando vuelva, seguramente todo se arreglará. Pero las mujeres Khan saben que eso no es cierto, porque Sultán ya ha tomado una decisión.

Al final no se sienten con fuerzas para abrir la puerta a la familia afligida, se mantienen en silencio y fingen no estar en casa. Mansur se dirige a la comisaría pidiendo una prórroga; quiere esperar a que vuelva su padre y que sea él quien se ocupe del asunto. Pero el comisario ya no puede esperar más: los detenidos no pueden permanecer en la pequeña celda más de unos pocos días. Vuelven a rogar al carpintero que confiese haber robado más postales y que diga a quién se las ha vendido, pero él sigue negándose. Le ponen unas esposas y le sacan de la choza de adobe.

Como la comisaría del pueblo no posee un coche, es el propio Mansur quien tiene que llevar a Jalaludin a la comisaría central de Kabul. Fuera de la choza esperan el padre del carpintero, su hijo y su abuela. Cuando sale Mansur, se acercan vacilantes, y a aquél la situación le resulta terrible. En la ausencia de Sultán, él debe protagonizar el papel de quien no tiene corazón delante de la familia del carpintero.

—Yo simplemente tengo que hacer lo que me manda mi padre —se excusa. Se pone las gafas oscuras y se sienta en el coche. La abuela y el pequeño niño se van a casa, pero el viejo padre de Jalaludin monta en su desvencijada bicicleta y sigue al coche. No se rinde y quiere seguir a su hijo todo lo que pueda. Mansur y el detenido ven la silueta de Faiz desaparecer poco a poco detrás de ellos.

El joven conduce más despacio que de costumbre; puede ser la última vez en muchos años que el carpintero vea estas calles.

Llegan a la comisaría central, uno de los edificios más odiados durante el régimen talibán. Aquí, en el Departamento de Promoción de la Virtud y de la Prevención del Vicio, conocido como Ministerio de la Moralidad, la policía religiosa tenía su sede central. Aquí llevaron a los hombres que lucían una barba demasiado corta, a las mujeres que habían caminado por la calle en compañía de hombres que no eran sus parientes, que habían caminado solas o que estaban maquilladas debajo de la *burka*. Los presos podían pasar semanas en el sótano del edificio antes de ser transferidos a otras cárceles o de ser declarados inocentes. Cuando se fueron los talibanes, esta prisión preventiva se abrió y los presos fueron dejados en libertad. Aquí se encontraron cables y varas que se habían utilizado como instrumentos de tortura. Los hombres habían sido torturados en cueros; las mujeres, envueltas en una sábana. Es un lugar con historia, ya que también el cruel servicio de información soviética había tenido aquí su sede, y después de él, las caóticas fuerzas policiales *muyahidin*.

El carpintero sube los penosos peldaños hacia la cuarta planta. Intenta poner a Mansur a su lado rogándole con una mirada temblorosa. Es como si sus ojos se hubieran vuelto todavía más grandes estos días que ha estado preso; esos globos suplicantes casi se salen de las órbitas.

—¡Perdóneme, perdóneme, por favor! —insiste—. ¡Trabajaré gratis para ustedes el resto de mi vida, perdóneme!

Mansur lo mira sin verlo. No puede aflojar ahora. Sultán ha tomado su decisión y él no puede contradecirlo. Su padre sería capaz de desheredarlo o de echarlo de casa. El joven tiene la impresión de que uno de sus hermanos menores ya es el favorito de su padre. Podría tratarse de Eqbal, que va a asistir a un curso de informática y a quien le han prometido una bicicleta. Si Mansur le lleva la contraria a su padre, éste podría cortar todos sus lazos. El hijo del librero no quiere correr este riesgo a causa del carpintero, por mucha pena que le dé.

Primero deben esperar el interrogatorio y el registro de la denuncia. El sistema funciona de modo que el acusado queda en prisión preventiva hasta que se ha probado su inocencia o su culpa. De esta forma cualquiera puede denunciar a alguien y mandarlo a la cárcel.

En el interrogatorio, Mansur presenta los cargos. El carpintero está de nuevo sentado en el suelo. Tiene los dedos de los pies largos y torcidos, y las uñas tienen gruesos bordes negros. El chaleco y el jersey cuelgan en tiras por la espalda, y los pantalones bailan alrededor de sus caderas.

El interrogador situado detrás del escritorio anota con esmero las dos declaraciones. Escribe con letra pulcra en un folio puesto sobre papel carbón.

—¿De qué viene esta afición tuya a las postales de Afganistán?

Se ríe de su propia pregunta. Todo el asunto le resulta un poco extraño. Sin esperar la respuesta del carpintero, continúa:

—Cuéntanos a quién las vendiste. Nosotros sabemos muy bien que no las robaste para mandarlas a tus parientes.

—Solamente cogí unas doscientas y Rasul me dejó alguna —responde el carpintero.

—Pura mentira: Rasul no te ha dado ninguna postal —conienta Mansur. El policía señala:

—Recordarás este local como el sitio donde tenías la posibilidad de decir la verdad.

Jalaludin traga saliva, hace crujir sus nudillos y respira aliviado cuando el policía continúa interrogando al otro sobre cuándo, dónde y cómo ocurrió todo. Por la ventana detrás del interrogador se ve una de las colinas de Kabul repleta de pequeñas chozas que se aferran a la pendiente, con los senderos que bajan zigzagueando, y Jalaludin ve a gente que sube y baja por ellos como ratoncillos. Las chozas están hechas con lo que se encuentra por doquier en esta ciudad devastada por la guerra: unas chapas onduladas, un trozo de tela de arpillerá, un poco de plástico, unos ladrillos, restos de las ruinas de otras partes.

De súbito, el interrogador se sienta en el suelo al lado del carpintero y le dice:

—Sé que tienes hijos hambrientos y que *no* eres un criminal. Te daré una última oportunidad ahora, no la echés a perder. Si me dices a quién vendiste las tarjetas, te dejaré en libertad. Si no me lo dices, te pasarás varios años en la cárcel.

Mansur escucha como quien oye llover, pues es la undécima vez que le han hecho esta pregunta al carpintero. Tal vez sea cierto y no las haya vendido a nadie. El joven mira el reloj y bosteza. Pero de repente sale un nombre de los labios de Jalaludin.

Mansur da un respingo. El hombre cuyo nombre acaba de pronunciar el carpintero tiene un quiosco en el mercado donde vende calendarios, bolígrafos y tarjetas; tarjetas para las fiestas religiosas, las bodas, los noviazgos, los cumpleaños. Y postales con motivos de Afganistán. Solía comprar estas postales en la librería de Sultán, pero hacía tiempo que no iba por allí. Mansur se acuerda de él claramente porque solía quejarse a gritos del precio.

Es como si un tapón hubiera saltado. Jalaludin sigue temblando mientras habla:

—Se acercó un día que yo iba a salir del trabajo. Hablamos un poco y él me preguntó si necesitaba dinero, y eso lo sabe todo el mundo, necesito dinero. Entonces me preguntó si podía conseguirle unas postales. Primero me negué, pero luego me habló del dinero que me daría, y yo pensé en mis hijos en casa. Mi sueldo no alcanza para alimentar a la familia. Pensé en mi mujer que empieza a perder los dientes cuando sólo tiene treinta años, pensé en todas las miradas de reproche que me lanzan en casa por no poder ganar lo suficiente, pensé en la ropa y el calzado que no podía comprar a mis hijos, pensé en el médico para los niños enfermos que no podemos pagar, pensé en la mala comida que comen. Entonces se me ocurrió que si cogía unas pocas tarjetas mientras trabajaba en la librería podría resolver algunos de mis problemas. Sultán ni se daría cuenta, tiene tantas tarjetas y tanto dinero. Entonces cogí algunas y las vendí.

—Tenemos que ir al quiosco para conseguir las pruebas —explica el comisario antes de levantarse y ordenar al carpintero, a Mansur y a otro policía que le siguieran.

Conducen hasta el mercado y el quiosco de postales. Hay un niño en la pequeña ventanilla.

—¿Dónde está Mahmud? —le pregunta el policía que viste de paisano.

Mahmud se ha ido a comer. El policía muestra su placa al chiquillo y le pide ver sus postales. El niño les deja pasar por el pasillo lateral del quiosco, y entran en el pequeño espacio alargado entre la pared, las pilas de género y el mostrador. Entre Mansur y un policía sacan bruscamente las postales de los estantes, y meten todas las impresas por Sultán en una bolsa. Al final hay varios miles. Pero es difícil saber cuáles ha comprado legalmente y cuáles no. Llevan al niño y a las postales con ellos a la comisaría mientras un policía se queda para esperar a Mahmud. El quiosco ha quedado cerrado con llave. Hoy nadie podrá comprar aquí tarjetas de agradecimiento ni imágenes de feroces guerreros.

Cuando por fin traen a Mahmud a la comisaría —todavía con el olor a kebab en las manos—, empiezan nuevos interrogatorios. Mahmud primero niega haber visto en su vida al carpintero y dice que lo ha comprado todo de forma legítima a Sultán, Yunus, Eqbal y Mansur. Luego cambia la línea de argumentación y admite que sí, pues un día el carpintero fue a verle; pero sostiene no haberle comprado nada.

También el dueño del quiosco tiene que pasar la noche en prisión preventiva. Por fin, Mansur puede marcharse. En el pasillo esperan los hombres de la familia del carpintero: su padre, su tío, su sobrino y su hijo. Se acercan a él y observan con mirada despavorida cómo pasa apresurado sin prestarles la menor atención. Mansur no soporta mirar a la familia del preso. Jalaludin ha confesado y Sultán se pondrá contento, el caso está resuelto. Ahora que el robo y la complicidad del comerciante están probados, puede ponerse en marcha el proceso penal. Mansur piensa en lo que había dicho el interrogador:

—Ésta es tu última posibilidad. Si confiesas, te dejamos en libertad y puedes volver con tu familia.

El joven se siente mal y sale deprisa. Recuerda las últimas palabras de su padre antes de irse de viaje:

—He sacrificado mi vida por levantar este negocio, me han golpeado, me han encarcelado. Me mato trabajando para crear algo para Afganistán, y luego viene un maldito carpintero y se pone a comer de mi obra. Esto no se perdona. No seas blandengue tú tampoco, Mansur, no seas blandengue.

En una deteriorada casita de adobe en Deh Khudaidad, una mujer mira al vacío. Sus hijos pequeños lloran, todavía no han comido y ya es de noche, están a la espera de que vuelva el abuelo de la ciudad. A lo mejor trae algo de comer. Los niños corren a su encuentro cuando pasa por la puerta con su bicicleta. El viejo viene, sin embargo, con las manos vacías, y no hay nada en el portaequipajes. Los pequeños paran en seco al ver su rostro sombrío. Guardan silencio un momento antes de romper a llorar de nuevo y preguntar agarrándose a él:

—¿Dónde está papá? ¿Cuándo viene papá?

XVIII

MI MADRE, OSAMA

Tajmir sostiene el *Corán* contra su frente, lo besa y lee un versículo. Vuelve a besarlo, lo deja en el bolsillo de su chaqueta y mira por la ventana del coche. Están saliendo de Kabul en dirección al sudeste, rumbo a las turbulentas regiones fronterizas entre Afganistán y Pakistán, donde los talibanes y Al Qaeda todavía cuentan con amplio respaldo popular. Los norteamericanos creen que en este paisaje inaccesible se esconden terroristas, y rastrean el terreno, interrogan a la población civil, dinamitan cuevas, buscan depósitos de armas, dan con escondites, encuentran bombas y matan civiles. Todo en nombre de la caza de terroristas y, sobre todo, del gran trofeo con que sueñan: Osama Bin Laden.

Fue en esta zona donde tuvo lugar la gran ofensiva contra Al Qaeda en la primavera —la Operación Anaconda—, en la que fuerzas internacionales especiales bajo mando estadounidense libraron duros combates con los discípulos sobrevivientes de Osama. Se supone que aún hoy varios grupos de Al Qaeda siguen en estas regiones fronterizas. Son regiones cuyos líderes nunca han reconocido un gobierno central e insisten en gobernarse según las leyes de las tribus. En el cinturón pashtun a ambos lados de la frontera, los norteamericanos y las autoridades centrales lo tienen difícil para infiltrarse en las aldeas. Expertos de información estiman que, en caso de que Osama Bin Laden y el ulema Omar sigan vivos y estén en Afganistán, este sitio es su refugio más probable.

Tajmir debe intentar encontrar a los dos personajes. O al menos a alguien que haya oído hablar de alguien que los haya visto, o crea haber visto a alguien que se parece a ellos... A diferencia de su compañero de viaje, no obstante, Tajmir no espera encontrar nada por el estilo; él no es un aficionado al peligro. No le gusta viajar por los territorios de las tribus, donde pueden estallar combates en cualquier momento. En el asiento trasero del coche, los chalecos antibalas y los cascos de protección están listos.

—¿Qué leíste, Tajmir?

—El Santo *Corán*.

—Sí, eso lo vi, pero, ¿algún pasaje en particular? Quiero decir, ¿una *traveller section* o algo así?

—No, yo nunca busco nada en especial; abro el libro al azar. Ahora me salió el versículo que dice que el que obedece a Alá y a su enviado será conducido a los jardines del paraíso donde murmuran los arroyos, mientras que el que da la espalda a Alá recibirá un castigo riguroso. Leo un poco el *Corán* cuando tengo miedo a algo, o cuando estoy triste.

—*Oh, yeah*—dice Bob reposando la cabeza contra la ventanilla. Entorna los ojos y observa desaparecer las calles de la capital cubiertas en hollín. Conducen cara a un sol matinal tan fuerte que Bob al final se ve forzado a cerrar del todo los ojos.

Tajmir está pensando en el encargo que le ha hecho un periódico norteamericano. Antes —cuando los talibanes— él trabajaba para una organización humanitaria donde tenía la responsabilidad de la distribución de harina y arroz entre los pobres. Cuando los extranjeros de la organización abandonaron el país a raíz de lo ocurrido el 11 de septiembre, Tajmir se quedó como único responsable. El régimen talibán, sin embargo, bloqueaba todas sus iniciativas, y al final la distribución fue congelada. Un día hasta cayó una bomba justo en el sitio donde se llevaba a cabo el reparto de raciones, y Tajmir dio las gracias a Alá por haber parado la distribución a tiempo. No quería ni imaginarse lo que habría sucedido si el sitio hubiera estado lleno de mujeres y niños desesperados haciendo cola para conseguir un poco de comida...

Tajmir tiene la sensación de que ha pasado mucho tiempo desde que trabajó en el servicio humanitario. Cuando los periodistas extranjeros llegaron a Kabul, una revista norteamericana le ofreció un jornal que equivalía a lo que ganaba en toda una quincena. Por consideración a su propia familia, que estaba necesitada, dejó el trabajo humanitario y empezó como intérprete, con un inglés imaginativo y curioso.

Tajmir mantiene solo a su familia, una familia que según el estándar afgano es pequeña. Vive con sus padres, su hermanastra, su esposa y la pequeña Bahar, de un año, en un apartamento en Microyan, cerca de la familia Khan. Su madre, Feroza, es la hermana mayor de Sultán, y fue dada en casamiento a fin de financiar los estudios de su hermano.

Feroza fue la más severa de las madres. Cuando Tajmir era pequeño no le permitió jugar en la calle con los demás niños. Tenía que jugar tranquilamente en el salón bajo su control, y cuando se hizo mayor tenía que hacer los deberes. Siempre debía volver directamente a casa y nunca podía ir a casa de sus amigos o invitar a alguien a la suya. Tajmir nunca protestó; no era posible protestar contra Feroza, porque ella pegaba, y pegaba duro.

—Ella es peor que Osama Bin Laden —cuenta Tajmir a Bob cuando debe explicarle por qué llega tarde o por qué de repente tiene que irse. A sus nuevos amigos norteamericanos les cuenta historias de horror sobre «Osama». Ellos se imaginaban a una arpía debajo de la *burka*, pero cuando fueron de visita a casa de Tajmir, conocieron a una mujer tranquila y menuda que les observaba con su mirada de miope. En el pecho lucía un gran medallón de oro con una inscripción islámica que había comprado con el primer sueldo norteamericano que llevó Tajmir a casa. Feroza sabe exactamente lo que gana su hijo y le obliga a dárselo todo; luego ella le da dinero para pequeños gastos cuando él lo necesita. Tajmir señala todas las marcas en la pared de los zapatos y otros objetos que su madre le ha arrojado. Ahora se ríe; la tirana Feroza se ha convertido en una historia divertida.

Ella había tenido el deseo ardiente de que Tajmir triunfara. Cada vez que le sobraba un poco de dinero lo inscribía en cursos de inglés, de matemáticas o de informática. La analfabeta que había sido dada en casamiento para aportar dinero a su familia quería ser una madre respetada y honrada, y esto lo sería a través de un hijo triunfador.

El padre de Tajmir no estaba casi nunca en casa. Era un hombre amable y tímido, y muy enfermo. Cuando se encontraba bien, viajaba como comerciante a la India y Pakistán, de donde a veces volvía con dinero y otras veces no.

Si bien Feroza era capaz de pegar una paliza a Tajmir, nunca había tocado a su marido, y no es que hubiera la menor duda de quién era el más fuerte de los dos. Con los años, Feroza se había convertido en una mujer regordeta, redonda como un pequeño bollo y con gruesas gafas que hacían equilibrios sobre su nariz o colgaban del cuello. Su marido, en cambio, se había vuelto ceniciento y consumido, débil y quebradizo como una ramita seca. Feroza fue tomando el mando de la familia a medida que su marido decaía.

Tajmir fue el único hijo varón de Feroza, aunque ella no cejó durante mucho tiempo en su empeño de tener más hijos. Cuando finalmente se rindió, se dirigió a uno de los orfanatos de Kabul y allí encontró a Kheshmesh, a quien alguien había abandonado en las puertas del orfanato envuelta en una sucia funda de almohada. Feroza la acogió y la crió como la hermana de Tajmir. Pero si bien éste es la viva imagen de su madre —el rostro redondo, la barriga grande, el andar con contoneos—, Kheshmesh es totalmente distinta. Es una chiquilla nerviosa e indómita, flaca como un palillo y de tez mucho más morena que los demás miembros de la familia. Tiene algo salvaje en la mirada y da la impresión de que su vida interior es más interesante que el mundo exterior. Para desesperación de Feroza, Kheshmesh corretea como un potrillo travieso en las celebraciones familiares. Mientras Tajmir siempre acataba los deseos de su madre cuando era niño, su hermana siempre se ensuciaba, siempre andaba despeinada y siempre acababa lastimándose. Pero no hay nadie más afectuosa que Kheshmesh cuando está tranquila, nadie le da a su madre besos más cariñosos o la abraza más estrechamente. Allá donde va Feroza, Kheshmesh la sigue. Es como una delgada y pequeña sombra al lado de la madre rolliza.

Al igual que todos los niños afganos, la hija adoptada pronto aprendió lo que era un talibán. En su caso, eso sucedió cuando ella y un amigo recibieron una paliza que les propinó un talibán vecino de la misma escalera. Habían jugado con su hijo y éste se había caído haciéndose bastante daño. El padre del niño había cogido a los dos compañeros de juego y los había apaleado, obteniendo como resultado que ellos nunca más quisieron jugar con su hijo. Talibanes también eran los que no la dejaron empezar la escuela a diferencia de los demás niños de la escalera; fueron ellos los que no permitieron que la gente cantara, batiera palmas o bailara; fueron los que no le dejaron sacar sus muñecas a la calle. Muñecas y peluches fueron prohibidos por ser representaciones de seres vivos, y cuando la policía religiosa hacía redadas en las casas de la gente —rompiéndoles los televisores y los radiocasetes—, solía confiscar también los juguetes de los niños si los encontraban. Delante de los críos petrificados arrancaban los brazos y las cabezas de los muñecos y los hacían trizas.

Lo primero que hizo Kheshmesh cuando su madre le dijo que los talibanes habían huido fue sacar su muñeca favorita para que viera mundo. Tajmir se afeitó la barba. Feroza buscó un casete polvoriento y un viejo radiocasete y se contoneaba por el piso cantando:

—¡Ahora vamos a divertirnos para olvidar estos cinco años perdidos!

Feroza nunca tuvo otro hijo al que cuidar. Justo después de haber adoptado a Kheshmesh, estalló la guerra civil y su familia huyó a Pakistán junto con la familia de Sultán. Al volver de la vida de refugiados, ya era hora de encontrarle una esposa a Tajmir, y no quedaba tiempo para buscar más niñas abandonadas en los hospitales.

Como todo lo demás en la vida de Tajmir, su madre también decidió con quién debía casarse. Él ya había elegido su Dulcinea.

Estaba profundamente enamorado de una chica de su curso de inglés en Pakistán, y eran prácticamente novios, aunque nunca se habían cogido de la mano ni besado. Apenas se veían a solas, pero aun así eran novios y se escribían una inmensa cantidad de misivas y elaboradas cartas de amor. Tajmir nunca se atrevió a hablarle a su madre de esa chica con quien soñaba casarse. La joven era parienta del guerrero Masud, y Tajmir sabía que a su madre le preocuparían los problemas en los que se podían meter. Pero independientemente de quién hubiera podido ser la candidata, Tajmir nunca habría osado hacerle confidencias a su madre sobre su enamoramiento. Había sido criado para no pedir nada y nunca en su vida le había contado a Feroza cuáles eran sus sentimientos. Él mostraba su respeto mostrándose sumiso. Un día, pues, su madre le informó:

—He encontrado a la chica con la que te vas a casar.

—De acuerdo —respondió Tajmir.

Se le hizo un nudo en la garganta, pero no pronunció una palabra de protesta. Tajmir sabía que no le quedaba más remedio que escribir una carta a su pequeña enamorada para poner punto final a la relación.

—¿Quién es? —preguntó.

—Es tu prima segunda, Khadiya. Tú no la has visto desde que era pequeña. Es trabajadora, hábil y de buena familia.

Tajmir se contentó con asentir con la cabeza. Dos meses después conoció a su novia por primera vez en su vida de adulto. Fue en la celebración de los esponsales. Estuvieron sentados juntos durante toda la fiesta sin intercambiar una sola palabra. No obstante, Tajmir decidió allí mismo que podía amar a esa chica.

Khadiya parece una cantante de jazz parisiense de los años veinte. Lleva el pelo negro y ondulado cortado justo por encima de los hombros y con la raya a un lado, y la piel blanca de su cara empolvada, y siempre lleva los ojos pintados de negro y pintalabios rojo. Tiene las mejillas perfiladas y los labios carnosos, y da la impresión de que se ha pasado toda la vida posando con un largo cigarrillo en la mano. Sin embargo, según los estándares afganos, Khadiya no es guapa: es demasiado delgada, demasiado estrecha.

En Afganistán las mujeres regordetas —con mejillas redondas, caderas redondas, barrigas redondas— responden al ideal de belleza femenino.

—Ahora la quiero —declara Tajmir.

Se acercan a la ciudad de Gardez y Tajmir ha contado toda su vida a Bob, el periodista americano.

—*Wow* —exclama éste—. *What a story! So you really love your wife novo? What about the other girl?*

Tajmir no tiene ni idea de qué pasó con la otra chica, y tampoco piensa en ello. Ahora vive sólo para su pequeña familia. Hace un año él y Khadiya tuvieron una hija.

—Mi mujer tenía mucho miedo a parir una niña —explica el afgano a Bob—. Khadiya siempre tiene miedo a algo, y esta vez era de tener una niña. Yo le dije a ella y a todo el mundo que yo quería una hija, que sobre todo quería una hija. De ese modo, si teníamos una hija, nadie diría: «Ay, qué lástima», porque era lo que yo había deseado, y si teníamos un varón, nadie diría nada porque todo el mundo estaría contento de todas formas.

—Mmm —refunfuña Bob intentando seguir la lógica de su razonamiento.

—Ahora Khadiya tiene miedo de no poder quedarse embarazada otra vez, porque llevamos tiempo intentándolo sin éxito. Entonces yo le digo que nos basta con una sola

hija, que eso está bien. En Occidente mucha gente tiene sólo un hijo. Así que si no tenemos más, todos dirán: «Bueno, Tajmir no quería más hijos», y si vienen más, todos estarán contentos de todas formas.

—Mmm.

Paran en Gardez a comprar bebidas y cigarrillos. Cuando Tajmir trabaja, fuma sin cesar, un paquete o dos paquetes al día. Debe cuidar mucho, sin embargo, que su madre no se entere; él nunca fumaría delante de ella. Es algo simplemente impensable. Compran un cartón de la marca Hi—lite a diez céntimos el paquete, un kilo de pepinos, veinte huevos duros y algo de pan. Están pelando los pepinos y los huevos cuando Bob grita a Tajmir que pare.

A la vera del camino, unos treinta hombres están sentados en un círculo. Han dejado sus Kaláshnikov en el suelo delante de ellos y llevan la munición en cartucheras que les cruzan el pecho de arriba abajo.

—¡Son los hombres de Padsha Khan! —exclama el periodista—. ¡Detén el coche!

Bob se lleva al intérprete y los dos se acercan a los hombres. Entre ellos se encuentra el mismísimo Padsha Khan, el señor de la guerra más importante de las provincias orientales del país y uno de los adversarios más enconados de Hamid Karzai.

Cuando se fugaron los talibanes, Padsha Khan fue nombrado gobernador en la provincia de Paktia, que tiene fama de ser una de las zonas más agitadas de Afganistán. En esta región donde la red de Al Qaeda todavía encontraba apoyo, el nuevo gobernador se convirtió en un personaje importante para los servicios de información de Estados Unidos. Necesitaban a alguien que conociera la zona, y debieron pensar que les serviría tanto un señor de la guerra como otro. Ninguno era mejor ni peor que otro. La misión de Padsha Khan fue descubrir dónde se encontraban los talibanes y los guerrilleros de Al Qaeda y pasarle la información a los norteamericanos. Para este fin le dieron un teléfono vía satélite que usaba incesantemente. Llamaba a los norteamericanos para alertar de presuntos movimientos de Al Qaeda, y aquéllos bombardeaban sin excepción el lugar indicado. Contra esta aldea y la otra, contra jefes de tribus que se iban a Kabul para asistir a la ceremonia de investidura de Karzai, contra unas bodas, contra un grupo de hombres reunidos en una casa y que de hecho eran aliados de los norteamericanos. Ninguno de los muertos tenía algo que ver con Al Qaeda, pero todos tenían algo en común: eran enemigos de Padsha Khan. Las protestas de la población local contra este gobernador arbitrario que de casualidad disponía de bombarderos B52 y aviones caza F16 para resolver conflictos tribales de la zona llegaron a ser tan fuertes que Karzai no tuvo más remedio que relevarlo de su cargo.

Entonces Padsha Khan decidió comenzar su propia pequeña guerra: lanzaba misiles contra las aldeas donde estaban sus enemigos, y las diferentes facciones libraron cruentos combates. Muchos inocentes murieron en el intento de este señor de la guerra de reconquistar su poder perdido, pero al final tuvo que rendirse, al menos por el momento. Hace tiempo que el periodista norteamericano le busca, y ahí está, en medio de un arenal y rodeado por una banda de barbudos.

Padsha Khan se pone en pie al verlos. Saluda lacónicamente al periodista, pero abraza efusivamente a Tajmir y lo hace sentarse a su lado.

—¿Cómo te va, mi amigo? ¿Estás bien?

Los dos se vieron a menudo durante la operación Anaconda en la que Tajmir trabajaba como intérprete. Eso fue todo; nunca había sido amigo de Padsha Khan, quien está acostumbrado a dirigir la región como si fuera su propia trastienda junto con sus tres hermanos. Hace sólo una semana que dejó caer un sinfín de misiles sobre Gardez, y ahora le tocará el turno a Khost, donde se ha instalado el nuevo gobernador de la zona, un sociólogo que ha pasado los últimos diez años en Australia y ahora se esconde en la ciudad por temor a los hombres del gobernador exonerado.

—Mis hombres están listos —explica Padsha Khan a Tajmir, quien a su vez traduce al periodista que febrilmente toma notas—. Ahora estamos discutiendo qué hacer. ¿Tomamos la ciudad ya o esperamos a hacerlo más tarde? Si ustedes van a Khost, tienen que decirle a mi hermano que debe deshacerse del nuevo gobernador con rapidez. ¡Díganle que lo empaquete y se lo mande de vuelta a Karzai!

El señor de la guerra hace el gesto de envolver un paquete y enviarlo, y todos los guerrilleros miran a su líder, luego al intérprete y, finalmente, al periodista extranjero.

—Escucha —dice Padsha Khan, y a continuación pasa a explicar su punto de vista.

No cabe duda de quién es, en su opinión, el amo legítimo de estas tres provincias que los norteamericanos siguen con mirada de águila. El señor de la guerra hace uso de las piernas de Tajmir para subrayar lo que dice, dibujando mapas, caminos y fronteras en el muslo del intérprete. Al terminar su declaración, Padsha Khan le da una fuerte palmada. Tajmir traduce mecánicamente, consciente de que encima de sus pies reptan las hormigas más grandes que ha visto en su vida.

—Karzai amenaza con mandar al ejército la semana que viene. ¿Qué vas a hacer al respecto? —pregunta el periodista.

—¿Qué ejército? Karzai no dispone de ningún ejército. Lo que tiene son unos cientos de guardaespaldas entrenados por los ingleses. Nadie puede conmigo en mi propio territorio.

Padsha Khan mira a sus hombres. Visten ropas ajadas y sandalias gastadas; lo único que brilla son sus armas. Algunos de los mandos están cubiertos de collares de perlas de gran colorido, otros llevan complicados bordados. Algunos de los más jóvenes han adornado sus Kaláshnikov con pequeñas pegatinas, y en una de ellas pone «*kiss*» en letras rojas.

Muchos de estos hombres lucharon al lado de los talibanes hace tan sólo un año.

«No nos pueden comprar, solamente nos pueden alquilar», dicen los mismos afganos de sus frecuentes cambios de bando en las guerras. Ahora estos combatientes son los hombres de Padsha Khan, que a veces se los alquila a los americanos. Pese a todo, lo más importante para ellos es combatir a quien su jefe Padsha Khan considera su enemigo. La caza norteamericana de Al Qaeda viene en segundo lugar.

—Está loco —comenta Tajmir de vuelta en el coche—. Por culpa de hombres como él nunca habrá paz en este país. Para Padsha Khan, el poder es más importante que la paz, y está tan loco que quiere arriesgar miles de vidas humanas sólo para quedarse con el poder. Y pensar que los norteamericanos colaboran con un hombre así.

—Si únicamente colaboraran con gente que no tiene las manos manchadas de sangre, no encontrarían a muchos candidatos en estas provincias —dice el periodista en defensa de las autoridades de su país—. No tienen elección.

—Pero a esta gente no le interesa buscar a los talibanes en nombre de Estados Unidos, sino que apuntan y disparan contra su propia gente —insiste Tajmir.

—Me pregunto si realmente habrá serios enfrentamientos —dice Bob más hablando consigo mismo que con su intérprete.

Los dos hombres tienen ideas totalmente distintas de lo que constituye un viaje exitoso. Bob quiere la mayor acción posible; Tajmir sólo desea volver a casa. Dentro de unos días será el segundo aniversario de su boda y espera estar de vuelta para entonces. Quiere sorprender a Khadiya con un regalo bonito. Bob, en cambio, sueña con grandes titulares. Al periodista le excitan los platos fuertes, como pasar la noche en una trinchera, o como cuando él y Tajmir casi cayeron muertos por una granada que no les dio a ellos, sino al coche de atrás, o como cuando tuvieron que buscar abrigo corriendo en la oscuridad porque fueron tomados por enemigos al entrar en Gardez y las balas silbaban a su alrededor. Tajmir, por su parte, maldice su cambio de trabajo. Lo único bueno de estos viajes son las primas de guerra que cobra y de las que no ha dicho nada a su madre, y por tanto se las puede quedar.

Para Tajmir y la mayoría de los habitantes de la capital, esta región de Afganistán es con la que menos se identifican. Las zonas orientales del país son consideradas salvajes y violentas; la población local no se somete a un gobierno central, y aquí alguien como Padsha Khan y sus hermanos pueden gobernar una región entera. Siempre ha sido así y es la ley del más fuerte.

Pasan por paisajes desérticos y yermos. Aquí y allá ven nómadas y camellos que se balancean apaciblemente con la cabeza bien alta por las dunas. En algunos lugares los nómadas han erigido sus grandes tiendas de color arena, entre las cuales andan mujeres con faldas ondulantes de muchos colores. Las mujeres de la tribu kuchi tienen fama de ser las más libres en Afganistán; los talibanes ni siquiera intentaron imponerles la *burka*, siempre y cuando se mantuvieran fuera de las ciudades. Los nómadas también han sufrido mucho estos últimos años. A causa de la guerra y de las minas han tenido que cambiar sus rutas seculares y se mueven en zonas mucho más reducidas que antes. Además, la sequía de los últimos años ha causado la muerte por hambre de gran parte de sus cabras y camellos.

En este camafeo de color marrón, el paisaje se hace cada vez más árido. Abajo el desierto, arriba la montaña, donde los acantilados muestran rayas negras que, cuando uno las mira atentamente, resultan ser rebaños de ovejas que buscan alimentarse en las cornisas.

El coche se acerca a Khost, una ciudad que Tajmir detesta. Aquí el líder talibán, el ulema Omar, encontró a sus partidarios más fieles; aquí y en los alrededores no importó mucho que los talibanes asumieran el control del país, dado que en esta zona, de todas formas, las mujeres nunca trabajaban fuera de casa y las niñas nunca asistían a la escuela. Llevaban la *burka* desde tiempos inmemoriales por imposición familiar y tradicional, y no del gobierno, como ocurrió en el resto del país durante el régimen talibán.

Khost es una ciudad sin mujeres; o eso parece. Mientras las mujeres de Kabul durante la primera primavera sin los talibanes comenzaron a dejar la *burka* y a veces hasta se las puede ver comiendo en restaurantes, en Khost apenas se ve una mujer por la

calle, ni siquiera escondida debajo de una *burka*. Las mujeres en esta zona viven encerradas en los patios traseros, no pueden salir ni ir de compras, y rara vez pueden visitar a alguien. Aquí se respeta una *purda* estricta, que es la separación total de los dos sexos.

Tajmir y Bob van directamente a ver al hermano menor del gobernador depuesto, Kamal Khan. Está instalado en la residencia del gobernador, mientras el gobernador recién nombrado vive en una especie de prisión domiciliaria de su propia elección en el cuartel de policía. El jardín del gobernador está lleno de los hombres del clan Khan: combatientes de todas las edades, desde delgados chiquillos hasta hombres canosos que están sentados, echados o deambulando por ahí. El ambiente es tenso y algo frenético.

Tajmir pregunta por Kamal Khan y dos milicianos les llevan ante el comandante. Lo encuentran sentado y rodeado por algunos de sus hombres. Es un hombre atractivo, de unos veinte años, que acepta la entrevista propuesta. El periodista y su intérprete toman asiento y un niño trae té.

—Estamos listos para luchar. No habrá paz hasta que el falso gobernador abandone Khost y mi hermano se reintegre a su puesto —explica Kamal, y sus hombres asienten con la cabeza.

Uno asiente con especial convicción; es el subcomandante. Sentado en el suelo y con las piernas cruzadas, bebe té y escucha la conversación, sin parar en ningún momento de acariciar a otro combatiente. Los dos se cogen firmemente, y las manos entrelazadas yacen en el regazo de uno de ellos. Muchos de los otros guerreros lanzan miradas insinuantes a los dos forasteros.

En algunas partes de Afganistán, sobre todo en las regiones del sudeste, la homosexualidad es corriente y está tácitamente aceptada. Muchos comandantes tienen varios amantes jóvenes, y se ve a menudo a hombres mayores que caminan con todo un grupo de muchachos. Los chicos se adornan muchas veces con flores en el pelo, detrás de una oreja o en el ojal. Se suele explicar esta homosexualidad extendida por la observación rigurosa de la *purda* en estas partes del país. Con frecuencia se ven grupos de chicos dando saltitos y contoneándose, que llevan los ojos pintados con *khol* negro y realizan movimientos parecidos a los de los travestis occidentales. Miran mucho, coquetean, menean las caderas y los hombros.

Los comandantes no viven solamente su homosexualidad; la mayoría de ellos tiene mujer y mucha prole en su hogar. Pero rara vez están en casa con su familia, pues la verdadera vida se vive entre hombres. Con cierta frecuencia se producen dramas pasionales entre los jóvenes amantes y no son pocos los combates con derramamiento de sangre debidos a los celos entre dos comandantes por algún joven amante. En una ocasión, dos jefes militares libraron una batalla con dos tanques de combate en medio del bazar, todo por un joven amante que compartían. La batalla ocasionó decenas de muertos.

Kamal Khan, un hombre hermoso de unos veinte años, afirma seguro de sí mismo que el clan Khan todavía tiene derecho al gobierno de la provincia.

—Tenemos al pueblo de nuestro lado y lucharemos hasta derramar la última gota de sangre. No es una cuestión de poder —dice para convencer a quien le escucha—, es porque el pueblo nos quiere, y ese pueblo merece nuestro apoyo. Nosotros solamente seguimos sus deseos.

Dos arañas de largas patas suben por la pared que hay detrás de Kamal Khan, que saca un saquito sucio del bolsillo de su chaleco e ingiere unas pastillas que guarda allí.

—Estoy un poco enfermo —explica con ojos que piden compasión.

Éstos son los hombres que se oponen firmemente al primer ministro Karzai. Estos hombres siguen obrando según las leyes de los señores de la guerra y se niegan a dejarse gobernar por Kabul. Les importa poco si mueren civiles. Se centran en el poder, y éste representa dos cosas para ellos: el honor que significa para la tribu que los Khan retengan el poder en la provincia, y el dinero que obtienen con el control del intenso tráfico de contrabando y con los ingresos de los aranceles de la mercancía que entra de forma legal en el país.

Si la revista norteamericana se interesa por el conflicto local de Khost, no es porque el primer ministro del país amenace con mandar al ejército contra los señores de la guerra. De hecho, tampoco es probable que Karzai cumpla su amenaza porque, como dice Padsha Khan, «si pone el ejército en juego, morirá gente, y él será considerado culpable».

El interés de la revista se centra en las fuerzas norteamericanas que están en la zona, esas fuerzas especiales y secretas a las que es prácticamente imposible acceder. La revista quiere publicar un artículo en exclusiva titulado «A la caza de Al Qaeda» sobre los agentes secretos que inspeccionan las montañas en busca de los terroristas. Pero, en realidad, Bob lo que quiere es hallar a Osama Bin Laden, o al menos al ulema Omar.

Los norteamericanos juegan a lo seguro y colaboran con ambos bandos en el conflicto: con los hermanos Khan y con sus enemigos. Ambos grupos reciben dinero de Estados Unidos, ambos hacen incursiones acompañando a las fuerzas extranjeras, ambos reciben armas, equipos de comunicación y de información. Ambos bandos sirven a los norteamericanos, pero en ambos grupos se encuentran antiguos partisanos talibanes.

El principal enemigo de los hermanos Khan se llama Mohamed Mustafá y es el jefe de policía de Khost y colaborador de Karzai y de los norteamericanos. Después de que los suyos mataran a cuatro hombres del clan de los Khan en un tiroteo hacía poco tiempo, Mustafá tuvo que quedarse detrás de las barricadas en el cuartel de policía durante días enteros. Morirían los primeros cuatro hombres que salieran de la comisaría, avisaron los Khan, y cuando los policías se quedaron sin comida y bebida, decidieron negociar. Lograron un aplazamiento, cosa que de poco sirve, porque la amenaza de muerte puede ser ejecutada en cualquier momento y acabar con cuatro de ellos. La sangre se venga con sangre, y la amenaza en sí puede ser una tortura. Kamal Khan y su hermano menor Wazir describen a su enemigo en el cuartel de policía como a un asesino de mujeres y de niños que debe dimitir.

Bob y Tajmir le agradecen la hospitalidad y la entrevista al comandante y se retiran. Los acompañan a la puerta dos muchachos con aspecto de ninfas de los mares del Sur; ambos llevan grandes flores amarillas en el pelo ondulado, anchos cinturones en el talle y miran intensamente a los dos forasteros. No saben en quién posar la mirada, si en el norteamericano rubio y ágil o en el ciudadano afgano de cara felina y complexión fuerte.

—Tengan cuidado con los hombres de Mustafá —advierten los muchachos—. No son de fiar, traicionan en el momento que se les da la espalda. ¡Y no salgan después del anochecer, que les robarán!

Los dos viajeros hacen caso omiso de las recomendaciones y se encaminan directamente al enemigo. El cuartel está a unas pocas manzanas más allá de la usurpada residencia del gobernador y funciona como cárcel aparte de ser cuartel. Las pesadas puertas de hierro de esta fortaleza con muros de un espesor de un metro son abiertas por los hombres de Mustafá, y Bob y Tajmir entran en un patio que desprende un fuerte aroma de flores. Pero los soldados aquí no se han adornado con las flores, sino que éstas florecen entre los arbustos y los árboles del patio. Los soldados de Mustafá son fácilmente discernibles de los de los hermanos Khan: usan uniformes de color marrón oscuro, pequeñas y cuadradas gorras de visera y botas pesadas. Muchos de ellos llevan gafas negras y un pañuelo encima de la nariz y la boca, y el hecho de que no se les vea las caras les hace todavía más temibles.

El periodista y su intérprete son llevados por escaleras estrechas y pasillos angostos hasta una habitación en el corazón del edificio. Ahí encuentran a Mustafá rodeado por hombres armados igual que su enemigo Kamal Khan. Las armas son las mismas, las barbas y las miradas también. Hasta la imagen de La Meca colgando de la pared es la misma. Las únicas diferencias son que el jefe de policía está sentado en una silla detrás de un escritorio, y no en el suelo; y que aquí no hay efebos adornados con flores. Las únicas flores que hay en la sala son un ramo de narcisos de plástico en la mesa, ramo que luce colores fluorescentes: amarillo, rojo y verde. Al lado del florero está el *Corán* envuelto en tela verde, y la bandera afgana en miniatura alzada encima de un pequeño pedestal.

—Tenemos al primer ministro de nuestro lado y lucharemos —afirma Mustafá—. Los Khan ya llevan demasiado tiempo saqueando esta región. ¡Ya es hora de acabar con esta barbarie!

Alrededor del jefe de policía, sus hombres asienten con la cabeza como antes lo hicieran los hombres de Kamal Khan. Tajmir traduce sin cesar las mismas amenazas y las mismas palabras que acaban de escuchar en el otro bando. Por qué Mustafá es mejor que Padsha Khan y cómo traerá la paz. En realidad, lo que está traduciendo —ahora igual que antes— es toda la actitud compartida por los dos bandos que impedirá la paz en Afganistán.

El jefe de policía ha participado en muchas incursiones de reconocimiento junto con los estadounidenses, y cuenta cómo vigilaron en una ocasión una casa donde estaban convencidos de que se hallaban Osama Bin Laden y el ulema Omar. Sin embargo, no encontraron a ninguno de los dos. Las incursiones prosiguen, pero se llevan con mucho secretismo, y Mustafá no les puede decir nada más al respecto. Bob pregunta si él y su intérprete pueden participar en una incursión alguna noche, pero el jefe de policía simplemente se ríe:

—No, estas incursiones son *top secret*, así lo quieren los norteamericanos. Por mucho que insistas, joven, no te puedo llevar.

Bob y Tajmir se despiden, no sin ser avisados primero por Mustafá:

—No salgan después del anochecer si no quieren que los hombres de Khan les asalten.

Prevenidos por ambos bandos, los dos viajeros dirigen sus pasos a la fonda local de kebab, un local grande con cojines sobre los bancos. Tajmir pide *pilau* y kebab, mientras Bob solamente quiere huevos hervidos con pan; tiene miedo a los parásitos y a las bacterias del lugar. Comen deprisa y vuelven rápidamente a su hotel antes de que empiece a atardecer. En esta ciudad todo es posible y es mejor tomar precauciones. Una mirada ceñuda hacia Bob por parte de un transeúnte es suficiente para que Tajmir se

sienta mal. En esta zona hay un precio por la cabeza de los norteamericanos, cincuenta mil dólares se paga a quien mate a uno.

Una reja pesada delante de la puerta de su hotel —que es el único en la ciudad— se abre y se cierra tras su paso. Desde la seguridad del establecimiento contemplan Khost, una ciudad con tiendas cerradas, policías enmascarados y simpatizantes de Al Qaeda. Suben a la terraza para instalar el teléfono vía satélite de Bob. Pasa un helicóptero y el periodista pretende averiguar a dónde va. Una decena de los soldados del hotel se han unido a Bob y Tajmir, y miran boquiabiertos el teléfono inalámbrico del norteamericano.

—¿Habla con América? —pregunta el que parece ser el jefe, un hombre delgado con turbante, túnica y sandalias. Tajmir le dice que sí, y los soldados siguen a Bob con la mirada. Tajmir intenta charlar un poco, pero ellos sólo tienen ojos para el teléfono y quieren saber cómo funciona. Apenas han visto un teléfono en su vida y uno de ellos exclama con expresión triste:

—¿Sabes cuál es nuestro problema? Que sabemos todo sobre cómo usar nuestras armas, pero no sabemos llamar por teléfono.

Después de la conversación telefónica, Bob y Tajmir bajan de la terraza, los soldados les siguen y el periodista pregunta en voz baja a su intérprete:

—¿Estos hombres son los que nos van a asaltar en el momento que les demos la espalda?

Los soldados portan sendos Kaláshnikov, y algunos de ellos, además, largas bayonetas. Los dos viajeros se sientan en un sofá del vestíbulo, debajo de un extraño póster enmarcado en el que aparecen las dos torres del World Trade Center todavía intactas. Pero detrás de ellas no se ve el horizonte de Nueva York, sino enormes cimas de montañas, y en un primer plano se ha añadido el verde de un pequeño parque con flores rojas. En esta imagen, Nueva York parece una ciudad en miniatura, construida con Lego y puesta delante de una monumental cadena de montañas.

El cuadro da la impresión de llevar años en este sitio; está descolorido y un poco ondulado. Debe llevar colgado de la pared del vestíbulo desde antes de que esta ciudad llegara a asociarse de modo grotesco con Afganistán y la ciudad polvorienta de Khost. Esa asociación ha traído al país todavía más de lo que menos necesita: bombas.

—¿Sabéis qué ciudad es ésta? —pregunta el periodista a los soldados.

Éstos niegan con la cabeza. No habiendo visto otras casas que las de adobe, les cuesta imaginar que esta imagen representa una ciudad verdadera.

—Esto es Nueva York —explica Bob—. América. Estos dos edificios eran los que atacó Osama Bin Laden con dos aviones.

Los soldados se levantan de un respingo; sobre estos dos edificios han oído hablar, ¡ahí están! Apuntan y comentan: «De modo que eran así». ¡Y ellos habían estado pasando delante de este cuadro cada día sin saberlo!

Entonces Bob les muestra una de sus revistas y señala a la foto de un hombre que reconoce cualquier norteamericano.

—¿Sabéis quién es?

Ellos vuelven a negar con la cabeza.

—Éste es Osama Bin Laden.

Los soldados abren los ojos de par en par y le arrancan la revista de las manos. Se juntan alrededor de la foto, todos quieren verla.

—¿Es él realmente?

Se muestran tan fascinados por el personaje como por la revista.

—Terrorista —constatan señalándole, y se ríen.

En Khost no hay prensa escrita, y estos soldados no han visto nunca una foto de Osama Bin Laden, el hombre que es la causa de la presencia de los norteamericanos en la ciudad, y de la de Bob y Tajmir.

Los soldados se sientan y sacan un gran trozo de hachís que ofrecen al periodista y a su intérprete, pero este último lo rehusa después de haberlo olido.

—Demasiado fuerte... —dice sonriendo.

Los dos viajeros se acuestan. Toda la noche suenan las ametralladoras. Al día siguiente, Bob y Tajmir buscan un argumento para la historia. Acaban pasando el resto de su estancia en Khost mirando intranquilos con el rabillo del ojo. Nadie les invita a operaciones importantes o de caza en las cuevas en busca de Al Qaeda. Cada día pasan por los bastiones de los dos archienemigos Mustafá y Kamal Khan para saber si hay alguna novedad.

—Tienen que esperar a que Kamal Khan se recupere —es el mensaje que reciben en la residencia usurpada del gobernador.

—Ninguna novedad —hacen eco en el cuartel de policía.

Padsha Khan ha desaparecido y Mustafá está como petrificado detrás de las flores fluorescentes. No hay ni rastro de las fuerzas especiales de Estados Unidos. No pasa nada en absoluto; nada, aparte del ruido de los disparos cada noche y de los helicópteros que sobrevuelan sus cabezas. Se encuentran en uno de los lugares más anárquicos del mundo; no obstante, se aburren. Al final, Bob decide que deben volver a Kabul. Tajmir se siente feliz; le alegra salir de Khost y volver a Microyan. Comprará una gran tarta para el aniversario de boda.

Vuelve contento a reencontrarse con su propia pequeña Osama, esa mujer pequeña y rellenita de mirada miope. La madre que Tajmir ama más que a nada en el mundo.

XIX

CORAZÓN DESTROZADO

Durante días Leila ha estado recibiendo unas cartas que la hacen estremecer de miedo, aceleran los latidos de su corazón y hacen que se olvide de todas las demás preocupaciones. Después de leerlas, las hace trizas y las quema en el horno. Las cartas le hacen soñar con otra vida, sus palabras introducen un contenido entusiasmo en sus pensamientos, una expectación temerosa en su vida. Éstas son sensaciones nuevas para la joven. De repente se le ha abierto un mundo del que ella no tenía ni idea.

—¡Quiero escaparme, no quiero seguir aquí! —chilla un día cuando está barriendo el suelo y dando vueltas con la escoba por la habitación—. ¡Fuera de aquí!

—¿Cómo dices? —pregunta Sonya alzando la mirada desde su posición en el suelo, donde con expresión ausente ha estado siguiendo el diseño de la alfombra con el dedo.

—Nada —contesta Leila, y piensa que ya no aguanta más, que esa casa se ha convertido en una cárcel—. ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? —se lamenta.

Ella, que normalmente evita salir, tiene la imperiosa necesidad de escaparse en *ese mismo instante*. Se va al mercado. Un cuarto de hora después vuelve con un manojo de cebollas y es recibida con suspicacias.

—¿Sales nada más que para comprar cebollas? ¿Tan amante eres de exhibirte que te vas al bazar cuando no necesitamos nada en absoluto? —la interroga Sharifa, que está de mal humor—. La próxima vez tendrás que mandar a uno de los chiquillos.

Las compras son responsabilidad de los hombres o de las viejas, no es bueno que las jóvenes se paren en los tenderetes para regatear con los comerciantes que son todos hombres, o que puedan hablar con otros varones en el mercado. Si bien durante el régimen talibán las autoridades prohibieron a las mujeres ir sin compañía al mercado, ahora es Sharifa quien se lo impide a Leila movida por su confusa insatisfacción.

La joven guarda silencio. ¿Acaso ella tiene algo que hablar con un vendedor de cebollas? Todavía está en la cocina cuando vuelven los hombres de la familia y se estremece al escuchar las risitas de Aimal a sus espaldas. Le ha pedido que no le traiga más cartas, pero su pequeño sobrino le deja a hurtadillas no sólo una carta más, sino también un paquete. Ella esconde ambas cosas debajo del vestido y se dirige apresurada hacia su cofre personal, donde las guarda. Luego, cuando los otros comen, va a la sala y saca con manos temblorosas de entre sus tesoros la nota y el pequeño paquete.

«Querida L. Me tienes que contestar ahora. Mi corazón arde por ti. Eres tan hermosa. ¿Quieres quitarme la tristeza o debo vivir para siempre en la oscuridad? Deseo verte, dame una respuesta. Quiero compartir mi vida contigo. Siempre tuyo, K.»

En el paquete encuentra una pequeña campana de cristal azul con una correa plateada. La joven se pone la joya y se la vuelve a quitar enseguida. No la podrá llevar

jamás. ¿Qué podría decir ella si alguien le preguntara quién se la había regalado? Se sonroja ante la mera idea de que sus hermanos o su madre se enterasen de algo; qué miedo y qué vergüenza. Tanto Sultán como Yunus la condenarían; recibir esas cartas es un acto completamente indecente en sí mismo.

«¿Sientes lo mismo que yo?», le había preguntado su admirador en otra carta.

Leila no siente nada, está muerta de miedo. Es como si viviera una nueva realidad; por primera vez en su vida alguien le exige una respuesta, ese hombre quiere saber lo que siente y lo que opina. Pero ella no opina nada, no está acostumbrada a tener una opinión. Y se dice a sí misma que no siente nada, porque sabe que no debe sentir nada. Los sentimientos son vergonzosos, eso es lo que le han enseñado.

Karim sí que tiene sentimientos. Ha visto a Leila una sola vez. Fue un día cuando ella y Sonya le llevaron la comida a Sultán y a los chavales al hotel. Karim no la había visto más que fugazmente, pero ella tenía algo que le hizo saber que estaba delante de su media naranja, algo que tenía que ver con sus ojos, con su cara redonda y pálida, con su preciosa piel...

Karim vive solo en una habitación y trabaja para una productora de televisión japonesa. Es un muchacho solitario y huérfano de madre. Ella murió debido a un trozo de metralla que cayó en su patio. El padre se había casado poco después con otra mujer, una señora que no caía bien a Karim, pero a quien tampoco él caía bien. La nueva madre malquería a los hijos de la primera esposa y les pegaba cuando no lo veía el padre. Karim nunca se quejó del maltrato, no valía la pena porque su padre prefería a esta mujer antes que a sus hijos. El asunto no tenía remedio. Al terminar los estudios, trabajó unos años en la farmacia de su padre, pero al final no pudo aguantar más la situación familiar y se fue a vivir con una hermana menor que había sido casada con un hombre en Kabul. Estudió en la universidad, y cuando los hoteles y las pensiones de la capital se llenaron de periodistas extranjeros, Karim ofreció sus conocimientos de inglés al mejor postor. Tuvo suerte y encontró trabajo en una empresa que abrió un despacho en Kabul y le ofreció un contrato a largo plazo con un buen sueldo y una habitación de hotel pagada.

Ahí fue donde Karim conoció a Mansur y al resto de la familia Khan. Le gustaba esa familia, su librería, sus conocimientos, su sobriedad. «Ésta es una buena familia», pensó. Y cuando tuvo una visión fugaz de la hermana pequeña de Sultán, la cosa quedó clara. Pero su amada nunca más volvió al hotel; de hecho, a Leila no le había gustado estar allí. «No es un buen lugar para una joven», pensó el enamorado.

No podía comentar su obsesión con nadie. Mansur se reiría de él y, en el peor de los casos, le podía llegar a hacer mucho daño.

Para Mansur nada era sagrado, y además parecía que su tía le caía mal. El único que sabía algo era el pequeño Aimal que trabajaba en el vestíbulo. El chico sabía guardar un secreto y era su mensajero.

«Trabar amistad con Mansur —pensó Karim— sería una forma de entrar en la familia», y de hecho tuvo suerte, porque Mansur lo invitó a cenar a su casa un día. Es costumbre presentar a los amigos en casa, y el joven del hotel era uno de los amigos más respetables de Mansur. Karim se esforzó todo lo que pudo para dar una buena impresión, y estuvo encantador, atento y prolijo en cumplidos para con la comida. Tenía claro que lo más importante era caerle bien a Bibi Gul, porque era ella quien tenía la última palabra con respecto a Leila. Pero no vio al objeto de sus deseos durante toda la cena, pues estaba en la cocina preparando la comida que llevaban Sharifa y Bulbula al comedor. Las

hijas solteras no suelen aparecer cuando está presente un hombre joven ajeno a la familia.

Después de la cena y el té, no obstante, Karim pudo verla un momento. A causa del toque de queda, los convidados a cenar muchas veces se quedan a dormir en casa de los anfitriones, y Leila se ocupa de convertir cada noche el salón en dormitorio. Esa noche extendió las esteras, buscó mantas y cojines y también preparó un lecho para Karim, todo el tiempo muy consciente de que allí estaba quien le había estado escribiendo cartas. Él pensó que ella ya había terminado su labor y entró en el salón para rezar antes de que los demás se acostasen, pero su amada estaba allí todavía, inclinada sobre una estera, con el cabello hecho una trenza y cubierta con un pequeño y simple chal. Karim, pasmado y excitado, dio media vuelta en la puerta. Leila ni se dio cuenta de que él había estado ahí, pero él no pudo borrar en toda la noche la imagen de ella inclinada sobre la estera. Por la mañana no la vio, a pesar de que había sido ella quien le había dejado el agua para lavarse, le había frito huevos y preparado té, y hasta le había lustrado los zapatos mientras dormía.

A la mañana siguiente, el huérfano mandó a su hermana de visita a las mujeres de la familia Khan para que conociera a Leila. Cuando alguien traba amistad en Afganistán, es costumbre no sólo que los nuevos amigos sean presentados a la familia, sino también que los familiares se conozcan. La hermana era la parienta más próxima de Karim, y como conocía la fascinación que ejercía Leila «obre su hermano, debía verla y conocer mejor a su familia. Cuando volvió a casa le contó a Karim lo que él ya sabía:

—Es simpática y trabajadora, es guapa y sana. La familia es tranquila y decente; en definitiva, se trata de un buen partido.

—Sí, pero, ¿qué dijo? ¿Cómo era? ¿Qué aspecto tenía?

Karim no se cansaba de las respuestas a estas preguntas pese a que las descripciones que hacía su hermana de su amada eran demasiado sosas, según su opinión.

—Es una buena chica, ya te digo —dijo ella a modo de conclusión.

Como Karim era huérfano de madre, su hermana menor era quien debía representarlo como pretendiente. Pero todavía era pronto, había que conocer mejor a los Khan primero, ya que ellos y su familia carecían de lazos de parentesco. De otra forma correrían el riesgo de que aquéllos rehusaran al muchacho a la primera sin darle más oportunidades.

Tras la visita de la hermana de Karim, todos empezaron a hacerle comentarios jocosos a Leila sobre el joven. Ella no les hacía caso cuando le tomaban el pelo; hacía como si no le importara aunque ardía por dentro. Esperaba con todas sus fuerzas que no se enterara nadie de la existencia de las cartas y se enfadó con Karim por haberla puesto en peligro nada más que por egoísmo. Rompió la pequeña campana con una piedra y la tiró.

Tenía miedo sobre todo de que su hermano preferido se diera cuenta. Yunus era el miembro de la familia que acataba el modo de vida islámico más riguroso, aunque tampoco él lo seguía a rajatabla. También era a quien Leila más quería en la familia, y temía que pensara mal de ella si se enteraba de que había recibido cartas de un chico. Cuando Yunus se negó a ayudarla a buscar empleo de profesora, fue para impedir que ella trabajara en un despacho donde hubiera hombres.

Leila se acordaba también de la conversación que había tenido con su hermano sobre Yamila después de saber por Sharifa que la joven había muerto estrangulada.

—¿Yamila? —había dicho Yunus cuando Leila mencionó a la joven en conversación—. ¿La que murió por el cortocircuito del ventilador?

Yunus no era consciente de que la historia del ventilador eléctrico no era cierta y de que Yamila había sido asesinada por haber recibido la visita de un amante por la noche. Leila le contó lo que había pasado y su hermano exclamó:

—¡Terrible, eso es terrible!

Leila asintió.

—¿Cómo pudo Yamila hacer algo semejante? —preguntó escandalizado.

—¿Ella? —exclamó Leila sorprendida.

Había malinterpretado la expresión de ira y pesar de su hermano pensando que estaba reaccionando al hecho de que Yamila hubiera sido asesinada por sus propios hermanos. Pero la conmovida reacción de Yunus había sido causada porque la joven había tenido un amante.

—Y eso que su marido era rico y guapo —dijo él, todavía conmocionado por la noticia—. Qué vergüenza, y además con un pakistaní. Esto me confirma en mi deseo de casarme con una mujer muy joven. Tiene que estar intacta y tendré que conducirla con mano dura —concluyó convencido.

—Pero, ¿y el asesinato? —objetó Leila.

—Ella pecó primero.

Leila también quiere ser joven y estar intacta. Le aterra ser descubierta. No ve la diferencia entre ser infiel al marido y recibir cartas de un chico siendo soltera. Ambas cosas están prohibidas, ambas son malas, ambas conducen a la deshonra en caso de hacerse públicas. Ahora que había empezado a ver a Karim como su salvación, temía que Yunus no le apoyaría si aquél pedía su mano.

No es que estuviera enamorada —apenas había visto a su admirador, sólo lo había observado desde la ventana cuando llegó con Mansur y durante su visita desde detrás de una cortina—, pero lo poco que había podido ver le había complacido.

—Si parece un chiquillo —había comentado a Sonya entonces—. Es pequeño y flaco, y tiene una cara infantil.

Si bien esto era verdad, también lo era que Karim era un joven culto, que parecía amable y que apenas tenía familia. Representaba su salvación porque tal vez podía cambiarle el destino. Lo mejor de todo era que él no tenía una familia extensa que la podía convertir en su criada. Karim seguramente la dejaría estudiar o trabajar, y sólo serían ellos dos, quizá pudieran incluso ir a algún sitio distante, a lo mejor al extranjero.

Tampoco es que Leila no tuviera otros pretendientes, pues ya tenía tres; todos parientes que ella rechazaba. Uno era un primo analfabeto que estaba en el paro, un inútil perezoso. El otro era Said, el chico que había perdido tres dedos al hacer mal una chapuza con un motor.

—Qué suerte tienes, vas a tener un marido con dos dedos en la mano —le solía chingar Mansur.

A este hijo de Wakil, el marido de su hermana, tampoco lo quería Leila por mucho que Shakila insistiera. A la hermana mayor le gustaría tener a Leila haciéndole compañía en el patio, pero la adolescente tenía bien claro que en aquella casa ella seguiría siendo una criada. Siempre estaría bajo el mando de su hermana, y Said siempre tendría que obedecer a su padre.

«Entonces no sería solamente lavar la ropa de trece personas como ahora, sino la de veinte», se dijo a sí misma. Shakila sería el ama de casa con todos los honores y Leila la criada. Lo mismo de siempre. Además, de este modo no se escaparía, sino que seguiría siendo presa de la familia y, al igual que Shakila, viviría entre pollos y gallinas con críos en las faldas a todas horas.

El tercer pretendiente oficial era Khaled, otro primo suyo. Era un joven tranquilo y guapo que Leila conocía desde pequeña y que de hecho le caía bien; además, era amable y tenía ojos cálidos y hermosos. Pero, ¡qué familia la suya! Era espantosa y numerosa, un total de treinta personas. Su padre era un viejo severo que acababa de salir de la cárcel después de haber sido acusado de colaborar con los talibanes; todo esto a raíz de que le habían saqueado la casa durante la guerra civil, algo bastante generalizado. Acabada la guerra, cuando el régimen talibán impuso la ley y el orden de nuevo, el padre de Khaled había acusado del robo a unos *muyahidin* de su aldea, que fueron detenidos y pasaron mucho tiempo en prisión. Pero como al huir los talibanes aquéllos volvieron al poder en la aldea, se vengaron del que los había denunciado mandándole a él a la cárcel. «Se lo había buscado —decían algunos—. ¿Qué se había pensado cuando los denunció?»

El padre de Khaled tenía fama de ser un hombre colérico. Además, tenía dos esposas que no paraban de pelearse y que difícilmente podían estar en la misma habitación. Para colmo, el septuagenario se planteaba buscarse una tercera mujer.

—Se han vuelto demasiado viejas para mi gusto; necesito a alguien que me rejuvenezca.

Leila no se sentía capaz de entrar en ese caos familiar, y como Khaled no tenía dinero, no podrían vivir solos. Igual que los otros pretendientes, éste no podía ayudarle.

Pero ahora los hados le había regalado generosamente a Karim. La nueva vida con un toque de peligro le aporta a Leila el impulso que ella necesita y una razón para tener esperanzas. Se niega, pues, a rendirse en cuanto a su sueño de hacerse profesora, y sigue buscando una manera de ir al Ministerio de Educación a registrarse. Cuando está claro que ninguno de los hombres de la familia la ayudará, Sharifa se apiada de ella y promete acompañarla al ministerio. No obstante, el tiempo va pasando y nunca encuentran el momento de ir. Cuando Leila descubre que necesita una cita para ser recibida, por poco vuelve a descorazonarse, pero, de forma inesperada, la situación parece arreglarse.

La hermana de Karim había hablado a éste de los problemas que Leila tenía para poder registrarse como profesora, y como el joven conoce al que es la mano derecha de Rasul Amin, el nuevo ministro de Educación, al cabo de semanas de gestiones obtiene una cita con éste para Leila. Bibi Gul le da permiso para ir, Sultán, por suerte, está en el extranjero, y ni siquiera Mansur le pone trabas. Todo le sonríe. Leila pasa la noche dando las gracias a Alá y rezando para que todo salga bien, tanto el encuentro con Karim como la cita con el ministro.

Su admirador secreto la va a recoger a las nueve. Por la mañana, Leila se prueba toda su ropa, descartando cada pieza. Se prueba los vestidos de Sonya, los de Sharifa y luego los suyos otra vez. Cuando los hombres se han ido a trabajar, las mujeres de la casa se sientan en el suelo para ayudarla a elegir la ropa más apropiada.

—¡Demasiado estrecho!

—¡Demasiado estampado!

—¡Demasiados oropeles!

—¡Transparente!

—¡Está sucio!

Ninguno de los vestidos les gusta porque Leila no tiene ropa intermedia entre los viejos y gastados jerseys de lana y las blusas fulgurantes con imitaciones de oro. No tiene ropa normal y corriente. Cuando alguna vez compra ropa, es para asistir a una boda o una ceremonia de noviazgo, y entonces elige lo más brillante que encuentra. Acaba optando por una de las blusas blancas de Sonya y una negra falda larga y ancha. A fin de cuentas no importa demasiado, ya que luego se envuelve en un largo chal que la cubre de la cabeza a los muslos. Pero deja la cara desvelada, porque Leila ya no usa la *burka*. Cumplió la promesa hecha a sí misma de dejarla cuando volviera el rey. Y lo hizo cuando Zahir Shah, efectivamente, puso un pie en el país un día de abril después de tres décadas de exilio. Se dijo a sí misma que Afganistán ya era un país moderno y colgó en el clavo y para siempre la hedionda vestimenta. Sharifa y Sonya siguieron su ejemplo. Sharifa sin mayor problema, ya que había vivido la mayor parte de su vida adulta con la cara desvelada, pero a Sonya, sin embargo, le costó más, porque había pasado de niña a adulta debajo de la *burka*. Finalmente fue Sultán quien le prohibió usarla con el argumento siguiente:

—Yo no quiero una mujer de la prehistoria. Eres la esposa de un hombre liberal y no de un fundamentalista.

Y liberal lo es Sultán en muchos aspectos. En su viaje a Irán compró ropa occidental para él y su joven esposa, acostumbraba a calificar la *burka* como una jaula represora, y le alegraba que hubiera mujeres ministras en el nuevo gobierno. Deseaba de todo corazón que Afganistán se convirtiera en un país moderno y podía argumentar con entusiasmo sobre la emancipación de la mujer. Pero en casa seguía siendo el patriarca autoritario.

Cuando llega por fin Karim en el coche, Leila está de pie delante del espejo con un nuevo brillo en los ojos. Sharifa sale primero y Leila la sigue nerviosa con la cabeza gacha. Sharifa se sienta al lado del joven, Leila en el asiento trasero tras un breve saludo. La cosa va bien, permanece el suspense, pero su nerviosismo empieza a evaporarse. Su admirador le resulta inofensivo, amable y un poco extraño.

Karim conversa con Sharifa sobre los hijos de ella, el trabajo de él, el tiempo que hace. La mujer le pregunta por la familia y se interesa por su trabajo. Ella misma quiere volver a trabajar de maestra y, a diferencia de Leila, tiene los papeles en regla y solamente debe volver a registrarse. La joven, en cambio, tiene una mezcolanza de diplomas, algunos del colegio en Pakistán y otros de los cursos de inglés de cuando la familia estaba exiliada. No tiene estudios de maestra, no ha terminado el instituto siquiera; pero ella es la única posibilidad que tiene esa escuela de aldea de contratar a una profesora de inglés.

En el ministerio deben esperar horas para una breve entrevista con el ministro. Hay numerosos grupos de mujeres, veladas y sin velo, sentadas por los rincones y a lo largo de las paredes. Las mujeres hacen cola delante de muchos de los mostradores, los funcionarios les tiran los impresos y ellas se los devuelven tirándoselos a su vez después de rellenarlos. Algunos empleados pegan a las que no se mueven lo suficientemente rápido. Las mujeres gritan a los funcionarios y los funcionarios a las mujeres; reina una especie de igualdad entre sexos, con los hombres riñendo a las mujeres y las mujeres regañando a los hombres. Unos funcionarios corretean con pilas de papeles dando la impresión de correr en círculo. Todos chillan. Una anciana de tez arrugada da vueltas sin ton ni son; resulta obvio que se ha perdido, pero nadie la ayuda y, al final, la mujer fatigada se sienta en un rincón y se duerme. Otra está llorando.

Karim hace buen uso del tiempo de espera. Logra incluso estar a solas con su amada un momento cuando Sharifa averigua algo en un mostrador con larga cola.

—¿Cuál es tu respuesta? —pregunta a Leila su admirador.

—Sabes que no te puedo contestar.

—Pero, ¿tú que quieres? —insiste él.

—Sabes bien que yo no puedo tener ninguna opinión al respecto.

—Pero, ¿te gusto? —quiere saber.

—Sabes que yo no puedo tener una opinión al respecto.

—¿Aceptarás si te pido en matrimonio? —se preocupa.

—Sabes que no soy yo quien toma esa decisión.

—¿Quieres volver a verme?

—No puedo.

—¿Por qué no puedes ser un poco amable? ¿No te gusto?

—Mi familia decidirá si me gustas o no —dice Leila dando por concluida la conversación.

A ella le molesta que el muchacho ose preguntarle estas cosas. ¿Qué le puede decir ella? Su madre y su hermano mayor toman esa decisión, pero claro que él le gusta: le gusta porque es su salvación. Pero no siente nada por él.

Los tres esperan horas y horas. Por fin pueden entrar a ver al ministro que está sentado detrás de una cortina. Saluda lacónicamente antes de coger los papeles que Leila le alcanza y los firma sin mirarlos. Firma siete hojas en un momento y luego un burócrata les acompaña a la puerta.

Así funciona la sociedad afgana. Se trata de un sistema esclerótico en que lo que importa es conocer a alguien. No llegas a ninguna parte sin las firmas y aprobaciones debidas. Leila tuvo suerte y llegó a ver el ministro en persona; otros deben contentarse con un funcionario de menor rango. Por otro lado, el hecho de que los ministros se pasen los días firmando los papeles de la gente que se ha abierto camino hasta su despacho mediante sobornos y enchufes hace que sus firmas valgan cada día menos.

Leila había pensado que, una vez firmaba el ministro, el resto del proceso sería coser y cantar, pero todavía le falta pasar por un sinfín de despachos, mostradores y oficinas. Es Sharifa quien toma la palabra mientras Leila se queda sentada mirando al suelo. ¿Tan difícil es registrarse como maestra cuando el país las necesita a montones? En muchos lugares hay locales y libros, pero nadie para dar las clases. Esto lo había declarado el mismo ministro. Cuando Leila llega por fin a la oficina donde se celebran los exámenes para el nuevo profesorado, sus documentos están completamente arrugados de las muchas manos por las que han pasado.

Tiene que pasar una prueba oral para demostrar que sirve como maestra. En una sala la reciben dos hombres y una mujer sentados detrás de una mesa. Cuando han anotado su nombre, su edad y sus estudios, la examinan:

—¿Sabes el credo islámico?

—No hay otro dios que Alá, y Mahoma es su profeta —recita la joven maquinalmente.

—¿Cuántas veces al día debe rezar un musulmán?

—Cinco veces.

—¿La respuesta correcta es seis, supongo? —dice la mujer detrás del escritorio, pero Leila no se deja confundir.

—Tal vez lo sea para ustedes, pero para mí son cinco.

—¿Y tú cuántas veces rezas al día?

—Cinco —miente la aspirante a maestra.

Luego le hacen una pregunta de matemáticas, que ella resuelve, y después le plantean una fórmula de física de la que no tiene ni idea.

—¿No me van a examinar de inglés? —pregunta extrañada.

Los examinadores niegan con la cabeza riéndose cáusticos:

—Entonces tú podrías decir lo que te diera la gana.

Ninguno de ellos sabe inglés, y Leila se queda con la impresión de que tampoco quieren que ella ni ninguna de las demás candidatas puedan trabajar de maestras. Terminado el interrogatorio y después de un largo debate entre ellos, descubren que le falta un papel.

—Tienes que volver con el documento.

Tras haber pasado ocho horas en el Ministerio de Educación, los tres vuelven abatidos a casa.

—Me rindo, a lo mejor no tengo realmente ganas de ser maestra —suspira Leila desalentada.

—Yo te ayudaré —le promete Karim, y le dirige una sonrisa—. No dejo nada a medias; una vez empezado, hay que terminarlo —añade logrando conmovér un poco a su amada.

Al día siguiente, Karim viaja a Jalalabad para hablar con su familia de Leila, de los Khan y del hecho de que le gustaría pedir a la joven en matrimonio. Su padre lo autoriza. Ahora lo único que falta es enviar a su hermana. La cosa se retrasa, sin embargo, porque el joven tiene miedo de ser rechazado y porque necesita ahorrar mucho dinero para la boda, para el ajuar y para una vivienda. Además, su relación con Mansur se está enfriando. Éste pasa días sin hacerle caso o saludándole brevemente con un gesto. Al final, Karim le pregunta a su amigo si ha hecho alguna cosa mal.

—Hay algo que te tengo que contar acerca de Leila —responde el sobrino de su amada.

—¿El qué?

—No, mejor no te lo digo —contesta el otro batiéndose en retirada de modo sibilino—. Lo lamento.

—Pero, ¿qué es? —insiste Karim alarmado—. ¿Está enferma? ¿Tiene otro novio? ¿Le pasa algo?

—No te lo puede decir, pero si tú lo supieras no te casarías con ella. Ahora tengo que irme.

A partir de ese momento, Karim pide a Mansur cada día que le diga qué le pasa a Leila, pero éste siempre rehusa contestarle. Karim suplica y ruega, se enfada, se molesta, pero no logra sacarle nada.

Resulta que Mansur se había enterado de la existencia de las cartas por Aimal. En principio, no tenía nada en contra de que Karim se quedara con su tía, al contrario; el problema era que Wakil también se había oído el galanteo de Karim y había pedido a Mansur que alejase al joven de Leila. Mansur no tenía más remedio que hacer lo que le había pedido su tío; desde luego, Wakil formaba parte de su familia y Karim no.

Wakil también amenazó personalmente al joven pretendiente:

—La he elegido yo para mi hijo. Leila pertenece a nuestra familia, mi esposa desea que su hermana menor se case con mi hijo, y yo también lo quiero así. Será un matrimonio que complacerá tanto a Sultán como a Bibi Gul, ¡de modo que mejor desapareces, chaval!

Karim poco podía decir a Wakil, siendo éste no sólo pariente de Leila sino también de mayor edad que él. Su única posibilidad ahora era que Leila luchase por casarse con él. Pero, ¿qué problema tenía? ¿Era cierto lo que decía Mansur de ella?

Karim empezó a dudar si pedir la mano de Leila.

Mientras tanto, Shakila y Wakil llegan de visita a Microyan. Leila se queda en la cocina preparando la comida, y al entrar en el salón después de marcharse ellos, su madre le informa:

—Te han pedido en casamiento para Said.

Leila se queda de piedra y Bibi Gul continúa:

—Contesté que por mi parte no había problema alguno, pero que te preguntaría a ti.

La joven siempre ha seguido los consejos de su madre. Ahora guarda silencio. Con el hijo de Wakil tendría una vida como la que tenía ahora, sólo que con más tareas todavía y más personas dándole órdenes. No sólo eso, sino que tendría un marido con solamente dos dedos que en su vida ha abierto un libro.

Bibi Gul moja un trozo de pan en el aceite de un plato y se lo lleva a la boca. Coge un hueso del plato de Shakila y le chupa la médula mientras contempla a su hija.

Leila siente cómo su vida, su juventud y su esperanza se le escapan sin que ella pueda hacer nada por impedirlo. Su corazón es como una piedra pesada y solitaria condenada a ser machacada para siempre. Da media vuelta y llega a la puerta en tres pasos cerrándola tras ella sin ruido. Su corazón destrozado se queda atrás. Pronto se mezclará con el polvo que entra con el viento por la ventana para instalarse en las alfombras. Esa misma noche será ella misma quien tendrá que barrer su corazón y tirarlo al patio.

Epílogo

*Todas las familias felices son iguales;
las infelices lo son cada una a su manera.*

LEÓN TOLSTÓI, *Ana Karenina*

Unas semanas después de irme de Kabul, hubo una grave crisis en la familia Khan. Las palabras intercambiadas durante una riña entre Sultán y sus dos esposas, por un lado, y entre Leila y Bibi Gul, por el otro, fueron tan irreversibles que la convivencia se hizo casi imposible. Cuando Yunus volvió después de la discusión, el patriarca lo llevó aparte para decirle que tanto él como sus hermanas y su vieja madre tenían que respetarle porque era el cabeza de familia y porque comían su pan y vivían de él.

Antes del alba del día siguiente abandonaron el apartamento Bibi Gul, Leila, Bulbula y Yunus sin llevarse otra cosa que lo puesto. No han vuelto más. De momento viven con Farid, el otro hermano expulsado, su esposa embarazada de muchos meses y sus tres hijos, pero están buscando una casa para ellos.

—Los hermanos afganos no se llevan bien entre ellos —me explicó Sultán por teléfono—. Ya es hora de que vivamos vidas separadas.

Leila no tiene noticias de Karim. Cuando la relación de éste con Mansur se enfrió, al joven le resultó difícil contactar con la familia. Además, ya no estaba seguro de lo que quería. Obtuvo una beca egipcia para estudiar islam en la Universidad Al Azhar de El Cairo.

—Estudia para ulema —se burla Mansur en la mala conexión telefónica desde Kabul.

El carpintero fue condenado a tres años de cárcel. Sultán no tuvo piedad.

—No podemos tener maleantes andando sueltos por las calles. Estoy seguro de que robó como mínimo veinte mil postales. Y lo que dijo sobre su familia pobre fue pura mentira. He calculado que debe haber ganado un montón de dinero, pero lo ha escondido.

Mariam, que tanto miedo tenía a dar a luz a otra hija, tuvo a Alá de su parte y parió un hijo varón.

El gran contrato de libros escolares no llegó a firmarse. No ganó Sultán, sino la Universidad de Oxford. El librero piensa que quizá fuera lo mejor:

—El proyecto hubiera agotado todos mis recursos; probablemente era demasiado grande para mí.

La librería va estupendamente. Sultán tiene excelentes contratos en Irán y vende libros a las bibliotecas de las embajadas. Está intentando adquirir uno de los cines cerrados en Kabul para hacer en él un centro cultural con librería, aulas para conferencias y una biblioteca pública para dar acceso a los investigadores a su enorme biblioteca privada.

Ha prometido a Mansur que lo mandaría en viaje de negocios a la India el año que viene.

—Tiene que aprender a ser responsable. Viajar le ayudará a forjar su carácter. También he pensado mandar a los otros chicos al colegio.

Sultán ha concedido a sus tres hijos los viernes libres para poder hacer lo que quieran. Mansur sigue con sus fiestas y siempre vuelve a casa con nuevas historias sobre los sitios que ha visitado. Su nueva adorada es la chica que vive en la tercera planta de su escalera.

Sin embargo, a Sultán le preocupa la situación política.

—Es muy peligrosa. Loya Yirga concedió demasiado poder a la Alianza del Norte; estamos en una situación insostenible. Karzai es demasiado débil, no logra dirigir el país. Lo mejor sería un gobierno de tecnócratas designados por los europeos. Cuando los afganos elegimos a nuestros propios líderes, la cosa sale mal. Nadie colabora y el pueblo sufre. Además, seguimos sin nuestras cabezas pensantes; donde hoy debían estar los intelectuales, no hay otra cosa que vacío.

Mansur ha prohibido a su madre volver a trabajar de profesora.

—No es bueno —es su único argumento.

Sultán no tenía nada en contra, pero si su hijo mayor se lo prohíbe, Sharifa no puede hacerlo. La segunda tentativa de Leila de registrarse como profesora también quedó en nada.

La otra hija, Bulbula, por fin se casó con su prometido, el taxista. Sultán no asistió a la boda de esta parienta recién expulsada del apartamento y también prohibió que asistieran sus esposas y sus hijos.

Sonya y Sharifa son las únicas mujeres que permanecen en casa de Sultán. Cuando los hombres se van a trabajar, las dos esposas se quedan solas. A veces como madre e hija; otras, como rivales. Dentro de unos meses, Sonya dará a luz. Reza a Alá para que sea un hijo varón. Me pide a mí también que rece por ella.

—¡No puedo tener otra hija!

Sería otro pequeño desastre para la familia Khan.